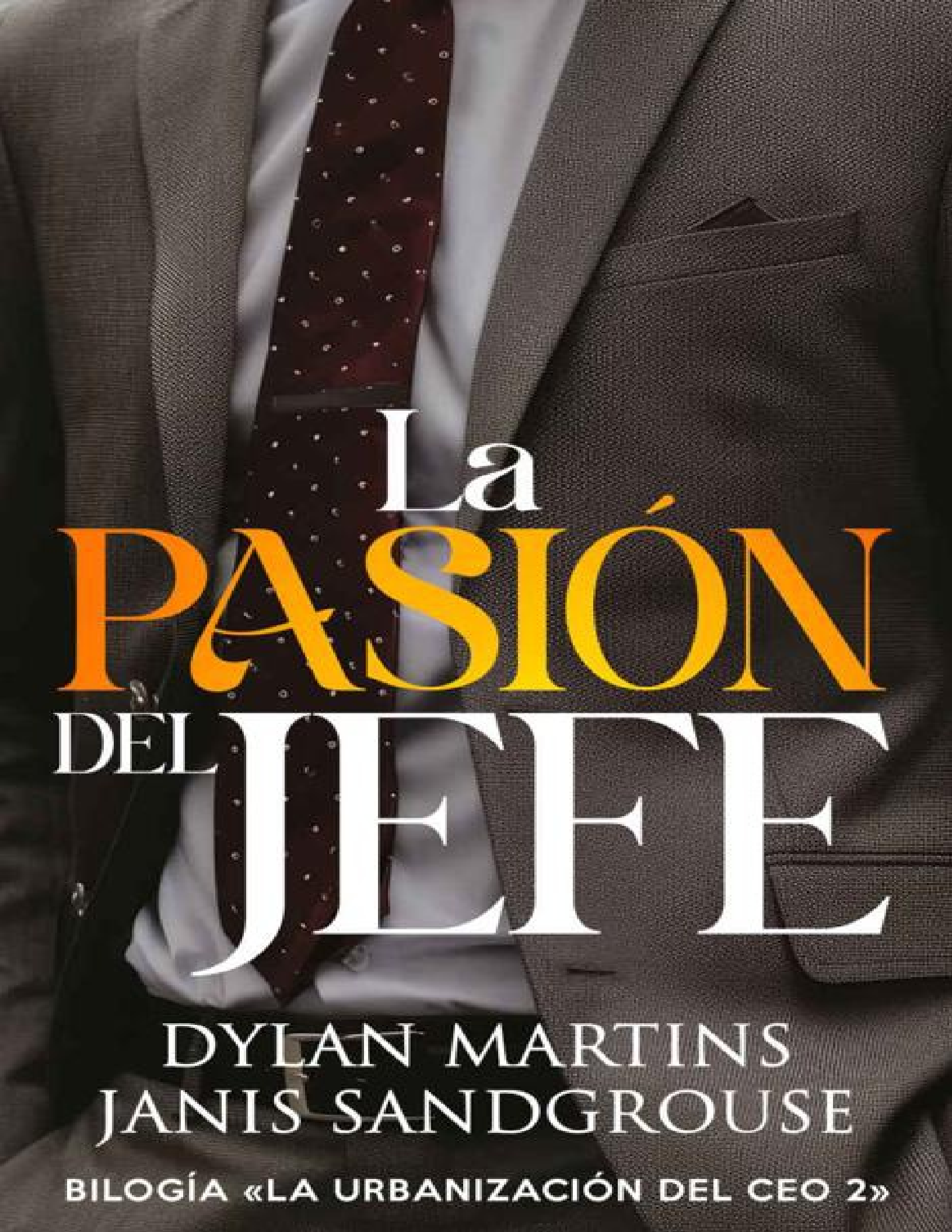

La
PASIÓN
DEL
JEFE
DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE
BILOGÍA «LA URBANIZACIÓN DEL CEO 2»

La PASIÓN DEL JEFE

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

BILOGÍA «LA URBANIZACIÓN DEL CEO 2»

La PASIÓN DEL JEFE

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

BILOGÍA «LA URBANIZACIÓN DEL CEO 2»

Primera edición.

La pasión del jefe. Bilogía «La urbanización del CEO» nº2

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©enero, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

La pasión del jefe. Bilogía «La urbanización del CEO» nº2

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©enero, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

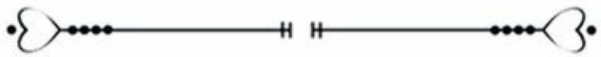
ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo 1
Epílogo 2

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo 1
Epílogo 2

Capítulo 1



Martina

Una semana había pasado desde ese fatídico día en el que me echó de su vida y de la urbanización de la manera más denigrante, dolorosa e injusta. Y todo, por creerme capaz de algo que jamás haría y peor aún, creer a un ser que había destrozado mi vida y volvía a hacerlo con esas injurias y mentiras.

Me resultaba totalmente imperdonable. ¿Cómo se había tragado semejante calumnia? Pues lo había hecho, tratándome como si fuera una delincuente y no concediéndome ni el derecho a la presunción de inocencia que toda persona merece.

Después de compartir tantas cosas con él era lo último que esperaba, que creyera todo aquello, me mirara con ese odio y dijera las palabras que me dijo: puta, ladrona y mentirosa. Jamás se me iban a olvidar.

Pero la vida seguía, llegaba la hora de coger el toro por los cuernos. Lo malo es que cada vez que me iba a enfrentar a ese toro me daba una cornada, porque no tenía fuerzas ni para respirar en aquellos días.

Y eso no era lo peor. Lo peor de todo es que Lara y Maica nos habían bloqueado a Valentina y a mí, dando por hecho lo que ellos les habían contado y no anteponiendo que éramos sus amigas y nos conocían.

Mis padres lo estaban pasando muy mal de verme tan destruida. Ni cuando regresé de Escocia estaba de esta manera en la que era como un zombi, pues no reaccionaba a nada.

Supongo que se unieron varios factores: el primero, que me estaba ilusionando con Conrad de una manera que no esperaba y el segundo, que era un nuevo palo más que sumar al que me dio el escocés, y cuando te golpean donde ya tienes una herida, como que el dolor es mayor.

El día anterior Valentina me pidió que me fuera con ella una temporada a su casa. Había venido cada día a estar conmigo y lo estaba pasando muy mal de verme así. Sin embargo, no lo hacía por haber tenido que perder su trabajo para anteponerme a esa injusticia. Mis padres me animaron a irme con ella, resignados a ver si así levantaba cabeza, ya que estaba metida en un pozo sin fondo.

—Hija, a nosotros no nos sobras en absoluto y no lo harás nunca, pero es que ya no sabemos qué hacer para arrancarte una sonrisa. Pareces un alma en pena. Valentina tiene mucha fuerza y ella tirará de ti —me aconsejó mi madre, un tanto agobiada por verme así.

—Sí, o logra tirar de mí o me tirará directamente de los pelos. Algo hará.

—Como si te deja calva con tal de que reacciones, cariño, que tu padre y yo lo único que queremos es verte bien y contenta.

—Voy a estar bien, mamá. No te preocupes, de verdad.

—Dejaré de preocuparme cuando lo vea con estos dos ojitos.

—Y bien bonitos que son.

—Tú sí que eres bonita. Ahora solo falta que te vuelva a salir esa sonrisa tan linda que has tenido siempre y que ese hombre te ha arrebatado—salió de la habitación porque cuando se le calentaba el pico comprendía que era mejor que no la escuchara porque dejaba de ser fina.

Preparaba mis cosas para irme con Valentina mientras no podía reprimir las lágrimas. Todo fue muy humillante tanto como al día siguiente que me citó su asesor laboral para firmar que renunciaba al trabajo y a todos mis beneficios o me encontraría una demanda por robo. Eso se me clavó en el alma.

Se llamaba chantaje, así se llamaba lo que me había hecho, obligándome a dejar toda mi vida atrás por algo que era una absoluta mentira, por algo que no hubiese hecho ni en siete vidas que tuviese la oportunidad de vivir.

Lo firmé porque no tenía fuerzas para enfrentarme a nada y con el poder que tenía era capaz de dejarme con unos injustos antecedentes que me mancharían como persona. O peor aún, con mis huesos en la cárcel.

Es lo que hubiese faltado ya. Y lo creía capaz de eso y de más, porque Conrad me había enseñado los dientes. Ese era zorro viejo y el colmillo lo tenía retorcido, metafóricamente hablando, puesto que la dentadura la lucía tan perfecta como el resto de su anatomía.

La desolación era tan grande que no era capaz de asimilar algo así. Sabía que superar esto me iba a costar un mundo y era consciente de que tampoco podía perder mucho tiempo de mi vida sin ponerme a hacer algo con esta Tenía que trabajar, pero, ¿quién iba a contratar ahora mismo a un alma en pena que era incapaz ni siquiera de sacar una pequeña sonrisa? Pero es que no me salía, desde que vi la peor cara de Conrad, no me salía ni una sola sonrisa.

Vagaba por la habitación sin apenas dar pie con bola. Me faltaba claridad mental hasta para tener claro qué debía meter en las maletas. Me encontraba acorralada, atemorizada, chantajeada, humillada, tocada y hundida. Un

cóctel completo, vaya. Uno de esos sí que me hubiese tomado, la verdad, para olvidarme de tanta mierda, pero bien cargadito de alcohol; de ese alcohol en el que muchos ahogan las penas en momentos en los que te comen.

Le había escrito dos horas atrás un mensaje a Valentina, que me contestó escuetamente, ya que había ido a una reunión de algo de trabajo que luego me contaría cuando nos viésemos en su casa.

No quería molestarla y más cuando sabía que ella haría todos los esfuerzos posibles para que saliéramos adelante en un momento en el que también se vio salpicada por algo de lo que no tenía la más mínima culpa. Otra injusticia que también me pesaba como una mochila bien cargada de piedras. Ganitas sentía de vaciarla liándome a pedradas con ese desgraciado que se creyó más que nadie solo por estar en la posición en la que se encontraba.

Tenía reunido un dinerito de este tiempo trabajando como relaciones públicas y que había cobrado muy bien, gracias a Dios por esas suculentas propinas, y también por el tiempo que estuve en la clínica. Además, también contaba con los novecientos euros de los mil que me dieron mis padres cuando llegué de Escocia y que seguían intactos. Pero el dinero era efímero y no se vivía del aire, así que tenía que salir pronto de este estado y poner mi vida en marcha por muy desolada que estuviera.

No estaba acostumbrada a que nadie me tuviera que sacar las castañas del fuego. Tenía un par de manitas para trabajar y así lo haría en cuanto tuviese la oportunidad.

Para eso tenía que reponerme un poco, pues no podía acudir a ningún lugar a pedir trabajo llorando y con cara de depresiva total. Así solo me cogerían en un pasaje del terror o algo parecido. No me faltaba más que verme dándole escobazos a la gente para ganarme la vida. Solo había ahora mismo dos personas en este mundo a las que les daría un escobazo, tan solo dos, pero sin duda alguna, suficientes.

Pensaba en pamplinas así porque enfrentarme a la realidad me dolía como si me marcaran con un hierro candente. En cierto modo, así lo había hecho Conrad, porque sentía que mi vida estaba marcada por él. No habíamos compartido mucho tiempo, pero sí unas experiencias inolvidables que me hicieron sentir especial. Y de pronto estaba sintiéndome especial también; especialmente jodida por él.

No sabía si me dolía más saber que pese a todo lo amaba con todas mis fuerzas o la humillación tan grande que sentía en mi corazón por ser consciente de las cosas tan feas que pensaba Conrad de mí.

Las personas tendríamos que venir con un botón de serie que nos permitiese apagar los sentimientos una vez que fuésemos conscientes de que otras personas no los merecen. Y así poder olvidarnos de ellas. Ojalá.

¿Tan poco me conocía para dar por supuesto algo sin apenas dudarlo? En sus ojos pude ver tanta ira, desprecio y odio, que esa mirada se me quedó grabada a fuego.

Dejé todo listo para que mi padre me llevara en un rato cuando ya me asegurase de que Valeria había regresado a su casa.

—Que bien huele —murmuré con tristeza entrando a la cocina.

—Hija, estamos preparando unos raviolis negros con salmón y nata, estamos haciendo bastante para prepararos un recipiente y también hicimos una carne estofada para que cuando la vayáis a comer le echéis un arroz.

—Gracias, mamá —le acaricié la espalda y besé su mejilla.

—Tienes que levantar esos ánimos y que nadie te haga dudar de la gran persona que eres.

—Poco a poco —la abracé buscando un poquito de consuelo para todo el dolor que sentía en mi corazón.

—Sin prisas, pero sin pausas, cariño —me dijo mi padre, al que también abracé porque también era mi ángel de la guarda.

Recordar que les di de lado cuando me fui con Logan y que no dudaron en abrirme de nuevo las puertas de casa para recoger mis pedazos, eso se lo agradecería el resto de mi vida. Y que ahora tuvieran que verme de nuevo así, con el corazón roto y un dolor tan grande como el que me había causado Conrad, era algo que no me iba a poder perdonar nunca.

—Que bien huele —murmuré con tristeza entrando a la cocina.

—Hija, estamos preparando unos raviolis negros con salmón y nata, estamos haciendo bastante para prepararos un recipiente y también hicimos una carne estofada para que cuando la vayáis a comer le echéis un arroz.

—Gracias, mamá —le acaricié la espalda y besé su mejilla.

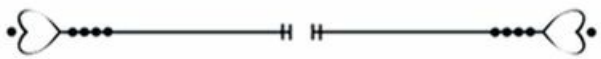
—Tienes que levantar esos ánimos y que nadie te haga dudar de la gran persona que eres.

—Poco a poco —la abracé buscando un poquito de consuelo para todo el dolor que sentía en mi corazón.

—Sin prisas, pero sin pausas, cariño —me dijo mi padre, al que también abracé porque también era mi ángel de la guarda.

Recordar que les di de lado cuando me fui con Logan y que no dudaron en abrirme de nuevo las puertas de casa para recoger mis pedazos, eso se lo agradecería el resto de mi vida. Y que ahora tuvieran que verme de nuevo así, con el corazón roto y un dolor tan grande como el que me había causado Conrad, era algo que no me iba a poder perdonar nunca.

Capítulo 2



Martina

Valentina me avisó de que ya estaba llegando a su casa y mis padres me acercaron para luego ellos ir a comprar unos pasteles para merendarlos por la tarde.

Me despedí con un fuerte abrazo a cada uno, aunque nos veríamos continuamente, ya que estábamos al lado, así que no hubo nada más que buenos deseos para que con Valentina hiciera planes y saliera de este pozo.

—Sonríe o no entras —me dijo sacándome una carcajada.

Me sacó una risilla como ella sola sabía hacerlo. Era única. Nos abrazamos y pasé a dejar las cosas en la habitación que tenía al lado de la suya y que yo ocuparía este tiempo.

—¿Qué tal la reunión?

—Te vas a caer redonda al suelo —se echó a reír llevando la mano a su boca y mirándome como si hubiera hecho una de las suyas—. La reunión la preparé yo de emergencia con los tres mosqueteros.

—¿De quién me hablas? —fruncí el ceño, porque juro por mi vida que yo no había oído hablar de esos tres, nunca.

—De los reyes de la noche… —se refería así a Conrad, Ethan y Gonzalo.

—Que, ¿qué?

—Hija, a ver sí te creías que tu amiga —se refirió a ella misma—, que tiene más recorrido del que crees, no tenía un As bajo la manga, y no un As cualquiera, no, no, el As de todos los Ases —se echó a reír—. Por cierto, si Conrad tenía mala cara cuando llegué, cuando los dejé allí la tenía peor aún, parecía un pollo caducado.

—¿Qué has hablado con ellos? —Estaba totalmente en shock.

—Más que hablar… Los amenacé —sonrió ampliamente.

—¿Por qué? ¿Con qué? No quiero que te metas en ningún lío por mi culpa.

—¿Me vas a dejar que te cuente y te dejas de tantos prejuicios, por favor?

—Venga —solté el aire que sentía que me presionaba en el pecho.

—Cuando llegué estaban los tres en su rincón del Club esperándome. Antes de sentarme le dije al camarero que me pusiera el champán más caro de la carta —se echó a reír—. Me senté mirándolos, sonriente, sin decir ni lo más mínimo. Estaban serios tirando para cabreados. Aún les dura la mala leche que llevan en el cuerpo.

—Sigue, noto hasta que tengo ansiedad.

—Relájate, que he salido de allí como la patrona de la urbanización —dijo poniendo cara de altivez—. Los he puesto en su sitio, por ti —me señaló con su dedo y luego lo llevo hacia ella— y por mí.

—¿Qué les dijiste? —pregunté ansiosa por saber ya lo que había pasado.

—Los miré a cada uno de ellos sin perder la sonrisa antes de soltarles que iba a negociar. La cara de todos era un poema mientras me decían que, ni estaba en posesión de negociar, ni tenía nada para tener que hacerlo. Entonces yo, sin perder la sonrisa en ningún momento, miré a Gonzalo y le dije que el vídeo de aquella noche metiéndomela hasta la garganta lo tenía a buen recaudo por si me pasaba algo. Que su cara era de un gozo increíble y que sería muy divertido ver hasta cuánto serían capaces de pagarme las revistas por hablar y cederlas —echó una carcajada. Acababa de soltar una bomba y lo había hecho como si nada.

—¿¿¿Te has acostado con Gonzalo??? —le pregunté con el máximo de los asombros, porque creía conocer todos sus secretos y de pronto me enteré de que había alguno del que no estaba enterada.

—Bueno, más que acostar estuve a perrito —reía a carcajadas cuando yo no podía cerrar la boca de mi asombro

—No hace falta que entres en detalles. Sigue, que tengo el corazón a mil —le pedí que lo hiciera, de lo más sorprendida y emocionada a la vez.

—¿Te acuerdas que cuando nos marchamos aquel día le dije a Conrad que esa no era una urbanización de lujo, sino de narcos?

—Sí, he estado por preguntarte por qué le dijiste eso.

—Pues a eso voy. Les dije también que tenía pruebas de que ellos tuvieron mucho que ver con el mayor alijo de hachís que entró en la isla y de la que se llevaron una buena tajada que supieron blanquear demasiado bien con la

discoteca y algunos eventos ficticios. Ellos sabían que yo me olía algo en aquel entonces, pero ahora les dije que, aunque no se lo confesaría nunca, su asesor laboral entre mis sabanas me contó todo lo que hicieron y cómo limpiaron el dinero. Les advertí que todo estaba también grabado —se echó a reír.

—¿¿¿Te has acostado con el asesor??? ¿¿¿Son Narcos??? Mira que estoy que se me va a salir el corazón. ¡¡Responde!! Que me tienes atacada perdida.

—No me he acostado con nadie, pero la duda la van a tener siempre y lo de "narcos", no, no son narcos, pero que estuvieron involucrados en esa operación te digo yo que sí —afirmó con una contundencia que no sería yo quien la pusiera en duda.

—A mí me va a dar algo. ¿Y para qué has hecho eso? ¡No entiendo nada! —dije agobiada y con tristeza.

En el fondo, si eran todo eso, igual tenían también mucho peligro y mi amiga se había buscado tres enemigos. No quería ni pensar en que le tocasen un pelo, porque por mi Valentina mataba, a lo Belén Esteban con su Andreíta.

—Conrad te echó y los otros dos lo permitieron sin derecho a nada de manera injusta y deleznable. Hicieron qu me fuera de mi trabajo con sus malos actos. ¿Qué vamos a vivir, del aire? O peor aún, ¿nos vamos a gastar nuestros ahorros mientras buscamos un buen trabajo? ¡Un mojón para ellos! Les he dicho que quiero para cada una comisión legal por el concepto que quieran de gestión y que sea declarada, como si es por imagen, total ni qu fueran a venir a comprobarlo. Antes de las tres, o la tenemos en la cuenta o sus caras se harán virales en todas las redes y ganaremos mucho más dinero vendiendo exclusivas.

—No debiste hacer eso. Nuestra dignidad está por encima —le contesté sin entender demasiado para qué había dado un paso tan arriesgado y sin consultarme.

—¿Dignidad? ¿Esa que te pisotearon? ¡Venga ya! La dignidad la van a pagar barata porque les podía haber pedido mucho más. Qué se den con un canto en los dientes de que no les he sacado los ojos.

—¿Cuánto le has pedido?

—Poca cosa, cien mil euros para cada una…

—Valentina dime que es una broma de mal gusto porque tengo el corazón a punto de parárseme.

—¿De mal gusto? Mal gusto lo que han hecho esos tres sinvergüenzas. Ah, por cierto, le dije a los dos subordinados —se refirió a Ethan y Gonzalo ya que ella como todos, veía a Conrad como el gran jefe—, que les dijeran a sus acompañantes —se refirió a Lara y Maica— que no se les olvidara que personas como ellas, se encontraban en cualquier rincón.

—Madre mía la que has liado —me llevé la mano a la frente.

—Poco, poco he liado. Ya te digo que podía haber montado un pollo todavía más gordo.

—¿Más gordo? Pues este, pesa ya unos cuantos kilos.

—¡¡Nena!! Que nos van a ingresar una cantidad con cinco ceros, ¿a ti eso qué te parece? ¿No es lo más *fashion* que te ha pasado en tu vida?

—No, lo más *fashion* que me ha pasado en mi vida eres tú. Esto es lo más loco, es verdaderamente loco.

—¿Y quién quiere cordura pudiendo tener locura y cien mil eurazos en su cuenta? ¿Tú te imaginas lo que haremos con eso?

—Ahora mismo, con controlar el mareo que estoy empezando a sentir, ya tengo bastante.

—Pues menos marearte y más venir a dar saltos de alegría conmigo. ¡¡Y que sepas que esto hay que celebrarlo! ¡¡Nos iremos de fiesta loca!!

—¿A quién me recordará eso de loca?

—*"Loca, loca, loca…"* —me empezó a cantar por Shakira con todo ese glamur que mi niña derrochaba.

No, ni en mis peores pensamientos sobre Conrad habría llegado a imaginar que estuviera involucrado en algo como lo que me acababa de contar Valentina. Desde luego que, si todo lo que había dicho no sería considerado una mega bomba exclusiva en el mundo de la prensa, no sabía yo qué podría serlo…

—Madre mía la que has liado —me llevé la mano a la frente.

—Poco, poco he liado. Ya te digo que podía haber montado un pollo todavía más gordo.

—¿Más gordo? Pues este, pesa ya unos cuantos kilos.

—¡¡Nena!! Que nos van a ingresar una cantidad con cinco ceros, ¿a ti eso qué te parece? ¿No es lo más *fashion* que te ha pasado en tu vida?

—No, lo más *fashion* que me ha pasado en mi vida eres tú. Esto es lo más loco, es verdaderamente loco.

—¿Y quién quiere cordura pudiendo tener locura y cien mil eurazos en su cuenta? ¿Tú te imaginas lo que haremos con eso?

—Ahora mismo, con controlar el mareo que estoy empezando a sentir, ya tengo bastante.

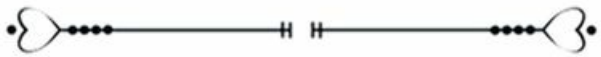
—Pues menos marearte y más venir a dar saltos de alegría conmigo. ¡¡Y que sepas que esto hay que celebrarlo!! ¡¡Nos iremos de fiesta loca!!

—¿A quién me recordará eso de loca?

—*"Loca, loca, loca…"* —me empezó a cantar por Shakira con todo ese glamur que mi niña derrochaba.

No, ni en mis peores pensamientos sobre Conrad habría llegado a imaginar que estuviera involucrado en algo como lo que me acababa de contar Valentina. Desde luego que, si todo lo que había dicho no sería considerado una mega bomba exclusiva en el mundo de la prensa, no sabía yo qué podría serlo…

Capítulo 3



Martina

Llevaba una semana en casa de Valentina y aunque ya estaba un poco más animada, aún seguía siendo una muerta viviente, como ella tan cariñosamente me llamaba.

Me costaba conciliar el sueño, seguía muy cansada y me esforzaba por tirar de mi cuerpo.

Ella, que me cuidaba cantidad, no paraba de tratar que me animase.

—*Hello*, preciosa. Aquí tienes vitamina C a tutiplén para el cuerpo, ¿se puede pedir más? —me preguntó aquella mañana.

—Esto no es un zumo de naranja. Es un espectáculo, si hasta le has puesto una sombrilla y todo. Qué arte más grande. Me recuerda a…

—¿A qué te recuerda?

—Me recuerda a cuando estuve con él en Jamaica —suspiré.

—¿Con el innombrable? Cuidadito, no lo invoques, que ese en esta casa es como decir, tres veces el nombre de *Beetlejuice*.

—Tranquila, que por mucho que lo hiciera, ese no aparecería. Además, que lo odio.

—Pues eso es lo que tienes que hacer. No se merece a una mujer como tú ni en sus mejores sueños el muy desgraciado. *Baby*, tómate el zumito y aquí tienes unas tostadas con mermelada de higo que son una delicia.

—¿De higo? No la he probado nunca, aunque si te digo la verdad, no me apetecen mucho.

—No, si al final el higo será lo que me toques… Y no valen bromitas de que no tengo, porque en mi cabeza lo tengo. Y todo lo que puedas imaginar, lo puedes alcanzar.

—Guapa, inteligente, negociadora y optimista, ¿se puede ser algo más?

—Rica y poderosa… Millonaria, en definitiva. Y estamos en el camino. También se puede ser *royal*, pero paso de pamplinas de príncipes azules, *amore*, que luego les da por desteñir. Estoy súper empoderada, no los necesitamos para nada.

—Pero la vida con amor es más bonita, Valentina, reconócelo.

—¿Y no hay amor en esta casa? Huele, huele…

—Huele a ambientador, a ese de colonia que echas.

—Vamos, que sí, que me piensas tocar el higo. Desayuna ya o cobras, no lo repito dos veces.

—¿Más? Con los cien mil euros ya me es suficiente.

Los chicos cedieron a la petición y nos abonaron el importe en cuenta. Dinero que lo veía manchado por la maldad humana de un ser que me señaló como la artífice de algo que nada tenía que ver con mi clase de persona. Por eso para mí era impensable tocarlo, ya que me daba mucho asco de las manos y forma de la que venía.

Valentina insistía en que el dinero estaba para moverlo, pero me sentía incapaz. Ella tenía más arrojo que yo, aparte de que contaba con la ventaja de que su corazón permanecía intacto y no partido en mil pedazos como el mío.

De momento, no tenía necesidad de tomar decisiones precipitadas y prefería tomarme un tiempo para encauzar mi vida. El cansancio que sentía en mi interior se reflejaba también en mi exterior. Por las noches no dormía bien y al llegar la mañana se me pegaban las sábanas, me costaba levantarme, y me sentía deprimida.

Me costaba pensar en el nuevo rumbo que tomaría mi vida. Sentía como si el maldito de Conrad me la hubiera dejado en suspenso, cuando la única realidad era que me correspondía a mí apretar el botón *de "play"* y hacerlo antes que después. Solo así me sentiría viva, porque con el corazón en la mano os digo que en esos momentos no había vida en mi interior, solo pena, ira, rabia y rencor… Sentimientos todos ellos que te llevan a sentirte muerta.

Veía a mis padres casi todos los días, ya que algunos íbamos a comer con ellos a su casa y otros, nos invitaban a comer en la calle para así obligarme a salir. Por no hablar de todos los mensajes que me enviaban. Siempre estaban pendientes de mí.

No tenía palabras para agradecerles que estuviesen tan volcados. Les tenía muy preocupados, y es que ya no sabían qué hacer para verme un poco mejor, para que comenzara a remontar.

Otra mañana, me tomaba el café cuando Valentina se levantó con la fuerza de un huracán. Curiosamente ese día no se me habían pegado las sábanas, sino que sentí el ímpetu de levantarme cuando los primeros rayos del sol entraron por mi ventana. Y los contemplaba en silencio cuando irrumpió ella.

—Me acaba de mandar un mensaje Cristiano —se refirió al DJ—. Dice que tiene ganas de verme, niña —seguía viéndolo de vez en cuando y a escondidas del mundo.

—Pues aprovecha y ve.

—Hemos quedado en vernos en su casa esta noche para cenarnos —su carcajada era contagiosa y hasta me hacía reír a mí. Me encantaba con la felicidad que lo veía todo—. Por cierto, tú y yo hoy nos vamos de *shopping*. No me valen excusas —me advirtió, señalándome con el dedo.

—No me apetece mucho, la verdad.

—Ni a mí aguantarte con esa cara y aquí estoy, viéndote día tras día. Y sin quejarme ni nada, así que tampoco admito tus quejas.

—Gracias por tu sensibilidad —volteé los ojos dándole su café.

—Ni sensibilidad ni leches. ¡¡Qué te vistas ya!!

—Hoy no me dices ni *baby*, ni niña, nada de cosas bonitas, hoy a empujón limpio, ¿no?

—Si es que no hay manera contigo. Si fueras un tío, te diría que te pesan los huevos. ¡¡Qué te muevas, coño!!

—Tú no sueles decir palabrotas.

—Porque soy muy *chic*, pero tú me calientas la boca. O te vistes, o te torturo poniéndote la música a toda leche.

—No, no, que sabes que estoy muy sensible y no me va la música alta ahora. Todo me molesta.

—Pues nada, cuando salgamos de marcha tú y yo, pedimos que la música nos la pongan flojita, que no vaya a afectar a tus delicados oídos. ¡¡¡Qué corras a vestirte!!! —me chilló y casi me estalla un tímpano.

Me tuve que vestir a la fuerza y corriendo, pues cualquiera le quitaba la idea de salir a la avenida principal de la ciudad que estaba llena de tiendas abiertas durante todo el día.

Una vez me hube vestido y que tuvo la certeza de que iríamos, desayunamos tranquilamente antes de prepararnos y coger un taxi para no volvernos locas buscando aparcamiento.

El glamour que siempre llevaba encima Valentina era increíble, hacía que todo el mundo se girara sonriendo. Era una preciosidad que lucía los tacones y bolsos como nadie y que llevaba una sonrisa por bandera. Se la veía feliz, ella lo era.

—Niña, sonríe a la vida, que hace dos semanas ya que nos liberamos de esos ingratos —dijo con su risilla y andando como una modelo.

—Le echo ganas, no te creas —suspiré.

—Tenemos que quemar tarjeta para liberarnos, niña.

—No estoy muy por la labor de quemar mis ahorros.

—¿Ahorros cuando tenemos la cuenta con un montón de ceros?

—No me recuerdes ese tema. Intento tenerlo aparcado a un lado.

—Desde luego que si te metieran en un convento eras la madre superiora —resopló a la vez que frenaba delante de un escaparate y se quedaba mirando un top monísimo en dorado.

—Es muy bonito —murmuré.

—Lo veo para mis pantalones blancos pitillos. Vamos a entrar —se dirigió hacia dentro con ese glamour que despertaba.

—Claro, pruébatelo. Te quedará sensacional.

—¿Y qué no me queda a mí sensacional?

—Ojalá tuviese tu ego.

—Es que eso se trabaja y tú ahora estás con la batería bajo mínimos. Pero ya se te van a acabar todas las tonterías porque me voy a encargar de cargarte las pilas.

—Si es que no tengo ganas de nada. Y encima con este cansancio, que me cuesta mucho hacer cualquier cosa.

—Te la estás ganando. A callar y a asesorarme.

—Si tú no necesitas nadie que te asesore. Tienes un estilo, que ni una *influencer*. ¿Nunca te has planteado serlo?

—Lo petaría a tope como *influencer*, cierto.

—Desde luego, si ya lo petas con todo lo que subes a las redes.

—Me gusta revolucionar al personal, que me deseen, que me…

—Deja ya de hacer esos movimientos sensuales que la dependienta te está mirando.

—Pues que mire y aprenda.

Menos mal que era una tienda de las medianamente asequibles porque fue un visto y no visto el encontrarse de repente con un montón de prendas sobre el brazo para probarse.

Igualita que yo, que estaba en un momento de mi vida que, si mirarme al espejo era como decir que acababa de ver un fantasma, lo de probarme ropa, mejor que ni me lo planteara, de verdad.

—Desde luego, si ya lo petas con todo lo que subes a las redes.

—Me gusta revolucionar al personal, que me deseen, que me…

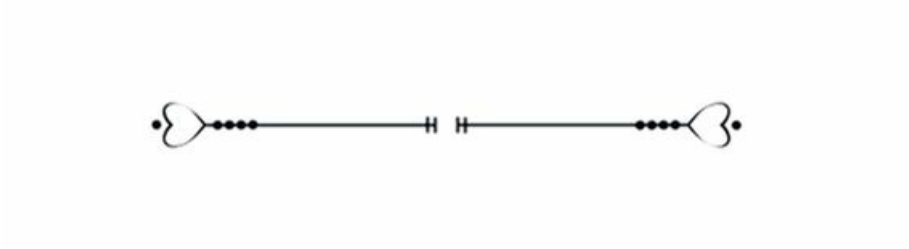
—Deja ya de hacer esos movimientos sensuales que la dependienta te está mirando.

—Pues que mire y aprenda.

Menos mal que era una tienda de las medianamente asequibles porque fue un visto y no visto el encontrarse de repente con un montón de prendas sobre el brazo para probarse.

Igualita que yo, que estaba en un momento de mi vida que, si mirarme al espejo era como decir que acababa de ver un fantasma, lo de probarme ropa, mejor que ni me lo planteara, de verdad.

Capítulo 4



Martina

Valentina tenía un carácter muy marcado, igual que un estilo muy definido. Con solo echar un vistazo, sabía qu era lo que le sentaba bien. Y no fallaba. Aparte, que todo le quedaba ideal, cuanto más innovadora fuera una prenda, mejor se le adaptaba como un guante. Y en los probadores ponía morritos y desfilaba para hacerme reír.

Yo me quedé mirando un vestidito holgado de modelo ibicenco que era una monería. Costaba cuarenta euros, nada desorbitado. Me animé a probármelo.

Una vez puesto me di cuenta no solo que me sentaba bien y me parecía de lo más cómodo, sino que no podía ocultar la tristeza que transmitía en mis ojos y las bolsas que tenía de tanto llorar.

Me decanté por él, ya que era un vestido que podías ponerte con unos tacones y quedar de lo más *chic*, como decía Valentina, como con unas sandalias para ir más de mañana.

Aunque no estuviese para tirar cohetes, terminé cogiendo también una camiseta de tirantes básica en color blanca que tenía un corte muy mono y que salía nueve euros. Nada que ver con ella que se acababa de fundir ciento treinta euros, aunque debo reconocer que llevaba unas prendas preciosas.

Entramos a una tienda de joyería muy reconocida que tenía unos precios también muy asequibles. Valentina se volvió loca probándose collares, pulseras, pendientes y anillos que ponía en el mostrador para comprarlos todos.

Los abalorios le flipaban y aunque tenía mogollón de ellos, todos le encantaban para llevárselos a casa.

El caso es que ella era una persona a la que le gustaba comprarse cosas, aunque era muy mirada por el dinero, pero claro, ahora decía que se iba a dar muchos caprichos a costa de lo que les había sacado a los tres mosqueteros. Y razón no le faltaba. A mí me animaba a hacer lo mismo.

Me probé una pulsera de plata muy fina y rígida que tenía unos labrados como egipcios. Me gustó mucho.

—Trae, que yo te la regalo —me la quitó de las manos.

—No, no, ya me la pago yo, solo estaba pensativa —recordaba ese momento al final de la noche en el cuarto de la lujuria donde me preguntó si lo dejaría sanar todas las heridas que me causó el otro. Vaya ironía, ahora me las había triplicado precisamente él.

—Quita, que te lo quiero regalar —me la arrebató de las manos.

—No es necesario —volteé los ojos viendo que me daba la espalda y me ignoraba por completo.

—Si no es una necesidad, es un gusto. Un gusto como el que deberías darle tú al cuerpo, niña.

—Sí, para eso estoy ahora, para un revolcón.

é

—Pues tú verás, porque o te lo das o es la vida quien te lo da a ti. Advertida quedas*, baby.*

Cuando salimos de la tienda decidimos parar a tomar un té en una cafetería preciosa que tenía una terraza en la misma avenida.

—Cágate, Martina, cágate. Los ojos le sacaba a este desgraciado —decía viendo algo en el móvil.

—¿Qué pasa?

—Ni una lágrima más, quiero que veas lo mal que lo pasa el muchacho —giró su móvil y me enseñó una imagen en la que salía él dándose un beso en los labios con Beca, una modelo alemana que era muy conocida en las redes. Estaban en su discoteca. Alguien captó el momento y lo filtró a la prensa, ya que ella era muy seguida— Es un sinvergüenza. Ahora que es el jefazo de la noche querrá ser más figura pública y estar en el salseo. Qué pronto olvidan sus orígenes. Son todos unos putones, como yo —se echó a reír en un intento de hacerme reír.

Le devolví el móvil conteniéndome de llorar y tragué saliva. Volvía a pasarme como con Logan, el que comenzó diciendo que yo era diferente y estaba cambiando su mundo, para luego tirarme como una rata en la cloaca. Qué poquito les duraba el amor a las personas. Y qué palo más grande me había llevado con Conrad, al que sí creí diferente.

—¿Sabes qué? Tengo ganas de quemar tarjeta, sí. Ya se acabó llorar por alguien que no se merece no solo una lágrima mía, sino ni el más mínimo de mis pensamientos, esos que, aunque no quiera se los seguirá llevando durante un tiempo, pero quiero cambiar. Estoy tan cansada de ser una víctima y darme pena todo, cuando yo no le importo más que a ti y a mi familia. Se acabó ¿Una de productos de cosmética?

—¡¡¡Te como!!! —se movió de la silla para cogerme la cara con sus manos y darme un beso en los labios— Nos vamos a ir al “Sephora” y nos vamos a comprar los mejores productos para nuestro rostro. ¿Qué te parece?

—Una maravillosa idea —sonreí a pesar de la tristeza.

Tras tomar el té nos fuimos hacia la tienda que estaba cerca y entramos dispuestas a comprarnos una de esas rutinas para el rostro que eran ahora tan virales. Nos decantamos por una gama que además daba mucha luminosidad al rostro consiguiendo un efecto más rejuvenecedor.

Nos vinimos arriba y terminamos comprando unos rubores en gel, mascarilla para pestañas y un *gloss* para los labios que era una pasada de cómo lo dejaba de brilloso y bonito.

No por eso se me pasaba ni lo más mínimo el dolor que causaba la gran decepción que sentía, pero bueno, iba a poner todo de mi parte para no quedarme estancada en un túnel sin salida.

Tampoco salimos de la tienda sin un perfume, ambas nos decantamos por uno muy floral de *Gucci*.

Está claro que ir de *shopping* no elimina del todo el dolor, pero por supuesto lo mitiga, y mucho. Y la cantidad de bolsas que entre las dos llevábamos me hacían sentir mejor en un día en el que entendí que ya estaba bien de llorar por alguien que no merecía ni un recuerdo por mi parte, y que no se había ganado ni una de mis lágrimas.

Nos fuimos a comer a un restaurante mexicano en el que disfrutamos relajadamente del almuerzo y luego continuamos con nuestro día de compras. Esta vez sí que me compré varias prendas que me enamoraron a primera vista.

El caso es que esa tarde no me apetecía volver a casa, así que después de las compras, la invité a entrar en un salón de masajes que acababan de abrir en el centro y que tenía una pinta de lo más exclusiva.

—Espera, espera, ¿tú quién eres y qué has hecho con mi niña? —me preguntó.

—¿Por qué dices eso?

—Porque has pasado de estar llorando por las esquinas a entrar aquí para que nos den un masaje un buen par de maromos.

—Ya conoces la razón, pero, ¿quién te dice que nos lo darán chicos, y no chicas?

—Pues lo digo yo, no faltaría más. A ver, bonita, mi amiga y yo —se dirigió a la recepcionista—, necesitamos un chute de adrenalina.

—Pero aquí se dan masajes, no se hacen deportes de riesgo.

—Dependiendo de quién me lo dé a mí, puede ser un deporte de riesgo para él —le advirtió causando la risa en la chica—, así que dile a un par de valientes que vengan para acá. Y asegúrate de que estén más buenos que la

Nutella a cucharadas o no nos ponen un dedo encima.

—Sé muy bien lo que necesitáis y os lo voy a traer.

—En realidad, lo que necesitamos es un buen polvo, pero mi amiga todavía está ahí, ahí. Ya va avanzando tela, de aquí a nada nos vemos llamando a un *gigoló* para ella.

—¿Pagar por sexo con esa cara? No me lo creo.

Se marchó y Valentina se partía.

—Es lesbi, fijo. Si esa pudiera, el masaje te lo daba ella y no te voy a decir dónde.

—No es necesario, que tan pava no soy, ya me lo figuro.

—Qué vas a ser pava. Por supuesto que no. Tú has espabilado tela y más que vas a espabilar ahora. Te vas a convertir en una tía que hará que ese imbécil de Conrad se cague por la patilla abajo cuando vea lo que dejó marchar.

—Paso de lo que piense. Lo que haga, lo haré por mí misma. A él no pienso volver a verlo en mi vida.

—Bien dicho. Y ahora mira lo que viene por ahí, ¿esos son masajistas o culturistas? Me están poniendo las bragas brasileñas que se pueden exprimir.

—Valentina, no digas eso…

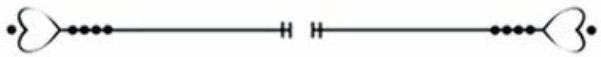
—Hija, pues entonces también se te podrán exprimir a ti, qué quieres que te diga. Me está bombeando el *cuore* que no veas. Aunque a esos sí que los ponía a bombear yo. De hecho, me los estoy imaginando vestidos de bomberos, con sus mangueras listas para apagar el fuego y…

—Y calla, que te van a escuchar.

—Si da igual, el deseo me lo están viendo en los ojos ya, según avanzan. A ver los tuyos… Mira, ya empiezan a tener algo más de chispa. ¡Esta es mi niña! A partir de ahora, ¡fiesta! —gritó. Ella era así, no tenía filtros, era auténtica y la mejor amiga.

Y yo, como en esa vieja canción que alguna vez escuché en casa de mis padres, daba gracias a la vida por tenerla siempre a mi lado.

Capítulo 5



Conrad

Dos semanas habían pasado desde que todo estallara por los aires, dos semanas en las que aún seguía incrédulo por todo lo ocurrido.

La sensación de rabia, decepción y odio no desaparecían en ningún momento, no por eso había dejado de amarla, sería mentirme a mí mismo, pero la realidad es que, a pesar de tener aún algo de ese sentimiento, no quería verla ni de lejos.

No hay nada que odie en el mundo más que la deslealtad. Si se lo había dado todo, ¿qué necesidad tenía Martina de robarme como lo hizo? Es que no se podía caer más bajo. Qué cierto me parecía eso de que puedes convivir con alguien sin llegar a conocer a esa persona en realidad. Y qué mal ojo tuve con una chica que me pareció sincera y que se dedicó a clavarme un puñal por la espalda, sin más.

Me tomaba una copa de vino en el club mientras seguía viendo mi nombre en todos los titulares de las revistas de los medios digitales. No me hacía ni la menor gracia.

Habrá gente a la que le guste eso, pero no es mi caso. Me encanta vivir de mi trabajo y no tengo ninguna necesidad de convertirme en el ojo del huracán mediático para que unos y otros se permitan el lujo de verter opiniones sobre mí sin saber quién soy.

Determinados periodistas son como aves carroñeras y nunca quise darles carnaza. Y allí estaba, habiendo formado un revuelo del que no pretendí participar en absoluto y del que me convertí en involuntario protagonista. Eso me molestaba.

La noche anterior había estado en la discoteca Beca, una modelo alemana reconocida mundialmente y siempre foco de la prensa. El caso es que me saludó de una manera un poco atrevida al hacerlo dándome un beso en los labios y con la mala suerte de que alguien captó el momento.

En su mundo eso no tendría la menor importancia, pero por supuesto que l*os paparazzi* sacaron tajada inmediata del asunto. No me extrañó en absoluto porque con ellos estaba curado de espanto, pero joderme, me jodía.

Ya se nos tachaba de tener un romance cuando con esa mujer no volví a hablar en toda la noche ni tuve intención ni ganas de hacerlo en ningún momento. Fue un hecho al que ni siquiera le di ninguna relevancia, pero que ahora me llevaba a estar en primera línea, algo que no me gustaba.

No me quedaba otra que aguantar el chaparrón. Cuando te mueves en el ambiente de la gente famosa, sabes que vas a ganar dinero, aunque tienes que contar también con la posibilidad de meterte en más de un problema. Y eso era lo que me había pasado.

En fin, al menos no había nadie en mi vida a quien debiera rendirle cuentas por el "incidente", llamémoslo así.

Me encontraba apoyado en la barra del jardín exterior cuando me giré y vi que llegaba el escocés con un amigo suyo.

—Hola, Logan —dije extendiendo la mano y dándole una palmada en la espalda.

—Hola, Conrad. ¿Qué tal?

—Bueno, quería decirte que al final te tengo que dar la razón en todo y sí, ella era esa persona que habías definido perfectamente. Me la jugó a mí también, pero bueno, tampoco merece ya la pena hablar de ella. Solo quería darte las gracias.

Quién me iba a decir en su momento, cuando estaba colado por Martina y quería fundir mi mundo con el suyo, que llegaría a pronunciar esas palabras dirigidas a un hombre a quien ella me describió poco menos que como un canalla y al que yo mismo le habría roto un par de dientes cuando hablaba de ella llamándola ladrona.

—Si yo lo superé después de vivir dos años con ella, tú también lo harás, amigo —me dio un abrazo.

—Claro —sonreí y me aparté para que siguiera hacia la mesa a la que se dirigían para comer.

Me imaginaba lo que tuvo que pasar ese hombre después de tanto tiempo a su lado y haberle abierto las puertas de su casa. Habíamos dado con una mujer sin escrúpulos a la que encima para más humillación, le tuve que ingresar cien mil euros para mantener callada a la amiga. Todo dolía mucho.

Al menos yo no había llegado a tanto con ella, aunque sí intimamos mucho. Y lo peor no fue eso, sino que pensaba que los sentimientos se desarrollaban en multitud de ocasiones en la dirección de la persona más equivocada. Así me ocurrió y así le había ocurrido al escocés. Los dos habíamos sido víctimas de quien conocimos con pinta de mosquita muerta y era más bien una avispa que esperaba el momento exacto para sacar el aguijón e inocular el veneno en sus víctimas.

A Valentina jamás la imaginé de esa manera con nosotros, ya que siempre nos decía que estaba de lo más

agradecida. Ya se veía lo que lo estaba cuando vino demostrando que por dinero era capaz de cualquier cosa. No había derecho a lo que nos hizo.

No es que esa cantidad nos fuera a empobrecer, pero era nuestro dinero, joder… Que ingresárselo a ellas en sus respectivas cuentas había sido toda una humillación por mi parte. Que esas cosas no se hacen y que no podía vivir tranquilo con tanto sentimiento encontrado revoloteando por mi cabeza.

Maldita la hora que le hice caso y contraté a Martina. ¡Maldita la hora! Me envenenaba por dentro con solo pensar lo estúpido que había sido. Me tenía por un tipo que sabía calar a la gente. Había vivido lo mío y esas cosa dan muchas tablas.

No creí que esas dos me la dieran con queso como lo hicieron. Pero ocurrió y eso me tenía tan encabronado que me costaba centrarme en otro tipo de pensamientos.

Terminaba la copa de vino cuando apareció Gonzalo al que estaba esperando, al igual que Ethan.

—¿Qué tal? —me preguntó apretándome el hombro.

—Bien, ahí vamos —traté de escurrir el bulto.

—Tienes que buscar cómo evadir la mente. Te estás haciendo mucho daño.

—Tranquilo, todo va marchando —extendí la mano y nos dirigimos a sentarnos a nuestro rincón para comer.

No tenía ganas de hablar del tema. Bastante me estaba torturando a solas como para hacerlo también en presencia de mis amigos. Con ellos solo aspiraba a echar el rato y a pensar en cosas distintas.

Ethan llegó justo cuando vino el camarero a tomarnos nota. Pedimos una botella de vino blanco y un arroz negro con calamares y langostinos que estaban haciendo como recomendación del día.

—He estado en la clínica veterinaria —nos dijo Ethan—, es una mina de oro. Está saturada y tenemos varios ingresos. Al menos ya que nos han robado doscientos mil euros esas hijas de puta, que lo recuperemos con creces con esa idea que pusiste para ella.

—No nos robaron ese dinero, se lo dimos, y legamente —murmuró un Gonzalo aún decaído por haber sufrido la amenaza de Valentina.

—Bueno, igualmente fue un robo a mano relajada, porque ni armas les hicieron falta.

Hablaban entre ellos, dando su visión del tema. Todo había resultado muy sorprendente y doloroso. Gonzalo había visto su orgullo tocado y yo… Yo me estaba desmoronando por dentro.

Los escuchaba en silencio y se me revolvía el estómago viendo cómo dos niñatas se habían reído de nosotros. S alguien me lo hubiera contado antes de que sucediera, le habría tachado de loco. Pero había sucedido y tocaba apechugar.

—Deja de pensar —me dijo Ethan—, dentro de un tiempo nos estaremos riendo de todo esto.

—Pues no sé dónde vas a ver la gracia —contestó Gonzalo.

—¿Dónde se la viste esa noche para haberte acostado con Valentina?

—Bueno, chicos —solté el aire viendo que la conversación se iba a ir de madre—. ¿Podemos hablar de otro tema?

—No, no, le voy a contestar a este —dijo Gonzalo, señalándolo con el dedo gordo—. Que quizás, el morbo que me dio a mí con unas copas de más, le dio a este más veces, pero no tuvo cojones a hacerlo por los prejuicios.

—No, de eso nada —se echó a reír—. ¿Qué morbo? —Volteó los ojos y se llevó el dedo a la sien en gesto de que estaba loco.

—Sí, el morbo, que sé muy bien lo que me digo. Que ahora es muy fácil apuntarme a mí con el dedo acusador cuando igual eras tú el que estaba loco, loco por hincarle el diente.

—Y tú estás para que te encierren. No sabes lo que dices. A mí no me metas en tus movidas.

—Aquí el tema no solo era ese, también tenía cierta información de lo que hicimos aquella vez participando en la mayor entrada de alijo de chocolate a la isla —les recordé—. He intentado sonsacar al asesor conversaciones de Valentina y me da que se tiró un farol y que no se acostó con él, ni tiene nada que nos pueda salpicar. Aunque por otro lado imagino que este pudo disimular y hacerse el loco para que yo no sepa lo que pasó entre ellos y menos aún la información que esta puede manejar. No sé, pero nos cogieron bien por los huevos.

—No tanto —murmuró Ethan—. Porque yo he sido más listo —levantó las manos y con sus dedos hizo el símbolo de victoria con ellos.

—Sorpréndenos… —solté el aire y Gonzalo lo miraba de medio lado.

—En la factura de ella puse una clave que tiene que ver con lo de aquella noche y los pagos eran por comisión de servicios y gestión. Si nos intenta implicar en algo, yo puedo demostrar que ella cobró por eso esta cantidad. Metí la referencia normal y el concepto PCACM, que es pago de la comisión de alijo de chocolate de Marruecos.

—¡Tú eres tonto! —exclamé a carcajadas.

—Aparte de la numeración tú puedes poner tu concepto y este tiene su lógica —hizo una burla—. Y en el concepto que hay que reflejar ya bien del pago puse: comisión gestión acuerdo.

—Tienes una hostia… —le dijo Gonzalo negando.

—Pues así los políticos han conseguido pringar a otros que querían salir de rositas.

—Nadie nos va a implicar, menos aun cuando se llevó comisiones hasta la jueza —volteé los ojos.

—Yo estoy tranquilo, eso pasó hace mucho y ya está más que muerto y enterrado, es más, inculparon a unos narcos que llevan toda su vida en busca y captura.

La verdad que aquel tema fue algo de lo más puntual. Pusimos el dinero y recibimos unos beneficios millonarios, pero no volvimos a meternos en ningún jaleo más, fue algo de lo más ocasional que nos salió bien, si nos llega a salir mal, ahora no estaríamos aquí hablando de esto.

Sin embargo, o Valentina era muy larga, o el asesor se fue de la lengua. El asunto fue que nos jodió, pero bien que nos jodió, porque me había quedado destrozado con lo que hizo Martina, con esa mierda de robo que me llevó a tener que echarla de mi lado y apartarla de mi camino, pero el colmo de los colmos fue ya cuando tuvimos que "indemnizarlas" con un pastón.

Los chicos estaban de mucho mejor humor que yo. Llegaron unas amigas, un grupo de modelos, en este caso españolas: Nadia, Melodie y Paula.

Paula me echó el ojo de siempre y no sé por qué no tuvimos nada en su día. Supongo que nunca se me rodeó, que las noches en las que coincidimos me pilló acompañado o simplemente estuve en otras cosas.

La forma de cruzar sus interminables piernas, cuya minifalda apenas llegaba a taparle ni una mínima parte, me dio a entender que sus ganas de tema conmigo no se habían esfumado ni mucho menos.

Nadia y Melodie charlaban con mis amigos, mientras ella se me acercó mucho, demasiado. Gonzalo las había invitado a sentarse con nosotros y aceptaron con gusto. En particular Paula, que invadía mi espacio personal, echándose adelante insinuante, coqueteando con su pelo y demostrándome por qué nunca me fijé demasiado en ella.

Puedes tener un físico que sea un portento y esa chica era dueña de uno de ellos: melena de spot publicitario, sonrisa de cine, senos de infarto, caderas poderosas y piernas sedosas y largas… Pero la cabeza vacía, también.

Según avanzaba en la conversación, pues se moría por darme palique, no podía evitar recordar a Martina y a lo mucho que me reía con esos puntos que tenía, ya que la suya sí que era una inteligencia divertida. La mirase desd

el punto que la mirase, Paula podía estar buenísima, pero no había comparación.

Me faltaba el aire y los chicos se dieron cuenta. Tanto es así, que dejaron de actuar en “plan parejitas” y acudieron a mi rescate, porque me estaba agobiando cantidad.

Paula trataba, pese a todo, de acaparar mi conversación. Y a mí no me apetecía en absoluto seguir dándole carrete a quien en otro momento me hubiera tirado sin pensar, aprovechándome al menos de su portentoso físico.

No era el caso. Ni sexo me apetecía con aquel bellezón que, sin embargo, me estaba incomodando cantidad. Y lo que más me jodía era que lo hacía porque la comparaba con alguien, con Martina, a quien tenía que borrar de mi pensamiento.

¿Cómo hacerlo cuando tienes a alguien tan metido en el corazón que no ves la forma de sacarlo sin arrancarte un pedazo de él? Pues la única manera que se me ocurrió aquella noche fue sumergiéndome en alcohol, copa tras copa, hasta que este se encargó de inundar mis venas y de no permitirme nada más que aislarme de una conversación que no me interesaba lo más mínimo.

No era la primera vez en mi vida que bebía más de la cuenta, por supuesto que no, y controlaba. No daría un espectáculo allí, simplemente buscaba la evasión porque todos la necesitamos cuando un dolor nos resulta insoportable, cuando creemos que nos está sobrepasando y que ha llegado el momento de hacerle frente con las armas que cada cual crea conveniente.

el punto que la mirase, Paula podía estar buenísima, pero no había comparación.

Me faltaba el aire y los chicos se dieron cuenta. Tanto es así, que dejaron de actuar en “plan parejitas” y acudieron a mi rescate, porque me estaba agobiando cantidad.

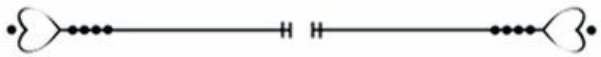
Paula trataba, pese a todo, de acaparar mi conversación. Y a mí no me apetecía en absoluto seguir dándole carrete a quien en otro momento me hubiera tirado sin pensar, aprovechándome al menos de su portentoso físico.

No era el caso. Ni sexo me apetecía con aquel bellezón que, sin embargo, me estaba incomodando cantidad. Y lo que más me jodía era que lo hacía porque la comparaba con alguien, con Martina, a quien tenía que borrar de mi pensamiento.

¿Cómo hacerlo cuando tienes a alguien tan metido en el corazón que no ves la forma de sacarlo sin arrancarte un pedazo de él? Pues la única manera que se me ocurrió aquella noche fue sumergiéndome en alcohol, copa tras copa, hasta que este se encargó de inundar mis venas y de no permitirme nada más que aislarme de una conversación que no me interesaba lo más mínimo.

No era la primera vez en mi vida que bebía más de la cuenta, por supuesto que no, y controlaba. No daría un espectáculo allí, simplemente buscaba la evasión porque todos la necesitamos cuando un dolor nos resulta insoportable, cuando creemos que nos está sobrepasando y que ha llegado el momento de hacerle frente con las armas que cada cual crea conveniente.

Capítulo 6



Martina

Valentina me estaba insistiendo en que saliéramos esa noche y no se me ocurría ningún motivo por el que tuviera que decirle que no.

Nos habíamos comprado mogollón de prendas de esas por las que sentimos flechazo y a mí el despecho me llevaba a tener cantidad de ganas de estrenarlas y de ponerme divina para salir.

—Nada empuja más que un corazón al que le han hecho pupa —le decía mientras me aplicaba ese *gloss* labial con acabado brillo que habíamos comprado.

—Sí, hay algo que empuja más: un empotrador, pero todo se andará. Debiste el otro día subirte a horcajadas sobre el masajista y cobrárselas al mosquetero principal todas juntas.

—Era un masajista…

—Ya lo sé, no un puto, pero que igual al chaval no le hubiese importado. Y tu cuerpo necesita alegría.

—Ni que yo fuera Macarena —resoplé.

—Venga, a bailar las dos. Tú lo has querido.

Puso la famosísima canción a toda leche, con un volumen descomunal, y no podía tener más gracia bailándola. Cada uno de sus movimientos era más sensual que el anterior.

Mis padres tenían razón en que vivir con Valentina había supuesto para mí la mejor de las medicinas. Y enterarme de lo que me había enterado por parte de Conrad también me había ayudado lo mío. Ese ni me había querido, ni me quería, ni me querría nunca. Ese solo se quería a sí mismo.

En fin, que ella se colocó un corpiño que era una virguería, con unos lacitos en la parte trasera que la hacían parecer un bombón andante. Lo lucía con todo su estilo, modelando para mí en el salón.

—Estás que crujes, cariño.

—Ya lo sé, y tú te ves bien linda también con ese vestido, ¡qué tipazo te hace! Vamos a petar la noche, nos lo vamos a comer todo.

—Tranquila, cariño, que yo ya he cenado.

—Sí, pero no hemos tomado el postre, ¿y sabes por qué?

—Me lo imagino, ni me lo digas —hice por taparme los oídos.

—Pues ya lo sabes. No hace falta que te lo diga —rio—. Por lo que nos pueda entrar todavía esta noche.

—Estás muy loquita, niña. Vámonos.

Yo llevaba un vestido que era una monería también, pegado al cuerpo, de punto y con una especie de collar de brillantes que formaba parte de su escote y que según mi amiga me hacía brillar como una estrellita.

—Y ahora, vamos a disfrutar mucho de nuestra *putonoche* —me soltó en cuanto el taxi nos dejó al pie de una d las discotecas de moda de la isla, en la que ella pensaba formarla muy gorda.

Lo primero fue que Valentina conocía a los gorilas de la puerta, quienes nos colaron por toda la cara ante los abucheos de muchos de los que guardaban la cola.

—Envidiosos, que sois todos unos envidiosos. Nosotras es que tenemos entradas VIP —se inventó mientras les dirigía un meneo de culo que a más de uno empalmó. Y también me refiero a los heteros.

Mi amiga era un cañón y encima un cañón con tanto estilo que iba bombardeando a todo el que se le cruzaba en el camino.

Aquella noche se celebraba un evento en la discoteca y en ella se dieron cita multitud de gente importante, entre la que Valentina se movía como pez en el agua.

—Ven aquí, a ver si se van a creer esos que todos están en su disco. Cada vez que veamos un famoso, nos colocamos delante y foto que va. Y luego la subo al *Insta*. Te pongo de colaboradora para que salga en los dos muros.

—Yo no tengo interés en publicar con quién estoy o con quién dejo de estar, Valentina.

—Pero yo sí, ¿qué pasa? Además, mira, no me digas que no es casualidad —me indicó que escuchara lo que

estaba sonando.

Era la canción de Bad Bunny, esa que lo estaba petando y que se titulaba “Debí tirar más fotos”, que hace referencia a que no le tiró demasiadas a esa chica cuando la tuvo.

Todos la cantaban y la bailaban enfervorecidos. Nosotras ya íbamos a por la primera copa cuando un par de chicos tiraron de nuestra mano para que bailáramos con ellos.

Valentina comenzó a hacerlo con ese dominio que tenía y que la llevaba a convertirse en la reina de la pista. Yo le seguía el ritmo y, aunque bailábamos con ellos, en algunos momentos lo hacíamos también a cuatro.

Cuando terminó la canción, habíamos estado dando vueltas y vueltas. Por un momento, me sentí un poco mareada y ella me abrazó.

—Es que mi niña hace mucho que no sale, pero eso lo vamos a solucionar. Los he visto más rapiditos yendo a por copas —les advirtió a ambos.

Ni siquiera nos habíamos presentado, pero ya lo hizo ella por ambas.

—Nosotros nos llamamos Daniel y Borja —le contestó Daniel.

—Venga, Borja, pues adivina cuál es el ron que más me gusta —le dijo al que había bailado con ella—. Venga, te lo voy a poner fácil: el más caro de todos. Y para mi amiga otro, con dos colas. Y no, no va con segundas —les advirtió causando su risa.

—Eres un bicho, Valentina, lo eres —le dije por lo bajini.

—Y lo bien que se lo van a pasar con nosotras, ¿qué me dices de eso? No está pagado. Que no se te olvide que somos un par de divas y que son ellos los que tienen que estar agradecidos.

—Así me gusta, con la moral bien alta.

—Para alto lo que se le ha puesto a Borja entre las piernas cuando me he rozado con él.

—Valentina, si es que le has dado unos refregones que parecía que le estabas sacando brillo.

—Pues claro que sí, que la vida es breve y más cuando bebes. Así que, a beber, *baby*...

Le hice caso. No llegamos a más con ellos ni tampoco con ningún otro, porque fueron muchos los que se acercaron a bailar con nosotras.

—¿Cómo te las apañas para sacarles copas a todos? —le preguntaba ya achispada.

—Y más que les vamos a sacar. ¿Tú estás bien?

—Yo estoy estupendamente, ¿no me ves? Mucho mejor que la modelo alemana —se me vino a la cabeza, tan achispada como comenzaba a estar.

—*Stop!! Baby*, a esa ni se la menciona. Y a él, mucho menos, ¿eh?

—Por supuesto que no, ¿qué has dicho que nos vamos a tomar ahora?

—Una ronda de chupitos y va a ser con aquellos —señaló a un grupo grande que nos estaban mirando.

—Si debe haber al menos doce, ¿serán jugadores de fútbol?

—Joder con el pedo que estás pillando. Son seis, niña. Cabemos a tres por cabeza.

—¿Qué dices? A mí no me cabe nada. Y, además, que no…

—Venga, no seas pavisosa que nos vamos a tomar una ronda de "Plata o plomo".

—¿Qué dices, Valentina? Tú estás más borracha que yo.

—No, que son unos chupitos que salían en la serie "Narcos" y que molan tela, ¿no los has visto en las redes?

—No, pero narcos sí que conozco a tres que…

—Pasa de esa gentuza, venga vamos a por ese grupo.

Se presentó con todo el descaro del mundo, como con los demás.

—*Hello*, mi amiga y yo nos hemos dado cuenta de que debéis estar secos y venimos para haceros un favor: ya no tenéis que pensar. Vais a pedir una ronda de "Plata o Plomo" —les soltó como si nada.

—El favor te lo haría yo a ti, guapa. Y a tu amiga también —contestó el que parecía ser más lanzado.

—Pues menos prisas, que aquí solo estamos hablando de beber. ¡¡Venga!! —palmeó delante de ellos.

—Han movido el culo los seis a la vez, yo flipo contigo.

—Pues ahora los vamos a putoenredar, es decir, a ponerlos más calientes que la barandilla por la que se baja al Infierno, y luego a dejarlos con todas las ganas.

—Tú tienes ganas de putearlos. Esos están pagando por lo que han hecho otros, a mí no me engañas.

—Que pases ya de esa gentuza. Mira qué bandeja más mona de chupitos. Métete aquí a mi lado y *selfi* que tiro con la bandeja y con estos seis tíos buenos.

—¿Te parece que estemos buenos? —le preguntó el que llevaba la voz cantante.

—Sí, pero también me parece que como no dejes de pellizcarme el culo, me vuelvo y te hago una cara nueva. Así que aprovecha por si esta es tu última foto con la antigua —le advirtió y posó con malicia.

A última hora de la noche, nos habíamos reído hasta reventar y bailado hasta que los pies no nos sostenían. Eso sí, cuando el mucho alcohol comenzó a liberarse en mis venas, me dio llorona.

—Y ahora, ¿se puede saber qué te pasa a ti, niña? —me preguntaba ella subida ya en el taxi de vuelta, con el hipo propio de la cogorza que llevaba encima.

—Que lo echo de menos, Valentina, que lo echo de menos.

—Lo repites y te bajas del taxi, fíjate lo que te digo, que estaré borracha, pero no te lo pienso permitir.

—Da igual que no me lo permitas, si me está pasando.

—Ay, *baby*, qué pesadilla lo tuyo ya, ¿no ves que la jodienda de ese tío no tiene arreglo?

—¿Y qué si lo quiero?

—En cuanto lleguemos a casa, por todos los complementos de mi vestidor te prometo que te enchufo más alcohol hasta que te quedes inconsciente, así no te soporto…

—Pues ahora los vamos a putoenredar, es decir, a ponerlos más calientes que la barandilla por la que se baja al Infierno, y luego a dejarlos con todas las ganas.

—Tú tienes ganas de putearlos. Esos están pagando por lo que han hecho otros, a mí no me engañas.

—Que pases ya de esa gentuza. Mira qué bandeja más mona de chupitos. Métete aquí a mi lado y *selfi* que tiro con la bandeja y con estos seis tíos buenos.

—¿Te parece que estemos buenos? —le preguntó el que llevaba la voz cantante.

—Sí, pero también me parece que como no dejes de pellizcarme el culo, me vuelvo y te hago una cara nueva. Así que aprovecha por si esta es tu última foto con la antigua —le advirtió y posó con malicia.

A última hora de la noche, nos habíamos reído hasta reventar y bailado hasta que los pies no nos sostenían. Eso sí, cuando el mucho alcohol comenzó a liberarse en mis venas, me dio llorona.

—Y ahora, ¿se puede saber qué te pasa a ti, niña? —me preguntaba ella subida ya en el taxi de vuelta, con el hipo propio de la cogorza que llevaba encima.

—Que lo echo de menos, Valentina, que lo echo de menos.

—Lo repites y te bajas del taxi, fíjate lo que te digo, que estaré borracha, pero no te lo pienso permitir.

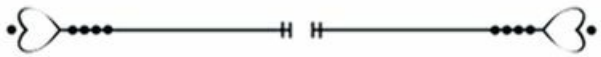
—Da igual que no me lo permitas, si me está pasando.

—Ay, *baby*, qué pesadilla lo tuyo ya, ¿no ves que la jodienda de ese tío no tiene arreglo?

—¿Y qué si lo quiero?

—En cuanto lleguemos a casa, por todos los complementos de mi vestidor te prometo que te enchufo más alcohol hasta que te quedes inconsciente, así no te soporto…

Capítulo 7



Martina

Estábamos muertas de risa en la sala de espera del ginecólogo al que venía a hacerme la revisión, ya que hacía tres años que no me hacía una.

Con Valentina es que todo era una fiesta, hasta algo tan rutinario como eso. Ella le veía la gracia a cada cosa y trataba de contagiarme.

Había pasado un mes desde que salí de aquel lugar con el corazón roto en mil pedazos, pero poco a poco volvía a tener mis momentos de carcajadas.

No es que me hubiera vuelto un chorrito de alegría, como digo, porque las cosas llevan su tiempo. No obstante, contaba con la total seguridad de que saldría del bache y de que dejaría atrás ese mal momento que viví y que ya veía como una pesadilla.

Valentina bromeaba con que le iba a pedir que a ella también se la hicieran por detrás. Su risilla era de esas tan contagiosas que hasta vimos a la chica de recepción esbozar una al escucharla, porque esa niña revolucionaba cada lugar en el que ponía un pie.

Don Tomás, el ginecólogo, era un señor de casi sesenta años con mucho prestigio y del que todos hablaban maravillas. No dudé en acudir a él porque me daba mucha confianza y porque con él me sentiría más a gusto que con otra persona que fuera más fría o distante.

Comenzó haciéndome una ecografía vaginal y la cara se le cambió por completo ya que levantó la ceja. Para mí que tenía clara cuál iba a ser mi respuesta ante la pregunta que estaba a punto de formularme.

—¿Sabes que estás embarazada? —pronunció con voz alta y clara, con una total determinación, pues el tema no era como echar a freír un huevo.

—¡Te preñó! —dijo Valentina, llevándose las manos a la boca, tan sorprendida como yo, pero también con un hilo de emoción en la voz.

—No… No lo sabía —murmuré en shock y pensando que esto debía ser una broma.

—Pues ahora ya lo sabes, Martina. No tengo ninguna duda de que lo estás, así que voy a hacerte la siguiente prueba para que tú misma puedas confirmarlo.

—No sé si quiero que haga esa prueba —le comenté con temor.

—¿Cómo no vas a querer, niña? A lo hecho, pecho. ¿No es eso lo que se dice? —me preguntó mi amiga— Y a la vista está que habéis hecho un muñeco, porque ese va a salir bonito como su madre.

—No adelantes acontecimientos, Valentina, por favor.

—Ya sabes que a mí me gusta ir un paso por delante en todo. Proceda, doctor —le pidió.

—Estaba esperando que me dieras permiso —le comentó con cierta sorna en la voz.

—Pues nada, nada. Sin problema, dele.

Don Tomás hizo una mueca divertida como diciendo que ya nos valía a las dos, que nos habíamos dedicado a estar de cháchara. No mentí en que no sabía si quería una confirmación que estaba por llegarme en cuestión de segundos.

No dudó en hacerme una ecografía de barriga donde los latidos confirmaron sus palabras y es que estaba embarazada de seis semanas…

—¿Lo estás escuchando? Es tu niño, Martina. Eso que oyes son los latidos de su corazón —me decía en tono paternalista.

—Pero eso no puede ser, Don Tomás, no puede ser —le repetí.

—Si me hubieran dado un euro por cada mujer que me ha dicho eso mismo en esta camilla… hoy sería rico —dijo con una leve sonrisilla.

—Y, además, que le digo yo que sí que puede ser, Don Tomás, que esta se hinchó con uno que yo me sé, que no se vaya ahora a hacer la santurrona, que le dio bien al “metesaca”.

—Valentina, por favor, ¿qué va a pensar este señor?

—Pues que por fin alguien que dice la verdad, pienso yo.

Estaba tan paralizada, era incapaz de llorar, reír o ponerme a gritar como loca maldiciendo a un karma que me la tenía más que jurada. Tan solo me dediqué a asentir porque era evidente que sus muchos años de experiencia eran los que me estaban diciendo, que iba a convertirme en madre.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora tienes que buscarle un nombre, y luego le prepararemos su *baby shower,* niña… O al revés, la fiesta será cuando te digan el sexo y en ella lo desvelarás, ¡qué emoción! Pero claro, que será entonces cuando busques el nombre, porque unisex no existen y si hay algo sería un lío, así que…

—Valentina, calla, por favor, que parece que has comido lengua.

—¡Qué más quisiera yo, niña! Ay, doctor, qué emoción, ya que a mí nunca podrá decirme esas palabras, al menos las he escuchado de viva voz para mi amiga. ¿Y ahora qué?

—Eso digo yo, Valentina, que dejes que hable él.

—Pues ahora, de momento, te vas a tomar el ácido fólico. ¿Sientes síntomas o algo, Martina?

—Náuseas no he tenido, la verdad.

—No, no, potar no ha potado la niña. Y menos mal, porque yo la veo hacerlo y voy detrás fijo, es algo que no soporto.

—Valentina, deja que hable él, por favor.

—Es que me nubla la emoción. Qué barbaridad. Madre mía, qué noticia bomba —insistía haciendo todo tipo de gestos cómicos de lo más nerviosos.

—Pero bomba, como que voy a estallar en unos meses. Don Tomás, síntomas no he notado, pero alguna vez en estas semanas me he mareado y cansancio sí que tengo para parar un tren.

—Es muy normal en este período. Te daré la próxima cita pronto para que me vayas contando, pero si tienes que consultarme antes porque aparezcan náuseas o vómitos, no lo dudes.

Salí en shock de la consulta ante una Valentina que lo vivía como si fuera lo mejor que le hubiera pasado en la vida.

—¡Vamos a tener un hijo! —gritaba abrazándome mientras yo la miraba negando y descompuesta.

—Estoy embarazada, Valentina, no sé por qué estás tan feliz si esto lo único que hace es empeorar las cosas.

—¿Esto le estás llamando a nuestro bebé? Porque no se te olvide que va a ser de las dos.

—Para un poco, me va a reventar la cabeza. La que he liado, madre mía —me puse la mano en la frente.

—¿Se lo piensas decir al gilipollas?

—¿Me ves cara de ir a buscarlo después de todo para decirle que estoy esperando un hijo suyo? Me va a decir que es de cualquiera menos de él. ¡Ay, Dios! Un hijo de Conrad… —Me llevé las manos a la cara y fue cuando rompí a llorar.

—Un hijo mío, este será de las dos. ¿Cuántas mujeres recurren a la fecundación para tener hijos en un matrimonio del mismo sexo? Y, además, ¿quién dice que no nos hemos acostado? Por ti me haría lesbiana —reía.

—Tú piensas demasiado y yo solo quiero cavar un hoyo y enterrarme.

—Aquí el único que tiene que cavar un boquete es el energúmeno ese. A ti no te hace falta nadie, tienes unos padres que te aman con locura y una amiga que será parte presente en su crecimiento. ¡Vamos a ser mamis! —Se ponía a aplaudir emocionada.

—Hablando de mis padres, nos están esperando para comer…

—Pues nosotros ya llevamos el postre —se puso la mano en la boca riendo.

Nos dirigimos hacia mi casa entre las locuras que soltaba Valentina y mi autentico shock del que era incapaz de salir. Necesitaba gritar, llorar, patalear y soltar todo lo que ahora mismo sentía.

Llegamos a mi casa y mis padres, por la cara que llevaba, del tirón me preguntaron qué me pasaba. Los miré y comencé a llorar.

—Díselo, que no es para tanto —dijo Valentina, que no se callaba ni bajo agua.

—Estoy embarazada —murmuré antes de derrumbarme por completo.

Les costó unos segundos reaccionar, pero no tardaron en abrazarme y decirme que no estaba sola en esto. Sabía que una vez más podía contar con ellos y aunque ahora mismo mi cabeza no estaba en orden, tenía que afrontar la situación y hacerme más fuerte por lo que venía en camino.

—Cariño, y que sepas que no te lo decimos para que no sufras, sino que tu padre y yo estamos encantados con la idea de convertirnos en abuelos, ¿no es así? —le preguntó mi madre a mi padre.

—Totalmente encantados. La familia crece y ese niño viene a su casa. Martina, en la vida pueden presentarse muchas situaciones para sufrir, pero un hijo no es una de ellas —me habló mi padre.

—Papá, y yo os lo agradezco mucho, pero es que este hijo no lo esperaba.

—¿Y crees que eres la primera mujer en el mundo a la que le pasa eso, mi niña? Este bebé no será esperado, pero sí deseado por todos —me besó mi madre.

—¿A que sí, Noelia? Si se lo vengo diciendo por todo el camino. Y ella ahí, pico pala, ni que fuera el fin del mundo. De hecho, es el comienzo de una preciosa vida que todos vamos a adorar, porque tenéis que saber que le he dicho a vuestra hija que ella lo parirá, pero que el bebé es de las dos.

—¿Has escuchado qué cosas más bonitas te dice Valentina, hija?

—Sí, mamá. Lo que sucede es que estoy más agobiada que un cangrejo en un cubo.

—Pues es hora de relajarte, ¿te doy un masajito? —se ofreció Valentina.

—No, no, deja —le respondí porque de veras que estaba agobiada.

—Oye, que de desagradecidas está el mundo lleno, bonita. Ya se te pondrán bien gordos los tobillos y me suplicarás que te dé uno.

—Eso, tú animándome….

—Pues claro, si vas a tener el bebé más bonito del mundo, tonta. Con tal de que se parezca un poquito a ti, ya está todo hecho. ¿Y a mí? ¿Crees que se parecerá a mí? —sacó un espejito de su bolso y comenzó a mirarse.

—No te me rebotes, pero eso ya lo veo más complicado.

—Bueno, pues se me parecerá en el carácter, ¿verdad, Noelia? Que el roce hace el cariño y a ese niño no es que lo vaya a rozar, ¡¡es que me lo pienso comer por los pies!!

Valentina ya estaba haciendo de nuevo su particular fiesta al respecto. Mis padres seguían abrazándome y fue mi padre quien sacó el tema estrella.

—Martina, hija, ¿y qué has pensado respecto al padre? —me preguntó.

—Pues con respecto a ese he pensado que es un mamón, papá —me salió sin pensarlo—. Perdón —me excusé porque no era yo de hablar así en su presencia.

—Ya, hija, pero me refiero a que si le vas a contar a ese hombre que estás embarazada de él.

—Papá, sé que igual eres quien menos lo entiendes por ser hombre también, pero no le quiero decir nada, al menos por el momento. Piensa que Conrad no es como tú, que se ha portado conmigo como el culo y que no se merece nada. No estoy preparada para eso, además, pienso que no me tomaría en serio.

—Vamos, ese llega a poner en duda su paternidad e igual no gana un hijo, pero pierde los dientes —levantó Valentina el puño.

—Cariño, si no merece la pena. De veras que lo mejor que podemos hacer es ignorarlo.

—Lo entiendo, hija —asintió mi padre.

—Yo opino que, pese a todo, Conrad es el padre del bebé y lo estamos juzgando sin conocer cuál sería su reacción. Dicho esto, hija, también entiendo tus miedos y si necesitas tomarte tu tiempo para afrontarlo, cuenta con mi apoyo.

—Gracias, mamá. De veras que para mí es súper importante que me apoyéis.

—Nuestro apoyo lo vas a tener siempre, igual que tu hijo o hija —se le salió una lagrimilla a la mujer.

—¿Hacemos una porra con lo del sexo? —sugirió Valentina.

—Con una porra te voy a dar yo a ti como no te calles.

—No, no. Si me van a dar un porrazo, me pido elegir de quién. A ver, la cosa está entre distintos Cuerpos de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Me da igual, me gustan todos los uniformes.

—Ay, Dios… En estado estoy yo, en estado de buena esperanza. Es que lo pienso y todavía creo que es un chiste.

—Sí, sí, eso me lo cuentas cuando vaya a nacer… ¡Qué te va a entrar una risa! Ostras, se me ha escapado, sí que soy bocazas —se dio de tortas ella misma en la boca.

—Si no has dicho nada que no sea verdad, cariño…

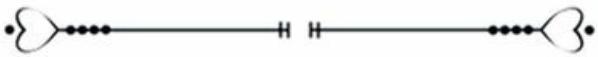
—Que no, *amore*, y, además, que tu Valentina se mete en el mismo paritorio. Y fíjate cómo será la cosa que dejaré que me pongan el gorro ese hortera y los patucos para entrar, los de los acompañantes, y eso que de glamurosos tienen poco.

Desde luego que lo que me hacía reír a mí esta mujer, no tenía precio, y el cariño que la tenía, ese era infinito.

;

e

Capítulo 8



Conrad

Se celebraba la noche de blanco en el Club y en la discoteca. Hoy venían muchos medios invitados e innumerables personajes famosos para el evento más esperado de la urbanización.

En cualquier otra ocasión me habría mostrado muy contento por formar parte de ese sarao que se pondría hasta la bandera de gente con ganas de beberse la noche y de pasárselo genial.

Sin embargo, reconozco que el cuerpo no lo tenía para fiestas. Me encontraba un tanto más tristón de lo normal y tenía uno de esos agobios que te hacían sentir que se acababa el mundo, pero como siempre, tenía que salir de este momento tan oscuro y feo que envolvía mi vida.

Lo cierto era que me costaba tirar de mi cuerpo, como si hubiese perdido la ilusión y me costara concentrarme en esas cosas que antes se llevaban toda mi atención, pues los negocios que manejaba junto a mis amigos siempre me habían apasionado.

Tal era mi obsesión que hasta me había hecho unas analíticas pensando que estaba enfermando, pero nada que ver con la realidad, lo único cierto era que estaba de lo más depresivo con todo lo que había pasado y que era incapaz de sacarla de mi corazón, pero lo haría, por mi vida que lo haría.

Nunca una mujer me había impactado tanto. Pero por parte de Martina no solo recibí un impacto, sino que directamente prendió la mecha y dinamitó nuestra relación, la cual hizo saltar por los aires.

Por esa razón no se merecía que le dedicara ni uno solo más de mis pensamientos en una noche que estaba pensada para que lo diéramos todo y para que disfrutáramos de aquello que una fiesta de esa envergadura nos podría proporcionar.

En honor a la verdad, no tenía ganas ni de vestirme, pero era evidente que no me podría presentar sin ropa en el evento, así que me fui directo al vestidor. Por el camino me encontré con un espejo y me dije a mí mismo que ya podía cambiar ese careto de amargado que mostraba.

Me puse el pantalón blanco con la camisa con dos botones desabrochadas del mismo color que doblé hasta los codos. De zapatos cogí unas alpargatas de una firma que me las había mandado de regalo y ahora era la ocasión especial, ya que quedaba muy bien con el pantalón ajustado que era por encima del tobillo.

Me miré de nuevo en el espejo y me dije que ni tan mal, sobre todo cuando traté de que en mi rostro se dibujara una sonrisa que era totalmente forzada, pero al menos lo estaba intentando.

Los chicos ya estaban en la discoteca y yo me dirigí hacia ella un poco después, ya que me había entretenido en mis pensamientos y tomando una primera copa de whisky solo. Me estaba pasando en muchos momentos, necesitaba quedarme a solas con mis pensamientos.

La discoteca estaba a foro completo y mis socios estaban en la barra del privado tomando algo según me habían dicho por mensaje.

Si vuelvo a ser honesto, hubiera salido corriendo de allí porque no me apetecía tener que saludar y hacer el paripé ante un montón de gente cuando ganas no tenía ni de mirarme.

—Conrad —una joven me frenó en seco.

—Hola —sonreí observando que no la conocía. Su rostro era bonito y su cuerpo bien proporcionado.

—¿No te acuerdas de mí? —se echó a reír.

—No, la verdad es que no —arqueé la ceja observándola—. ¿Nos conocemos?

—Estuve en vuestra antigua discoteca en otra ocasión y pasamos unas horas juntos tomando unas copas, fue hace como un año —calculó ella sobre la marcha.

—Lo siento mucho —puse cara de preocupación—. Tengo muy mala memoria —mentí para salir lo mejor que pudiera de esta—. ¿Cómo te llamabas?

—Me llamaba y me llamo Oriana —se reía.

—No eres de la isla, ¿verdad? —pregunté a ver si me refrescaba la memoria porque un tanto apurado sí que me sentía. No quería parecer descortés, simplemente no la recordaba de nada. Eran muchas las chicas que habían pasado por mi vida y por mi negocio. Y la memoria me fallaba.

—Soy italiana —sonreía sin parecer molestarse en absoluto.

—Hablas perfectamente el español —sonreí sin saber qué decir—. Pues bienvenida a la discoteca. Bueno, prosigo que me esperan. Que disfrutes de la noche. Me alegro de haberte saludo.

—Nos vemos por aquí —sonreía exageradamente—. Luego podemos tomarnos una copa —sugirió como dando por sentado que no le apetecía despedirse de mí sin más.

—Claro —me fui sonriente, pero al girarme creo que mi expresión lo decía todo.

Era raro que no me acordara de la cara de alguien, al menos que me sonara, pero en este caso es como si la hubiera visto por primera vez, pero era obvio que ella al igual que muchos invitados o socios, sabían quién era yo. Es que no estaba centrado, no lo estaba en absoluto.

—Esto es una feria —murmuré cuando llegué a ellos.

—Por eso estamos aquí refugiados —dijo Ethan, mientras yo saludaba a Lara y Maica que estaban charlando entre ellas mientras tomaban una copa.

—¿Qué tal? —le toqué el hombro a Gonzalo— Uno igual —le dije al camarero señalando a la copa de whisky de mi socio porque no quería pensar en estar sin beber ni un solo momento en una noche en la que me sentía vulnerable y desgraciado.

—Pues bien, viendo todo muy blanco —se reía observando a todo el mundo.

—Está todo el mundo haciéndose fotos. ¿No tienen vida más allá de postear en las redes? —le pregunté molesto.

—No te libras ni tú en las redes —me dijo recordándome el episodio con Beca, la modelo alemana que por cierto sabía que estaba en la disco y temía encontrármela.

No me apetecía alimentar más la polémica pues con esa chica no había tenido nada ni tampoco la intención de que así fuera.

—Y eso que las uso poco —volteé los ojos y me dije a mí mismo que no estaría mal ponerme un poco más al día en esos temas, aunque obviamente yo no era de publicar todo.

Le dije a Ethan que viniese un momento y salimos a la parte del balcón donde se veía a cientos de personas en esa pista bailando. Me coloqué de espaldas y me tiró una foto que quedó alucinante ya que se veía a todos de blanco en medio de los pilares que rodeaba la vista y a mí en un primer plano con la copa en la mano y con una sonrisa que no estaba mal para la cara que realmente tenía en estos días.

La subí a las redes con un emoji de unas copas simplemente, sin poner nada más. No podría decir qué pretendía exactamente con eso. Igual es que me sentía muy vacío, demasiado y, en cierto modo, como que pensaba que mi vida estaría algo más llena si lo hacía, un error total. Igual no me daba cuenta, pero era mi inconformismo el que

me obligaba a tirar por un camino por el que no solía transitar normalmente.

Oriana, la italiana, pasó por debajo del balcón y me hizo un guiño muy sugerente. Llamaba la atención a su paso, no solo porque contaba con un cuerpo que la convertía en un monumento andante, sino porque derrochaba seguridad y, en cierto modo, como que me dio la impresión de que sabía muy bien lo que quería. Y por su forma de mirarme, para mí que deseaba que esa noche fuese la guinda de su pastel.

A Ethan no se le pasó por alto la miradita que me echó.

—Esa quiere tema contigo, Conrad —sentenció.

—¿No me digas? No me he dado cuenta.

—Odio cuando te pones sarcástico, estás como a la defensiva, tío.

—Estoy jodido, ¿vale? —le contesté de mala manera porque era como me sentía.

Comencé a caminar solo. No tenía ganas de darle explicaciones a nadie de nada. Él no tardó en llegar hasta mi altura y ponerme la mano en el hombro.

—Los amigos estamos para lo bueno y para lo malo, que no se te olvide, Conrad. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Pues mira sí, ¿puedes irme a por otra copa?

—No hay problema, socio, pero, ¿no te parece que estás bebiendo demasiado rápido esta noche?

—Qué va, no es eso. Es que tengo mala suerte y, cuando me quiero dar cuenta, el contenido de mi copa ya se ha evaporado.

—Pues a ver si hay suerte y se te evapora también un poco el sarcasmo.

Lo miré regular porque estaba realmente de malas pulgas. No quería pagarlo con él, tampoco con Gonzalo ni con nadie. Se trataba de una noche importante para nosotros y se suponía que debíamos disfrutarla.

Sin duda que ellos dos sí que lo harían, si bien en mi caso había algo, o más bien alguien, que me lo impedía.

Una vez que lo he vivido, puedo afirmar con rotundidad que no existe mayor tormento que seguir pensando en lo que pudo ser y no fue. Y más cuando mis sentimientos por ella eran tan jodidamente contradictorios.

Hasta un cierto punto, echaba de menos a Martina. No, echarla, la echaba de menos por completo. El problema era que cuando tomaba conciencia de ello, la maldecía y juraba odiarla por lo que me quedaba de vida. También

me maldecía a mí por no poder quitármela de la cabeza.

Odiaba, odiaba con toda mi alma mis recuerdos, cuánto viví con ella y el dominio que ejercían sobre mí. Siempre me consideré el dueño de mi destino y ella había llegado para cambiarlo todo.

Ethan le hizo una señal a Gonzalo como para que viniese a mi rescate. No me apetecía que ninguno de los dos pensara que me había convertido en uno de esos tipos que tienen la piel demasiado fina.

No obstante, el alcohol comenzaba a hacer mella en mí en una noche en la que cabía poca duda de que me iba a beber todo lo que se me pusiera a tiro. Y también cabía la posibilidad de que me tirara a alguna que hiciera lo mismo: que se me pusiera a tiro.

Si lo digo es porque había una candidata, puesto que Oriana volvió a pasar cerca de mí y me regaló una de esas sonrisas que incitan a la lujuria.

Contaba con un especial magnetismo o bien era que me interesaba pensar así porque quizás una buena ración, generosa y suculenta de sexo, pudiera acallar ese fuego torturador que arrasaba mi corazón.

Me senté con los chicos, quienes estaban ligando con unas y con otras, pero sin dejar muy de lado a Lara y Maica, quienes también disfrutaban de la noche.

Desde nuestra mesa, era como si tuviéramos el mundo a nuestros pies, como si nos sintiéramos poderosos. Y en ese escenario, pensar que aquella niñata que me había traicionado contara con el poder de hacerme daño, a mí, que me había lidiado con múltiples mujeres y nunca me dejé pillar así por ninguna… eso me mataba.

Cuando estás jodido se nota en todo. Los chicos hablaban de coches, de relojes, de viajes… Todo tan caro como vacío, porque vacío era como me sentía.

—¿Estás aquí con nosotros, Conrad? —me preguntó Gonzalo.

—Y tú, ¿es que necesitas gafas? No creo que me haya vuelto un enclenque de pronto para que no se me vea.

—¿Un enclenque tú? Si siempre has estado como un toro de fuerte, tío.

—Ya, ya…

Chunga la comparación de mi amigo. No se trataba de que Martina me hubiese puesto los cuernos, que ya sería el colmo, sino de que la vida me había corneado en el momento en el que comenzaba a saborear las mieles de una inesperada felicidad con ella.

La fiesta estaba cubierta por multitud de paparazzi que en todo momento trataban de pillar al famoso de turno

con alguien, vender algo que a la gente le sedujese. Y que seas poderoso y te líes con una novedad es algo que vende.

A mí me pillaron también más de una instantánea con unas y con otras, que se acercaban a saludar con una actitud que indicaba que podríamos llegar más allá, con esa risita superficial que, a lo tonto, a lo tonto, puede llevarte de cabeza a la cama.

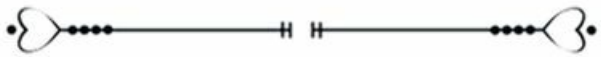
Igual decían al día siguiente que estaba con cualquiera de ellas. La misma Beca se me acercó también y, aunque en esa ocasión no me dio un pico, si querían hablar, hablarían.... En fin, que hablaran hasta reventar si querían, que yo solo deseaba beber. Beber para olvidar, sé que se trata de todo un clásico, pero de un clásico del que eché mano porque lo necesitaba más que nunca.

con alguien, vender algo que a la gente le sedujese. Y que seas poderoso y te líes con una novedad es algo que vende.

A mí me pillaron también más de una instantánea con unas y con otras, que se acercaban a saludar con una actitud que indicaba que podríamos llegar más allá, con esa risita superficial que, a lo tonto, a lo tonto, puede llevarte de cabeza a la cama.

Igual decían al día siguiente que estaba con cualquiera de ellas. La misma Beca se me acercó también y, aunque en esa ocasión no me dio un pico, si querían hablar, hablarían.... En fin, que hablaran hasta reventar si querían, que yo solo deseaba beber. Beber para olvidar, sé que se trata de todo un clásico, pero de un clásico del que eché mano porque lo necesitaba más que nunca.

Capítulo 9



Conrad

Habían pasado ya varias horas y el alcohol se mezclaba con la sangre de mis venas. Podría afirmar que notaba cómo corría por ellas, cómo me ardía. O quizás lo que me ardiese fuese directamente la sangre al comprobar que nada de lo que estaba viviendo me llenaba.

Debes reconocer que tienes un problema cuando todo aquello que disfrutabas y para lo que vivías hasta entonces, deja de importarte.

Mi sonrisa de aquella noche era forzada. Debía tratar de esbozarla porque no tenía derecho a joderle el plan a nadie y mucho menos a mis amigos. No obstante, ellos, que me conocían bien, sabían que estaba pasando por un momento de mierda.

No es que tuviese una cogorza como un piano de grande, pero tampoco puedo afirmar que estuviese sobrio. Tenía aguante con el alcohol y sabía que no me caería redondo al suelo. Solo estaba bebido, no había más.

En un momento dado, y con cualquier excusa ante mis amigos, o sin darla siquiera, pensé en irme a casa.

Se me nota demasiado cuando no estoy a gusto en un lugar. Y allí no lo estaba.

En un descuido por parte de ambos, me levanté con la clara intención de esfumarme de la fiesta. Tan solo había dado unos pasos cuando noté que una mano entrelazaba la mía. Era muy directa ella.

—Hola, Oriana, ¿lo estás pasando bien? —le pregunté.

—Genial, pero podría pasarlo mejor, Conrad. Y también podría hacer que tú lo pasaras mejor —me aseguró antes de dar un largo, intenso y provocativo sorbo de su copa.

—No tengo ninguna duda de eso —le respondí al notar la rigidez instantánea de mi miembro. Me estaba poniendo, ella lo estaba consiguiendo en una noche de la que nada esperaba.

—Pues entonces, ¿voy a tener que continuar esperando para demostrártelo? —me preguntó insinuante.

—No —le respondí tan seguro como seco, porque se limitaría a eso: sexo y punto.

No me apetecía andar de la mano con ella. Se dio cuenta a la primera por la mirada que le eché y entonces comenzó a caminar delante de mí.

Por una parte, le vino bien, ya que Oriana también había lidiado en muchas plazas. La experiencia se le notaba y en ese instante se dejó ver en ese contoneo de caderas que me dedicó y que bien podría haber servido para resucitar a un muerto.

—A uno de los reservados —le indiqué porque no me la pensaba llevar a casa.

—Como quieras —me respondió sugerente.

Llegamos a ese reservado. Antes de entrar en él, pedí la bebida y di instrucciones expresas de que no se nos molestara

No quería interrupciones. Mi única pretensión allí pasaba por beber y follar.

Podría decirse, incluso, que tenía cierta prisa por hacerlo, quizás porque necesitaba descubrir si eso me haría sentir algo mejor, si podría calmar esa sed interior que me acongojaba y que venía directa de mi alma más que de mi garganta; la misma sed que no existía copa que pudiese calmar.

Oriana, por el contrario, no parecía tener ninguna prisa. Ella había bebido menos y se notaba que deseaba alargar nuestra estancia allí.

Sonaba “Si antes te hubiera conocido” de Karol G y a ella se le dibujó una sonrisa tan morbosa como amplia en su excitado rostro.

Comenzó a bailármela con una seducción capaz de derretir en un segundo el hielo de nuestros vasos, aumentando la temperatura del reservado de inmediato.

Se acariciaba ese cuerpo de diosa que estaba embutido en un llamativo y cortísimo vestido de lentejuelas, de lo más festivo. Sus interminables piernas lo eran aún más sobre esas altísimas y empinadas sandalias sobre las que había que hacer un curso para poder bailar. A ella, sin embargo, no parecían molestarle en lo más mínimo.

Di un trago largo de mi vaso. Me habían servido un par de copas y pedí llevarme el resto de la botella, por si el tema se alargaba. Con todo y con eso, como no estaba de humor, la interrumpí a medio baile.

—No es necesario, de veras, ya estamos aquí.

—No es necesario, pero sí excitante, Conrad, no seas corta rollos —me dijo mientras alargaba sus brazos para invitarme a bailar con ella.

Si hubiera estado de mejor humor, me habría levantado para devorarla enterita. Pero como no lo estaba, por tod respuesta, negué con la cabeza.

y Oriana no era de insistir. Ella siguió bailando como si tal cosa, cada vez más sexy, provocando a tope con cada movimiento.

Y a mi cabeza en ese instante llegó el momento en el que cierta mujer de la que debería olvidarme, en el cuarto en el que entré con ella por primera vez, bailó para mí. Cogí aire, lo solté, y me concentré en la italiana.

Cuando a la canción le quedaba poco, no dudó en empezar a deshacerse de la poca ropa que llevaba encima. Su vestido terminó volando por encima de mi cabeza y entonces vi sus senos directamente, puesto que no llevaba sujetador.

Esos senos suyos apuntaban alto. Se notaba que estaban operados y que habían hecho un buen trabajo con ellos, ya que eran perfectamente redondos, grandes y bien puestos.

Tragué saliva ruidosamente porque me estaba poniendo cantidad y eso que tenía que luchar en todo momento con el jodido recuerdo de Martina, que era como si se empeñase en colarse en aquel reservado.

Para mí que Oriana se las sabía todas y sospechaba algo. Se le notaba mucha experiencia también y creo que supo leer en mis ojos lo jodido que me encontraba. Aun así, estábamos allí para joder, haciendo el juego de palabras.

Se colocó delante de mí, con la clara intención de que su minúsculo tanga fuera separado de su sexo con mis dientes. Me hacía hervir con esos movimientos que incluían también una especie de serpenteo, como si me estuviese bailando una danza del vientre sobre la mesa.

No dudé en arrancarle el tanga con los dientes. Lo hice con tal ímpetu que chorreó en un momento en el que su labio superior aprisionó el inferior, justo antes de que su boca se viniera hacia la mía.

Ese gesto lo rechacé. Hablando claro y pronto, quería follármela, pero no besarla.

Lo notó y no insistió en absoluto. Sus ganas de follar conmigo eran evidentes y no quiso echarlas a perder haciéndose la digna por algo así.

A partir de ese momento, no volvió a intentarlo, como dándome a entender que tampoco lo necesitaba. De hecho, si después quería continuar la noche con otro o con otros, podría encontrar mil besos en muchos labios de los que estaban en la fiesta.

Me daba a mí que, a la hora de buscarlos con su mirada lasciva, igual ni siquiera distinguía entre hombres y mujeres, porque la había observado mientras se relacionaba por el jardín y hay cosas que no se me escapan tan fácilmente.

a

En fin, que tenía su tanga entre mis dientes y lo tiré, para cogerla a ella por las caderas. No se despojó de sus altas sandalias. Tenerla completamente desnuda para mí, y con ellas puestas resultaba tremendamente tentador.

Hundí mi rostro en sus senos, cuya extrema dureza me confirmó lo que ya sabía: que eran obra de las manos de un buen cirujano. Hasta podría decir de cuál, pues había uno en la ciudad que tenía fama y vi más de una de sus creaciones en vivo y en directo durante aquellos años.

A fin de cuentas, eso era lo de menos porque lo único que esperaba de aquel polvo era lo mismo que del alcohol, que me ayudara a olvidar.

Oriana ya estaba encima de mí, a horcajadas. Podía notar lo caliente de su sexo y también la lava de su lengua, puesto que comenzó a desabotonarme la camisa y probó mi piel, ya que no había probado mis labios.

,

Me dejé hacer cuando bajó hasta mi cintura y se deshizo de todo aquello que le impidiera acceder a mi rígido y palpitante miembro, que esperaba sus labios con ansia. Si digo lo de sus labios, no fue porque se lo pidiese, sino porque en sus lujuriosos ojos leía sus intenciones.

No me equivoqué, Oriana ya estaba en el suelo, pues se acuclilló después de ir resbalándose sobre mis pantalones, de los cuales tiró hacia abajo.

Con mi miembro en su mano, lo examinó durante unos segundos con el propósito de indicarme tanto que le gustaba como que le quemaba.

La manera de entreabrir sus labios tampoco fue fruto de la casualidad. Se le notaban sus muchas tablas. Me tentó mientras jugueteaba con ellos y su lengua, la cual colocó finalmente sobre mi miembro, cuya dureza estaba ya fuera de todo lugar.

Como no conocía la prisa, se dedicó primero a pasar esa lengua a lo largo y a lo ancho de ese miembro que representaba mi virilidad… Una virilidad que estaba deseando demostrarle ensartándola.

Pese a ello, no estaba en mi ánimo meterle prisa alguna, además de que ella estaba a punto de llevar a cabo un acto por el que muchos hubiesen matado.

La sensualidad con la que Oriana comenzó a practicarme esa felación estaba fuera de todo lugar. Aquella diosa del sexo, que coqueteaba con su movimiento de pelo justo antes de comenzar a engullirme, parecía disfrutar mucho.

Una vez lamido cada pliegue de mi piel se lo introdujo en la boca. Lo hizo con lentitud, saboreándolo, notando esas palpitaciones que emanaban de él. Abría la boca mucho, parecía coger aire antes de llevarlo directo a su garganta en la que se lo introdujo tanto que las lágrimas no tardaron en salir de sus ojos.

Obvio que no era dolor, que tan solo se trataba de ese esfuerzo que había hecho y que la sonrisa le salió al instante, mientras se las borraba de los ojos.

A partir de entonces, empezó a engullirme con verdadero frenesí. Era como si estuviese poseída y el placer que me provocó me resulta complicado explicarlo.

Su espalda se arqueaba por completo, parecía como si fuese a partirse. Estaba tan volcada en proporcionarme placer que tuve que poner freno o me hubiera sacado hasta la última gota antes de que ese estado en el que entró hubiese llegado a su fin.

La levanté por los hombros. Quizás esperaba que le correspondiera con una sesión de sexo oral a la que no estuve dispuesto. Nada le había prometido en ese sentido y, pese a pecar de egoísta, lo que deseaba era entrar dentro de ella y comprobar si su calor era capaz de hacerme olvidar por un rato ese frío que procedía también de lo más interno de mí y que me torturaba desde la marcha de Martina.

No se quejó en absoluto porque no se lo hiciera. Se encontraba muy excitada, como me lo contaba la humedad que provenía de su interior y que palpé al colocar mi miembro en la entrada de ese monte suyo que vibraba por explorar.

Entré en Oriana de una sola estocada, profunda y fuerte que le hizo dar un grito de placer. No importaba, el reservado estaba insonorizado porque a nadie se le escapaba que allí se daban situaciones como aquellas. Todo estaba ideado para que la privacidad de nuestros clientes fuese total y para que el mucho dinero que nos dejaban l considerasen bien empleado.

Oriana, con su cuerpo de diosa, comenzó a moverse sobre mí, a horcajadas, mientras que era la fuerza de mis embestidas la que controlaba el ritmo de sus agitados saltos.

Su boca entreabierta, sus senos botando, su pelo alborotado… El placer era total y ella no parecía con ganas de adoptar otra postura que no fuera aquella que nos situaba cara a cara.

En mí tampoco estaba el querer demostrarle nada. No era Martina, a quien en su día quise descubrirle todos los secretos de un sexo con el que esperaba enseñarle los más recónditos rincones del placer. Lo de Oriana era un polvo y si ella quería seguir arriba, moviéndose con ese ritmo frenético, no objetaría nada.

El alivio me llegó en esa misma postura, un buen rato después, pues quise alargar un polvo que tan solo me produjo placer físico, puesto que en el resto no me calmó en nada.

Mientras ella entró un momento en el servicio para asearse, me levanté y me fui para casa. No pretendía ser descortés, pero tampoco me apetecía quedarme a charlar.

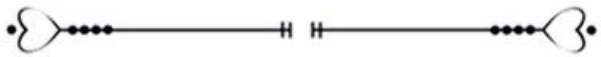
Acababa de comprobar que estaba más vacío por dentro de lo que temía y no era la mejor de las señales. Estaba jodido, tremendamente jodido, y con ese pensamiento me metí en la cama con la imagen de Martina en la cabeza. Maldita sea, ¿qué me había hecho? ¿Me había embrujado?

ɔ

Mientras ella entró un momento en el servicio para asearse, me levanté y me fui para casa. No pretendía ser descortés, pero tampoco me apetecía quedarme a charlar.

Acababa de comprobar que estaba más vacío por dentro de lo que temía y no era la mejor de las señales. Estaba jodido, tremendamente jodido, y con ese pensamiento me metí en la cama con la imagen de Martina en la cabeza. Maldita sea, ¿qué me había hecho? ¿Me había embrujado?

Capítulo 10



Martina

Pese a todo el arropo de mis padres y de Valentina, reconozco que estaba muerta de miedo por esta situación. No estaba esperando solo un bebé, era uno en el que el padre era Conrad, la persona que peor me había tratado de este mundo.

Esa idea me aterraba y me frenaba. Mis sentimientos los notaba como amortiguados. Me sentía incapaz de imaginarme como madre, con ese bebé en los brazos. No voy a decir que sintiera rechazo, pero tampoco nada que denotase lo normal en una embarazada, pues en mí no había ni un atisbo de ilusión.

—Buenos días, ¿pensando en qué vamos a comprarle al bebé? —me preguntó Valentina cuando se levantó y me encontró así de pensativa.

—Buenos días, tormento. ¿En serio piensas que yo voy a comprar nada a esta altura tan temprana de esto que me está pasando? —volteé los ojos— Por cierto, echo de menos el café —puse gesto de puchero.

—Bueno, te estás tomando un yogurt natural con cereales, tampoco está mal. Y quita esa cara de asco que hoy nos vamos a comprarle cositas a mi sobri y no quiero un no por respuesta —me advirtió de antemano porque sabía de sobra que seguiría insistiendo en mi negativa.

—Valentina, para por Dios. No sabemos ni el sexo y hasta el tercer mes se dice que hay que ser prudentes. Hace una semana que me he enterado, no soy capaz de digerirlo y tú me quieres llevar a comprar cosas para un ocupa.

—¿Lo estás llamando ocupa? —Su gesto era de asombro total mezclado con mala leche.

—¿Qué es si no? ¿Me pidió permiso acaso para instalarse ahí? —Me señalé la barriga.

—Ahora sí que vamos a ir a comprar cosas, vamos que sí. Te voy a quitar esas tonterías a base de llevarte la contraria, niña. Desde luego que llamarlo ocupa. ¡Qué mala madre! —exclamó indignada y haciendo unos gestos que en otro momento me hubieran resultado muy cómicos, pero no en aquellos en los que la sonrisa no me salía n por casualidad.

—Tampoco me insultes —dije con tristeza.

—No es un insulto, hasta este momento es una realidad como un templo. ¿No te conmovió los latidos de su corazón? Porque a mí desde luego se me metió en el mío. Lo dicho. ¡Mala madre! —me repitió.

—No me digas eso —le pedí al borde las lágrimas porque la revolución de mis hormonas era total y porque sabía que, en el fondo, había algo de verdad en sus duras palabras.

—Llora, llora mucho, pero cuando te seques la última lágrima, te abrazas a la barriga y le dices que es lo que más quieres en el mundo entero. Una buena madre ya se lo hubiera dicho varias veces.

—Esto es muy duro, es un bebé de Conrad —dije derramando las lágrimas ya directamente, pues me resultó inútil tratar de evitarlas.

—No haces más que empeorarlo, no es de Conrad, es tuyo y mío. ¡Vamos a ser madres! No necesitamos a ese para nada. No eres ninguna ladrona y por eso nuestro bebé o mi sobri, como te dé la gana definirlo, no se merece un padre como él, que no creyó a su madre y la dejó como a una delincuente.

—Soy una desgraciada —le solté sintiéndome una víctima de él.

—No, eres una mala madre. Hasta que dejes de serlo —se encogió de hombros y movía la cabeza rápidamente hacia la derecha dándolo por asentado.

La miraba negando y resoplando. Yo sabía que ella no pensaba eso, solo lo decía para que espabilara y asumier lo que me estaba pasando, pero me dolía. ¿Tan difícil era ponerse en mi lugar y notar que estaba muerta de miedo

Miré las redes y me saltó una foto de Conrad de unos días atrás. La verdad es que no había querido entrar al Instagram, solo lo hice el día que salimos de compras y subimos una foto con las bolsas. Ahora me encontraba co una de él en su discoteca en lo que parecía una fiesta de blanco. Sonreía de espaldas al ambiente y sujetando su copa. Se me saltaron las lágrimas.

Yo allí, rumiando un embarazo que no esperaba y con una tristeza que me estaba matando y él, a lo suyo, viviendo la vida loca de fiesta en fiesta. Qué poca verdad hubo en sus palabras y qué pronto me olvidó. Había que ser mala persona para eso y él lo era.

Al verme así me quitó el móvil y vio la foto. Apagó la pantalla y me miró negando.

—Nos vamos de compras, tienes diez minutos para estar lista y como me digas que no…Voy y le hago otra visita a los indeseables, tú decides.

—Está bien. Vamos a dar un paseo —contesté con resignación. La veía capaz de todo y yo no quería más tonterías, ni jaleos, ni malos rollos. Solo necesitaba volver a vivir.

—Menos mal, porque te puedo garantizar que no voy a permitir que ese te joda más la vida. Así que ya puedes ir olvidándote del mierda de Conrad si no quieres que me plante allí un día y le saque los ojos.

—Va, va, tranquila, por favor.

—Lo estaré cuando te olvides de él del todo, que ese no se merece ni agua.

—Tranquila, que agua es lo que menos bebe. Whisky y del bueno, del mejor, como todo lo que le gusta.

—Para lo que le sirve… Piensa que lo mejor que tenía ya lo ha perdido. Y encima el muy desgraciado ni siquiera sabe que hizo un hijo. Hay que ser… No te voy a decir lo que hay que ser porque no sé en qué momento ese bebé comenzará a escuchar y no quiero escandalizarle con lo que pienso del mojón en el que se ha convertido su padre.

—Pues a mí sí que me has puesto a caldo antes, anda que como se haya enterado…

—Que no, si ahora mismo tiene el tamaño de un garbancito, ¿tú te crees que esa cosita tan pequeñita puede tener orejas? Por cierto, que algunos chicos de mi familia las tienen despegadas, tipo soplillo… Menos mal que el indeseable lo tiene todo bien puesto, al menos que nuestro bebé herede su buena genética.

—Yo espero que a él no se parezca, qué quieres que te diga… Me lo recordaría demasiado.

a

. —Venga, no quiero que me digas nada. Solo que te duches, ¡¡que nos vamos de compras!!

—¿En serio tenemos que hacerlo?

n

—No, no es que tengamos que hacerlo. Pero es un gusto y lo vamos a hacer, ¿para qué queremos el dinero?

—El mío para guardarlo, que sabes que me quema en la cuenta. No es dinero limpio.

—Más sucia que debe tener ese la conciencia y no le importa… Y tú pensando en esas pamplinas. Tienes una hostia, Martina…

—Me voy a duchar, que todavía cobro.

—Exacto. Y no una nómina.

No podía apartar de mi cabeza durante la ducha la jodida fotografía. ¿De verdad tenía necesidad de hacer esas

tonterías para demostrarme que me había superado? Y a mí qué mierda me pasaba, por qué no podía yo superarlo a él también.

Me fui a poner unos pantalones y por primera vez noté que no me valían. La curvita se comenzaba a dibujar en mi vientre, aunque ese era el único signo de que estaba embarazada. Bueno, en realidad también me estaba creciendo el pecho y Valentina se burlaba mucho, diciendo que si no quería el aumento, que se lo diese a ella.

A lo que me refiero es que al menos no notaba ningún malestar tipo náuseas o vómitos. De eso me estaba librando. Igual era porque todo lo malo no me podía tocar a mí.

Ella me cogió por el brazo en cuanto estuvimos en la calle. Me llevaba de lo más contenta.

—*Amore*, he bicheado por las redes una tienda de artículos de bebé que es una verdadera cucada, ¿qué te apuestas a que te enamoras a primera vista?

—¿De quién? ¿Del dependiente? En eso estoy pensando yo, en tirarme a un tío…

—Que no, niña, que te enamorarás de las virguerías que venden. Pero oye, que lo otro tampoco lo descartes. Tú no te puedes cerrar a la vida, que dicen que el sexo durante el embarazo es bueno para lubricar el canal del parto.

—Ay, Valentina, de verdad… Yo, después de esto, no me vuelvo a abrir de piernas en la vida, no sea que me hagan otro niño.

—¡Pues lo criamos también juntas! ¿Dónde está el problema?

—En tu cabeza, ahí está.

—Te lo voy a perdonar porque te veo muy susceptible. Mira, ya estamos llegando, ¿qué te parece el escaparate?

—Muy recargado, miro todas esas cosas para bebés y me mareo, me baila tanta prenda junta.

—Déjate de pamplinas, que estás como una rosa.

Entramos y era una mujer la dependienta. Se llamaba Aurora y resultó ser muy amable.

—Hola, chicas, ¿qué andáis buscando? —nos preguntó con una gran sonrisa.

—Yo, la salida, pero ella no me lo permite.

—No le hagas caso, está un poco deprimida. La depresión postparto, creo que se llama.

—Vale, que entonces tu niño ya ha nacido —me miró.

—No, no, qué va. Es que a ella le ha llegado antes de tiempo, es muy adelantada para todo.

—Y mi amiga está un poco tarada.

—Pero soy muy buena gente y, además, medio mamá o tita del bebé, según se mire. Queremos de todo para él.

—Imagino que no sabrás el sexo aún, porque apenas se te nota nada —observó.

—No, tengo curvita, pero poco más.

—Lo del sexo no nos importa ni un comino, que los colores son libres para ser lucidos por niñas y niños por igual. Y, además, que eso no tiene nada que ver con el género, a la vista está —señaló su top rosa fucsia, ese que lucía con todo el glamour, como siempre.

—Por supuesto que no. Venid por aquí, por favor… Justo esta mañana nos ha llegado una remesa de cositas nuevas…

—¡¡Pues nos las llevamos todas!!

—¿Comprendes ahora por qué te he dicho que está tarada? —le pregunté a Aurora.

—¿Comprendes tú las ganas que tengo de ponerle un bozal? —le preguntó ella y la mujer no pudo reprimir la risa.

Comenzó a sacarnos ropita y era cierto que tenían verdaderas monerías. Todo era precioso y, ni por esas, me entraban por el ojo.

A Valentina le daba lo mismo, ella pedía de todo y en cuantos colores hubiese.

—¿Cuántos patucos llevas ya? ¿Tú cuántos pies te crees que tendrá el bebé?

—Dos, lista… Pero tendrá patucos para combinar con todas sus prendas, ¿has visto estas ranitas? Es que yo me imagino su culito ahí metido y me dan unas ganas de pellizcárselo…

—Valentina, ¡qué me has pellizcado el mío!

—Pues para que reacciones, niña, que tienes menos sangre que un manojo de acelgas. Cuidado con la cara esa de lánguida que me llevas.

—Si es que no tengo ganas de nada…

—Pues que sepas que, cuando acabemos con la ropa, vamos a mirar el carrito.

—A eso sí que me niego, estás loca de atar…

—Según quien me ate, encantada de la vida. Vale, eso lo dejaremos para más adelante, pero de ropa nos iremos bien surtidas.

Y tanto, salió de allí cargadita de bolsas y con una sonrisa de felicidad que no podía con ella.

—Alucino con la ilusión que te hace, Valentina.

—Mogollón me hace. Ten presente que por mucho que quiera, yo quedarme embarazada, como que no. Y no me importa, ¿eh? El trabajo duro te ha tocado a ti, pero también vas a vivir esas increíbles sensaciones y…

—Ahórrame la descripción de lo que voy a sentir, te lo pido por favor.

—Niña, qué sosa eres. Pues mira, que sepas que he estado leyendo…

—¡¡Valentina!!

—¿Qué? Que tú vas a ser madre y se te agudizará el oído, pero a mí, como me sigas chillando así, me vas a dejar sorda, coño.

—¿Has dicho coño? No te pega con lo fina que eres.

—Pues como a la fina le busques más el pico, te vas a enterar.

—Tranquila, que enterarme, ya me estoy enterando —resoplé.

Si es que esta mujer tenía una fuerza y una energía que no eran normales, de verdad. Yo iba medio ida por la vida, con la cabeza dando vueltas al asunto de un bebé que no esperaba, y ella estaba al más puro estilo *flower power*. Pero sí, por muy loca que me volviera a veces, me alegraba que no me quisiera dejar sola en esto.

—Si es que no tengo ganas de nada…

—Pues que sepas que, cuando acabemos con la ropa, vamos a mirar el carrito.

—A eso sí que me niego, estás loca de atar…

—Según quien me ate, encantada de la vida. Vale, eso lo dejaremos para más adelante, pero de ropa nos iremos bien surtidas.

Y tanto, salió de allí cargadita de bolsas y con una sonrisa de felicidad que no podía con ella.

—Alucino con la ilusión que te hace, Valentina.

—Mogollón me hace. Ten presente que por mucho que quiera, yo quedarme embarazada, como que no. Y no me importa, ¿eh? El trabajo duro te ha tocado a ti, pero también vas a vivir esas increíbles sensaciones y…

—Ahórrame la descripción de lo que voy a sentir, te lo pido por favor.

—Niña, qué sosa eres. Pues mira, que sepas que he estado leyendo…

—¡¡Valentina!!

—¿Qué? Que tú vas a ser madre y se te agudizará el oído, pero a mí, como me sigas chillando así, me vas a dejar sorda, coño.

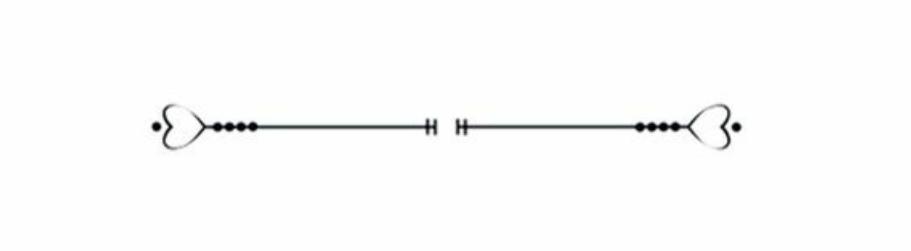
—¿Has dicho coño? No te pega con lo fina que eres.

—Pues como a la fina le busques más el pico, te vas a enterar.

—Tranquila, que enterarme, ya me estoy enterando —resoplé.

Si es que esta mujer tenía una fuerza y una energía que no eran normales, de verdad. Yo iba medio ida por la vida, con la cabeza dando vueltas al asunto de un bebé que no esperaba, y ella estaba al más puro estilo *flower power*. Pero sí, por muy loca que me volviera a veces, me alegraba que no me quisiera dejar sola en esto.

Capítulo 11



Conrad

Estaba en el club, conversando con unos clientes VIP y tratando de disfrutar de un mediodía en el que reinaba e buen tiempo. El sol lucía, la gente reía metida en la piscina, otros bebían…

Gonzalo se me acercó y me dio una palmadita en la espalda.

—Qué buen día hace, tío.

—¿A qué sí? Pues ya verás cómo llega algún gilipollas y lo jode.

—Espero que no te estés refiriendo a mí.

—No, no, ya sabes a lo que me refiero.

—No estás tú viendo el vaso medio lleno en estas semanas.

—Para nada, pero puedo pedir que me lo llenen más, ¿nos tomamos una copa?

—Venga, sí. Y esperamos a Ethan, que viene de camino. Podemos comer los tres juntos, ¿te parece?

—Creí que hoy estabais liados…

—Pues sí, pero hemos cancelado para comer contigo.

—No es necesario, no estoy enfermo.

—Eso es verdad, solo estás amargado.

—Joder con las apreciaciones.

—¿Acaso es mentira?

—Ni verdad tampoco. Solo estoy un poco agobiado, nada más.

—Oye, ¿esa no es la italiana que te tiraste la otra noche en el reservado?

—¿Te lo conté? —le pregunté porque ni me acordaba.

—Sí, cuando te cruzaste conmigo camino de tu casa.

—Ah, es verdad. Pues sí, es ella. Espero que no sea quien venga a joderme el día.

—Si pasas y viene con ganas de joder, que cuente conmigo. Joder, cómo está la tía —silbó.

—Para ti enterita, paso.

—Pues viene flechada para acá, ya veremos si ella pasa también.

Resoplé porque tenía razón. La vi acercarse con mucho ímpetu y pensé que ya estábamos todos.

—Buenos días, Conrad —me dijo y otra que, sin más, me dio un pico.

—Los he tenido mejores —le respondí tratando de zafarme de ella. Hasta me puse de pie de golpe.

—Joder, pues anda que te alegras de verme.

—No te esperaba, Oriana.

—Eso es verdad, he querido darte la sorpresa, ¿me invitas a una copa?

—No, lo siento, estoy liado.

—¿Estás liado con tu amigo? Pues no hay ningún problema, nos lo montamos los tres.

A Gonzalo como que no debió parecerle mala idea, a juzgar por la miradita que le echó.

—No me refería a eso, es que tengo cosas que hacer.

—¿Y cuándo vas a hacerlas? Porque te veo muy tranquilo y relajado aquí —me dijo cogiendo mi copa y dando un sorbo de ella.

—Perdona, pero esa es mi copa.

—No te me vayas a poner ahora escrupuloso, que otras cosas hemos compartido y no se te veía descontento.

—Ya, ya, no hace falta que me lo recuerdes.

—Ni que te molestara…

—Pues a lo mejor un poco sí, no es momento. Además, solo se trató de un rato.

—Eso tiene solución. Repetimos y ya.

—Oriana, por favor, que no.

—Qué cara de sieso se te está poniendo, ¿no lo decís vosotros así?

—Depende de lo que uno quiera decir —le contestó Gonzalo.

—Me habéis entendido.

—Y tú también a mí. Por favor, ¿nos puedes dejar un rato a solas?

—Vale, vale, qué carácter.

Se retiró y se sentó en la barra a beber, tratando de pastelear con el camarero, por cierto.

—Parece que quiere darte celos —rio Gonzalo.

—Pues la lleva clara.

—Tío, ¿no crees que te has pasado un poco? Ella tiene razón en que te has comportado como un sieso.

—¿Y es normal que venga a darme un pico sin más?

—Te pasa siempre.

—Sí, y también me pillan los de la prensa y sale por todos lados… Que no tengo yo alma de fiesta ahora.

—Ni alma ni cuerpo, porque estás que no hay quien te aguante. Oye, ¿y si nos marcamos un viaje los tres? A

Ethan no le importaría en absoluto.

—Claro que no. A Ethan, todo lo que suene a cachondeo, le parece música para sus oídos.

—Habló el que nunca ha estado de fiesta, ¿todo esto es por esa tía?

—¿Por Martina? Claro que no —carraspeé molesto.

—Pues espero que así sea, porque esa no se merece que te agobies por ella lo más mínimo. Al final, debes estarle agradecido a su ex.

—Y se lo estoy.

—Porque….

—Oye, Gonzalo, ¿te importaría que habláramos de otra cosa? Me estás tocando ya la moral con lo mismo.

—Se te saca de tus casillas muy pronto ahora. Mira, ahí está Ethan.

Se acercó a nosotros. Primero abrazó a Gonzalo y luego a mí.

—Oye, Conrad, ¿a ti quién se te ha muerto?

—Nadie, no quiero ni un chistecito. Otro que viene con ganas de tocarme…

—Yo a ti no te tocaría nada, pero a esa que está de espaldas en la barra no veas si le haría un favor. Menudo culazo —lo dibujó en el aire con sus dos manos.

—Es la italiana que se tiró Conrad la otra noche, la que te dije.

—Oye, Gonzalo, ¿lo has filtrado también a la prensa? Menudo boca chancla que estás hecho.

—Tío, que soy yo… Nos lo hemos contado todo desde siempre, ¿no es así? —trató de mediar Ethan.

—Todo no —le respondí mirando a Gonzalo.

—¿Me vais a tener en cuenta lo de Valentina toda la vida?

—No, no, que yo ni me acuerdo ya —le contestó Ethan, mirándome y antes de estallar en risas.

Se sentó y comenzamos a charlar. Ethan miraba de reojo a Oriana.

—Oye, Conrad, ¿tu amiga no está bebiendo demasiado? Es que llevamos aquí un rato y se ha pimplado media botella —me preguntó al tiempo.

—No es mi amiga y mucho menos mi hija, así que puede beberse lo que le venga en gana. Más pasta nos deja.

—Eso es empatía, colega.

—¿Alguna vez has puesto tú la empatía por encima de los negocios?

—Vale, vale, que no estoy buscando gresca. Es solo que me ha llamado la atención y por eso.

—¿Nos vamos al comedor? —les pregunté cuando vi que ella se levantaba y me buscaba con la mirada.

—Esa se apunta al almuerzo.

—No, ni de coña, paso…

Aceleré el ritmo de mis zancadas para llegar al comedor cuanto antes. Oriana venía pisándome los talones y, justo al entrar en él, me dio con el dedo en la espalda.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado ahora? —me giré y le pregunté.

—Este es el bicho que quiero que me pique —ni corta ni perezosa me echó mano al paquete—, y hoy sí que me vas a besar —me aseguró cogiéndome desprevenido sobre su intención de meterme la lengua hasta la campanilla.

La cara de los otros dos era un poema mientras di un salto hacia atrás como si, más que un beso y un apretón en los huevos, hubiese recibido un calambrazo por su parte.

—¡¡Ya he tenido bastante!! —le grité apartándola.

—¿Ya? Pero si todavía no hemos empezado. No me digas que del apretón te he dejado impotente con lo pichabrava que eres.

—¿Podéis pedirle a Oriana que se marche, por favor?

—¿Y por qué no me lo pides tú? Sigo aquí delante.

—Porque quien casi me viola eres tú, pero seguro que, si me da por echarte, me denuncias y acabo esposado. Estás muy loca, tía.

—Loca por follarte, ¿es que todavía no te ha quedado claro?

—Si claro le ha quedado, sí —le contestó Gonzalo mientras Ethan y él la cogían por los brazos para asegurarse de que no se me tirase encima.

Los clientes nos miraban y cuchicheaban. A mí la camisa no me llegaba al cuerpo y sentía que sudaba la gota gorda.

—¿Es que ya no te caliento? —me preguntó, entre bebida y ofendida, las dos cosas.

—La sangre sí que me la estás calentando. Lárgate de aquí, por favor.

—Al final resultará que no sirves para nada. Y yo que venía con ganas de marcha…

Entre los dos se la llevaron del comedor y me metí en el baño, donde me refresqué porque me había puesto de l más nervioso. Me miré y estaba ojeroso. Además, que mi gesto no era el de siempre, sí que se me veía amargado.

Ensayé una sonrisa antes de salir que apenas me salía. Los chicos llegaron a la mesa al poco.

—Tío, menudo pollo que te ha podido liar —resopló Ethan.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Menudo dolor de huevos que me ha dejado. No os riais, mamones, que os estoy viendo.

—Venga, Conrad, échate unas risas también con nosotros…

Me terminaron contagiando y, a pesar de que ganas no tenía de nada y de que lo del dolor era cierto, traté de reírme porque falta me hacía.

Por suerte les tenía a ellos y aunque no disfrutaba mucho en aquellos días de nada, y por tanto tampoco de su compañía, no me dejaban solo. Otra cosa era que me sintiese así pese a estar con ambos, porque entre otras cosas, echar a Martina de mi vida me había dejado un hondo sentimiento de soledad.

—Loca por follarte, ¿es que todavía no te ha quedado claro?

—Si claro le ha quedado, sí —le contestó Gonzalo mientras Ethan y él la cogían por los brazos para asegurarse de que no se me tirase encima.

Los clientes nos miraban y cuchicheaban. A mí la camisa no me llegaba al cuerpo y sentía que sudaba la gota gorda.

—¿Es que ya no te caliento? —me preguntó, entre bebida y ofendida, las dos cosas.

—La sangre sí que me la estás calentando. Lárgate de aquí, por favor.

—Al final resultará que no sirves para nada. Y yo que venía con ganas de marcha…

Entre los dos se la llevaron del comedor y me metí en el baño, donde me refresqué porque me había puesto de lo más nervioso. Me miré y estaba ojeroso. Además, que mi gesto no era el de siempre, sí que se me veía amargado.

Ensayé una sonrisa antes de salir que apenas me salía. Los chicos llegaron a la mesa al poco.

—Tío, menudo pollo que te ha podido liar —resopló Ethan.

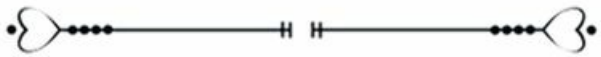
—¿Me lo dices o me lo cuentas? Menudo dolor de huevos que me ha dejado. No os riais, mamones, que os estoy viendo.

—Venga, Conrad, échate unas risas también con nosotros…

Me terminaron contagiando y, a pesar de que ganas no tenía de nada y de que lo del dolor era cierto, traté de reírme porque falta me hacía.

Por suerte les tenía a ellos y aunque no disfrutaba mucho en aquellos días de nada, y por tanto tampoco de su compañía, no me dejaban solo. Otra cosa era que me sintiese así pese a estar con ambos, porque entre otras cosas, echar a Martina de mi vida me había dejado un hondo sentimiento de soledad.

Capítulo 12



Martina

Esa noche tuve un sueño muy dulce y me desperté con una sonrisa en los labios. No hubo ningún dolor en ese sueño en el que sostenía a mi bebé en los brazos y le besaba con total ternura.

Me quedé un rato en la cama, remoloneando. Obvio que lo de no trabajar tenía sus ventajas porque de siempre odié el despertador y no tener que escucharlo sonar por las mañanas era muy de agradecer. De todos modos, era sábado.

Además, que, aunque no me habían atacado las náuseas ni los vómitos, un embarazo se deja sentir de alguna manera y somnolienta sí que solía estar.

Valentina me decía que había desarrollado la habilidad de quedarme dormida hasta en el palo de un gallinero y más de un codazo me pegaba cuando se me cerraban las persianas de los ojos mientras veíamos una peli y estaba en lo más interesante.

En fin, que me levanté y me preparé un zumo de naranja bien fresquito. Estaba contenta, asimilando un cambio que me haría mucho bien.

—Mira, bebé, esto está cargadito de vitamina C y encima muy rico, no como esos licuados de apio y tal que pretende Valentina que me tome. Esos saben a rayos.

Ni siquiera fui consciente en ese instante de que estaba hablándole directamente a mi bebé por primera vez. Y no podía existir mejor prueba de que había asimilado mi embarazo.

—¿Se puede saber con quién hablas? —me preguntó ella mientras se desperezaba, apareciendo por la cocina.

—Pues estoy hablando con mi bebé, amiga —le confesé mientras me echaba la mano al vientre—, ¿y sabes una cosa? ¡Es lo que más quiero en el mundo! —exclamé contenta.

—Ay, mi niña, ¡qué te como esa cara! Si yo sabía que este momento iba a llegar.

—Sí, ya no quiero volver a sentirme nunca más una mala madre.

—Si eso no lo has sido nunca.

—Pues, bien que me lo has dicho.

—Para quitarte la torta esa que tenías encima. ¡Por fin! —movía el brazo en el aire en señal de victoria.

—Es que estoy muy contenta, cariño. Me he dado cuenta de que es cierto que no esperaba a este niño, pero también de que me va a cambiar la vida para bien porque ya lo quiero con todo mi corazón.

—Y anda que no lo tienes grande ni nada, igual que las tetas, que no veas cómo se te están poniendo.

—Calla, que me haces reír y estoy en un momento de esos, *in love* con mi bebé.

—Pues *in love* con risas, que es mejor todavía. Entonces, ¿estás contenta?

—Sí, mucho. Ahora solo quiero que nazca bien y sano.

—¡Y bonito! Mira la cara que tienes, tu bebé va a ser precioso —me la besaba de lo más emocionada.

Quizás mi amiga no fuese consciente tampoco del pilar tan fundamental que representaba en mi vida, pero lo era. A nivel emocional, nadie me equilibraba igual. Y si había logrado superar esa racha tan mala fue gracias a su cariño, a sus consejos, a su paciencia y también a sus broncas, que todo ayudó. Y esas últimas fueron por mi bien.

—Y en esta nueva etapa, ¿cambiará algo sobre el impresentable ese?

—¿Sobre Conrad? Nada de nada. En mi vida no lo quiero, no sabes el asco que me da. Ni se ha dignado a aparecer para pedirme ningún tipo de explicación sobre lo que supuestamente pasó. Y mira que ya han pasado semanas. No, él está muy entretenido sacándose fotitos de mierda que subir a las redes y no dejan de salir fotos comprometidas con tías.

—¡¡Con dos ovarios!! ¡¡Así se habla!!

—Es que no quiero ni escuchar hablar de ese mujeriego, Valentina, en mi vida no pinta nada. Que no paran de sacarlo besándose con unas y con otras. Si ya me ha superado, no se imagina hasta qué punto voy a pasar de él, lo haré como de la mierda.

—Es que un mierda es él. Se creerá muy poderoso, pero es un “don mierda” —rio ella.

—Así es. Un tío así no tiene derecho a enterarse de que es el padre de mi hijo. De mis labios no saldrá.

—Pues a los míos les han echado pegamento, por mí, sí que no se enterará de nada.

—Ven aquí, que te has ganado un abrazo.

—No, me he ganado mucho más, me he ganado, ¡¡una mañana de chicas!!

Quiso que saliéramos y que fuéramos de *shopping* una vez más. Necesitaba algunos pantalones premamás porque empezaban a no valerme ninguno de los míos. Ya estaba de ocho semanas y la cosa comenzaba a variar.

—Pero no quiero pantalones serios ni feos, ¿eh? —le decía por la calle cogida a su brazo.

—¿Yendo conmigo te vas a topar con algo feo? Como Valentina que me llamo que vas a flipar con la tienda de moda premamá a la que te voy a llevar.

—¿También la has bicheado por Internet?

—Claro. Y pensaba traerte tirándote de los pelos, pero me emociona comprobar que has venido por tu propio pie. Y encima con una sonrisa de oreja a oreja. Te juro que me siento como si me hubiese tocado la lotería.

—Eso no lo necesitas. Ya les sacaste un buen pico a esos.

—Y poco fue. Todavía me cuelo allí un día y los vuelvo a chantajear.

—¡No seas loca!

—Pues el kiwi que no me lo toquen o se van a enterar de quién es Valentina.

—¿Más?

—Sí, todavía más.

Tenía razón en que la tienda era ideal porque resultó que descubrí un mundo de moda premamá que ni siquiera podía imaginar que existiera, todo súper juvenil y favorecedor.

—Es que no hay una etapa en la que una mujer esté más guapa que en el embarazo —nos decía el dependiente, un chico gay con el que conectamos enseguida.

—¿A qué sí, Alberto? Dile a mi amiga que está radiante, que a mí no me cree.

—Pues chica, estás como para hacerme que me plantee cambiarme de acera, ¿tú te has visto la luminosidad en el rostro? Yo es que me pasé la juventud vendiendo Avon y de potingues y pieles entiendo un rato largo. Y la tuya desprende vida.

Tenían razón en que ese día sí que me encontraba muy guapa. Parecía que la felicidad me aportaba belleza. Después de aquella tremenda tempestad que asoló mi vida, no solo llegaba la calma, sino la alegría.

Nos tomamos un tentempié al salir de la tienda y ella tuvo una idea.

—¿Te apetece salmón?

—¿A esta hora? Si es media mañana todavía.

—No, para comer.

—Pues no sé, ¿por qué?

—Porque vamos a pasar por el mercado y llevaremos algo para preparar en casa de tus padres. Me apetece que almorcemos con ellos. Creo que es hora de que vean lo feliz que estás.

—Vale, pero que también les puedo enviar un WhatsApp —le sonreí.

—No me toques las narices. Se merecen comprobarlo y comer con su hija y con su futuro nieto.

—O nieta.

—Eso.

—¿Y por qué salmón?

—Porque es rico en Omega 3 y, por tanto, esencial para el desarrollo cerebral del feto.

—¿Tú cuándo te enteras de todas esas cosas? Estás más puesta que yo.

—Yo puesta estoy siempre —me soltó picante.

—No seas guarra…

—¿Qué dices de guarra, chalada? Venga, que sí, que me entero de todo porque me interesa que te alimentes

bien.

—De verdad que no sé cómo te voy a pagar todo esto.

—Viniéndote conmigo de viaje a las Maldivas —rio.

—Ahora no es momento para que viaje y lo sabes.

—Lo sé, lo sé. Por eso no te he cogido ya por los pelos para montarte en un avión, que si no…

Le hice caso y pasamos por el mercado. El salmón estaba fresquísimo y llevamos para cuatro.

Aparecimos por la puerta de la casa de mis padres y casi que nos echaron la bronca.

—¿Será posible que traigáis comida? Con aparecer por aquí ya es suficiente —nos abrazaron.

—A mí no me digáis nada. Esto es cosa de Valentina, que es muy cumplida.

—Pues con nosotros no son necesarias esas tonterías. Tú aquí eres una más de la familia —le aseguró mi padre.

—Ay, Rubén, que me van a salir dos cataratas de los ojos.

—Ella es así, muy melodramática —volteé los ojos.

—Uy, lo que ha dicho —se llevó la mano al pecho en plan ofendida y mis padres se rieron de lo lindo.

No consintieron que les ayudáramos y se pusieron ellos a cocinar mientras que nos ofrecieron otro zumo fresquito que nos tomamos como dos reinas.

—Y tú a sentarte también, Noelia, disfruta de ellas —le pidió mi padre.

—Eso es un hombre y lo demás son tonterías, mamá.

—Sí que lo es, hija. Te veo muy feliz, Martina, tu padre me lo acaba de decir también.

—Es verdad —asintió él, quien ya avanzaba hacia nosotras para traernos un plato con un queso curado que estaba para chillarle.

—Es que ya he asimilado lo de mi bebé, eso os lo quería comentar.

—Es verdad, Noelia, que me he levantado hoy y allí estaba hablándole al peque. Ya se le ha quitado la pena —suspiró Valentina.

—Hija, esa es la mejor de las noticias que nos podrías dar. Y entonces, ¿te planteas volver aquí a casa con nosotros?

Se hizo el silencio de repente. Valentina no despegó sus labios, lo cual no quiere decir que no viera lo compungido de su gesto. Por nada en el mundo quería hacerle daño a quien tanto bien me estaba haciendo y a quien me dedicaba todos sus mimos y cuidados.

—Mamá —me aclaré la voz—, no quiero que os lo toméis a mal porque además sabes que vendremos a visitaros cada dos por tres, pero hoy por hoy me encuentro muy a gusto en casa de Valentina.

—Si lo entiendo, hija, de verdad.

—Es que, además, con ella me distraigo mucho y las dos estamos desocupadas ahora. Papá y tú trabajáis por la mañana.

—Tienes toda la razón, mi amor. Solo quiero que sepas que, si en algún momento te apetece, las puertas las tienes abiertas. De la casa y de nuestro corazón.

—Lo sé de sobra, mamá. Ya os habéis empeñado en hacerme llorar, con lo contenta que estoy.

—Son tus hormonas las que se empeñan, niña —me recordó Valentina.

—De todos modos, sé que con ella estás muy bien y, además, que os tenemos cerquita. Esa tranquilidad me queda.

—Pienso igual, hija —le dio la razón mi padre.

Durante el almuerzo, Valentina les contó todo lo que ya teníamos comprado para el bebé y mi madre miró a mi padre.

—Dáselo, Noelia, que le hará ilusión.

—¿También vosotros de compras ya, mamá? No, si al final se le quedarán mil cosas con la etiqueta puesta.

—No, lo que te voy a bajar no lo hemos comprado, pero para mí no tiene precio, hija.

—Hasta nerviosa me estoy poniendo — comentó Valentina, quien disfrutaba de todo lo del bebé tanto o más que yo.

Mi madre se fue hacia un cuarto donde tenían mil cosas almacenadas y vino con una caja de cuya existencia no me acordaba. Alguna vez la vi de niña.

—¿Qué traes ahí, Noelia?

—Pues mira, Valentina, mira qué preciosidad. Lo he lavado todo en estos días y ha quedado como nuevo. Son las primeras prendas que lució Martina cuando nació.

—Mamá, por favor, qué bonitas…

—¡Me han impactado en todo el *cuore*! —exclamó mi amiga, mientras las sacaba.

Había de todo allí… Prendas que para mi madre tenían un valor incalculable y que deseaba que también luciera mi bebé.

—Qué cosa más chiquitita, Noelia, ¿tú estás segura de que esta petarda cabía aquí?

—Sí, nació unos días antes de que saliera de cuentas y ni tres kilitos pesó. Era muy chiquitita, Valentina.

—Sí —entrecerró mi padre los ojos como recordándolo—. Recuerdo que me solía preguntar cómo se podía querer tanto a un ser tan pequeño.

—Ay, papá… Qué pedazo de abuelo vas a ser. Ya te veo presumiendo de nieto en el parque.

—Y yo también. Tú no te angusties por nada que al bebé lo vamos a cuidar entre todos.

—Ya no me angustio, mamá. De pronto me siento muy feliz y liberada, muchísimo. Como si todos mis problemas se hubiesen esfumado.

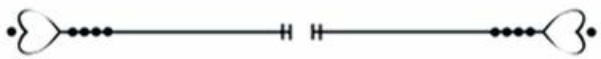
—Es que no los vas a tener, hija. Tú dedícate a cuidarte únicamente.

—Para eso ya tengo a Valentina. Dile que no hace falta que me tome esos licuados verdes que me prepara, que al final quien me provocará vómitos será ella.

—Bien sanos que son, serás quejica. Mira, Noelia, te voy a decir lo que llevan…

Y mi madre le dio la razón en todo. Vaya, que me cuidaban a tope y que solo podía sentirme agradecida al Universo porque, a pesar de haberme dado aquella sorpresa que en su día se me clavó en el corazón como un dardo envenenado, me estaba mostrando que mi bebé era el mayor de los regalos.

Capítulo 13



Martina

Estaba tumbada en la camilla de mi ginecólogo para la ecografía de los tres meses. El corazón me estaba latiendo con tanta fuerza como las ganas que tenía de luchar por mi bebé.

Don Tomás era un hombre de esos que transmiten tranquilidad. No solo tenía ya una cierta edad, sino que cada uno de sus movimientos era muy pausado, dándole la importancia que tenía a un hecho tan trascendental como el de ser madre, por lo que me lo iba explicando todo con detalle.

—Pues bien, el latido es perfecto y todo parece estar en orden. Ahora bien, Martina, ¿quieres conocer el sexo del bebé? —me preguntó.

—Sí, quiero —le respondí con mucha solemnidad.

—Que esto no es una boda, niña —me dijo Valentina, dándome un codazo.

—Ya lo sé, esto es algo mucho más importante todavía. Menos mal que estoy tumbada, porque las rodillas me están temblando.

—Normal, *amore*, a mí también, estoy como un flan.

Suspiré hondo porque se trataba de un momento de emoción máxima, de uno de esos momentos en la vida que sabes que jamás olvidarás, por muchos años que pasen.

Desde que había asimilado que ese pequeñín estaba creciendo en mi vientre, cada vez tenía más ganas de poder verle la carita y comérmelo a besos, de abrazarlo y cantarle algunas de esas nanas que mi madre me había dicho que conseguían que yo me quedara dormida al instante.

Lloré de la emoción mientras Valentina cogía mi mano por el otro lado de la camilla de donde estaba el doctor.

Su mucha experiencia le hizo hablar sin titubear con tan solo echar un vistazo a los minúsculos órganos genitales de aquella criatura que ya crecía en mi vientre y a la que quería con todo mi corazón.

—Es una niña… —murmuró sonriendo.

—¡Lo sabía! —exclamó en voz alta Valentina y se puso a aplaudir.

—Una niña… —murmuré emocionada.

Me quedé asimilándolo. No es que tuviera preferencia, pero las niñas me encantaban y ser la mami de una me llenaba de ilusión. De inmediato entrecerré los ojos y me imaginé con ella en brazos. Cuántos momentos nos quedaban por disfrutar juntas. Es que lo pensaba y no me lo creía.

Lo más bonito fue que ya se veía formadita y la imagen era tan real que emocionaba por completo. Me la dio el doctor y me la pegué al pecho sonriendo de felicidad al tener esa imagen plasmada, como si ya se tratase de mi bebé. Si me sentía así ya, ¿qué pasaría cuando naciera y me la pusieran piel con piel?

Me quedé en silencio durante unos minutos y solo lo rompí para hacerle una pregunta sobre algo que me rondaba la mente.

—Doctor, ¿es normal que no la sienta? —pregunté preocupada.

—Claro, hay personas que hasta los seis meses no lo llegan a sentir, pero quédate tranquila, está todo bien. Te lo puedo asegurar. He inspeccionado a fondo y no existe ningún motivo de alarma.

—Mira cómo se preocupa mi niña, al final ama a su bebé —dijo Valentina emocionada, haciendo en el aire la señal del corazón que te llevas al pecho.

—Hay personas a las que les cuesta mucho asimilarlo, pero luego son las más protectoras y las que más se vuelcan con sus hijos. Asimilar puede ser un proceso de personas que no actúan precipitadamente porque son más responsables y sopesan las cosas, no toman decisiones a lo loco —nos explicó él, quien debía haberse topado a lo largo de su larga carrera con todo tipo de casos.

—Al final no va a ser tan mala madre como yo pensaba —dijo Valentina ocasionándonos una carcajada.

—No, mujer, ella no es mala madre —volteó los ojos el pobre hombre que era un trozo de pan. Debía estar alucinando con mi amiga, la cual no tenía filtros y soltaba todo lo que se le venía a la boca. Y de la forma más cómica del mundo.

Una niña, la vida me había quitado muchas cosas en tan poco tiempo, pero me había dado una niña a la que amaría con todo mi corazón el resto de mi vida.

Salí de la consulta con la imagen en la mano y también en el móvil, ya que me la envió por correo para que la tuviera en digital.

Todo lo que tuviera que ver con mi bebé para mí tenía el máximo de los valores sentimentales. Había pasado de no poder aceptar la idea de ser mamá a estar deseando serlo. Es más, mi bebé aún no había nacido, pero madre ya me sentía en mayúsculas por llevarlo en mi vientre.

Caminábamos cogidas del brazo y de lo más charlatanas, porque conocer el sexo del bebé nos había activado por completo, aunque Valentina siempre iba con las pilas cargadas a tope, como solía decirle.

Giramos la calle cuando sin esperarlo, nos topamos de frente con Conrad. A unos metros de pasar el uno por el lado del otro. Realmente, era la última persona con la que esperaba toparme.

A mí el corazón casi se me sale por la boca, dado el sobresalto. No pude articular palabra alguna. Noté cómo Valentina soltaba el aire con mucha fuerza y yo no quise ni levantar la mirada que apuntaba al suelo.

—¡Pickpocket, pickpocket! —gritó Valentina como si él fuera un carterista.

La cara de Conrad era echando humo con los mofletes hacia fuera mirando a Valentina como si la fuera a embestir. Ella continuaba andando y sonriendo. También me miró a mí y vi mucho odio en sus ojos.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté todavía incrédula, aunque no sé por qué. Ni que no la conociera. Mi amiga era capaz de las mayores locuras siempre que considerase que eran de justicia. Y Conrad me la había jugado, pero bien.

—¿Acaso no fue lo que hizo contigo? Te llamó ladrona. Ahora que mastique y trague —me soltó junto con una sonrisilla malévola, en señal de que estaba disfrutando.

—Estoy en shock. Es que no me lo esperaba, de veras que no me lo esperaba.

—¡No me digas! Ni lo pareces —me dijo agarrando mi brazo y tirando de mí, que me había quedado casi inmóvil. Era como si me llevase en volandas.

—No debiste de haberle dicho nada. No somos igual que él.

—Claro que no, ya somos peores. A los que se la dan de grandeza, hay que ponerles los pies en la tierra. Es un mamarracho, poco hombre, que te acusó de ladrona a ti, a ti que eres casi como Santa Teresa de Calcuta. Qué valor tienes de preguntarme por qué le dije eso. Poco le dije para lo que merecía —tiraba de mí.

—Pero es que no quiero polémicas ni tampoco entablar una guerra con él.

—¿Ese se va a enfrentar a nosotras? Y hasta ese día no hago que se cague por las patas abajo, fíjate lo que te digo.

—Ya debiste lograrlo cuando te enfrentaste a los tres mosqueteros y les pediste la pasta.

—Ya ves, menudo miedo que me dio. Ni son hombres ni son nada. Les puse las pilas, así que, por su bien, será mejor que no vuelvan a tocarme la moral. Y Conrad el que menos.

—Ya, ya, si será el primer interesado en dejar las cosas como están, pero que lo único que necesito es paz.

—Y la vas a tener, cariño. En un ratito nos vamos a casa y te pongo música de esa relajante que te deja tiesa, porque anda que no planchas la oreja con facilidad. Te estás convirtiendo en una marmota. Oye, ¿me estás escuchando?

—Que sí, que sí. Es que estoy pensando que vaya maldita casualidad. ¿Justo tenía que encontrármelo hoy? Con lo contenta que estoy sabiendo que el bebé es una niña, pero sobre todo que está sanita.

—¿Y por qué no vas a seguir contenta?

—Porque me ha cortado todo el rollo el tío este, justo por eso. Qué coraje tengo.

—Pues de eso nada, que hoy tenemos mucho que celebrar. Tú sabes muy bien a quiénes vamos a contarles esto.

—A mis padres, eso está cantado.

—Estoy deseando ver la carita que van a poner. Serán los mejores abuelos del mundo.

—Sí, mi bebé tiene mucha suerte. Va a recibir el amor de todos, excepto el de su padre —me dio por decir en alto.

—Ni que ese supiera amar. No me busques la lengua. Oye, se me está ocurriendo una idea.

—A saber, qué es —sonreí—. Miedo me dan a mí tus ideas a veces.

—Tranquila que esta te va a gustar. Vamos a ir a comprar una cosita para darles la noticia a tus padres.

—Si se la vamos a contar de viva voz…

—¿Y qué? No seas sosa, ¿eh? Todo lo que tenga que ver con este bebé debe ser original, como yo.

—Pues nada, lo haremos como quieras.

Ella pensaba en cómo darles la noticia y mi pensamiento se había quedado en lo que sucedió minutos atrás. Iba a tener una hija, me acababa de cruzar con el padre al que mi amiga lo había puesto de ladrón y encima el me miró con odio. ¿Qué clase de karma era este?

Me dejó muy mal cruzarme con él. No lo había vuelto a ver desde que pasó todo lo que pasó y, por tanto, me removió mucho. A Conrad lo amé cantidad y me estaba costando la misma vida apartarlo de mi pensamiento.

Procuraba no bichear sus redes y mantenerme ajena a todo lo que tuviese que ver con él, pero claro, de pronto me lo cruzaba sin previo aviso y me quedé pillada.

Fuimos a buscar a mis padres a la puerta del instituto para darles la noticia de que era niña. A Valentina no se le ocurrió otra manera de colarnos con un sonajero de color rosa y ponernos a moverlo cuando aparecieron. Eso fue lo que compró.

—Pero bueno, ¿esto quiere decir que vamos a tener una nieta? —le preguntó mi madre.

—¿Tú qué crees, Noelia? Una más para el clan. Rubén será el único hombre. Imagínate la que le daremos entre todas.

—Y encantado que estaré, niña. Una nieta, voy a ser abuelo de una nieta —murmuraba.

La cara de felicidad de ambos no tenía precio. Aunque yo sé que a ellos les hubiera encantado un varoncito, pero iban a ser feliz con la princesa que les venía en camino, pues de hecho así lo mostraron desde el primer instante, con sus ojos brillantes de emoción.

Por supuesto que insistieron en invitarnos a comer. Una noticia así no se recibe todos los días, de manera que aceptamos de inmediato. Nos dieron a elegir a nosotras.

Nos decantamos por un restaurante chino y les pasé las imágenes de la ecografía. No pudieron reprimir las lágrimas. Valentina ni corta ni perezosa les contó lo del encontronazo con Conrad y cambiaron las lágrimas de la emoción por las carcajadas por lo que le había gritado esta.

—Es que eres única, Valentina, eres única —decía mi madre.

—Y porque iba con tu hija, Noelia, y no quise montar un pollo más gordo por su estado que, si no, le lío una que tienen que venir a separarnos un par de polis.

—Me lo creo, me lo creo.

—Ese se ha ido calentito para su casa.

—O para donde haya ido, que su vida social es muy intensa —suspiré.

—También soy hombre, hija, y te digo que no cambiaría mi vida familiar por nada de lo que ese hombre haya podido vivir. Es más, te digo que se está perdiendo todo lo bonito y lo importante de la vida.

—¡¡Así se habla, Rubén! Solo que, por eso, nos vamos a hacer un selfi ahora mismo los cuatro que voy a colgar en las redes. Venga, ¡sonrisa grande! —Valentina cogió su cámara y nos animó a poner la más amplia de nuestras sonrisas.

La foto quedó sensacional, y es que la felicidad nos desbordaba en un día en el que recibimos una noticia así de maravillosa. Ahora bien, seguía un tanto rayada por el maldito encuentro que logró empañar en parte la alegría que sentía. No se lo confesé a ellos para estropear nuestro bonito y emotivo momento, pero así fue.

—Ese se ha ido calentito para su casa.

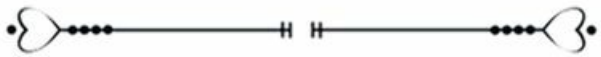
—O para donde haya ido, que su vida social es muy intensa —suspiré.

—También soy hombre, hija, y te digo que no cambiaría mi vida familiar por nada de lo que ese hombre haya podido vivir. Es más, te digo que se está perdiendo todo lo bonito y lo importante de la vida.

—¡¡Así se habla, Rubén! Solo que, por eso, nos vamos a hacer un selfi ahora mismo los cuatro que voy a colgar en las redes. Venga, ¡sonrisa grande! —Valentina cogió su cámara y nos animó a poner la más amplia de nuestras sonrisas.

La foto quedó sensacional, y es que la felicidad nos desbordaba en un día en el que recibimos una noticia así de maravillosa. Ahora bien, seguía un tanto rayada por el maldito encuentro que logró empañar en parte la alegría que sentía. No se lo confesé a ellos para estropear nuestro bonito y emotivo momento, pero así fue.

Capítulo 14



Conrad

Hoy hacía justamente cuatro meses y medio desde que todo explotara por los aires con Martina. Justo hoy que me levantaba con una foto en las redes de Valentina besando una barriga embarazada de Martina y un comentario en el que decía que iban a ser madres.

No esperaba una foto así, ¿de qué iba todo aquello? La vida me estaba sorprendiendo demasiado con aquellas dos. Y ninguna de esas sorpresas era buena. ¿Qué había hecho para recibir una tortura así? Tan solo me defendí. La saqué de mi vida a marchas forzadas porque la mujer de la que me estaba enamorando hasta la médula se rio de mí y me robó.

Pese a que trataba de verlo así para que el pensamiento no me jodiese más de la cuenta, era imposible. La visión de esa foto me había dejado tocado y hundido. Esa maternidad repentina, ¿a qué venía?

No es que tuviera una gran barriga, pero el baloncito ya se le notaba y a mí eso me había caído como un jarro de agua fría.

Sin duda que igual era para joderme. O no, porque lo mismo Martina ni se acordaba de mí y lo único que pretendían eran estrenar maternidad juntas mientras se pegaban la gran vida a costa del dinero que nos birlaron, porque aquella última petición fue ya para reventar. Menudas pájaras, qué chantajistas.

Y si me sobraba inteligencia para entender que era así, ¿por qué me seguía doliendo? ¿Por qué no podía apartar ese jodido pensamiento de mi cabeza? Me estaba haciendo mucho daño yo solo.

Hacía dos meses que me las encontré y Valentina tuvo el valor de gritarme esa palabra como si fuera un carterista. Ella era igual y no podía esperar que en esos momentos se enfrentara a su amiga, todo lo contrario, guardó silencio admitiendo esa injusticia cuando se sabía que la única ladrona era ella.

¿Y todavía me preguntaba por qué lo había hecho? Porque no tenía el más mínimo pudor en demostrarme que era así, no interviniendo en ningún momento.

Nada que viniera de Martina debía asombrarme ya y, sin embargo, lo hacía. Y no solo me asombraba y me dejaba rayado, sino que me seguía doliendo. Y casa día más, como comprobé tras ver una foto que ojalá que no hubiese visto.

¿De cuánto tiempo estaba? ¿Habían usado parte del dinero que les dimos por el chantaje para someterse una reproducción asistida? Valentina confirmaba que era algo de las dos. ¿Habría sido ella quién le hubiera donado el esperma? La cabeza me iba a reventar.

Eran varias las posibilidades y cualquiera de ellas me dolía más de lo que ambas se pudieran imaginar.

Dolía mucho y más cuando, aunque no lo quisiera reconocer la seguía amando con todo mi corazón, ese que estaba roto en mil pedazos.

Juro que había luchado contra ese amor con todas mis fuerzas. Y también juro que me era imposible librarme d él, librarme de un sentimiento que me estaba consumiendo por dentro.

Nunca sentí algo similar por una mujer. Lo vivido con Martina me acompañaba día y noche, cada uno de los recuerdos compartidos se había insertado en el disco duro de mi memoria para seguir torturándome, para seguir viendo su rostro sonriente, su exquisita timidez y esas bromas suyas que tantos sentimientos me inspiraban. Para seguir viéndolos en cada uno de los rincones en los que un día estuve con ella.

Desde luego que el amor podía ser algo de lo más jodido que vivir, porque si te tocaba ser el protagonista de un historia que comenzaba con todo a favor y después se desmoronaba como un castillo de naipes al darte de bruces con la realidad, podías apostar que ibas a sufrir por culpa de ese enano con flechas y pañal hasta que por fin olvidaras a la persona que creías que iba a amarte para siempre.

Así no podía seguir y la falta de información acerca de ese embarazo amenazaba con hacerme más daño todavía. ¿Cuánto dolor puede llegar a asimilar un hombre sin estallar? Pues quizás más del que me imaginase y n quería ni pensarlo.

Decidí en aquel momento que ya estaba bien de sufrir sin conocer ni un solo dato de ese embarazo. Tenía que estar informado para poder asimilarlo, doliese lo que doliese. Y costara lo que costara.

El dinero, por suerte, no me suponía el más mínimo problema. Y en cuanto a la información… Siempre se ha dicho que la información es poder y la iba a conseguir.

Barajé varias posibilidades y me decanté por la que creí mejor. Una vez tuviera esa información en mi mano, trataría de gestionarla, de desengañarme definitivamente y quizás, así y solo así, podría desterrar por completo a Martina de un corazón, el mío, en el que se había instalado como una ocupa y del que se negaba a salir.

Llamé a Guillermo, un socio del Club con el que me llevaba muy bien de hacía años y que era investigador

privado. Quedamos en vernos en una hora en el Club, daba la casualidad de que estaba terminando algo cerca de la urbanización.

Era un hombre del que podía fiarme, muy serio en su trabajo y que solía llevar temas gordos. El mío no le parecería tal, pues desde fuera quizás no pareciese importante, pero la vida se me estaba yendo en ello.

Llegué diez minutos antes de la hora acordada y le enseñé unas fotos de Martina y le di todos sus dados, hasta los de Valeria para que tuviera el domicilio de ambas. Quería saber todo, de cuánto tiempo estaba, en qué clínica se había hecho la reproducción y cuanto le había costado.

—Por favor, necesito esos datos. Cualquiera de ellos puede ser crucial para mí. No te dejes nada, quiero saberlo todo —carraspeé.

—No te preocupes que tengo muchos contactos en clínicas ginecológicas y sé por dónde moverme. Te diré hasta cuántas respiraciones tiene por segundo. No habrá nada de esas dos que no podamos averiguar.

—Gracias, Guillermo.

—Gracias a ti por confiar en mí. No te voy a fallar.

No sé por qué lo hacía, pero tenía una extraña sensación dentro y quería saberlo todo. Era como que algo se me escapaba y que aquí había más gato encerrado que todas las cosas.

Se creían muy listas. Tenía la sensación de que manejaban los hilos para joderme la vida. Visto desde fuera, cualquiera podía pensar que no era así, que desde que Valentina nos amenazó para llevarse la pasta me habían dejado tranquilo. Pero no, mis sensaciones me decían que había algo más.

No sé explicarlo, también era una novedad para mí que ni siquiera me permitía centrarme en condiciones en mis negocios. Una tortura, como ya he comentado.

Si me paraba a pensarlo con detenimiento, sí sabía por qué lo hacía, y es que después de las amenazas de Valentina y cómo se las habían gastado conmigo, estaba seguro de que no eran trigo limpio, lo tenía claro. Ladronas y a saber lo que estaban haciendo, capaces de que esa barriga fuese para chantajear a otra persona. Sí, hasta este punto me ponía a pensar dado el estado en el que me había quedado al ver aquella foto.

Si lograba constatar eso, si Guillermo me podía confirmar algo así, no dudaría en actuar contra ellas y que se les cayera el pelo. No quería que volvieran a tomárselo a otro hombre al que le jodieran la vida a dúo como a mí.

Me imaginaba mil cosas, pero esta vez el que quería tener el As bajo la manga era yo, aunque con lo del robo ya tenía precedentes, pero algo me decía que estas estaban tramando algo más.

No volverían a cogerme desprevenido. La próxima vez sería yo quien me anticipase a la jugada. Esas dos no volverían a reírse ni de mí, ni de nadie más.

Me despedí de Guillermo y comí con Ethan y Gonzalo, que ya se habían encontrado con la misma imagen en la redes. Estaban tan alucinados como yo.

—No sé qué más esperar de estas dos. Cuando crees que ya lo has visto todo con ellas, van y saltan con un disparate mayor. ¿Crees que están juntas, Conrad? —me preguntó Ethan.

—¿Cómo van a estar juntas si a Valentina lo que le van son los tíos? Eso ya os lo confirmo yo.

—Joder, es verdad… Y bien caro que nos salió, Gonzalo. Ya te vale…

—¿Podéis dejar de especular un poco? Pronto vamos a salir de dudas sobre todo esto —les pedí porque cualquier conjetura al respecto no solo me molestaba, sino que me dolía.

—Vale, vale. Sí, entérate de lo que sea porque, si no, cualquier día nos piden más pasta. Para mí que han visto la serie esa de "Asalto al Banco Central" que tan de moda está y se creen que nosotros somos el puto banco.

Ethan sabía bien por qué lo decía. Les pareció una buena idea lo de Guillermo dado que Valentina se cruzó en la calle con él y le dijo que la próxima vez les iba a salir más cara las comisiones.

—No, no, eso hay que evitarlo, que nos quieren desplumar, ya se han llevado bastante. Me niego a que soltemos ni un euro más.

—No nos volverán a chantajear, Gonzalo, de eso me encargo yo.

—Y haces bien, Conrad. Ethan tiene razón en que van a por nosotros. Y ahora nos salen con esto, ¿qué va a ser lo próximo?

—Oye, Gonzalo, a ti no te grabarían en plena faena, ¿no? —le preguntó Ethan.

—¿De qué faena me estás hablando ahora? No me toques la moral, tío.

—Pues de esa en la que Valentina salió con las dos orejas y el rabo en la mano, porque anda que no ha ganado pasta con eso. Más que un torero famoso.

—Deja, deja, que yo lo sigo teniendo todo en su sitio, con lo que lo necesito… Sobre todo, el rabo.

—Sí, porque las orejas las utilizáis poco este y tú. ¿Podemos cambiar de tema ya?

—Joder, Conrad, qué susceptible estás.

—Vale, ¿y qué pasa?

s

—¿Tú no seguirás pillado de esa tía?

—Sois un par de tarados, que no, ¡joder!

Hasta golpeé la mesa porque no quería reconocer nada. Ni siquiera a los que eran mis amigos del alma y habían vivido de cerca nuestra historia.

A pesar de haberme acostado con alguna que otra en todo este tiempo debo de reconocer que ella no se me quitaba de la cabeza, aun sabiendo todo el daño que me había provocado y como jugó conmigo haciéndose la victima cuando era la única villana.

No era fácil. Cuando te tocan el corazón, no es fácil deshacerse de ese sentimiento de impotencia, rabia y dolor.

Pero de eso, a reconocérselo a ellos dos, va un abismo. Esa línea no la pensaba cruzar. Lo que sintiese en el interior de mi corazón se quedaría para mí y solo para mí. A nadie le importaba un bledo.

a

Me fui pronto para casa. No me apetecía seguir en reunión. Para nada estaba de humor y por eso prefería quedarme a solas con mis pensamientos. Con unos pensamientos agónicos que no me sacaba de la cabeza ni con sun sacacorchos. Y una sola pregunta resonaba en esa torturada cabeza mía: ¿hasta cuándo iba a durar aquello? Poı mi salud mental, esperaba que no mucho.

—Joder, Conrad, qué susceptible estás.

—Vale, ¿y qué pasa?

—¿Tú no seguirás pillado de esa tía?

—Sois un par de tarados, que no, ¡joder!

Hasta golpeé la mesa porque no quería reconocer nada. Ni siquiera a los que eran mis amigos del alma y habían vivido de cerca nuestra historia.

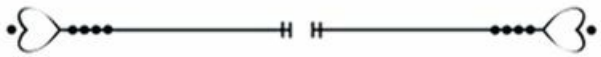
A pesar de haberme acostado con alguna que otra en todo este tiempo debo de reconocer que ella no se me quitaba de la cabeza, aun sabiendo todo el daño que me había provocado y como jugó conmigo haciéndose la victima cuando era la única villana.

No era fácil. Cuando te tocan el corazón, no es fácil deshacerse de ese sentimiento de impotencia, rabia y dolor.

Pero de eso, a reconocérselo a ellos dos, va un abismo. Esa línea no la pensaba cruzar. Lo que sintiese en el interior de mi corazón se quedaría para mí y solo para mí. A nadie le importaba un bledo.

Me fui pronto para casa. No me apetecía seguir en reunión. Para nada estaba de humor y por eso prefería quedarme a solas con mis pensamientos. Con unos pensamientos agónicos que no me sacaba de la cabeza ni con un sacacorchos. Y una sola pregunta resonaba en esa torturada cabeza mía: ¿hasta cuándo iba a durar aquello? Por mi salud mental, esperaba que no mucho.

Capítulo 15



Martina

La foto que habíamos subido a la red parecía que se había viralizado porque tenía muchísimos *likes* a diferencia con otras publicaciones.

Sinceramente, es que era preciosa. Y aparte, cuando las cosas se hacen con tanto amor como el que derrochamos al subirla, como que la gente lo percibe y reacciona más.

La miraba una y otra vez. También miraba esa barriguita mía que ya iba cogiendo forma y la acariciaba con todo el mimo del mundo. Mi niña estaba allí dentro, en paz, en calma… Yo también buscaba esa paz y esa calma, pero no la llegaba a encontrar del todo.

Aunque no quería pensar en él me preguntaba si la había visto y en caso de ser así, ¿qué se le habría pasado por la cabeza?

Conrad no se merecía que le dedicara ni uno de mis pensamientos, pero era una boba y no podía evitarlo. Cuando eres de una determinada manera, cuando naces sufridora, deberías nacer otra vez para librarte de esa maldición.

Y es que, a pesar de todo el dolor, a pesar del modo en el que me echó de su vida, aun con el tiempo que había pasado desde entonces, seguía pensando en ese hombre que tanto daño me había hecho…

Mi madre siempre me decía que me preocupaba demasiado por todo el mundo, desde niña. Y con ese comentario dio en el blanco de la diana. ¿Por qué tenía que sentirme mal cuando la ofendida era yo?

A pesar de ser así, y aunque pudiese resultar contradictorio, sentía remordimientos por todo y hasta me sentía culpable de no tener el valor de ir y decirle que iba a ser padre. Inclusive pensaba en mi bebé que no tenía culpa d nada y le estaba prohibiendo el derecho a que su padre decidiera si quería o no estar presente.

Vale que Conrad no se lo merecía y que no tenía por qué hacerlo, pero, ¿y si me estaba equivocando? ¿Y si mi dolor no me permitía ser objetiva y hacer lo mejor para mi bebé?

Me estaba rayando y esas dudas no las podía compartir con Valentina, quien me habría dicho de todo menos bonita. Y con razón, con mucha razón, pero tampoco podía evitar ser como era.

Desde fuera todo se ve más fácil, pero un día yo me imaginé en un futuro con Conrad y, pese a lo vivido después, eso dejó una huella muy honda en mí. Una huella que no me era posible borrar de un plumazo por mucho que lo intentase. Y menos con un hijo suyo creciendo en mi vientre, un hecho que convertía lo de pasar página en algo mucho más complicado para mí.

Hoy me iba a casa de mis padres, ya que Valentina se iba una semana a la otra parte de la isla pues la habían contratado para trabajar durante este tiempo en unas fiestas locales que había en un pueblo y ella iba de relaciones públicas y azafata de una marca de vinos.

Le dio mucha penita despedirse de mí, y eso que me vería en unos cuantos días, pero ella era así. Hasta me puso la mano en la barriguita antes de marcharse y le habló al bebé.

—*Baby*, no te vayas a olvidar de mí, ¿eh? Que volveré en unos días y te traeré un regalito.

—¿Cómo se va a olvidar de ti con lo mucho que nos cuidas? —le pregunté mientras abría bien los brazos para rodearla con ellos.

—Ay, mi niña, que se me pone sensiblera. Por cierto, que le he pasado a tu madre unas cuantas recetas de los licuados esos de verduras que te preparo.

—De la tortura esa china, querrás decir.

—A mí no me refunfuñes, que eso no es bueno para el bebé.

—¿Y los licuados esos sí lo son? Me ponen el estómago patas arriba.

—Serás quejica… Los licuados son lo mejor para tu salud, niña. Y también para la del bebé. Te estoy poniendo de vitaminas hasta arriba, hasta la punta del moño —rio.

—Pues a mí me tienen hasta la punta del… Bueno, de lo que rima con eso, que no voy a pronunciarlo.

—Por si el bebé te escucha, ¡muy bien!

Pues nada, que, tras una despedida tan emotiva, me llevaba todo porque allí, en casa de mis padres. era donde se iba a montar la habitación de mi bebé y, además, era donde quería estar esta última etapa. Así que ya me quedaría instalada con ellos este último tramo de embarazo en el que ya estaba de cinco meses y medio.

A Valentina no tendría vida para agradecerle lo que había hecho por mí y por mi bebé hasta ese momento, pero tampoco quería convertirme en una carga para mi amiga.

Si ella me escuchara hablar así, hasta me amenazaría con sacar la mano a pasear, pero un bebé es mucha responsabilidad y mi amiga tenía que desplegar sus alas, hacer su propia vida y contar con tiempo para trabajar en libertad donde le saliera una oportunidad.

Vaya, que la embarazada era yo, y no ella, y mis padres también estaban locos porque volviera a casa y poder compartir conmigo la dulce espera, porque en ese momento ya lo era.

Me encontraba más animada, pero por dentro llevaba el dolor del secreto que guardaba ante Conrad y eso me hacía vivir con remordimientos. De ellos no podía librarme por más que lo intentaba.

Prometo que había utilizado todas las tácticas que se me ocurrieron para no pensar en eso, pero no me era posible. Me sentía incapacitada para borrar de mi mente al que, quisiera o no quisiera, era el padre de mi hija.

Lo único que podía hacer para tratar de calmar el dolor que me producía era distraerme con otras cosas. Eso y nada más.

Mi padre llegó y nos ayudó a meter todo en el coche. Me despedí otra vez de mi amiga con un abrazo y quedamos en vernos cuando regresara de esa semana laboral.

—Lo primero que haré en cuanto vuelva será colarme por allí para que me pongas al día de todo, *amore*.

—Pero si mi vida tiene menos cambios que la de una ostra… Serás tú quien me cuente.

—Rubén, dale vidilla a la niña, que no quiero que se me haga una aburrida.

—No te preocupes, que ni su madre ni yo lo permitiremos. Y gracias por todo, Valentina, de corazón.

—Si ha sido un placer. Lo que me ha pasado en estos meses será lo más cerca que pueda vivir un embarazo en mi vida. Bueno, y ya me voy, que al final vais a lograr que se me corra el rímel.

No soltó un disparate de los suyos por estar en presencia de mi padre, pero a mí me echó una mirada picante y sabía muy bien que se refería a que prefería que se le corriera otra cosa. Negué con la cabeza y me sonrió picante.

—Niña, que te *I love you* mucho, no te olvides —me dijo con la señal de un corazón bombeando entre sus dedos antes de salir andando con su estilo y su maleta de flores de colores, que era una pasada de alegre y con la que llamaba la atención, para no variar.

Al llegar a mi casa, mis padres me dijeron que me tenían una sorpresa y vaya si lo era. Habían comprado la

habitación de mi hija y la habían puesto al lado de la mía. Era preciosa, toda en color blanco para que yo pusiera como quisiera los complementos. No pude evitarlo y me eché a llorar abrazándolos.

—Pero si es la habitación más bonita del mundo —les decía sin poder evitar derramar un buen puñado de lágrimas sobre ellos.

—Le falta color, pero ese se lo irás dando a tu gusto.

—Son unos muebles ideales…

—Pues mira, tienes la cuna, la cómoda con estanterías, el cambiador, un perchero en el que colocar la bolsa con todas sus cosas cuando estés en casa y un baúl en el que meter sus juguetes, ¿crees que falta algo, hija?

—Creo que falta que os abrace mucho más, es muy *cuqui* todo.

—Y mira…

—Papá, muero, ¿dónde estaba eso? —le pregunté porque al abrir el baúl de los juguetes, donde ya habían metido unos cuantos peluches, salió Toby, mi osito de la infancia, del que fui inseparable.

—Lo hemos guardado durante todos estos años.

—Ay, por favor, qué emoción… Si es el único varón que no me ha defraudado en el mundo. Y tú, y tú, papá, perdona. No me pongas un puchero. Es que estoy muy sensible y me he emocionado al verlo —les decía mientras abrazaba al tierno osito de peluche.

Era tan de agradecer lo que estaban haciendo por mí… Resultaba dura mi situación y había que estar en mi piel para entenderme, pero ellos de algún modo lo hacían y sabía que estaban ahí para apoyarme en cualquiera de mis decisiones.

Eso era lo mejor de todo, que tomara la que tomase, mis padres no me juzgarían. Nunca se habían metido en nada y seguían sin hacerlo. Ni mucho menos eran de esos padres metomentodos que no dejan vivir a sus hijos.

Mientras comía les confesé que estaba barajando la posibilidad de dar un paso al frente y poner al tanto a Conrad de la situación. Ambos coincidieron en que hiciera lo que mi corazón me dijera. Ante todo, era el padre y pese a que conmigo no se había portado bien, tenía derecho a saber lo que pasaba.

s

—Por nosotros, sabes que no hay ningún problema, hija. Tú termina de meditarlo, pues es una decisión importante y entendemos que no estés tranquila ahora mismo.

—Gracias, mamá.

—Pienso igual, hija. Al fin y al cabo, ese hombre es el padre —prosiguió el mío.

—Aunque no se merezca nada, lo sé. No lo haría solo por él, también por mi niña, a la que igual no puedo privar del derecho a tener un padre, aunque sea Conrad.

—Muy maduro por tu parte.

De todas maneras, no es que lo tuviera decidido, pero sí que estaba ahí la idea rondándome la cabeza y el corazón, este último el que más, porque pese a todo lo que me había hecho, yo no era mala persona, ni mucho menos vengativa.

Era obvio que lo mío con él estaba roto por completo porque algo tan grave como lo que hizo conmigo no se lo iba a perdonar, pero eso no quitaba a que era su padre y me sentía una canalla si yo le quitaba la posibilidad de decidir qué hacer.

Después de comer me metí en la habitación de mi bebé. Era tan bonita que me la imaginaba con ella ya en casita. Eso sí, el moisés se vendría a mi cuarto que es donde estaría conmigo al menos hasta que tuviera edad para dormir solita.

Me quedé en el centro de la habitación tocándome la barriga, sonriendo mientras sentía esa emoción que aún no me abandonaba.

—Desde ahí no puedes verlo, mi niña, pero esta habitación es tan preciosa como estoy segura que vas a ser tú. Tienes unos abuelos que te quieren con locura, ¿sabes? Y estoy deseando que los conozcas, porque sé que, pase lo que pase, siempre podrás contar con ellos, tanto como conmigo —dije mientras miraba mi barriga, y noté que mi preciosa bebé se movía un poquito.

No quería perderme nada de esa criatura a la que ya amaba todo lo que se puede amar a un ser humano. Y mucho más.

—Pienso igual, hija. Al fin y al cabo, ese hombre es el padre —prosiguió el mío.

—Aunque no se merezca nada, lo sé. No lo haría solo por él, también por mi niña, a la que igual no puedo privar del derecho a tener un padre, aunque sea Conrad.

—Muy maduro por tu parte.

De todas maneras, no es que lo tuviera decidido, pero sí que estaba ahí la idea rondándome la cabeza y el corazón, este último el que más, porque pese a todo lo que me había hecho, yo no era mala persona, ni mucho menos vengativa.

Era obvio que lo mío con él estaba roto por completo porque algo tan grave como lo que hizo conmigo no se lo iba a perdonar, pero eso no quitaba a que era su padre y me sentía una canalla si yo le quitaba la posibilidad de decidir qué hacer.

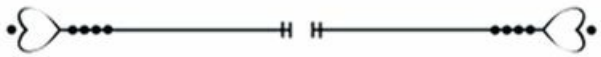
Después de comer me metí en la habitación de mi bebé. Era tan bonita que me la imaginaba con ella ya en casita. Eso sí, el moisés se vendría a mi cuarto que es donde estaría conmigo al menos hasta que tuviera edad para dormir solita.

Me quedé en el centro de la habitación tocándome la barriga, sonriendo mientras sentía esa emoción que aún no me abandonaba.

—Desde ahí no puedes verlo, mi niña, pero esta habitación es tan preciosa como estoy segura que vas a ser tú. Tienes unos abuelos que te quieren con locura, ¿sabes? Y estoy deseando que los conozcas, porque sé que, pase lo que pase, siempre podrás contar con ellos, tanto como conmigo —dije mientras miraba mi barriga, y noté que mi preciosa bebé se movía un poquito.

No quería perderme nada de esa criatura a la que ya amaba todo lo que se puede amar a un ser humano. Y mucho más.

Capítulo 16



Conrad

Guillermo me había citado en el Club para darme toda la información. Quince días le habían sido suficientes para tenerla.

Miento si digo que no me encontraba nervioso cuando me llamó. Por eso acepté verlo de inmediato con la intención de enterarme cuál era el misterio que había tras el inesperado embarazo.

—¿Qué tal, amigo? —le pregunté saludándolo con un abrazo, no queriendo mostrar que estaba atacado.

—Bien, la verdad que bien y contento por toda la información que barajo que no es poca. Ya lo vas a comprobar.

—Estoy deseando saberla —dije y le hice un gesto al camarero para que nos atendiera. Nos pedimos unos cafés

—Ahora mismo está de cinco meses y medio —me comentó.

—¿Cinco meses y medio? —pregunté incrédulo porque las cuentas no me salían. Ni, aunque sacase los dedos me salían—. Guillermo, ¿tú estás seguro de eso?

—Y tan seguro. Aquí tienes el informe médico con todos los datos —estiró la mano y me lo dio para que le echara un vistazo.

Lo hice tratando de que el nudo que se me había formado en la garganta se fuera, para lo cual carraspeé varias veces seguidas. No me encontraba cómodo en la silla, me removía en ella.

Presté atención a lo que allí ponía, que era muy gordo… Normal, si se trataba de un embarazo. Un chiste malo. En fin, cosas que a uno se le pasan por la cabeza cuando siente que está perdiendo el control de su vida, cuando no entiende de ninguna forma qué es eso que está pasando a su alrededor.

Su primera visita al ginecólogo fue un mes justo después de que abandonara la urbanización y mi vida para

siempre. En ese momento según el doctor estaba de seis semanas, con lo cual, se quedó dos antes de nuestra ruptura y ella había estado todo el tiempo a mi lado…

No, no tenía pinta de que el nudo de mi garganta se fuera a marchar. Más bien sentí presión en ella, igual que en el pecho. Traté de gestionar la salida de aire de mis pulmones. Y todo ello sin que se me notara demasiado que estaba atacado.

—¿Vas teniendo las cosas claras?

—No te entiendo —quise disimular para ver hasta dónde llegaba.

—Te mencionan claramente como el padre de esa criatura. Mira —me puso un video en su móvil en el que se la veía a ella en una cafetería con Valentina y hablaban de que le daba mucha rabia que su hija tuviera un padre como yo y que no sabía si iba a ser capaz de contármelo algún día. Me nombraban a mí, a la urbanización y lo hacían como si yo fuera el ser más malo del planeta. ¿En serio después de todo lo que me hizo? Eran imágenes de tres días diferentes en la misma cafetería.

—Tranquilo, puedes confiar en mí y veinte años me avalan.

—Lo sé —solté el aire y me pasé la mano por la cabeza.

—Vivió durante los últimos meses con Valentina, pero ayer regresó a casa de sus padres donde se quedará definitivamente.

—Me imaginé que se fue con ella.

—Estoy en otras investigaciones de gente del club que me han contratado como detective.

—Imagino.

—Y casualmente me he topado con algo que te salpica. Escucha bien, Conrad, porque aquí hay más mierda de la que puedas imaginar. Te va a resultar muy sorprendente.

—No entiendo. Por favor, suéltalo ya —le pedí porque no sabía qué más me podría sorprender después del bombazo que acababa de soltarme.

—Jennifer, trabaja en tu discoteca, ¿sabes de quién te hablo?

—Sí, claro. ¿Qué pasa con ella?

—Eduardo Montes, el productor musical, ¿lo conoces?

—Sí, es socio del Club.

—Me contrató como detective para investigarla por algo que sucedió y creía que estaba implicada. Como comprenderás no puedo decirte el qué, demasiado que te di nombres, pero sí que en esa investigación descubrí qu te salpica a ti.

—Dime —solté de nuevo el aire de mis pulmones porque me estaba agobiando y con lo del embarazo de Martina ya tenía la cabeza como un bombo.

—Te robaron un par de relojes y alguna cosa más, ¿verdad?

—Sí —murmuré tembloroso, pues no quería ni pensar que alguien más me la hubiese jugado.

—Fue ella. Ayudó a un tal Logan, un tipo escocés que por lo visto anteriormente estuvo con Martina y que he comprobado que viene por el Club.

—¿Ayudó a Logan en qué? —pregunté incrédulo porque aquello comenzaba a parecer el guion de una peli de suspense.

—A robarte todo lo que pudieran coger y dejarlo en la taquilla de Martina para que pareciese la culpable. A eso Conrad. Entiendo que esto te afecte y no poco. Lo he descubierto de chiripa, por llevar ambas investigaciones al mismo tiempo.

—Pero, ¿cómo entró en mi casa? Hay seguridad, por allí no puede uno pasearse como Pedro por la suya.

—El día que fueron a limpiarte los cristales exteriores. Lo tenían todo pensado. Esta gente creía estar cometiendo el robo perfecto. Pero en lo tocante a los delitos, ninguno lo es. Siempre queda un cabo suelto del que tirar.

—Pero fue una empresa que se encarga de toda la urbanización. Sigo sin entender, ¿cómo han podido hacerlo?

—Sí, pero en esa empresa trabaja el primo de Jennifer y en un despiste de su encargado, él cogió los relojes que era algo de valor y un par de cosas más y se lo dio a ella para que lo colocara en la taquilla de esta donde también contó con la ayuda de una limpiadora, Sara, su mejor amiga. Aquí tienes el video donde ella habla de eso con el escocés riéndose de lo bien que le había salido el plan.

—Creo que no estoy para escuchar mucho más —dije después de escuchar varias conversaciones y comprender que ese tío se había reído de mí como nunca nadie lo había hecho…

—Espera, por favor.

—No, Guillermo, te pagaré bien por lo que has descubierto. Buen trabajo, de verdad, pero todo esto ya me ha crispado los nervios lo suficiente. No es hora de escuchar más, sino de actuar.

Guillermo se marchó y llamé de inmediato a Ethan y a Gonzalo, quienes se quedarían igual de perplejos que yo al conocer las nuevas noticias.

No, igual no. A mí me afectaban mucho más porque yo había apartado de mi lado a Martina, a la mujer de mi vida, que encima iba a ser la madre de mi hijo.

Ellos acudieron a la carrera, al comprobar que mi voz era de ultratumba. Y ya los tenía allí delante de mí.

—¿Han dado noticias de un terremoto y no nos hemos enterado? ¿O se trata de un tsunami? —me preguntó Gonzalo, mientras caía a plomo en su silla.

—Más bien de un tsunami, sí, pero uno emocional y que viene directo a mí. Me la han jugado, me la han jugado —repetí.

—¿Otra vez esas dos? —me preguntó Gonzalo.

—Tío, nos tienen cogidos por los huevos. De verdad que ya te vale, Gonzalo. Espero que al menos te valiese la pena con Valentina, porque tus ganas de cachondeo con ella las vamos a pagar a precio de oro. ¿Qué nos piden ahora, Conrad? —intervino Ethan.

—No es eso. Ellas no tienen nada que ver con nuestros problemas.

—Conrad, ¿es que has estado bebiendo? Échame el aliento ahora mismo. ¿Cómo no van a tener nada que ver esas dos? ¿Qué es lo que te pasa?

—Me pasa que quien me la ha jugado ha sido Logan, el muy cabronazo. Martina tenía toda la razón en que era una mala hierba el puto escocés. ¡¡Pero os juro que la voy a cortar de raíz!!

—Un momento, un momento… Él no hizo más que prevenirte sobre Martina, has mantenido todo este tiempo que le estabas agradecido.

—Y me imagino cómo ha debido reírse de mí por eso, el malnacido. Más whisky, por favor —le pedí al camarero. Era el tercero que me tomaba, puesto que cayeron dos más en el poco tiempo en el que tardaron en llegar ambos.

Me lo sirvió con una mirada un tanto sorprendida, porque no eran horas de empinar el codo como lo estaba haciendo. Y encima a toda velocidad.

—Deja mejor la botella —le pidió Gonzalo porque ellos también lo estaban flipando.

El camarero se marchó y pudimos seguir hablando.

—Logan no puede ver a Martina y se ha vengado de ella. No es ninguna ladrona, él lo organizó todo para que lo pareciera…

—Pero si se llevó los dos relojes, los gemelos y el pasador de corbata de tu casa, tú mismo lo pudiste comprobar, ¿acaso no recuerdas que ella los guardó en su taquilla?

—No fue ella, fue Jennifer, quien ayudó a Logan a saber a cambio de qué. Para hacerlo se valió de uno de sus primos, que trabaja en la empresa de limpieza, y de Sara, la limpiadora. Todos están en el ajo, los muy malditos. Se han reído de mí, me la han jugado y han logrado que eche a Martina de mi vida.

—Lo que no deberías es echarte más whisky, amigo —me sugirió Gonzalo porque ya iba yo por la cuarta, como las sevillanas.

—Déjame que beba. Total, es lo único que me queda…

—No digas eso ni en broma. Nos tienes a nosotros.

—Lo voy a matar, os juro que lo voy a matar.

—Tranquilo, Conrad —me dijeron al unísono, porque mi tono de voz les hizo pensar que hablaba en serio. Vaya, que allí olía ya a bicho muerto.

—Es que no sabéis lo más grande.

—¿Más grande que esto?

—Sí, mucho más grande. Guillermo me ha confirmado con grabaciones de conversaciones entre Martina y Valentina, que el bebé que espera es mío. Y así lo avala el informe médico, las fechas coinciden plenamente.

—¿Vas a ser padre? Y ella, ¿por qué no te lo contó?

—Porque cuando todo ocurrió y la eché a gritos aún no lo sabía. Y cuando lo descubrió ya debía odiarme con toda su alma, como me odio yo en este momento. ¿Se puede ser más miserable? La eché sin contemplaciones de mi lado, la taché de ladrona cuando lo único que me ha robado ha sido el corazón.

—Pero insisto en que te lo podía haber contado luego, ¿no?

—Claro, ¿te parece que ella es alguien que no tiene dignidad? ¿Tú me lo hubieras contado?

—Ya, estaba más que ofendida, entiendo…

› —Mucho más. Debe odiarme con toda su alma. La he perdido, la he perdido y encima he estado todo el tiempo agradeciéndole al hijo de puta de Logan que me hubiera jodido la vida y me lo voy a perder todo… Ese hijo es mío, pero Martina no lo querrá compartir.

—Tienes tus derechos, Conrad, pese a todo.

—¿Y de qué me valdrán si ella no me quiere cerca del niño? ¿Crees que los haré valer por la fuerza? ¿Me hablas de llevarla a los tribunales? ¿No te parece que la he hecho sufrir ya bastante? He actuado como un canalla. Y así me siento.

› —Nosotros sabemos que no lo eres, Conrad.

—¿Y de qué me sirve lo que sepáis vosotros, si quien quiero que lo sepa es ella? Trae la botella, Ethan. Pienso seguir bebiendo, necesito olvidar.

Tocado y hundido, no, me habían bombardeado a base de bien hasta no dejar nada de mi persona en pie. Ese cabrón se había atrevido a jugar conmigo, me había envenado la cabeza tal como siempre dijo Valentina, y lo creí al ver que en mi casa habían desaparecido algunas cosas.

Estaba claro que Martina me debía odiar con todas sus fuerzas, pero esas no eran comparables con las que yo mismo me odiaba.

—Claro, ¿te parece que ella es alguien que no tiene dignidad? ¿Tú me lo hubieras contado?

—Ya, estaba más que ofendida, entiendo…

—Mucho más. Debe odiarme con toda su alma. La he perdido, la he perdido y encima he estado todo el tiempo agradeciéndole al hijo de puta de Logan que me hubiera jodido la vida y me lo voy a perder todo… Ese hijo es mío, pero Martina no lo querrá compartir.

—Tienes tus derechos, Conrad, pese a todo.

—¿Y de qué me valdrán si ella no me quiere cerca del niño? ¿Crees que los haré valer por la fuerza? ¿Me hablas de llevarla a los tribunales? ¿No te parece que la he hecho sufrir ya bastante? He actuado como un canalla. Y así me siento.

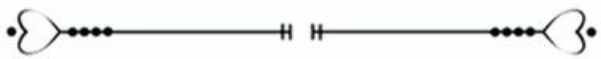
—Nosotros sabemos que no lo eres, Conrad.

—¿Y de qué me sirve lo que sepáis vosotros, si quien quiero que lo sepa es ella? Trae la botella, Ethan. Pienso seguir bebiendo, necesito olvidar.

Tocado y hundido, no, me habían bombardeado a base de bien hasta no dejar nada de mi persona en pie. Ese cabrón se había atrevido a jugar conmigo, me había envenado la cabeza tal como siempre dijo Valentina, y lo creí al ver que en mi casa habían desaparecido algunas cosas.

Estaba claro que Martina me debía odiar con todas sus fuerzas, pero esas no eran comparables con las que yo mismo me odiaba.

Capítulo 17



Conrad

Unas cuantas horas después seguía totalmente desesperado, pero con una gran cantidad de alcohol en mi cuerpo corriendo por ese torrente sanguíneo que se me había alborotado por completo.

Mis amigos no pudieron hacer nada por evitar que me terminara la botella, salvo tomarse algunas copas ellos también.

—Está vacía. Necesito más.

—No, Conrad, no puedes seguir bebiendo.

—¿También vosotros me vais a joder?

—Déjalo, Ethan, cuando ya no pueda más, tendremos que llevarlo a la cama y punto.

—Que me lleve él, que tú tienes mucho peligro, Gonzalo.

—No jodas, Conrad.

—Eso es justo lo que pretendo evitar, que me jodan más. Hay muchas maneras y a ti te van muchas cosas.

—Gonzalo, no le hagas caso —le pidió Ethan.

—Ya, porque estoy borracho, pero no ciego. De hecho, creo que ese que acaba de entrar es el cabrón del escocés, ¿no?

—¿Quién, ese? No, se le parece, pero no es —disimuló Gonzalo.

—Mis cojones qué no es.

Me fui hacia él con tanta ira que creí que la vena del cuello me iba a reventar. Mis amigos corrían tras de mí, pero no podían darme alcance.

Logan me vio llegar de frente y su gesto era de incertidumbre total. Se paró en seco al ver que le iba a arrollar como si fuese un tranvía. Yo, sin embargo, no me paré, sino que preparé mi puño, el cual dirigí a su maldito rostro de cínico y se lo estampé con todas mis ganas en la nariz.

Del golpe, que sonó a que se la había partido, cayó de espaldas y comenzó a sangrar en el suelo.

—¿Qué mosca te ha picado, Conrad? Creo que me has partido la nariz —me dijo incrédulo.

—Y te partiré hasta el último de tus jodidos huesos si no te largas ahora mismo de aquí. ¡Te juro que, si no lo haces, te mato! Y si te da por volver a aparecer. ¡¡Date por muerto si lo haces!!

—Pero creí que tú y yo nos llevábamos bien.

—Una palabra más y te reviento la boca, hijo de puta. Sabes muy bien que me la has jugado, que Martina es inocente del robo y que por tu asquerosa boca no ha salido una verdad sobre ella ni por equivocación. Si vuelves a tratar de hacerle daño, también te mato, ¿te ha quedado todo claro?

Obvio que lo había descubierto. No dijo nada más al respecto. Tampoco amenazó con denunciarme ni nada parecido. Tenía mucho que perder. Si me daba por tirar de la manta, a ese cabrón se le caería el pelo.

Salió corriendo y mirando hacia atrás, como si temiera que le fuera a caer en lo alto y rematarlo a golpes en el suelo, que era lo que me pedía el cuerpo.

El sentido común me decía que debía aguantármelas, porque mi ira me podía jugar la peor pasada de mi vida, pues ganas no me faltaban de matarlo.

Ethan y Gonzalo estaban a mi lado. Siempre conmigo.

—Ya está, ¿más tranquilo?

—No, sigo jodido… No hay nada que pueda calmarme. Lo he tumbado de un puñetazo, ¿y qué? Él ha logrado que pierda a Martina y hacerla sufrir mucho.

—Venga, vamos de nuevo a la mesa.

—Pero solo si seguimos bebiendo. Si no, me meto en mi casa y me lo bebo todo allí —les aseguré mientras comencé a llorar porque no podría controlar ese dolor que me estaba matando.

—Vale, vale, nos bebemos lo que te dé la gana, pero trata de relajarte un poco.

—Lo haré el día que la recupere. ¿Qué digo? Sí que debo estar borracho. Eso no pasará nunca porque Martina no querrá volver a saber de mí en su vida. La he perdido, la he perdido —repetía en bucle.

—No puedes tirar la toalla. Todo tiene solución.

—Ethan, no trates de convencerme, porque esto no la tiene. Y tú, Gonzalo, no se te ocurra decirme que mujeres sobran porque solo quiero a una. Será Martina o ninguna.

—Tampoco puedes hacer voto de castidad ahora, que no eres cura.

—Haré lo que me salga de los cojones. Será ella o ninguna.

—Vale, vale, te sirvo otra copa.

Me la tomé de un solo trago y me puse de golpe de pie.

—¿Y ahora adónde vas?

—Ahora voy a buscar a Sara, que estoy cayendo en que debe estar limpiando en la clínica veterinaria.

—Ten cuidado, amigo, que estás muy alterado y ella es una mujer.

—¿Me crees capaz de ponerle la mano encima a una? Por muy arpía que sea, eso no lo haría nunca, pero echarl de aquí, eso sí que lo haré.

Y vaya que lo iba a hacer, porque con esta sí que tenía motivos más que suficientes para ponerla de patitas en la calle, y no me iba a temblar el pulso ni un poco.

Entré en la clínica veterinaria como un loco. La chica de recepción dio un salto atrás, atemorizada.

—Eres tú, Conrad, qué susto.

—¡Sí, soy yo, y estoy buscando a Sara!

—¿A Sara, la limpiadora? Está en el pasillo —me respondió aturdida por el grito que di.

Ni siquiera tuve que buscarla porque ella escuchó el jaleo y salió a darme el encuentro.

—¿Pasa algo, Conrad? ¿Me buscas a mí? —me preguntó haciéndose la tonta.

—Sí, mira por dónde sí que pasa. Pasa que ahora mismo vas a ir al asesor y le vas a decir que estás en la puta calle, que te prepare el despido.

—¿Cómo? No lo puedes estar diciendo en serio.

—¿Prefieres entonces que te denuncie por tu implicación en el robo en mi casa de hace unos meses junto con la bruja de tu amiga Jennifer y su primo? Porque inconveniente no tengo ninguno.

—No sé de qué me hablas, la verdad.

—La verdad, chicos, la muy hipócrita me está diciendo la verdad. ¡¡Que vayas al despacho del asesor!! —vociferé.

Había algunos clientes en la sala de espera que se levantaron para ver qué estaba pasando allí. Me tengo por bastante profesional y nunca hubiera formado un escándalo en mi negocio, pero ese día sentía que mi vida se había ido al garete y que todo me daba lo mismo.

Fueron mis amigos los que nuevamente me sacaron de allí, sentándome en la mesa otra vez.

—Ya vale, ya vale. Tienes que tranquilizarte.

—Cuando me muera me tranquilizaré, aunque muerto ya me siento porque lo he perdido todo. Tengo un hijo en camino al que no podré ni conocer y su madre me odia con todo su ser. Y yo la amo, la amo como nunca amé a ninguna. Supongo que tendría muchas cosas que pagar en mi vida, porque el karma se las ha cobrado todas juntas.

—No digas eso, no eres un mal tipo.

—Tampoco un santo, igual esto es por lo que hicimos con lo del alijo aquel.

—No jodas, ¿quién se acuerda ya de eso?

—Se acordó Valentina, por ejemplo. Y ahora se acuerda el karma.

—Hombre, a Valentina la empiezo a entender un poco —dijo Ethan.

—Pues yo no, que sacó a relucir lo que pasó entre ella y yo sin venir a cuento —se quejó Gonzalo.

—Sin venir a cuento no, que las pusimos en la puta calle y Valentina fue lista. Nos cogió por los huevos y nos lo merecemos, ¿os imagináis lo dolidas que debían estar?

—Hombre, nos pasamos tres pueblos con ellas, visto así…

—Así es, Ethan. Oye, ¿a qué hora entra a trabajar Jennifer en la discoteca?

—Todavía falta para eso, pero dentro de una hora los ha citado a todos el encargado para una reunión de no sé qué mierda. En un rato estará por aquí.

—Vale, o sea, que todavía falta. Pues nada, más whisky.

Desde luego que al paso que iba, cuando acabara la noche, iba a parecer más una destilería que una persona…

La visión la tenía medio nublada cuando llegó, pero la vi avanzar por los jardines en dirección a la discoteca.

—Ahí está.

—Vamos contigo.

La alcancé a medio camino, cuando se dio la vuelta al escucharme.

—¿Dónde se supone que vas, Jennifer?

—Voy a la reunión, Conrad, ¿pasa algo? —me preguntó lo mismo que la otra.

—Pasa que te vas a ir a la puta calle, igual que tu amiguita, Sara, a la que ya he enviado al asesor, ¿no te ha informado? Igual tiene el coco demasiado caliente como para andarte con el chisme.

—¿Qué dices? No entiendo nada.

—Sí que lo entiendes. Entiendes que os he pillado a los cuatro: a ti, a ella, a tu primito y al cabrón del escocés. Y entiendes también que en comisaría estarían encantados de resolver el caso de una denuncia falsa, yendo contra vosotros.

—Conrad…

—Ya, que no sabes de qué te hablo, qué casualidad. Pues nada, es igual. Al asesor que vas, igual que ella. Y por aquí no aparezcas más si no quieres tener problemas con la justicia. Y eso mismo díselo a tu primo, porque si lo hace correrá la misma suerte que el escocés, que ya debe ir camino del hospital.

No despegó sus labios. Jennifer giró sobre sus talones y el tema lo di por zanjado. Volví a sentarme en esa mesa que más bien parecía el muro de las lamentaciones y me eché a llorar sin remedio.

—Puta vida, la he perdido chicos, la he perdido para siempre, ¿de qué me valdrá todo lo que he logrado en estos años si me falta lo que más quiero? —les pregunté con la botella en la mano.

—Sírvenos a nosotros también, por favor —me pidió Gonzalo.

—Eso, ponnos un whisky, y bien larguito —dijo Ethan.

No había duda de que mis dos mejores amigos estaban más que destrozados por verme así.

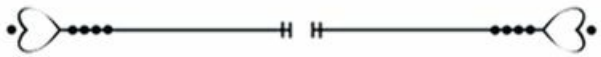
—Puta vida, la he perdido chicos, la he perdido para siempre, ¿de qué me valdrá todo lo que he logrado en estos años si me falta lo que más quiero? —les pregunté con la botella en la mano.

—Sírvenos a nosotros también, por favor —me pidió Gonzalo.

—Eso, ponnos un whisky, y bien larguito —dijo Ethan.

No había duda de que mis dos mejores amigos estaban más que destrozados por verme así.

Capítulo 18



Martina

Observaba todo colocadito en la habitación de mi bebé y me abrazaba a mi barriguita mientras sonreía feliz notando que ahí dentro, estaba la cosita más maravillosa del mundo.

Disfrutaba mucho de momentos como aquel, de paz y calma, cuando me quedaba embobada y trataba de imaginarme cómo sería colocarle todas esas monerías entre mimos y arrumacos.

Tuve la suerte de nacer en una familia en la que siempre me sentí muy querida. Y por esa razón, por el mucho amor que recibí, sabía que también sería capaz de darlo, que mi niña lo recibiría a manos llenas.

Llamaron a la puerta y escuché que mi padre abrió y preguntaban por mí para entregarle un paquete.

—No he pedido nada —murmuré cuando llegó a la habitación con una caja preciosa envuelta.

—Pues nosotros tampoco. Puede que sea Valentina. Está claro que el paquete es para ti.

—No creo, me lo habría dicho.

—Hija, ábrelo y salimos de dudas —dijo impaciente mi madre.

Todo lo estaban viviendo con mucha ilusión a mi lado. Que volviera con ellos a casa les permitía que compartiéramos la buena vibra de un embarazo que no me había dado el más mínimo problema. Don Tomás me aseguraba que mi niña crecía fuerte y sana, y yo no podía imaginar una alegría mayor que esa.

Cogí la caja, la puse sobre la cómoda y quité el envoltorio que era una cucada de una tienda de firmas de bebé. Me pareció muy tierna y me hizo abrir la boca, encantada con cada una de las cositas que me saltaban a la vista.

Dentro había una cestita llena de cremas, gel, champú, colonia, cepillo, biberones y algunos accesorios más de una línea muy buena de esa firma. Todo venía acompañado de un sobre con una carta.

¿Quién me había mandado esto? La abrí corriendo para salir de la duda. Era de puño y letra y bastante extensa.

"*Querida, Martina.*

No sé ni por dónde empezar. Llevo dos días escribiendo y borrando esta carta mientras siento que no soy digno de dirigirme ni siquiera a ti.

He pasado por casa de tus padres infinidad de veces, pero he sido incapaz de parar y pedirte perdón a ti y a ellos, porque por mi culpa estoy seguro de que habéis sufrido todos, así como también Valentina.

Me equivoqué al acusarte de algo que estuvo preparado como una trampa para ti. Maldigo la hora que lo hice y de la manera en que te dije todo. Lo peor de todo es que venía de manos de Logan, a ese que terminé creyendo y que fue la mano artífice de todo.

Imagino que no querrás saber nada de mí, no es para menos y te entiendo. Al igual que sé que estamos esperando un hijo y me parte el alma no haberte acompañado en todos esos momentos.

No voy a exigirte nada. Con todo el dolor de mi corazón no puedo actuar como lo hubiera hecho de otra manera luchando por lo que me pertenece. Sería incapaz de causarte más daño del que ya te hice.

Soy la peor persona de este mundo, me siento así y lo estoy pagando con todo el dolor de mi alma.

Voy a esperar cada día de mi vida a que me des la oportunidad de estar presente en la vida de nuestra hija, quiero apoyarte con todo lo que necesitéis y si me dejas, demostrarte que quizás no he sido una buena persona, pero puedo ser un buen padre…

Os quiero con todo mi corazón. Conrad.

Mis padres habían leído la carta a la vez mía y mi madre, al igual que yo estaba llorando a lágrimas tendidas.

—Hija —murmuró mi padre, acariciándome la espalda—. Lo mataría ahora mismo, pero si es verdad lo que pone, tiene derecho a ocupar ese lugar que le pertenece.

—Yo también opino así —murmuró mi madre entre lágrimas—. Es verdad que no se merece contigo nada por lo que te hizo y no darte la oportunidad de defenderte, pero la niña no tiene culpa de nada y él tiene derecho como padre y sin embargo no te está exigiendo nada.

—Valiente mierda el escocés. Si se cruza en mi camino —murmuró mi padre apretando la mandíbula y el puño

—No hagamos sangre de la herida, papá. Tanta culpa tuvo uno como otro.

—En eso tiene razón —contestó mi madre.

—Yo no quiero ni ver a Conrad, pero es el padre de mi hija y cuando llegue el momento no le quitaré su lugar, pero nada más —me secaba las lágrimas—. Me alegro de que se haya dado cuenta del daño que me causó por creer a otra persona que ya había pisoteado mi corazón, pero eso no cura todo el dolor que he tenido que pasar. Ha tenido un bonito detalle y unas palabras acertadas, se lo agradezco, pero ya está, ahora me toca seguir fuerte por mi ocupa favorita —la volví a llamar así mientras llorando me acariciaba la barriga.

—¿Vas a hablar con él?

—No, mamá, ahora mismo no me apetece. Ya sabe la verdad de todo y cuando llegue el momento y nazca la niña ya lo avisaré para que la conozca si en esos momentos no ha cambiado de opinión. Ya no me fio de él —murmuré convencida.

Les pedí que me dejaran un ratito a solas porque necesitaba digerir el contenido de una carta que, por un lado, me había consolado un poco, en el sentido de que ya no figuraba como una ladrona a los ojos de Conrad. Sin embargo, por el otro, me había matado, las cosas como son, porque tener noticias de él me había abierto la herida.

Y luego estaba la cuestión de saber cómo se había enterado de que él era el padre de mi hija. Imaginé que con tanto dinero como tenía, todo era más fácil. En fin, que el coco no me lo iba a comer ni mucho menos.

Esa tarde, como tantas otras, asistiría a las clases de preparación para el parto. Por mucho que mi hija no hubiese tenido padre, al menos no hasta ese día en el que me confirmaba que quería actuar como tal, ya imaginaréis que nunca me vi sola en esas clases.

Algunos días me acompañaban mis padres y otros era Valentina, quien no me dejaba ni un solo momento, abrazándome mientras que practicábamos la respiración a dúo.

Si los bebés perciben cuanto ocurre a su alrededor, mi niña debía estar empapándose de ese amor que se respiraba en torno a nosotras.

Lo que sí solía ocurrirme, y eso no lo voy a negar, es que me escocía un poquito ver que la mayoría de mis compañeras en las clases estaban acompañadas por sus parejas.

Salvo que hayas elegido una maternidad en solitario, como es el caso de las mujeres que deciden fecundarse ellas solas a través de un esperma donado, lo ideal es contar con una pareja que te apoye en una etapa de tu vida que es una verdadera preciosidad, pero en la que las emociones están a flor de piel.

Eso era lo que me estaba pasando a mí, que hasta lo más mínimo que sucedía a mi alrededor me revolucionaba mucho. Y que, aunque no quisiera reconocerlo, esa carta me había tocado la fibra sensible más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Al fin y al cabo, el contacto cero con una persona hace que trates de pensar menos en ella. Y eso traté de hacer con Conrad. Esa carta había hecho que, de alguna manera, de nuevo volviésemos a estar en contacto. Y por mucho que como mujer no estuviese dispuesta a perdonarlo, me notaba muy bajita de ánimos.

La tomé de nuevo entre las manos para releerla ya a solas y con más calma. Me tumbé en la cama y, mientras lo hice, mientras la releí, la humedecí con unas lágrimas que no pude contener.

Qué diferente habría sido todo si ese hombre del que me había enamorado no hubiera creído en las mentiras que dijo Logan, ese que sí resultó ser más malo que el veneno como me dijo Valentina alguna vez.

Los días iban pasando y mi embarazo estaba cada vez más adelantado. Me sentía bien, pero triste. El amor que recibes por parte de los tuyos, y el que proyectas en ese bebé, no suple al de aquel que un día lo concibió junto a ti.

La cabeza me daba vueltas y cerré los ojos. No podía evitar pensar que todo habría sido muy distinto si Logan no hubiera aparecido y, con sus sucias artimañas, se hubiera entrometido en lo que para mí era una relación idílica.

Sin embargo, eso no le restaba culpa a Conrad, quien la había cagado a lo grande. Ni un solo segundo pensó en que pudiera ser inocente. Sé que las pruebas me apuntaban, pero de haber sido al contrario estoy segura de que le hubiera concedido el beneficio de la duda.

Fue cruel, Conrad lo fue conmigo y encima las consecuencias también las sufrió Valentina. En fin, que todo fue una mierda y que esta, cuando más se remueve, más huele.

Me sequé las lágrimas y me preparé para asistir a las clases, en las que no solo te preparan para dar a luz, sino también para saber cuidar a tu bebé.

Esa tarde me acompañarían mis padres. Me puse unos pantalones de premamá de punto, muy cómodos, y una camiseta amplia que dibujó mi barriga, esa que se dejaba ver ya mucho más hermosa.

Por el camino, mis padres me fueron distrayendo. No eran tontos y me conocían lo suficiente como para saber que, pese a que tomé una decisión rotunda, estaba mal.

Mi padre, mientras paseábamos en dirección al centro en el que recibía las clases, me puso el brazo por encima del hombro en señal de apoyo.

Durante todo el rato, fueron ambos bromeando con que, si los niños no vienen con libros de instrucciones, que por las noches no se les pueden apagar las pilas y cosas así.

Los escuchaba y sonreía con sus bromas, si bien mi mente estaba en otra parte; estaba en esa carta que tanto me había sobresaltado.

No sería fácil compartir con Conrad la crianza y educación de una hija cuando en el fondo no podía perdonarle lo que me hizo y también a Valentina.

Tenía que prepararme para una decisión que sería más justa, pero también más difícil, porque no tener que volver a verlo ni a hablar con él me hubiera resultado más sencillo.

En fin, que traté de olvidarme de todo y centrarme en las indicaciones que me dieron en las clases, en las que la matrona nos indicó la manera correcta de dar el pecho, en cuanto a las posturas que eran más sencillas tanto para las mamis como para los peques.

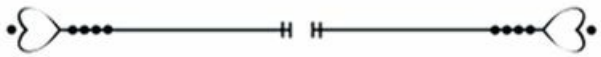
Los escuchaba y sonreía con sus bromas, si bien mi mente estaba en otra parte; estaba en esa carta que tanto me había sobresaltado.

No sería fácil compartir con Conrad la crianza y educación de una hija cuando en el fondo no podía perdonarle lo que me hizo y también a Valentina.

Tenía que prepararme para una decisión que sería más justa, pero también más difícil, porque no tener que volver a verlo ni a hablar con él me hubiera resultado más sencillo.

En fin, que traté de olvidarme de todo y centrarme en las indicaciones que me dieron en las clases, en las que la matrona nos indicó la manera correcta de dar el pecho, en cuanto a las posturas que eran más sencillas tanto para las mamis como para los peques.

Capítulo 19



Conrad

Desayunaba en el club solo y sin ser aún las ocho de la mañana. No podía apenas dormir y estaba anímicamente muy mal. Mis padres habían estado pendientes de mí durante estos días y estaban al tanto de todo.

No quise privarles del derecho a enterarse que iban a ser abuelos. No quería que pasaran por el mismo tormento que yo cuando supe que Martina no me quiso revelar su embarazo. Una decisión por su parte que entendía y que me merecía, pero que no por ello dejaba de doler y mucho.

Hacía ocho días que recibió el paquete y no había tenido noticias de ella. Imaginaba que no querría saber absolutamente nada de mí y juro que también eso lo entendía, a pesar del dolor tan grande por el que estaba pasando. No menos que el de ella que tuvo que aguantar, esa injusta acusación mía y cómo vio que todo lo nuestro se volatizaba por los aires por mi culpa.

Me estaba muriendo de incertidumbre y me costaba concentrarme en algo que no fuera ella y la hija que íbamos a tener en común. Había recibido la más maravillosa de las noticias de la forma más extraña, pero eso no cambiaba el hecho de que sería padre de una criatura a la que amaría con locura. Igual que seguía amando a su madre.

Le había escrito a Valentina el día anterior y le supliqué que no dijera nada, pero que viniera a hablar conmigo. Cedió después de propinarme unos cuantos insultos escritos. Me merecía cada uno de ellos.

Valentina también había sufrido en carne propia la forma tan despiadada en la que actué. Y no solo por su despido, sino por lo mucho que debió padecer viendo el sufrimiento de Martina. Me imaginaba el odio que debía tenerme y, aun así, quise buscarla como aliada porque nadie mejor que ella para interceder por mí ante su amiga.

Apareció por el club de lo más altiva y se dirigió a mi mesa con unos aires de indiferencia y chulería que pocas veces le había visto desde que la conocía. No esperaba menos de su parte.

—Buenos días, Valentina —me levanté porque me pareció lo más cortés. No estaba en mi mente tratarla de mala manera, solo faltaría.

—Siéntate —me señaló con el dedo y se sentó en frente—. Un café, por favor —le dijo al camarero con guiño de ojo, ya que obviamente la conocía—. Y bien, ¿qué quieres ahora, que te aplauda por descubrir algo que hasta e más tonto se hubiera dado cuenta que no podía ser cierto?

—No, no quiero que nadie me aplauda nada. ¿Cómo está ella?

—Pues mira, como una persona a la que han lapidado, humillado y que ahora se enfrenta a lo más bonito que le va a pasar en la vida, pero con la desgracia de que el padre es aquel que más daño le hizo en el mundo, porque te digo desde ya que superaste al escocés —sus palabras dolían mucho, pero entendía que era la realidad.

—Siento todo mucho. Valentina, quiero que sepas que lo siento de corazón.

—No lo sentirás tanto cuando no has perdido las oportunidades durante este tiempo. Te faltó follar conmigo — me dijo con mucho desprecio—. Por cierto, ¿me has citado para que sea tu paño de lágrimas?

—He sido un canalla, lo reconozco.

—Has sido un hijo de puta con cada una de sus letras bien connotadas y eso te llevó a perder a la mujer más noble de este planeta. Si te preguntas si has perdido también a tu hija, la respuesta es no. Cuando nazca no te preocupes que hará porque la veas, pero que, si por mí fuera, no la verías en tu vida. Ah, y que no se te olvide, qu yo también soy su madre, te guste o no, que para eso he estado a su lado en todo este proceso que, por desgraciado, tú te has perdido.

—No quiere saber nada de mí… Debí imaginarlo —murmuré con mucha pena y de nuevo con un gran nudo en la garganta.

—No, de ti como persona no, eso tenlo claro, pero te repito, es tan bondadosa que no te quitara tu derecho com padre. Y yo ahora te voy a decir una cosita para que lo termines de saber todo. Cuando os amenacé ella no sabía nada y que sepas que no ha tocado ni un solo euro de lo que le ingresaste, no quiere ese dinero. Todo lo compró d sus pequeños ahorros y de la ayuda de sus padres y mía. Si por mí fuera, ahora en su situación te sacaba hasta los ojos, pero tienes la suerte de haber dado con la mujer más buena y desinteresada del planeta.

—Te pido perdón a ti también. He sido lo peor —se me cayeron las lágrimas.

—Lo has sido, sí, no sé cómo lo harás para ganarte su empatía como madre, que ya te digo que no te lo pondrá difícil, pero que no te quiere ni ver como persona, asimílalo porque no eres plato de buen gusto.

—¿Sabe que viniste? Dime la verdad, por favor.

—Me lo hubiera impedido. Así que más vale que te calles que estás más guapo. A mí no me jodas, que ya sabes

cómo me las gasto.

—Puedes regresar cuando quieras.

—¡Qué gracioso! Te recuerdo que me fui yo, tú no me echaste —me hizo un guiño—. No, si vuelvo aquí será como la patrona, así que tendrás que ofrecer mucho. Por cierto, me tengo que ir que tengo una cita con mi esteticien. No le vuelvas a hacer que derrame ni una lágrima o te arruino. Créeme que lo hago.

Supe que hablaba muy en serio. De hecho, me lo recalcó conforme la fui perdiendo de vista.

Valentina me lo había dejado todo más claro que el agua. Y encima debía darme por dichoso porque Martina no trataría de impedir que ejerciera como padre. De hecho, era muy noble por su parte, porque otra me hubiese hecho la vida imposible después de cómo la traté, tratando de boicotear esa relación.

Me quedé allí, inmerso en esos pensamientos. Ethan y Gonzalo no tardaron en llegar. Sabían que me vería con Valentina y tenían curiosidad por saber.

—Pues nada, que no me impedirá que me acerque a la niña como su padre que soy, pero que en cuanto a ella como mujer…

—Te ha mandado a que te den por donde amargan los pepinos.

—Muy agudo tú, Gonzalito. Pero vamos, que sí, que podríamos resumirlo así.

—¿Y cómo estás?

—Con ganas de pimplarme unas cuantas botellas otra vez hoy.

—Pues eso no puede ser, tío. Recuerda que luego viene el futbolista ese, que no me sale el hombre, el que acaban de fichar y tiene miles de seguidoras como locas por cazarle. De hecho, le he dicho al de seguridad que al lorito hoy, que no se nos cuele ninguna de esas zumbadas y…

Me hablaba y me costaba seguir el hilo de su conversación. Martina no quería verme ni de lejos, no me perdonaría en toda su vida. ¿Cómo iba a lidiar con su indiferencia?

Mis amigos se estaban ocupando de todo en aquellos días y se lo agradecía, pero también me necesitaban. No podía continuar en ese estado mucho tiempo. Ya me veía en el diván del psicólogo contándole mis penas, porque de aquella no sabía cómo iba a salir sin que se me fuera la cabeza.

Cogí la botella con ganas de volver a empinar tela el codo. No me iba a convertir en un alcohólico, pero en momentos como aquel pensaba en que ella era la única del género femenino con la que me entendía.

Había conocido a muchas mujeres en mi vida, pero ninguna como Martina. No había esperanza para mí, si ella no me perdonaba.

Otra que también me llevaba por la calle de la amargura era que Valentina, me había acusado de no haber perdido el tiempo con las chicas después de dejar a su amiga.

Eso debía pensar ella, que la olvidé por completo y que me lo pasé genial metiendo a una y a otra en mi cama.

Para empezar, no fue así la cosa. Y, para terminar, cuando practiqué sexo con alguna, tan solo fue eso, sexo. Y, por cierto, que acabé atormentado porque en cada cara creí reconocer la suya, que era la única que deseaba.

Un rato después, llegó el futbolista en cuestión. Apenas era un niño y venía con unos aires de grandeza impresionantes. Era alemán, con un nombre y un apellido que había que practicar para poder pronunciarlos. Y yo esos humos que se gastaba como que los hubiera tolerado en otro momento, pero no en aquel.

—Tío, quita esa cara de desprecio, que se te está notando y este viene muy subidito —me pidió Gonzalo.

—Es que te he dicho que no estoy para esto.

—Son negocios, Conrad, ¿te recuerdo cuánto le van a pagar al figura este, por un contrato de cuatro años? Nos interesa tenerlo como cliente y que traiga a sus amigos.

—No me recuerdes nada. Menudo niñato está hecho.

—Va a ser mejor que nos dejes a Ethan y a mí.

—Sí, va a ser mejor.

El niñato aquel, que no llegaba a los veinte años, miraba a las mujeres como si estuvieran en la obligación de hacerle una reverencia o algo. Ojalá y le partieran el corazón para que comprendiera lo valiosas que eran.

Yo nunca las había menospreciado, pero tampoco les di el valor que Martina me estaba enseñando a darles. Esa chica había cambiado todo mi mundo.

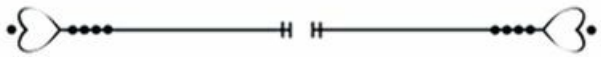
Había un antes y un después en mi vida tras ella. La amaba con todo mi corazón y haría cualquier cosa, absolutamente cualquiera, con tal de ganarme un perdón, el suyo, que tenía más que complicado lograr.

No sabía cómo podría conseguir que ese perdón llegara, pero si algún día lo lograba y la tenía en mi vida, aunque fuera como una amiga, me conformaría hasta con eso.

Les dejé a ellos y comprendí que mi vida había sido un tanto superficial hasta ese momento y que daría años de ella por poder volver atrás, al día que creí al escocés, ese miserable de Logan.

Les dejé a ellos y comprendí que mi vida había sido un tanto superficial hasta ese momento y que daría años de ella por poder volver atrás, al día que creí al escocés, ese miserable de Logan.

Capítulo 20



Martina

Ya estaba de siete meses y el sol entraba a raudales por la ventana de mi habitación.

Mis padres me dejaron en su día una de las más soleadas, igual que ocurría con la del bebé, que quedaba al lado de la mía.

En fin, que disfrutaba de ese solecito, me levanté y fui hacia la otra, una vez más, a ver las cositas de mi niña colgaditas en sus perchas, esas que eran también una cucada, acolchadas y con un muñequito encima.

La habitación ya estaba completa porque entre todos le habíamos dado color. No me decanté por el típico rosa, sino que la inundamos de diversos tonos y parecía un verdadero arcoíris.

En fin, que estaba en ella, sola, porque mis padres ya se habían marchado al instituto, cuando apareció Valentina tras de mí.

—Cariño, que casi me caigo muerta, ¿cómo has entrado?

—*Hello*, ¿eh? Pues bonita, otra cosa seré, pero de fea no tengo nada.

—Claro que no, pero que, ¿quién te ha abierto? Si mis padres no están…

—Me ha abierto esta llave que me han dejado por si un día te pasa algo y te coge aquí dentro. Y como no sabía si seguirías dormida como un tronco, no he querido despertarte.

—No duermo como un tronco…

—No me hagas hablar que hace falta una bocina para despertarte, ¿cómo está lo más precioso hoy?

—Pues bien, la verdad es que me he despertado bien.

—Me refería al bebé, pero que me alegro.

—Vale, vale —le sonreí—. Veo que me has desplazado, antes era yo tu chica favorita.

—Es lo que hay, no te hubieras dejado embarazar, ahora lo es ella. Que se queja menos.

—Si no me quejo de nada.

—Vale, pues te cojo la palabra. Nos vamos de compras.

—No necesito nada. Hasta que nazca el bebé paso de comprar nada que luego no me sirva.

—No me refería para ti ni para mí, ¿lo pillas?

—¿Para la niña? Si ya tiene montañas de cosas.

—¿Y qué? No pararé hasta que su habitación y su armario parezcan el catálogo de la firma infantil con más estilo, ¿me explico?

—Como un libro abierto.

—Pues nada. Ya te estás vistiendo. Mientras te voy a preparar un licuado que te va a poner que no veas. La energía te rebosará por la punta de las orejas.

—No, por favor, que saben a huevo podrido.

—Y luego dices que no eres quejica.

—Es que son un tormento.

—Llevan mogollón de vitaminas, así que, chitón —dijo llevándose el dedo a los labios para dar más énfasis a sus palabras.

—Pues si tengo ganas de que nazca, aparte de por verle la carita, es por no tener que tomarlos más.

—De eso ya hablaremos, que mientras le des el pecho tienes que alimentarte a tope.

—Joder con la nutricionista que me ha salido.

—Un lujo soy. Oye, ¿no tienes los tobillos un poco hinchados?

—Quizás sí. Me siento genial, que conste, pero eso sí que lo he notado.

—Miraré en Internet, a ver qué te puedo preparar para eso.

—¡¡Nada!! Que ya mismo estoy vestida y desayunamos en la calle. A falta de café, me tomaré un buen Cola Cao con unas tostadas con su aceite, su tomate y su…

—Su jamón no lo digas que puede ser peligroso para el embarazo.

—Ay, Dios —me llevé las manos a la cara.

Estaba en todo. Valentina lo estaba.

Salimos a desayunar y al final fue ella quien pidió. Ya no la veía tanto como cuando vivía con ella, pero por casa era raro el día que no pasaba.

Se había tomado más que en serio eso de que era la segunda mamá de la niña. Durante el desayuno, que lo pidió de lo más sano a base de tostadas, yogur griego con cereales y frutos rojos, así como tortitas de avena y no sé cuántas cosas saludables más, todo regado finalmente con zumo natural de naranja, salió el tema a debatir.

—Y con el nombre, ¿qué pasa con el nombre de la niña? —me preguntó.

—Pues que todavía no está decidido, eso pasa.

—Es que yo he hecho un listado, es cortito, no te creas —se puso a trastear en su móvil y lo abrió.

—¿Cortito? No veas, menuda lista, si parece la de las tías que se debe haber tirado Conrad —le sonreí maliciosa.

—Hablemos de cosas más importantes. El primero del todo, dado que vas a ser la que empuje, es Martina.

—No, no barajo la posibilidad de ponerle mi nombre, la verdad.

—Pues Noelia, el de su abuela.

—No creas que es mi madre mucho de poner su nombre. Nunca le ha entusiasmado, por eso no me lo puso a mí

—Pues Rubena no existe, tú verás.

—Rubena, me parto. Parece el nombre de una vacuna o algo así. Yo había pensado en Valentina —le anuncié.

—Me caigo muerta de la silla. Menudo honor, pero si no le pones el tuyo, el mío tampoco.

—¿Y tú cuál sugieres?

—¿Y si le ponemos Vaiana como la prota de la peli de Disney? Esa chica es un portento.

—No lo veo.

—Bueno, pues vamos a por el siguiente.

Le estuvimos dando cantidad de vueltas. Yo mucha prisa tampoco es que tuviera por tomar esa decisión. Me daba igual esperar a verle la carita.

—Sí, claro, y ya de paso le preguntas que cómo se quiere llamar. No me seas pava, niña, que a partir del séptimo mes podrías ponerte de parto en cualquier momento.

—Deja, deja, que no quiero más sustos. Mi niña está muy a gustito ahí dentro y no tiene prisa por salir.

—Pero si empezamos a llamarla por su nombre, será mejor.

—Qué caga prisas eres, de verdad.

—Es que me emociona mucho todo lo que tenga que ver con ella. Yo no sabía que iba a ser madre porque fácil no lo tenía. Y mira, me he encontrado un bebé hecho —me puso la mano sobre la barriguita.

Nada más quitarla, noté una patada.

—¡¡Corre!! Vuelve a ponerla —le pedí.

—Lo flipo mucho, ¡¡qué patadón!! —Movía las manos con emoción.

—Es que así se pasa ahora todo el día. He pasado de no notar nada, a estar de repente en cualquier lado y dar un bote.

—Como cuando te meten unas bolas chinas.

—Algo parecido, pero esto es más emocionante.

—Yo es que no me he metido ninguna, como no lo haga por el… En fin, ¿te ha gustado el desayuno?

—Sí, ha estado riquísimo.

—Pues ahora nos vamos a comprar. He visto unos petitos que son para comérselos, así naranjitas, que de ese color no tiene apenas nada.

—Pues será del único que no, cariño —le comenté mientras la cogía del brazo.

—Es que me imagino que se lo ponemos y que parece como un melocotoncito. Me van a entrar unas ganas de darle un bocado…

—Tú estás loca con la niña, ¿eh?

—Yo ya estaba loca de antes. La niña es que me ha desquiciado del todo. Por esa chiquitina, mato, que lo sepas

—Lo sé, lo sé.

Llegamos a una tienda de ropita que acababan de abrir. Los dueños eran una pareja, chico y chica, Silvia y Tony.

Alucinaron cuando ella comenzó a pedir de todo un poco, como si la niña no tuviese todavía de nada.

—Ya, cariño, que esto no es un restaurante, aquí no vamos a poder quedarnos ni fregando platos.

—¿Es que no tienes corazón? Que acaban de abrir la tienda con toda la ilusión y necesitan vender, ¿qué te cuesta hacerlos felices?

—Pues espera que calculo lo que me cuesta. Esto va a salir por un pico.

—Por un pico que corre por mi cuenta. Mira qué baberitos más monos.

—Eso, tú sigue haciéndote la sueca —volteé los ojos.

ı

—¿Yo, sueca? No me pega nada. Soy más bien, rollo latina.

—Eres lo que quieras ser. Menudo personaje, cuando te digo que sirves para *influencer* es porque sirves.

—Todavía no sé lo que haré con mi vida*, amore,* pero si algo tengo claro es que os quiero a ti y a esa niña en ella, se llame como se llame.

—Que no hay prisa por elegir el nombre —le repetí.

—Pero sí por comprar, que a este paso nos dará aquí la hora del cierre. Venga, elige cositas, que pago yo.

—¿Más todavía? Vamos a necesitar un furgón para que venga por nosotras.

—Pero que sea un GEO el que venga a recogernos en él. O unos pocos, como si fueran de misión. Cómo me ponen esos tíos…

—Anda que no te gusta nada un uniforme.

—¿Y a ti qué?

—A mí eso me da igual. Y lo sabes. De hombres paso olímpicamente.

—Eso lo dices ahora porque estás rellena como un huevo Kínder, pero cuando te vuelva a quedar hueco, ya veremos.

—Cuando eso pase lo llenaré con el amor de mi niña.

—Sí, claro —rio socarrona.

—Oye, de mí no te rías.

—Calla y elige, que es lo que tienes que hacer. Mira estas deportivas en miniatura, me acabo de enamorar.

—¿Tú cuánto tardas en enamorarte?

—¿Yo? Cero, coma… Es que nací *in love* con la vida, ¿no te lo he dicho nunca?

—Yo sí que estoy *in love* contigo, loquilla.

La adoraba, de verdad que sí, y no podía imaginar una vida sin Valentina a mi lado, compartiéndola.

—Que no hay prisa por elegir el nombre —le repetí.

—Pero sí por comprar, que a este paso nos dará aquí la hora del cierre. Venga, elige cositas, que pago yo.

—¿Más todavía? Vamos a necesitar un furgón para que venga por nosotras.

—Pero que sea un GEO el que venga a recogernos en él. O unos pocos, como si fueran de misión. Cómo me ponen esos tíos…

—Anda que no te gusta nada un uniforme.

—¿Y a ti qué?

—A mí eso me da igual. Y lo sabes. De hombres paso olímpicamente.

—Eso lo dices ahora porque estás rellena como un huevo Kínder, pero cuando te vuelva a quedar hueco, ya veremos.

—Cuando eso pase lo llenaré con el amor de mi niña.

—Sí, claro —rio socarrona.

—Oye, de mí no te rías.

—Calla y elige, que es lo que tienes que hacer. Mira estas deportivas en miniatura, me acabo de enamorar.

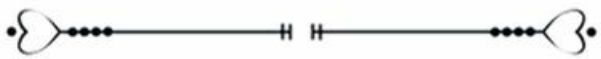
—¿Tú cuánto tardas en enamorarte?

—¿Yo? Cero, coma… Es que nací *in love* con la vida, ¿no te lo he dicho nunca?

—Yo sí que estoy *in love* contigo, loquilla.

La adoraba, de verdad que sí, y no podía imaginar una vida sin Valentina a mi lado, compartiéndola.

Capítulo 21



Martina

Me desperté con una imagen que me había saltado en Instagram y era de Conrad, bueno no salía él, ya que se veía un café y de fondo el Club. La imagen iba acompañada por unas palabras.

"*La verdadera esencia de la vida es aquella que pasamos por alto y que con el tiempo nos demuestra que dejamos pasar el único tren con destino a la felicidad*"

Sería por los trenes que él dejo pasar cuando se tiró a todo lo habido y por haber. Aún me retumbaban en la cabeza todas las imagines que tuve que ver a lo largo de estos meses en los que se olvidó de todo lo que fuimos.

Mis padres estaban trabajando y aproveché para salir a desayunar a la cafetería donde solía hacerlo con Valentina, que hoy no podía, ya que se iba a la ciudad a cubrir un evento de una firma de ropa. No dejaba de salirle curro y no era para menos, ella lo valía.

Me habían acabado de traer el desayuno cuando escuché mi nombre y levanté la cabeza. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Hola, Julia —murmuré con la voz entrecortada y levantándome al tener ahí a la madre de Conrad.

—Hola, cariño. Sé que no soy digna de venir…

—No digas eso, no tienes culpa de nada. ¿Te quieres sentar?

—Sí, te lo agradezco. Tuve noticias de que solías desayunar aquí y llevo dos días viniendo, pero no tuve suerte. No me atreví a ir a tu casa por si tus padres se enfadaban y os hacía vivir un momento incómodo.

—Mis padres te hubieran tratado bien —sonreí con tristeza.

—Sé que mi hijo se portó muy mal contigo y todo lo que ha sucedido. Entiendo que no quieras ni verlo, pero nosotros no tenemos la culpa.

—Jamás os la echaría, Julia —mi voz era entrecortada y terminé por derrumbarme.

—No llores, preciosa, no llores más que no te lo mereces —acarició mi barriga—. Estamos deseando conocerla si tú nos lo permite.

—Sois sus abuelos —sonreí y le acaricié la cara.

—Estamos deseando verle la carita y por supuesto decirte que puedes contar con nosotros para todo lo que necesites.

—Gracias, Julia. ¿Cómo está Ángel?

—Triste y lleno de dolor por todo lo que ha pasado. No te lo merecías para nada y saber que has pasado sola y con dolor todo el embarazo nos tiene de lo más tristes.

—Tranquila, estoy bien dentro de lo que cabe.

—¿Cómo se va a llamar?

—No lo sé, estoy barajando varios nombres, pero no tengo ni idea —sonreí.

El camarero se acercó y ella le pidió un café mientras no dejaba de acariciar mi mano.

—¿Qué te ha dicho el especialista?

—Todo está bien. Nacerá en un mes según lo previsto.

—¿Tienes miedo?

—Mucho —me reí nerviosa—. Pero estoy deseando tenerla en mis brazos. ¿Cómo está Conrad? —me atreví a preguntar porque después de todo era su hijo y el padre de mi hija.

—Bueno —se le saltaron las lágrimas—, está decaído, triste y muy encerrado en su mundo. Los últimos días no sale de su casa, pero es el precio que está pagando por lo que hizo. Como madre duele verlo así, pero como mujer entiendo que no estuvo nada acertado y que debió hacer las cosas de otra manera. No te lo merecías, aunque sea mi hijo, no te merecías que te acusara de esa manera.

—Yo lo quiero muchísimo a pesar de todo, aunque jamás volvería con él ni tendría una relación más allá que el llevarnos bien por nuestra hija. Pero no quiero que sufra, no me gusta que esté así, pero como dices, él fue el que lo hizo y el que mientras yo he estado muy mal, se lo pasó con unas y con otras.

—Él te ama con todo su corazón, Martina, lo sé y no te voy a engañar en la vida pese a que sea mi hijo, pero como dices, es experto en cagarla y no actuó bien. Entiendo que como mujer no quieras saber de ese hombre que te trató de esa manera. Es triste, pero no se te puede rebatir la razón, la tienes —decía con esas lágrimas en los ojos y palabras de lo más sinceras—. Solo quiero que sepas que estoy aquí y te vamos a apoyar en todo.

—Gracias, Julia —dije entre lágrimas.

—Gracias a ti, por ser tan buena persona —acariciaba mi mano en todo momento—. ¿Te apetece que demos una vueltecita? Me he tomado la mañana libre —apretó los dientes.

—Claro —sonreí emocionada de ver que mi hija tendría a sus abuelos paternos presentes.

—Ángel se va a poner muy contento, está sufriendo también mucho.

—¿Quieres que pasemos por la clínica a saludarlo?

—¿Harías eso por nosotros?

—Sin dudarlo, Julia, sin dudarlo —le decía emocionada.

Nos montamos en su coche que lo tenía aparcado cerca y se dirigió hacia la clínica. Estaba de lo más cariñosa conmigo y eso me causaba un pellizquito de felicidad en mi estómago. Eran los abuelos de mi hija y yo tenía que poner todo de mi parte, que ella los conociera y tuviera el amor de ellos.

Cuando Ángel nos vio aparecer por la clínica se emocionó y vino hacia mí dándome un abrazo que se me iba a quedar grabado para siempre en el alma.

—Estás preciosa —dijo pellizcando con cariño mi mejilla.

—Bueno, parezco una bola, a un mes de que nazca. Deseando verle la carita —suspiré.

—¿Quieres vérsela en pantalla? —me preguntó él.

—No os preocupéis de verdad, no quiero molestar.

—Bueno, más que molestia sería un regalo para nosotros poder verla —dijo arqueando la ceja y Julia acariciaba mi brazo.

—Si lo deseáis… —sonreí.

—Vamos a verla —dijo ella, tirando de mí.

Habló con una de las enfermeras de ginecología y esta nos hizo pasar cuando la doctora terminó de atender a la paciente que tenía dentro.

—Hola, preciosa, soy Lola. Así que tú eres la mamá de la nieta de mis compañeros.

—Sí, me llamo Martina —dije sonriendo.

—Bonito nombre y ahora vamos a ver a la preciosa bebé —me indicó para que me tumbara en la camilla.

Lo hice y pronto comenzó a sonar el corazón que hizo que tanto Ángel como Julia se emocionasen.

—Es preciosa, mira la nariz y carita —decía ella entre lágrimas, las mismas que yo tenía viendo a mi pequeña en la pantalla—. Mi nieta, mi dulce nieta. La amo con todo mi corazón —decía sin dejar de mirar a la pantalla.

—Julia, se va a llamar Julia —murmuré y los dos me miraron boquiabiertos.

—¿Y eso, cariño? —me preguntó cogiendo mi mano.

—Quiero que se llame así —dije entre lágrimas de felicidad de saber que mi hija iba a tener unos abuelos que ya la querían muchísimo.

—¿De verdad?

—Gracias por este momento que me habéis regalado y, sobre todo, por ir a buscarme y sostener mi mano.

—Yo te como, hija —me dijo tirándose sobre mi pecho y abrazándome mientras me daba un montón de besos en la cara.

La doctora nos envió a los tres las imágenes y hasta el vídeo donde se veía moviendo un poco la mano. Se veíar unos abuelos emocionados y muy felices ante el inminente nacimiento de su nieta.

Me despedí de Ángel, prometiéndole que nos veríamos en estos días y me fui con Julia hacia el coche para llevarme a casa.

En ellos había visto el amor con el que me trataban y esos sentimientos de abuelos deseando tener a su nieta en sus brazos.

Aunque no quería, hasta me imaginaba a Conrad con su pequeña en los brazos y dándole el amor que no supo darme a mí, o, mejor dicho, que me dio, pero para arrancármelo de cuajo de una manera muy humillante.

Me despedí de Julia con un fuerte abrazo en la puerta de mi casa, quedando en que estaríamos en contacto por e móvil y en vernos en estos días para comer.

Cuando llegaron mis padres del trabajo y se lo conté, se emocionaron mucho y se alegraron de corazón. Como decían, la niña tenía derecho a recibir el amor de toda su familia, no solo la nuestra.

Les conté que cuando me estaba haciendo la ecografía me salió del corazón decirle que la niña se llamaría Julia

—Eres nuestro orgullo, hija, porque actúas con el corazón y ese es el más grande de toda la isla.

Me acosté un rato a dormir la siesta, pero mi cabeza no dejaba de pensar. Por un lado, me sentía muy feliz de contar con su familia y también con él, pese a todo como siempre me decía, era su padre. Pero claro, por otro lado me daba rabia que fuera de esta forma, ya que a mí me había hecho pasar un embarazo humillada, humillada por todo lo que me causó y no solo eso, luego estando con una y otra mujer mientras yo llevaba en mi vientre el peso de los dos.

Claro que no iba a volver con él porque eso sería más humillante para mí. No quería saber de hombres, los dos últimos me habían destrozado el corazón y casi la vida. Pero a Conrad lo amaba a pesar de tener muy claro que, como hombre, no lo quería en mi vida.

1

Me despedí de Julia con un fuerte abrazo en la puerta de mi casa, quedando en que estaríamos en contacto por el móvil y en vernos en estos días para comer.

Cuando llegaron mis padres del trabajo y se lo conté, se emocionaron mucho y se alegraron de corazón. Como decían, la niña tenía derecho a recibir el amor de toda su familia, no solo la nuestra.

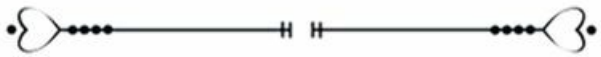
Les conté que cuando me estaba haciendo la ecografía me salió del corazón decirle que la niña se llamaría Julia.

—Eres nuestro orgullo, hija, porque actúas con el corazón y ese es el más grande de toda la isla.

Me acosté un rato a dormir la siesta, pero mi cabeza no dejaba de pensar. Por un lado, me sentía muy feliz de contar con su familia y también con él, pese a todo como siempre me decía, era su padre. Pero claro, por otro lado, me daba rabia que fuera de esta forma, ya que a mí me había hecho pasar un embarazo humillada, humillada por todo lo que me causó y no solo eso, luego estando con una y otra mujer mientras yo llevaba en mi vientre el peso de los dos.

Claro que no iba a volver con él porque eso sería más humillante para mí. No quería saber de hombres, los dos últimos me habían destrozado el corazón y casi la vida. Pero a Conrad lo amaba a pesar de tener muy claro que, como hombre, no lo quería en mi vida.

Capítulo 22



Conrad

Las lágrimas no dejaban de caerme mientras veía el vídeo y la imagen de mi hija, esa que me dieron mis padres tres días atrás cuando vinieron a contarme que habían estado con Martina.

Aún seguía emocionándome cuando miraba la pantalla del móvil y observaba embelesado a ese ser tan pequeñito que soñaba con tener en mis brazos. Julia, mi pequeña Julia, porque así de noble era su madre y había tenido tan bonito detalle con la mía.

Mi madre había estado hablando con ella por mensajes estos dos días de manera frecuente. Le enseñó hasta las fotos de la habitación que le tenía preparada en casa de sus padres. Era preciosa y emocionaba ver cada rincón de esta lleno de cositas esperando para recibirla.

Estaba sentado en el coche que tenía aparcado justo al lado del de sus padres. Estaba esperando que salieran del instituto. Sabía que no era muy buena hora, pero tampoco tenía mucha opción porque lo último que me atrevería sería colarme en su casa.

Salieron casi cuando ya lo habían hecho todos los alumnos. Venían hacia su coche hablando. Solté el aire y salí del mío. No tardaron en darse cuenta de quién era conforme se iban acercando. Es más, vinieron hacia mí.

—Hola, Conrad —dijo su padre en tono serio, pero correcto a la vez que su mujer también lo decía.

—Hola. Siento mucho venir aquí a hablar con vosotros, pero no encontré un momento mejor.

—Tranquilo. Dinos —dijo él de manera tranquila.

—Sé que he hecho mucho daño a vuestra hija y a vosotros. Reconozco y me avergüenzo también de la actitud que tomé luego —confesé tembloroso y con los ojos acuosos, como estaban últimamente, por las lágrimas que no podía evitar derramar—. Pero os juro por mi vida que como padre no voy a defraudar a nadie y no volveré a hacer nada que pueda causar dolor de nuevo en vuestra hija. Me arrepiento de todo y lo estoy pagando. Solo necesitaba pediros perdón como lo haré en cuanto pueda con Martina. He hecho mucho daño, pero no soy tan mala persona.

—Conrad —murmuró ella—. No nos gusta verte así porque ni somos rencorosos, ni queremos el mal para el padre de nuestra nieta. Has hecho un daño muy grande, no solo por la humillación en la que Martina se vio envuelta, sino porque el momento más bonito de su vida como es enterarse de que iba a ser madre se vio empañado por el miedo, dolor y muchas cosas. Nuestra hija no se lo merecía. Pero ya pasó, ya sabes que ella no es ninguna ladrona ni le hizo nada a nadie. Has aceptado que vas a ser padre sin dudarlo y eso te honra como persona. Solo te pedimos que antes de hacer algo que no solo le pueda doler sino molestar, te lo pienses dos veces. No es que lo pasara mal, aún está mal por mucho que saque fuerzas por vuestra hija. Las puertas de nuestra casa las tienes abiertas siempre que actúes de buena fe.

—Os lo agradezco. Prometo que no os fallaré a ninguno.

—No tengas miedo a hablar con ella. Puede enfadarse, pero jamás le haría daño ni a una mosca y es una persona razonable.

—Lo sé —notaba cómo me caían las lágrimas—. ¿Le podéis entregar algo?

—Claro —contestó su padre.

—Es una tontería, pero me hizo ilusión comprarla —le di una cajita de una joyería con una pulserita de oro con una plaquita donde ponía el nombre de Julia delante y por detrás *"Tus papás te aman"*.

Me despedí de ellos dándole la mano a él y dos besos a ella. Lloré durante todo el camino de regreso a la urbanización. Había sido un imbécil al haber perdido no solo a la mujer que más amaba en el mundo, sino la posibilidad de tener una familia más en la suya, los abuelos de nuestra hija.

Estaba pensativo mientras me preparaba una pasta a la carbonara cuando me entró un mensaje en el móvil que hizo que todo mi mundo se paralizara.

Martina: *Hola, Conrad. Gracias por la pulsera, es preciosa y seguro que la lucirá en su manita en cuanto nazca, al igual que usará todos los productos que le compraste. Falta poco para su llegada y no quiero que pienses que estás fuera de ese acontecimiento, ya que se os avisará tanto a ti, como a tus padres, para que vayáis a conocerla al hospital si queréis, o a mi casa, como ya te dijo mi madre las puertas las tienes abiertas, al igual que tu familia. Aunque no lo creas, te deseo todo lo mejor que te pueda pasar en la vida, porque tu felicidad se verá reflejada en nuestra hija. Y deseo que al menos como padres seamos capaces de entendernos y respetarnos para que ella no se vea afectada en nada. No me gustaría que hubiera un acuerdo por medio. No quiero nada, es más, ni el dinero que me pagaste por lo de Valentina, ese tenemos que hablar para que vuelva a tu cuenta. Solo quiero que a ella la quieras como se merece y como estoy segura de que ya lo haces. No tendrás problemas por visitas ni por llevarla cuando lo desees, eres su padre y como tal, siempre tendrás mi apoyo.*

Me tuve que sentar. Palabras bonitas, pero que dejaban claro que solo nos unía nuestra hija. Nada del amor que

sentimos un día el uno por el otro y que yo seguía sintiendo con más intensidad. Estaba claro que la había perdido por estúpido, por haber supuesto y creído sin pruebas sin sopesar lo que yo veía en ella.

Se me hizo tal nudo en la garganta que tuve de dejar de hacer la comida. Si venía con poco apetito ahora tenía menos.

Me intentaba poner en su piel y en todo lo que había pasado y me imaginaba el daño, pero nada que ver con el que debió sentir ella. Me maldecía por ello. Yo también lo había pasado mal, pero, ¿y qué? Al fin y al cabo, todo era por mi culpa. Y encima me acosté con otras…

Casi sin visión por las lágrimas me dispuse a responder al mensaje.

Conrad: *Hola, preciosa. Lo primero es darte las gracias por darme ese lugar como padre. Estoy deseando abrazarla en mi pecho y decirle cuánto la quiero. Siento mucho todo lo que te hice y te pido perdón de todo corazón, aunque no me lo merezco. No dejo de ponerme en tu piel ni un solo momento y nadie se merece por todo lo que has pasado por mi culpa. Lo he perdido todo, porque lo demás es material, pero lo que realmente tenía de valor me encargué yo solito de cargármelo y viviré toda mi vida con esa pena. Quiero que sepas que eres lo que más he amado y amaré siempre y que, aunque nunca vuelvas a mi lado, tendrás la puerta de mi corazón y de mi vida abierta para ti. Gracias por darme el privilegio de ser padre de una hija tuya, no sabes lo que significa eso para mí. Estaré en el hospital cuando llegue el momento, no quiero perderme esos primeros minutos de vida de nuestra hija. Si no quieres el dinero que te pagué por lo de Valentina, ponlo en una cuenta para nuestra hija, algún día lo puede necesitar. Yo te pasaré todos los meses una manutención, estoy en la obligación moral como padre. Ojalá un día aceptes tomarte un café conmigo antes de que nazca y nos podamos mirar a los ojos y hablar tranquilamente para recibirla de la mejor manera posible. Os quiero con todo mi corazón*.

Leyó el mensaje, pero no me contestó. Imaginaba que estaba más que sobrepasada con todo, pero más conmigo Debía de ser muy difícil para ella estar esperando un hijo de la persona que la vendió de esa manera.

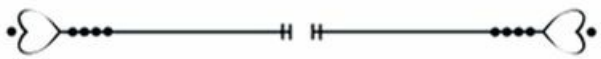
Había tenido un detalle grandísimo al enviarme ese mensaje. Ni siquiera me merecía esas palabras que, aunque un poco vacías en lo que a mí concierne, al menos las había tenido bonitas dándome ese lugar como padre y abriéndome las puertas de su casa para que no me sintiera en un segundo plano.

Aunque sabía que como hombre no quería saber nada de mí y hasta me debía de seguir odiando por todo lo que le hice, en mi interior estaba esa ilusión de poderla ver, aunque fuera con la excusa de los encuentros de nuestra hija, esa bebé que tanto deseábamos.

Me dolía un mundo sentir que no iba a tener a mi familia unida, porque daría lo que fuera por tenerlas conmigo a las dos y comenzar una vida en común los tres juntos, pero yo me lo había cargado todo.

Iba a pagar bien caro no solo el haberla acusado de algo que ella no hizo, ahora lo tenía más claro que nunca, sino de haber andado con otras mujeres, intentando llenar un vacío cuando ella estaba sola en tan importantes momentos en los que por mi culpa se vio desolada.

Capítulo 23



Martina

Dos semanas habían pasado desde que le mandé el mensaje a Conrad y desde entonces cada día me preguntaba cómo estaba.

Había llorado mucho con cada mensaje porque estaba de lo más sensible y porque, aunque no lo quería como hombre, aún lo amaba con todo mi corazón.

Hoy habíamos quedado para vernos por primera vez desde que aquello pasó y yo ya estaba a nada de dar a luz a nuestra hija.

Bueno, que sí que lo vi el día que Valentina lo llamó carterista, pero eso prefería no recordarlo. Su mirada de aquel día me hizo mucho daño.

No iba mentir, porque estaba nerviosa y de pensar en que estaríamos juntos, me temblaba todo el cuerpo como si fuera un flan, un flan relleno de bizcochito.

Y aunque siempre me veía bien con la ropa de premamá, hoy parecía que nada de lo que tenía me convencía, hasta que finalmente dejé de pensarlo mucho porque aquella no era una primera cita sino un momento en nuestras vidas para hablar de la pequeña que ya teníamos en común.

—Estás preciosa, hija —me dijo mi padre, acariciando la barriguita cuando me vio lista para irme.

—Soy una bombona de butano —me reí.

—Ni tienes la cara hinchada, ni las piernas, ni los brazos, hija —dijo mi madre, asomándose desde la cocina—. Haz caso a tu padre, tienes un aspecto inmejorable y la barriga se ve preciosa. Por cierto, te queda muy bonito ese vestido.

—Gracias, mamá.

—Es verdad que el blanco te sienta genial, cariño —me apretó la mejilla mi padre—, así que, de bombona de butano, nada de nada.

No puede evitar reír al tiempo que negaba, porque cuando tenía un día así rarillo por las hormonas, ahí estaban ellos al igual que Valentina para decirme algunos piropos.

Llevaba un vestido de tirantes finos y pegado al cuerpo hasta la rodilla con unas sandalias menorquinas de color piel, al igual que el bolso.

—Bueno, me voy —dije al ver que ya había un mensaje de Conrad para decirme que estaba fuera—. Deseadme suerte —apreté los dientes.

—No la necesitarás, hija. Todo está bien —me pellizco la mejilla y le di un beso en la suya, luego otro a mi madre.

—*Ciao* —me despedí moviendo la manita antes de cerrar la puerta y viendo que los dos seguían ahí parados.

Mis padres también estaban listos porque iban a comer a algún sitio y esperaron a que yo saliera para luego hacerlo ellos y así darme mi espacio.

Salí de la casa soltando el aire y no tardé en que mis ojos se encontraran con los de Conrad. Con la de tiempo que habíamos pasado sin vernos, ese mismo en el que le odié con todas mis fuerzas a pesar de que lo había seguido queriendo y no se me iba de la cabeza, y me seguía pareciendo un hombre de lo más atractivo que conseguía que aquellos nervios del principio de conoceros estuvieran de lo más presentes.

—Hola —murmuré sonriendo y nerviosa.

—Hola, estás preciosa —agarró mi hombro y me dio dos besos.

—Gracias, tú también estás muy guapo —contesté sin saber ni lo que decir.

Abrió la puerta del copiloto y me monté. Me puse el cinturón dándome cuenta de que estaba temblando. Me había impactado mucho y ahora me sentía de lo más vulnerable.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando arrancó el coche.

—Sí, sí —sonreí levemente.

—Tengo que ir a recoger una cosa urgente para dejarle a mis padres en la urbanización. ¿Te importa que me acerque un momento?

—No, claro, vamos.

Sonaba de fondo en su coche la música de Bob Marley y me transporté a ese viaje a Jamaica que hice con él y del que tan buenos recuerdos tenía. En ese instante sonaba *"¿Could yo be loved?"*, una pregunta para la que yo tenía una respuesta, y es que, después de dos experiencias amorosas para nada bonitas en su final, muchas veces había pensado que no estaba hecha para que alguien me amara.

Por suerte la vida me había querido poner una pequeña personita al lado para que me amara tanto como ya la amaba yo. Me acaricié la barriga y vi por el rabillo del ojo que Conrad sonreía al ver mi gesto.

Fue un trayecto de por lo menos quince minutos. Cuando llegamos él me dijo que esperase un momento. Entró una galería de negocios y cuando salió venía con una bolsa en la mano que dejó en el maletero.

Fuimos hacia la urbanización donde al traspasar el control de seguridad me vinieron tanto buenos como malos recuerdos, era una sensación agridulce.

Aparcó en los estacionamientos del club y vino a abrir mi puerta.

—¿Vamos a comer aquí? —pregunté extrañada.

—Solo quiero que entres un momento y decidas si nos quedamos o nos vamos, por favor.

—Vale —murmuré bajándome e intentando no tener ningún acto descortés.

Caminaba por allí con tantos recuerdos en mi cabeza que era como si nada hubiera cambiado desde el momento en el que abandoné la urbanización meses atrás, y al ver a alguno de los camareros que me conocían, sonreían y me saludaban con la mano, gesto que correspondía de igual manera.

Traspasamos los salones para salir cuando mis ojos leyeron en la entrada del jardín con letras grandes y en color rosa y blanco *"Baby Shower de Julia"*.

De repente vi a todos aplaudiendo, cuando digo todos eran: mis padres, Valentina, Maica y Lara, los padres de él, Ethan y Gonzalo.

—¿Qué es esto? —pregunté con un nudo en la garganta viendo que Valentina venía con las chicas hacia mí.

—Es lo que tú y nuestro bebé os merecéis. No te podías perder algo así por la situación a la que te llevé —murmuró él mientras yo lloraba.

—No las mates que ellas también tienen una coartada —dijo Valentina acercándose con Lara y Maica a abrazarme.

—Yo no sé si tenéis una coartada, pero gracias por estar aquí —rompimos a llorar todas.

Si Valentina me decía eso es que había algo que se nos fue de las manos. La realidad es que las quería en mi vida y habían sido nuestras amigas de verdad.

—Eres la mami más bonita que he visto en mi vida, cielo —dijo Lara entre lágrimas, que por un momento perdió esa chispa alocada que tenía.

—Soy un huevo Kínder —reí llorando.

a

—Pues nada, ponte en la mesa que te vamos comiendo todos poco a poco —ahí estaba su chispa, y es que esa mujer no la iba a perder nunca.

—Tenemos mucho de lo que hablar, me parece —dije mirando a Lara y Maica, mientras me secaba las lágrimas.

—Claro que sí, cariño —Maica me acarició el brazo—. Pero hoy no, que es tu día y el de esa princesita que se va a ganar el cariño de todos nosotros.

Hoy estaba de lo más sensible y más viendo el rincón del jardín preparado para la fiesta.

Mis padres y suegros vinieron a abrazarme, ya que yo seguía en shock observando todo.

—Así que, a comer por ahí los dos solos, ¿no? —les dijes a mis padres, mientras él me acariciaba la mejilla y ella me cogía de la mano— Menudos compinches estáis hechos. Ya me podíais haber dicho algo.

—Claro, y estropearte la sorpresa que te ha preparado, tienes unas cosas, hija —mi madre volteó los ojos.

r

—Papá, de ella puedo imaginarlo, pero, ¿de ti? Tú sí que debiste ponerme sobre aviso.

—Digo lo mismo que tu madre, no íbamos a estropearte la sorpresa.

—Vaya por Dios —resoplé, y los dos se rieron.

—¿Me dejas darte un abrazo? —me preguntó apretando los dientes Ethan mientras Gonzalo y Conrad sonreían.

—Claro —solté una risilla de lo más tímida. Todo esto de algún modo me hacía sentir más relajada.

—Perdón por la parte que me toca —decía abrazándome—. Si tengo que enviarte otros cien mil no dudes en decírmelo —bromeó, causándome una carcajada.

—Tú lo que quieres es pagar la universidad de mi niña, dime la verdad —arqueé la ceja.

—Hombre, es la primera sobrina que voy a tener, tú me dirás —se encogió de hombros y me salió una carcajada.

—Enhorabuena y gracias por hacernos titos —murmuró esta vez Gonzalo, que abrió sus brazos para que fuera a ellos.

—¿Tú también quieres contribuir a sus estudios universitarios? —me salió una risilla.

—Entre los dos podemos pagárselos, no te quepa la menor duda —respondió y volvimos a reír.

La verdad es que tanto uno como el otro no solo eran los mejores amigos del padre de mi hija, sino que, al igual que Valentina, sabía que estarían ahí para ella si los necesitaba.

Todo estaba lleno de cajas preciosas envueltas en las mismas tonalidades rosa y blanco con lazos y muchos globos. Era una preciosidad de rincón que no podía dejar de mirar.

Mis padres y los suyos parecía que habían congeniado muy bien. Se habían puesto en grupo a charlar entre ellos con una copa de vino en la mano y los aperitivos que nos estaban poniendo. Me alegraba de verlos así a los cuatro porque eran los abuelos de mi pequeña y, ¿qué mejor referente para ella de lo que era incondicional hacia su nieta? Sabía que la iban a amar el resto de sus vidas como ya lo hacían.

—Gracias, Conrad —murmuré y él pasó su mano por mi hombro y puso el móvil a modo selfi.

—Sonríe, quiero inmortalizar este día —ignoró mis gracias.

—Vale —sonreí nerviosa con su mano por encima de mí.

Si notó el modo en el que me temblaban hasta las pestañas al tenerlo así de cerca, no lo mostró en ningún momento, pero que yo estaba como un flan por esos nervios que él siempre me había provocado, era un hecho.

La imagen me encantó. Se veía a los demás charlando y muy naturales entre el decorado tan bonito y elegante mientras a nosotros, en un primer plano, se nos veía con una sonrisa nada fingida.

—¡Atención todos! —gritó Valentina, dándole golpes con un tenedor a una botella vacía de vino. Se había subido en la mesa con esa minifalda tan corta que le hacía unas piernas espectaculares a pesar de que estaba a un movimiento de enseñar hasta las ideas—. Quiero deciros a todos que esos tres mosqueteros tienen un gran secreto guardado —señaló a los tres chicos y yo pensé que me desmayaba—. Pero claro, ese secreto va a ser guardado para siempre porque desde este momento me van a contratar como la directora del Club y me van a pagar mejor

de lo que ya lo hacían antes —se puso la mano en el pecho y se echó a reír.

—¡Contratada! —gritó Gonzalo, corriendo ante la posibilidad de que se le pudiera escapar algo de lo que pasó entre ellos. Todos nos echamos a reír.

—¡Soy la directora! —comenzó a aplaudirse a sí misma y todos aplaudimos a su vez entre risas.

Ethan lloraba de la risa mientras negaba y Conrad estaba a carcajadas sobre el hombro de Gonzalo que sonreía mirando a ellos mientras apretaba los dientes.

—Te he visto rápido, colega —le dijo Ethan a Gonzalo.

—Sí, sí, como el Correcaminos, vaya —rio Conrad.

—Panda de capullos —murmuró Gonzalo con una leve sonrisilla.

Valentina tenía una habilidad tremenda para poner firme a los tres, pero se salía con la suya que daba gloria. Eso sí, yo que me alegraba de que entrara por la puerta grande, por esa que nunca debió de salir porque lo hizo en solidaridad conmigo, y no porque quisiera dejar el trabajo o la hubieran tachado a ella de lo que no era.

—¡Soy la directora! —gritó viniendo hacia mi barriga y dando muchos besos— Que tu mami tita va a ser la directora. ¡Yuju! —le decía mientras Gonzalo la miraba por el rabillo del ojo temeroso perdido.

Comenzaron a darme los regalos. La primera no podía ser otra que Valentina, que se plantó frente a mí marcando terreno.

—De su otra mami —me dijo con la risilla suelta.

Abrí la caja y eran un montón de modelitos de ropa a cada cual más bonito. No dejaba de agasajar a la bebé con infinidad de regalos. Me tenía advertida de que me la iba a malcriar, y lo peor de todo es que hasta la veía dispuesta.

Mis padres me hicieron destapar una caja grande y allí estaba el carrito de bebé que tantas veces miraba en un escaparate. Con razón no me dejaron comprar uno.

Los padres de Conrad me sorprendieron con una cadenita preciosa con una medalla con el nombre de Julia y unos pendientes. Y una colección de *bodys* en tonos pastel de una firma muy exclusiva. Eran una monería.

Lara y Maica me regalaron una tarjeta de regalo con cuatrocientos euros de una tienda de bebés muy bonita para que comprara lo que me hiciera falta.

—Venga, les toca a los mosqueteros, que espero que te sorprendan bien porque, si no —se señaló la boca haciendo como que le daba al pico.

—Venga, hablo yo en nombre de los tres —dijo Ethan, haciéndose el interesante—. Nosotros le hemos regalado la fiesta esta, para que la disfrutéis todos.

—Será verdad que no habéis tenido un detalle directo con mi niña —contestó Valentina mirándolos con asco.

—Que sí, mujer —intervino Gonzalo carraspeando, ya que le tenía pavor a ella y lo que pudiera soltar por la boca—. Claro que tenemos un regalo —miraba a los otros dos mientras reíamos viendo que no sabía por dónde salir—. Lo que más va a usar —vimos que señalaba a una gran caja y nos dimos cuenta de que al final habíamos pensado mal y sí que le habían comprado algo. Me reí dirigiéndome a abrirla.

Era un balancín precioso de madera con la tumbona acolchada y de tela de piqué. Una preciosidad que me emocionó muchísimo y que me habían comprado Ethan y Gonzalo. Conrad me dijo que él no había participado y puso en mis manos una cajita.

—Quiero que lo tenga ella —era una cadena con la placa de oro de alfiler para el chupete—. Era mío y quiero que ahora lo sea de ella.

Me emocionó tanto que se me saltaron las lágrimas. No podía hablar, solo mirar aquel precioso detalle que fue suyo y que, ahora, usaría mi niña.

—Gracias —dije al fin el hilillo de voz y muy emocionada.

—A ti, por darme lo más bonito que voy a tener en mi vida —contestó, rodeándome con un brazo por los hombros mientras dejaba la otra mano en mi barriga.

La quería, Conrad la quería tanto como lo hacía yo.

—Venga, les toca a los mosqueteros, que espero que te sorprendan bien porque, si no —se señaló la boca haciendo como que le daba al pico.

—Venga, hablo yo en nombre de los tres —dijo Ethan, haciéndose el interesante—. Nosotros le hemos regalado la fiesta esta, para que la disfrutéis todos.

—Será verdad que no habéis tenido un detalle directo con mi niña —contestó Valentina mirándolos con asco.

—Que sí, mujer —intervino Gonzalo carraspeando, ya que le tenía pavor a ella y lo que pudiera soltar por la boca—. Claro que tenemos un regalo —miraba a los otros dos mientras reíamos viendo que no sabía por dónde salir—. Lo que más va a usar —vimos que señalaba a una gran caja y nos dimos cuenta de que al final habíamos pensado mal y sí que le habían comprado algo. Me reí dirigiéndome a abrirla.

Era un balancín precioso de madera con la tumbona acolchada y de tela de piqué. Una preciosidad que me emocionó muchísimo y que me habían comprado Ethan y Gonzalo. Conrad me dijo que él no había participado y puso en mis manos una cajita.

—Quiero que lo tenga ella —era una cadena con la placa de oro de alfiler para el chupete—. Era mío y quiero que ahora lo sea de ella.

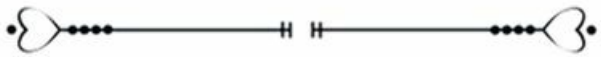
Me emocionó tanto que se me saltaron las lágrimas. No podía hablar, solo mirar aquel precioso detalle que fue suyo y que, ahora, usaría mi niña.

—Gracias —dije al fin el hilillo de voz y muy emocionada.

—A ti, por darme lo más bonito que voy a tener en mi vida —contestó, rodeándome con un brazo por los hombros mientras dejaba la otra mano en mi barriga.

La quería, Conrad la quería tanto como lo hacía yo.

Capítulo 24



Martina

Después de la fiesta sorpresa que preparó Conrad en el Club con todos, Lara y Maica me dijeron que, si estaba preparada, querían hablar conmigo cuando yo quisiera.

Y acabamos quedando para desayunar hoy, en el Club, las cuatro, pues Valentina también quería estar presente, aunque ella estaba al tanto de todo, por lo que me había dicho.

No sabía qué excusa podrían tener ellas dos para habernos dado de lado de ese modo a Valentina y a mí, cuando me conocían de sobra, pero claro, en aquel entonces pensé que, bien ciertas eran esas palabras que decían que no se conocía realmente del todo a una persona.

Éramos amigas desde que teníamos uso de razón, Valentina fue la cuarta en incorporarse a nuestro círculo, pero Lara y Maica siempre estuvieron ahí. Con ellas salí la primera noche de fiesta en mi vida, me cogí esa primera borrachera y las tres nos consolamos unas a otras después del primer desengaño amoroso, por eso me había dolido tanto que se posicionaran del lado de Conrad y no del mío, a sabiendas de que a mí me conocían de toda la vida.

Pero claro, como pensé en aquellos días, el amor podía llegar a cegar tanto a una persona que, si estaban muy enamoradas de Ethan y Gonzalo, era normal que creyeran las palabras que les habrían dicho ellos, y no en lo que conocían y sabían de mí.

Me puse un pantalón premamá que me hacía sentir muy cómoda, una camiseta holgadita y unas deportivas, que después de la fiesta del día anterior y haber estado bastante tiempo de pie, hoy quería ir todo lo más cómoda que pudiera.

Cuando salí de la habitación ya estaba Valentina en la cocina con mi madre.

—Buenos días —sonreí al verla.

—Buenos días, hija —me dio un abrazo.

—Hola, cariño —Valentina llevó la mano a mi barriguita—. ¿Cómo estás hija mía? —le preguntó.

—Verás que al final te pido pensión de manutención y todo —reí.

—Pues entonces le pones mi apellido, vamos que sí.

—Me da que Conrad no iba a querer eso —dijo mi madre, moviendo las cejas.

—Claro que sí, el primero se lo ponemos compuesto, que queda muy *chic*, y luego el de Martina.

—Ni que mi niña fuera a ser de la realeza, o algo.

—Tú deja que su mami tita la instruya, y la niña se nos casa con algún príncipe heredero, ya verás.

—Valentina, estás fatal —reí.

—Pero me quieres igual, así que —se encogió de hombros—… Noelia, me llevo a la chiquilla de parranda —dijo mientras me agarraba del brazo—. Te la devuelvo esta noche.

—¿Esta noche? —protesté— Pero si vamos a desayunar con Lara y Maica.

—¿Y? A ver si te crees que el desayuno en el club no se puede alargar hasta altas horas de la noche, que allí todo está buenísimo y nos lo ponen por delante sin pagar un céntimo. Y menos ahora, que soy la directora —hizo un guiño.

—Tienes un morro, de verdad —volteé los ojos.

—Tira, que todavía veo que te tengo que sacar de casa de los pelos. Adiós Noelia.

—Adiós, Valentina. Hija, diviértete, ¿sí? —me pidió, acariciándome la mejilla con una sonrisita en los labios.

—Descuida, que de eso nos encargamos nosotras —le contestó ella.

—Adiós, mamá —le di un beso y Valentina y yo salimos de casa.

Durante el camino hasta el Club le pregunté qué era lo que ella sabía sobre las chicas y no hubo manera humaba ni divina para que me contase nada. Decía que eran ellas quienes tenían que darme las explicaciones de lo que pasó y que así iba a ser.

Llegamos y al entrar en el Club ya estaban ellas dos sentadas en una mesa, ambas vestidas con vaqueros, camis y zapatos de tacón, guapísimas y muy elegantes. Sonrieron al vernos y se pusieron en pie para repartir abrazos.

—En serio, Martina, el embarazo te sienta genial, estás guapísima —me dijo Lara con una sonrisa.

—Díselo a mis piernas que las tengo hinchadas, que parezco el muñeco de Michelín.

—Qué bofetada te daba, madre mía —resopló Valentina.

—Haya paz, niñas —pidió Maica—. Venga, sentaos que vamos a desayunar. Todo saludable, por supuesto.

—¿No me puedo meter un buen chocolate con porras para el cuerpo? —pregunté mientras me sentaba.

—Yo sé de uno que la porra te la metía, sí —contestó Valentina y las otras dos se rieron.

—No esa clase de porra, capulla —volteé los ojos.

Una de las camareras se acercó para tomarnos nota y las chicas pidieron un desayuno muy saludable, tal como había dicho Lara. En cuanto nos quedamos solas entré de lleno en el tema que me interesaba.

—¿Qué coartada teníais vosotras para dejarnos de esa manera?

—Menos mal que estás sentada, *baby*, porque esto es para caerse de culo —me dijo Valentina.

—No somos médicos —miré a Maica y fruncí el ceño.

—Lo hemos sido, pero no de verdad —dijo Lara y la miré sin entender una sola palabra—. O sea, que estudiamos la carrera, porque eso sí lo hicimos, pero al final…

—Somos policías.

—¿Perdón? —de entre todas las posibles cosas que esas dos pudieran decirme, aquella era la que menos me esperaba.

—Que, somos policías, y nos infiltramos.

—Me estoy quedando en shock —dije al escuchar la respuesta de Lara.

—Así, así me quedé yo —rio Valentina.

—Pero, a ver, que vosotras habéis estado en esa clínica, cuánto, ¿casi dos años?

—No llegamos a estar en la clínica como tal, solo un par de meses infiltradas porque había algunas irregularidades que veía el jefe de médicos, y es que había algo raro de drogas, no vamos a entrar en detalles.

—Mejor, mejor —respondí.

—El caso es que después de estar allí esos meses hemos estado haciendo otros trabajos, y nos venía bien decir que seguíamos en la clínica para que no hicierais preguntas si desaparecíamos esos meses que nos fuimos como misioneras —dijo Maica.

—Sí que fuimos allí, pero para investigar todo el tema por el que nos infiltramos.

—Chicas, yo es que no sé ahora mismo si os conozco de verdad —suspiré.

—Seguimos siendo nosotras, Martina —sonrió Maica—, pero con algún secretito.

—Secretito, dice, tengo como amigas a las versiones femeninas de James Bond y Jason Borne —volteé los ojos

—Ahora la parte en la que nos vas a odiar.

—No, eso no, Lara, no podría.

—Nuestro jefe tuvo información sobre un narco bastante importante que iba a alojarse aquí, estaban montando un operativo cuando tú volviste a la isla, nos trajisteis aquí, y al contárselo a él dijo que seríamos las infiltradas perfectas aquí. Pero no éramos las únicas.

—¿Había más policía? —pregunté.

—Sí —sonrió Maica—, pero nunca sabrás quiénes han sido. Eso es alto secreto.

—Lo imagino.

—El caso es que cuando pasó todo aquello, nosotras estábamos tan metidas en la operación que no podíamos irnos sin más, eso acabaría con todo el trabajo que habíamos estado haciendo, así que, con todo el dolor de nuestro corazón, tuvimos que fingir que creíamos a los chicos. Aunque te conocíamos y las dos sabíamos que tú no habrías hecho eso, jamás —dijo Lara.

—Gracias por creerme, de verdad.

—Nunca dudamos de ti, pero cuando supimos que había sido todo cosa de tu ex, te juro que quise romperle todos los dientes.

—Y yo la habría ayudado —rio Maica.

—Pero, ¿qué pasa con Ethan y Gonzalo? Porque ellos y Conrad no sabían nada de esto.

—En aquel momento no, se lo confesamos no hace mucho, la verdad. Cuando ya estaba todo el asunto resuelto por nuestra parte. Trincamos al narco con las manos en la masa, y a algunos más que han caído con él. Se ha hecho todo de manera discreta para no salpicar a la urbanización —dijo Lara.

—Madre mía, yo es que estoy flipando.

—Pues imagina la cara de Ethan cuando esta le dijo que era poli, después de haberle puesto las esposas en el cuarto de la lujuria —rio Valentina—. Le dijo que, ahora entendía lo bien que se desenvolvía en ese papel.

—Y lo bien que se lo pasó él mientras me veía de poli, ¿qué?

—Pero, entonces, ¿estáis con ellos o no? Es que siempre los he visto pendientes de otras mujeres, aunque de vosotras también, pero…

—Por el momento seguimos conociéndonos, dejémoslo ahí —contestó Maica con una leve sonrisa.

—Tranquila, que sabe lo que hice con su casi chico y le dio por reírse —me dijo Valentina—, que aquí donde la ves, la monjita de Maica en sus infiltraciones ha hecho cosas que… uf, a mí me dejan en bragas, nena.

—¿Quiero saberlo? —miré a Maica y sonrió.

—Mejor que no, porque quiero que sigas viéndome como la Maica de siempre.

—Eso es porque no quiere confesar que el día que nos lo montamos juntas, se lo pasó pipa —dijo Lara y por Dios que, el sorbo que había dado a mi zumo, casi lo escupo entero.

—Esa cara se me quedó a mí también —rio Valentina—. Y decían que tienen algunos secretitos, ¿qué te parece?

—Pues que mejor os sigo viendo como mi Lara y mi Maica de siempre —sonreí—. Aunque de verdad que me alegra saber que no pensasteis mal de mí, porque eso me dolió mucho.

—Y a nosotras, que no pudimos disfrutar de nuestra sobri. Algún día pasamos por casa de Valentina para veros de lejos, y no sabes lo ilusionadas que estábamos al verte con esa barriguita —dijo Maica.

—Aunque también te digo, que con la cara de muerta que me llevabas al principio, me daban ganas de ir a Conrad y darle una somanta de palos para que abriera los ojos —miré a Lara—. Pero habría puesto en peligro

nuestro trabajo —suspiró.

—Con saber que no dudasteis de mí, me es más que suficiente —sonreí.

—Nunca, Martina, eso, nunca.

Me abracé a ellas, a mis tres amigas, mis tres mosqueteras porque desde luego que no había otra manera de llamarlas. Ahora sabía que, pasara lo que pasara, estarían siempre ahí para Julia y para mí.

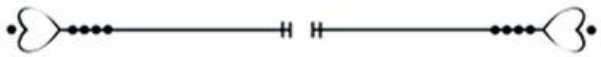
nuestro trabajo —suspiró.

—Con saber que no dudasteis de mí, me es más que suficiente —sonreí.

—Nunca, Martina, eso, nunca.

Me abracé a ellas, a mis tres amigas, mis tres mosqueteras porque desde luego que no había otra manera de llamarlas. Ahora sabía que, pasara lo que pasara, estarían siempre ahí para Julia y para mí.

Capítulo 25



Martina

3 días antes del parto…

Me levanté y, a punto de salir de cuentas, me costó un poco más de lo normal bajarme de la cama, porque me notaba un tanto hinchada.

Valentina me diría, si me viera, que era lo que ya sabía: retención de líquidos, tan inofensiva como molesta. Por no decir que tendría uno de esos licuados verdes esperándome para el desayuno…

Entré por la cocina y mi madre estaba allí, pues se había pedido unos días libres antes de mi parto. Estaba tan emocionada que no quería perderse nada de la recta final de mi embarazo y mucho menos dejarme sola.

—Buenos días, vida, ¿cómo estás hoy?

—Hinchada como un pez globo, mami —le aseguré mientras le daba un beso y un abrazo.

—Ay, mi niña, ya te queda muy poco.

—Eso espero, porque me siento a punto de explotar.

De pronto, me entró un mensaje y ella me miró por el rabillo del ojo.

—¿Y esa sonrisa, Martina?

—Nada. Es que me hace gracia, solo eso.

—Así que es Conrad.

—¿Y quién si no iba a insistir tanto en comer conmigo? Desde el día del *baby shower*, ya sabes que está haciendo todo lo posible para que quedemos, esta vez a solas.

—Pues por salir a comer no te pasaría nada, vamos digo yo…

—Mamá, ¿tú no estarás compinchada con él, otra vez? —Arqueé la ceja.

—¿Tengo yo cara de meterme en ese berenjenal, hija? No, esas son cosas vuestras. Lo único que digo es que te vendría bien airearte.

—Pues para eso, salimos tú y yo a dar una vueltecita, que dicen que caminar es bueno para provocar el parto. Valentina también dice que hay otra cosa todavía mejor: el sexo. Pero de ese ya ni me acuerdo.

—Hija, eres muy joven y…

—Mamá, ni lo menciones. Mi hija es lo que más quiero en este mundo y estoy súper ilusionada con ella, pero no me vuelvo a abrir de piernas ni borracha.

—Tú estás un poco asustadilla por el parto, ¿me equivoco mucho?

—¿Un poco? La verdad es que me da terror, pero también siento vergüenza por confesarlo. ¿Qué me dé miedo tiene que ver con que sea mala madre?

—¿Es una broma? Yo estaba aterrada cuando me quedé embarazada de ti. Hasta pesadillas tenía por las noches y me movía tan nerviosa entre sueños que más de una patada se llevó el pobre de tu padre.

—Yo es que no tengo con quién pagarlo por las noches, pero también me liaría a patadas con Conrad si fuera el caso. Y así me pagaría unas cuantas —le sonreí con malicia.

—Cariño, sé de sobra que como mujer no lo puedes perdonar, pero reconoce que como padre va a ser formidable, lo está demostrando ya. Y la fiesta que preparó fue de película. Lo mejor para la niña es que os llevéis bien, tendréis muchas cosas de las que hablar y lo normal es que acerquéis posturas. Acepta comer con él, ponte guapa y pasa un buen rato, que te lo mereces.

—Sí, guapísima me voy a poner, mamá. Como no se lo pida a la Virgen de Lourdes, si es que tengo hinchada hasta la cara. Mira las manos, tengo salchichas por dedos —resoplé.

—Esa ya es una apreciación tuya. Cariño, de veras que estás preciosa. Es normal que te sientas más pesada, pero hasta ahí. Eso nos ha pasado a todas.

Me convenció y contesté al mensaje de Conrad con un escueto “Vale, recógeme a las dos”.

Me imaginé que le gustaría mi respuesta y también estaba contenta, porque él estaba haciendo todo lo posible

porque me sintiera bien, todo lo que estuviera en su mano. Que le perdonara como mujer no estaba en su mano, pero todo lo que sí estaba lo ponía en marcha, y más.

En fin, que un cuarto de hora antes de las dos ya lo tenía en la puerta. Mi madre le vio por la ventana y me lo comentó sonriente.

—Ya lo tienes ahí, hija.

—Pues todavía no son las dos y lista no estoy, así que, que se espere.

—No seas mala, Martina.

—¿Tengo que recordarte por todo lo que me hizo pasar? ¿Eres mi madre o la suya?

—Alguien está muy susceptible, me parece a mí —me sonrió con paciencia.

Me había puesto un vestido holgado, de punto, en color malva, que era monísimo. Normal, me lo regaló Valentina y todo aquello en lo que se fijaba era ideal.

Llevaba un maquillaje suave, con un *gloss* labial en tono rosa que me daba vida a la cara.

—Digas lo que digas, estás preciosa, Martina. Desprendes luminosidad en el rostro —me comentó mi madre.

—Gracias, mamá. Son ya las dos en punto, porque antes no le daría el gusto de salir.

—No seas bichillo, anda, que me está dando hasta pena de él.

Salí y estaba fuera del coche. En cuanto me vio, se vino hacia mí y su sonrisa también desprendía luminosidad y, sobre todo, alegría.

—Te veo genial, Martina —me comentó tras darme un par de calurosos besos en las mejillas.

Incluso como que tomó mis manos y me miró fijamente por unos segundos tras los cuales negó con la cabeza, con una risilla que me indicaba lo contento que estaba.

—Pues vale…

—Entre usted, señorita —me invitó a sentarme en el asiento del copiloto mientras sostenía la puerta.

A continuación, se montó y comenzó a conducir. Más que hablar, me miraba, sonriéndome de medio lado, mientras que no se me pasó por alto que sonaban temas musicales de mis preferidos. Sin duda, cuidadosamente

seleccionados por él.

Llegamos a una zona de la isla desde donde se tenían las más bonitas vistas, en un rincón de la playa perteneciente al mejor de los restaurantes, que estaba preparado para nosotros dos, a salvo de turistas y de miradas de curiosos.

—Qué bonito —le comenté al ver la mesa lujosamente puesta. No se me ocurría un mejor lugar para comer, aparte de que la temperatura era perfecta. Un par de camareros estaban allí para servirnos y para hacernos disfruta de un almuerzo idílico.

—Me alegro mucho de que te guste. De momento, nos van a ir sirviendo unos entrantes en plan informal —me comentó mientras me invitaba a acercarnos al mar, que lucía como un plato de calmado.

Fui caminando hasta allí con él.

—¿Puedo? —me preguntó cuando me paré en la orilla y asentí. Lo que pretendía era hablarle al bebé, para lo que se arrodilló y me puso las manos sobre la barriga—. Tierra llamando a Julia—empezó en plan cómico y me hizo sonreír—. Hija mía, tú no has tenido demasiadas ocasiones de escucharme todavía porque he sido bastante gilipollas y me he perdido tus primeros meses. Lo que puedo prometerte es que no me perderé nunca, jamás, nada más de tu crecimiento porque haré todo lo posible por ser digno de poder compartirlo con tu madre. Ella ya lo sabe, pero ahora que no nos escucha, quiero decirte que has tenido mucha suerte con la mamá que te ha tocado. Tu mamá es maravillosa, esa es la única palabra que puede definirla en toda su extensión y estar en vuestra compañía es el mejor premio que puedo recibir en el día de hoy. Por eso, me siento dichoso, y también porque sé que muy pronto vas a salir, que vas a descubrir un mundo que es fantástico y que tu mamá se va a aliviar, porque estos últimos días de embarazo ya se le están haciendo un poquito cuesta arriba. Ayúdala no tardando demasiado en nacer, ¿vale? Hazle caso a tu padre, que se equivoca en muchas cosas, pero no en todas —le pidió con voz emocionada.

Cuando se levantó tenía los ojos vidriosos. Yo tuve que mirar para otro lado porque las lágrimas son tan contagiosas como los bostezos y no quería dejarme llevar por un momento así de emotivo.

—Bueno, hombre, tampoco le metas mucha prisa, no sea que le dé por salir ahora y no me deje ni disfrutar del almuerzo. ¿Eso que hay en las bandejas es pescado? Porque huele que alimenta y eso que estamos a metros de distancia.

—Lubina a la sal, que sé que te encanta, me lo ha dicho un pajarito.

—Ya, un pajarito llamado Noelia —suspiré volteando los ojos, la que decía que no estaba compinchada, vamos —. A mi madre le sale de vicio.

—Pues espero que este también sea de tu gusto, ¿nos sentamos y vamos tomando los entrantes?

Tomamos asiento, después de que me sujetara la silla, y me encontré con un sobre al lado de mi plato que me intrigó.

—¿Esto es para mí? Si ya has dicho unas palabras muy bonitas, ¿es que al final quieres que llore como una Magdalena? A mí no me dejes por escrito nada más, ¿me oyes?

—No, no es eso. Además, que todo se lo he dicho a la niña —me guiñó un ojo.

—Vale, vale, ¿y qué es esto entonces?

—Ábrelo, espero que te guste.

Lo hice y se trataba de un par de invitaciones para un circuito de spa que incluía un relajante masaje.

—Qué maravilla, me encanta, pero oye, ¿no te parece que tú y yo ya estamos compartiendo demasiadas cosas? No quiero que te confundas.

—No, eso es para que lo disfrutes con quien tú elijas.

—Pues entonces iré con Valentina, porque le flipan estas cosas.

—Me parece perfecto.

—Vale, pero para ponerme bocabajo en una camilla a que me masajeen no estoy, que me siento a punto de explotar, iba a parecer yo una morsa al sol —suspiré, y lo vi aguantándose la risilla.

—No, el masaje puede ser también de piernas, por ejemplo.

—De piernas, de piernas, que me pesan una barbaridad cada una. Los tobillos casi los he perdido.

—Que no, bonita, que eso no es así.

—Porque tú lo digas. Si los tengo como metidos hacia dentro, qué pasada —me los miraba.

—Pues yo te veo perfecta.

—Eso es porque no estás dentro de mí. Calla, calla, que no he querido insinuar nada borde. Ya me has entendido.

—Que sí, que no puedo sentir lo que tú. Ojalá pudiera.

—Sí, sí, eso lo dices porque no te puedes cambiar por mí, que al parto seguro que no te apuntabas.

—Sé que no me crees, pero te garantizo que lo haría con los ojos cerrados, sin pensarlo un momento.

—Pues anda que estarías bonito pariendo.

—Tú sí que estás bonita.

—Menos hacerme la rosca, que tú y yo solo somos padres de una niña muy linda que va a nacer.

—Con tal de que se parezca a su madre, será la más linda del mundo.

—El padre tampoco está mal —le dije como sin darle importancia, sin sostenerle la mirada.

—O sea, que no te importaría que se pareciera un poquito a mí, ¿no es así?

—Pero solo un poquito —junté los dedos para dar veracidad a mis palabras—, tampoco flipes mucho, ¿eh?

Los entrantes eran exquisitos y la lubina a la sal estaba para hacerle un monumento. Me sentía muy llena, pero aún había alguna que otra sorpresa más.

—Es que voy a salir rodando, te lo prometo —le comenté cuando me sugirió tomar postre.

—Algún hueco habrás dejado para él, piénsalo.

—Piénsalo tú, ¿crees que aquí dentro hay hueco para algo más? ¡Si me has rellenado como un pavo! —exclamé causándole una carcajada.

—Es que aquí sirven una tarta de queso con frutos rojos que no puedes perderte.

—Ay, madre, con lo que me gusta esa tarta. Eres un liante. Venga, una porción para compartir.

—¿De veras la vas a compartir conmigo?

—¿Tanto te extraña? ¿No voy a compartir a la niña? Creo que no hay comparación.

—No la hay, no. Nuestra Julia será el bizcochito más apetecible.

—Seguro que sí. Ya hay una fila de gente que se la quiere comer. Valentina la primera. Espero que no salga al padre y, con el tiempo, me arrepienta de no habérmela comido.

—El padre te va a demostrar que, en el fondo, no es tan mala gente.

—Si pensara que eres mala gente, no estaría sentada ahora mismo aquí contigo.

Al poco llegó la tarta y me encantó el detalle de que con el sirope de fresa que la acompañó, el chef de aquel lujoso restaurante escribió el nombre de Julia. Todo un detalle que me emocionó mucho y que llamó nuevamente a mis lagrimillas porque la sensibilidad me salía por cada poro de la piel.

—Julia, nuestra Julia. Apenas puedo esperar para verle la carita.

—Ya no falta nada, Martina, un pasito más…

—Ya*, "un pasito más, que sí se puede… "*—le canturreé por Manuel Carrasco y él me siguió el rollo con las palmas.

—Seguro que sí. Ya hay una fila de gente que se la quiere comer. Valentina la primera. Espero que no salga al padre y, con el tiempo, me arrepienta de no habérmela comido.

—El padre te va a demostrar que, en el fondo, no es tan mala gente.

—Si pensara que eres mala gente, no estaría sentada ahora mismo aquí contigo.

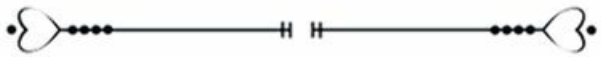
Al poco llegó la tarta y me encantó el detalle de que con el sirope de fresa que la acompañó, el chef de aquel lujoso restaurante escribió el nombre de Julia. Todo un detalle que me emocionó mucho y que llamó nuevamente a mis lagrimillas porque la sensibilidad me salía por cada poro de la piel.

—Julia, nuestra Julia. Apenas puedo esperar para verle la carita.

—Ya no falta nada, Martina, un pasito más…

—Ya*, "un pasito más, que sí se puede… "*—le canturreé por Manuel Carrasco y él me siguió el rollo con las palmas.

Capítulo 26



Martina

A lo justo fui a los dos días al circuito de spa con Valentina porque no sabía que esa misma noche me pondría de parto.

Habíamos pasado una tarde súper a gusto, las dos de lo más relajadas, como dos reinas haciendo todo el circuito. Y es que nos llevamos la sorpresa de que cerraron el spa para nosotras, algo que ni sospechábamos.

Desde luego que Conrad pensó en todo para que me sintiera de lo más mimada en aquellos días ante un parto de lo más inminente.

—Se lo ha currado, menuda experiencia —decía ella extasiada cuando me dejó en casa.

—Sobre todo la tuya —le comenté con una risilla suelta.

—¿De qué me hablas, niña?

—De ese empeño tuyo de que el masaje nos lo dieran por separado, que no me chupo el dedo.

—Pues claro, no quería molestarte, que estás a punto de dar a luz y creí que lo mejor era dejarte a solas con tu masajista.

—Que curiosamente era una chica. Y a ti te faltó tiempo para sacar de allí al tuyo, que era mulato y más ancho que nosotras dos juntas. Qué pedazo de tío, ¿vas a seguir haciéndote la tonta?

—Vale, niña, me lo he tirado, sí. ¿No te dijo Conrad que el masaje se podía elegir en cualquier parte del cuerpo Pues adivina en cuál se lo pedí. Supe que ese entendía en cuanto lo vi.

—Tú sí que entiendes, Valentina, entiendes la vida como nadie.

—Pues sí, además, que si no te dije nada fue por no darte envidia, como ahora no pillas cacho… —dejó caer

como si nada.

—Ni falta que me hace, tonta. Me alegro por ti.

—Y yo también, ha sido lo más relajante de todo el circuito.

—¿Relajante? Verás… Se me han metido tus gritos aquí. ¡Anda que no has chillado nada!

—Y él, y él… Bueno, ahora te dejo en tu casa y me voy a la mía, que estoy reventada. Esta noche voy a dormir a pierna suelta. Chao*, amore*, te deseo que descanses también —se despidió.

Aún me reía por la noche en la cama, porque la que había liado la jodida en el spa fue tremenda. Menos mal qu al menos lo desalojaron para nosotras, porque si no pone allí palote al personal al completo con sus gritos.

El caso es que me dormí pronto, porque el masajito de piernas me había venido fenomenal. A media noche noté una sensación rara y luego como un chapoteo.

Me salió una curvita de la felicidad en el rostro, una sonrisa mientras movía mis brazos pensando que estaba nuevamente en el spa, rodeada de agüita, cuando un dolor punzante, que parecía habérmelo producido directamente el Demonio clavándome su tridente en la parte baja del abdomen, me hizo despertarme.

Horrorizada, comprobé que estaba en mi cama y que esa sensación acuosa no era tal, sino real. ¡Había roto aguas!

—¡¡¡Mamá!!! ¡¡¡Papá!!! —comencé a chillar como una posesa y ambos acudieron corriendo.

—¿Qué pasa, hija?

—¡¡¡Que viene!!! ¡¡¡Que viene!!!

—¿Quién viene, Martina? Ay, la niña, Rubén… Que está teniendo una pesadilla como cuando era pequeñita, ¿t acuerdas? Que lloraba diciendo que venía a por ella el hombre del saco —mi madre tenía las manos en la boca, asustada perdida.

—¡¡Que viene vuestra nieta!! —me salió una voz tan ronca y endemoniada que parecía la mismísima niña del Exorcista.

—¡¡Ay, Rubén!! ¡¡Que la niña está de parto!! —chilló, y hasta mi pobre padre cerró los ojos y se encogió por el chillido que había dado su mujer.

—Menos mal, menos mal que lo captáis… Mamá, que he sentido una contracción y casi me desmayo, ¿esto va

a ir a más?

—No, cariño, ya verás que todo esto pasa en un suspiro.

—Pero dime la verdad, ¿eh? No me engañes.

—Que no, que no… Que el cuerpo es muy sabio y está diseñado para parir. Tú tranquila, que enseguida se acostumbra.

—Papá, no te vayas. Mírame, que tú no sabes mentirme. ¿Me está diciendo la verdad?

—Hija, es que tengo que ir a por el coche.

—O sea, que me la está colando.

Lo pude comprobar por mí misma cuando llegó la siguiente. Eso no era un dolorcito como el que algunas veces había escuchado decir, aquello era lo más parecido a que me fueran a partir en dos, que me sentí en ese momento como la chiquilla de la peli esa de los vampiros, que a mí solo me faltó contorsionarme como lo hacía esa pobre. ¡Qué dolor!

—Mamá, ¡¡qué esta duele más que la otra!! —le agarré la mano con fuerza desmedida en el asiento trasero del coche, en el que se sentó conmigo camino de la clínica.

—Un poquito de paciencia, mi amor…

—¿Cuánta paciencia? ¿Yo cuánto tardé en salir?

Al ver que mi padre miraba hacia otro lado, comprendí que era mejor que no preguntase.

—Mira, Martina, ya estamos llegando, veo las luces de urgencias —me salió ella por la vía de Tarifa.

—Pues yo veo toditas las del firmamento. ¿Habéis llamado a Conrad?

—Sí, ya viene de camino también.

—Ok, porque este marrón no me lo como sola. Él ha sido colaborador necesario, como dicen los abogados, así que tiene que venir a apechugar, aunque sea papá quien entre en quirófano, como hablamos hace meses.

Un silbido por parte de mi padre me dejó más mosqueada que un pavo en Nochebuena.

—Que sí, que sí, que Conrad ya viene. Y dijo que se encargaría de avisar a Julia y Ángel.

—Muy bien. Y a Valentina, ¿la habéis avisado? Porque si viene Conrad y ella no, cuando se entere aparece montada en un tanque y nos declara la guerra.

—Pues hija, la hemos estado llamando y debe estar muy cansada, no se entera. Eso será que ha vuelto muy relajada del spa.

—Sí, sí… Y tanto.

—¿Por qué lo dices? ¿Ha pasado algo allí?

—Me voy a cerrar una cremallerita en los labios mejor. Y otra en los de abajo, por cierto, que a mí esto no me vuelve a pasar.

—Eso lo dices ahora, mi vida, pero ya verás que igual, acabas repitiendo la experiencia —dijo ella con esa voz de madre amorosa.

—¿Y tú por qué no la repetiste, si tan bonita es? —grité mientas hacía las respiraciones.

—Porque a nosotros la vida solo nos dio una hija, y mira que yo intenté dar en la diana con todo mi empeño —contestó mi padre, con una leve risita antes de que llegáramos a urgencias.

Nos bajamos y ya nos esperaba Conrad allí. Lo conocía bien y, aunque trataba de disimular, estaba atacado de los nervios.

—Por fin llegáis… ¿Cómo estás?

—Muerta a chorros, mira, si hasta traigo los pelos pegados, qué bochorno. Y tú, ¿has venido en un avión? Lo que tiene manejar pasta.

—No, bonita. He venido en mi coche, aunque no descarto que me caigan unas cuantas multas por exceso de velocidad.

—¡¡¡Ay, no!!! —chillé en ese momento.

—Que no pasa nada, que las pago y punto. Todo fuera eso, Martina.

—Que no, ¡¡otra contracción!! —chillé desesperada.

—Pobre, ven…

Sin pensarlo dos veces, me cogió en brazos y así me llevó hasta la recepción.

—Mi padre ha llamado a Don Tomás, entérate de si ha llegado ya —le pregunté porque ellos venían detrás y él corría hacia la recepción.

—Viene de camino —nos confirmó la chica—. Una matrona se irá encargando de todo mientras.

Efectivamente, me llevaron a monitorizar y la matrona me exploró.

—¿Cuándo dices que te has puerto de parto? —me preguntó extrañada.

—Hace nada, el tiempo de coger el coche y venir hacia acá. ¿Por qué?

—Porque vas a tener mucha suerte, Martina, has dilatado ya tres centímetros. Un poco más y te podremos ir administrando la epidural.

—¿Un poco más? Mira bien, que seguro que ya está.

—Qué va, pero tienes suerte, te repito… Otras primerizas tardan horas en dilatar lo que tú has tardado minutos.

—¿Lo has oído, Martina? ¡¡Qué bien!! —exclamó él y mis padres también le dieron la razón.

—Muy contentos os veo a todos. Bien se nota que me duele a mí, ¡¡y cómo!! —Me eché a llorar porque me venía otra contracción y era notar que se avecinaba y temblar entera.

Llegaron también Ángel y Julia, muy nerviosos y emocionados. Ellos entendían de eso, aparte de que fui a dar a luz a la misma clínica en la que ellos trabajaban y, por tanto, como que se supone que nos tratarían súper bien. Pero solo podía pensar en que me dolía, me dolía tanto que los ojos se me llenaban de lágrimas y lo veía todo borroso.

Conrad tampoco lo estaba pasando bien. No se movía de mi lado y me cogía de la mano. Se lo agradecía, aunque no podía aliviarme el dolor físico, al menos sentía su apoyo en todo momento.

—Papá, ¿has localizado ya a Valentina?

—Estoy en ello, hija, pero esta chica parece haber caído en coma, qué barbaridad.

—Es que habéis estado en el spa esta tarde, ¿no? —me preguntó Conrad.

—Sí y se ve que cada una se ha relajado a su manera. A la peque la ha impulsado a salir, es la única que se ha activado.

—Y va a salir enseguida.

—Júralo —le pedí mientras él me limpiaba el sudor que empapaba mi frente.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Don Tomás entrando por la puerta.

—Fatal, esto duele mucho….

—¡¡Pero si me han dicho que va fenomenal, muchacha!!

—Pues habrá sido Pinocho, porque no, va fatal y solo quiero llorar, Don Tomás.

—Eso es de felicidad, la emoción…

—¡¡Qué no!! ¿Es que no me cree?

—Sí te creo, pero estás siendo una campeona.

—Pero es que yo no quiero ninguna medalla, ¡¡solo qué me la saque!!

—Eso depende de tu niña, pero parece que sabe nacer muy bien. Descuida, que ya mismo la tienes berreando y en el mundo, ya lo verás.

—Y va a salir enseguida.

—Júralo —le pedí mientras él me limpiaba el sudor que empapaba mi frente.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Don Tomás entrando por la puerta.

—Fatal, esto duele mucho….

—¡¡Pero si me han dicho que va fenomenal, muchacha!!

—Pues habrá sido Pinocho, porque no, va fatal y solo quiero llorar, Don Tomás.

—Eso es de felicidad, la emoción…

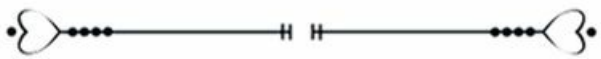
—¡¡Qué no!! ¿Es que no me cree?

—Sí te creo, pero estás siendo una campeona.

—Pero es que yo no quiero ninguna medalla, ¡¡solo qué me la saque!!

—Eso depende de tu niña, pero parece que sabe nacer muy bien. Descuida, que ya mismo la tienes berreando y en el mundo, ya lo verás.

Capítulo 27



Conrad

Tenían razón en que el parto iba rápido. Nos habían trasladado ya al paritorio donde estábamos ella, el equipo médico y yo. Y le habían administrado la epidural, por lo que se suponía que debía estar más tranquila.

De los nervios estaba yo y me mostraba de lo más estoico delante de todos, pero principalmente de ella, para que no notara nada en mí que la hiciera sentir a ella peor. Como le dije, si pudiera me cambiara por ella para senti esos dolores que estaba padeciendo mi chica.

Entré con Martina porque cuando Don Tomás indicó que había llegado el momento, miró a su padre y este le dijo que ese lugar me correspondía a mí, que lo sentía.

—Hay algo raro, me sigue doliendo —le comentó al ginecólogo.

—Pero mucho menos, ¿verdad? —le preguntó él extrañado.

Justo en ese instante escuchamos unos gritos procedentes del pasillo.

—¡¡Dejadme entrar!! Conrad, ¡¡esta me la pagas!! ¡¡Que yo soy la segunda madre de Julia!! ¡¡Y la que ha estado ahí todo el tiempo!! ¡¡Traidor!! —chillaba con todas sus fuerzas, y no dio golpes en las puertas yo creo que porque los padres de Martina la estaban frenando.

—¿Qué es eso? —preguntó Don Tomás.

—Es un huracán, el huracán Valentina.

—Pues ahora mandaré que se lleven a esa loca de ahí.

—La lleva clara —le contestó ella—. Don Tomás, ¿por qué me sigue doliendo muchísimo? No noto alivio. De verdad que he ingresado con mucho miedo y que el dolor lo tolero muy mal, pero le prometo que esto sigue doliendo igual y no debería ser así, ¿a qué no?

—Doctor, ¿por qué no le hace efecto? —quise saber, porque si ella decía que le dolía, no era ninguna broma.

—Ay, Martina, tu parto va rápido, esa es la parte buena…

—¿Y la mala?

—Que hay un pequeño porcentaje de mujeres, muy, muy bajito, que no reaccionan a la epidural.

—¿Y voy a parir entre terribles sufrimientos, a lo Antonio Recio? —le salió.

—Pero eso no puede ser, tiene que calmarla. Está sufriendo mucho.

—Conrad, ojalá pudiera, pero es su naturaleza la que manda y se ve que Martina no reacciona a la anestesia. De todos modos, será rápido.

—¿Qué entiende usted por rápido? No, por favor —murmuró ella y el alma se me partió en mil pedazos.

—No te voy a dejar en ningún momento, te lo prometo. En ningún momento —le besé la mano.

—Por favor, por favor, Conrad… Haz que esto vaya más rápido —lloró.

—Ojalá pudiera, de verdad, ojalá pudiera.

Oímos cómo sacaban a Valentina del pasillo a la fuerza.

—¡¡Qué me dejéis, cabrones!! —chillaba—. ¡Que soy la otra madre!! ¡¡Os pienso denunciar a todos!!

—Ella también está sufriendo, te quiere mucho —le comenté.

—Sí, sí, aquí todo el mundo está sufriendo mucho, pero el dolor lo tengo yo y no me lo quita ni la epidural, ¿se puede tener peor suerte? —lloró y a mí me estaba matando verla así.

—Claro que se puede. La tuya es la mejor, porque en nada vas a tener en tus brazos a nuestra niñita.

—Define nada, que de verdad que no puedo más —suspiró hondo.

Comenzaron a pasar unos interminables minutos, transcurridos los cuales el rostro de Don Tomás se enrareció.

—¿Pasa algo? Dígame por lo que más quiera que la niña está bien —le preguntó ella—. Que yo me quejo

mucho, pero aguantaré lo que sea, de verdad. ¿Está bien?

—Sí, sí, Martina, tu niña está bien. El problema no es ese, el problema es que has seguido dilatando, pero hasta un cierto punto. Y el proceso de parto se ha parado de pronto.

—¿Parado? ¿Qué quiere decir eso, doctor? —le pregunté asustadísimo.

—También pasa en un cierto porcentaje, este algo mayor… Veréis, un parto puede ir sobre ruedas y pararse de golpe.

—¿Y ahora qué? —le preguntó aterrorizada.

—Martina, lo más seguro para ti y para la niña, puestas las cosas así, es que te practique una cesárea.

—¿Una cesárea? Pero si todo iba muy bien.

—Es lo más seguro, de verdad.

—¿Y Conrad podrá estar presente? No quiero que se marche.

—Sí, podrá, lo que sucede es que en tu caso…

—A ella la epidural no le hace efecto, Don Tomás.

—Exacto, a eso me refiero —asintió.

—Pero no me puede abrir a lo bruto, entonces sí que me muero, fijo —le aseguró hiperventilando.

—Claro que no. Martina, no voy a tener más remedio que dormirte para que tu hija nazca. Voy llamando a la anestesista.

Se quedó muy de bajón.

—Díselo a todos, Conrad. No quiero que vean entrar a más gente y se preocupen pensando que la cosa está aún peor —me miró llorando a lágrima viva—. Pero no tardes en volver.

—Claro que no… ¿Lloras porque te duele o porque te dejará marca?

—Lloro porque me voy a perder su nacimiento. Grábalo por si un día reúno el valor para verlo, ¿vale?

—Te lo prometo.

Estaba de bajón porque, aunque todo era susceptible de empeorar, el parto se había complicado un poco. Y me preocupaba mucho, aparte de que su tristeza se me clavaba en el corazón como un dardo.

Salí a la sala de espera para informarles y Valentina se me tiró encima.

—¡¡Cobarde!! ¡¡Bien me la has jugado!! ¡¡Ahora mismo entro a conocer a mi niña y tú te quedas aquí!! —saltó sobre mí y casi me tira de espaldas.

—Valentina, baja de ahí por favor, que Julia aún no ha nacido.

—¿Qué pasa, hijo?

—Papá, la epidural no le hace efecto y el parto se ha detenido, para colmo. Van a tener que dormirla y practicarle una cesárea.

—Vaya por Dios —Noelia comenzó a llorar y mi madre se abrazó a ella, consolándola.

—Noelia, pasa en algunos casos. No habrá problema por eso, de verdad —le decía.

Pese a que debía ser así, se respiraba un ambiente de tensa calma. Entonces, me volví para regresar al paritorio y vi a Valentina corriendo hacia allí como una gacela.

—¡¡Qué no puedes pasar!!

—¡¡Y una mierda no puedo pasar!! ¡¡La has cagado, chaval!!

Corrí tras ella y lo único que logré fue que me diera con la puerta en la frente, ya que era de esas de vaivén y soltó una de sus hojas con todas sus ganas. Hasta me mareé del golpe. Aturdido, entré.

—Perdónela, Don Tomás, porque no sabe lo que hace.

—¿Qué dices? ¿Te crees Jesucristo tú ahora? Cuéntale, cuéntale las veces que le has hecho la puñeta a Martina.

—Valentina, que no puedes estar aquí, que me van a dormir y me duele mucho. Tienes que salir, por favor —le pidió ella muy dolorida.

—Porque me lo pides tú, pero te voy a dar un besito. Y tú, Julia, ya puedes ir saliendo, ¿qué es eso de hacerte la remolona?

—Tienes que salir de inmediato —le exigió Don Tomás.

—Ya me voy, joder, qué carácter…

Salió y, al pasar por mi lado, casi me muerde. No lo hacía Martina y estuvo a punto de hacerlo ella. En fin.

—¿Estás bien? —le pregunté cogiéndole la mano.

—Estoy acojonada, la muy loquilla me ha dado un susto de muerte. Don Tomás, me noto más acelerado el corazón, ¿puede ser?

—¿Por el susto? Claro, el mío también. Creí que estaba loca.

—Y lo está, y lo está.

—Pero espera un momento, hay veces que…

—¿Pasa algo?

—Pasa que del susto parece que no solo se te ha activado el corazón. Vuelves a dilatar

y —¿De verdad?

—Pues claro, Martina.

—Conrad, ¿lo has escuchado? Que voy a parir entre terribles sufrimientos, pero que ya no me van a dormir. La veré nacer, con eso me conformo.

Siempre fue noble, noble hasta no poder más. Y lo demostró de sobra en una noche en que las pasó canutas, pero demostró la pasta de la que estaba hecha. Eso solo fue el reflejo de la impresionante madre en la que se convertiría.

No resultó fácil en absoluto, pues fue muy duro, pero nuestra Julia terminó naciendo a través de un parto natura que la llevó directa al pecho de su madre, después de que yo mismo tuviera la maravillosa oportunidad de cortar e cordón umbilical.

—Ya la tienes aquí, ya la tienes aquí —le decía mientras ella me escuchaba y miraba a nuestra preciosa bebecit con los ojos empañados por las lágrimas, igual que los míos.

—Conrad, lo hemos hecho…

—No, lo has hecho tú.

—No, lo hemos hecho entre los dos. Formamos el mejor equipo del mundo, como padres —matizó.

—El mejor equipo del mundo —repetí entre emocionados murmullos.

Un rato después ya estábamos en la habitación donde ambas permanecerían durante un par de días antes de recibir el alta hospitalaria. No hace falta decir la ilusión que se reflejaba también en el rostro de los orgullosos abuelos y en el de Valentina, quien estaba loca con la niña, a la que le dedicaba las más tiernas de las palabras. No como a mí, a quien llamó “capullo insensible” tras recordarme que gracias a ella el parto volvió a reanudarse.

Fueron unas horas indescriptibles tras las que aún me faltaba una inesperada sorpresa que recibir.

—Conrad, Noelia y yo hemos pensado que no querrás perderte ningún detalle de estos primeros días de tu hija. En casa contamos con un dormitorio de invitados que nos queda libre y en el que puedes instalarte, si así lo desea —me propuso Rubén.

—¡Sí, sí, sí! —le contesté sin pensarlo un solo segundo y abrazándolo.

Martina me miraba desde la cama, sonriendo y negando con la cabeza, mientras veía cómo a la niña se la iban pasando de unos brazos a otros.

—¿A quién crees que se parece, Julia? —le preguntaba Noelia a mi madre.

—Pues yo creo que está mezclada, tiene cosas de ambos.

—Sí, sí, de Martina ha sacado los ojos verdes, pero a mí se parece también, eso es verdad —afirmó Valentina arrancando nuestras carcajadas.

l
l

a

—No, lo has hecho tú.

—No, lo hemos hecho entre los dos. Formamos el mejor equipo del mundo, como padres —matizó.

—El mejor equipo del mundo —repetí entre emocionados murmullos.

Un rato después ya estábamos en la habitación donde ambas permanecerían durante un par de días antes de recibir el alta hospitalaria. No hace falta decir la ilusión que se reflejaba también en el rostro de los orgullosos abuelos y en el de Valentina, quien estaba loca con la niña, a la que le dedicaba las más tiernas de las palabras. No como a mí, a quien llamó "capullo insensible" tras recordarme que gracias a ella el parto volvió a reanudarse.

Fueron unas horas indescriptibles tras las que aún me faltaba una inesperada sorpresa que recibir.

—Conrad, Noelia y yo hemos pensado que no querrás perderte ningún detalle de estos primeros días de tu hija. En casa contamos con un dormitorio de invitados que nos queda libre y en el que puedes instalarte, si así lo deseas —me propuso Rubén.

—¡Sí, sí, sí! —le contesté sin pensarlo un solo segundo y abrazándolo.

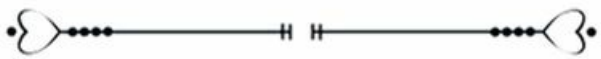
Martina me miraba desde la cama, sonriendo y negando con la cabeza, mientras veía cómo a la niña se la iban pasando de unos brazos a otros.

—¿A quién crees que se parece, Julia? —le preguntaba Noelia a mi madre.

—Pues yo creo que está mezclada, tiene cosas de ambos.

—Sí, sí, de Martina ha sacado los ojos verdes, pero a mí se parece también, eso es verdad —afirmó Valentina arrancando nuestras carcajadas.

Capítulo 28



Conrad

Llevaba a mi bebé en brazos cuando salimos del hospital y tal y como nos habían advertido, había muchos medios de comunicación en la puerta para captar las primeras imágenes y sacarnos las primeras palabras.

No posé porque yo no me veía personaje público ni iba a exponer a mi hija, solo nos limitamos a sonreír y dar las gracias.

Martina se montó en el coche de sus padres con la bebé, ya que yo tenía el mío y además debía pasar por mi casa para coger ropa. Me sentía pletórico de poder estar junto a ellas durante unos días.

Tenía que recuperarla, no sabía cómo lo iba a hacer, pero tenía que unirnos en familia y hacerlas todo lo feliz que se merecían. Las amaba con todo mi ser.

Había hablado con cocina del club para que me prepararan varios recipientes con comida de la que habían hecho para hoy. Los recogí mientras recibía muchas felicitaciones por la paternidad y me marché precipitadamente. Tenía muchas ganas de estar con ellas.

El día anterior habían estado visitándonos en la clínica los chicos con Maica y Lara, motivo por el que ahora me estaban mandando las fotos que me habían hecho con mi hija en brazos sin avisar, pero yo vi que nos capturaron a los tres en muchos momentos que ahora podía comprobar que eran un tesoro para guardar como el mejor de los recuerdos.

Llegué a casa de Martina y saqué todo del coche cuando el padre salió a ayudarme.

—Gracias —sonreí.

—¿Te has traído la cocina del Club? —preguntó viendo las tres bolsas de papel con cacharros de comida.

—Por lo menos en dos días no vamos a tener que cocinar —dije causando que riera negando.

Entramos a la casa y Martina estaba con su madre en el salón junto a la pequeña, que estaba en la mecedora que le habían regalado Ethan y Gonzalo, que prácticamente era de cómoda como el Moisés.

—Este hombre trajo comida para un regimiento durante un mes —dijo levantando las bolsas del Club.

—Conrad, hijo, que también podríamos haber pedido a la calle.

—Qué valor comparar su comida con la de un restaurantito de por aquí —bromeó Martina causándonos una risa. Me encantaba cuando se ponía con esa sorna que le salía bajo esa timidez que nunca se le terminaba de ir.

Me acerqué a la pequeña que dormía plácidamente y me puse de cuclillas para darle un beso en la frente. Era un ángel de esos que te podías quedar horas mirando embelesado.

—Hola, mi chiquitina, ¿me has echado de menos? —murmuré y escuché las risillas de los tres.

—Lo que os he dicho, este hombre ha sucumbido a los encantos de su princesita —dijo Rubén.

—¿Y quién no, si es para comérsela? —añadió Noelia.

Ayudé a su padre a preparar la mesa y nos sentamos a comer después de que Martina le diera el pecho a mi hija. Apenas se quejaba un poco para pedir la comida, pero era una niña que apenas lloraba ni molestaba. Nos había tocado la lotería.

Nos pasamos la tarde en el salón juntos, los padres iban y venía e incluso salieron a comprar un rato. Buscaba más complicidad en Martina, pero había momentos en que notaba que ella ponía esa barrera.

Por la noche ella se fue a su habitación con la niña y yo a la de invitados. Noté un vacío tremendo al no poder estar a su lado en esos momentos, aunque sí es cierto que aparecí por la habitación a mitad de la noche cuando escuché a la pequeña quejarse y ella le dio el pecho.

—No quería asustarte —dije en voz baja cuando ella me vio y noté que había dado un leve brinco.

—Tranquilo, es que aún no me he hecho a la idea de que esté aquí —sonrió—. ¿Te ha despertado esta diablilla?

—Digamos que, ahora se me ha agudizado el oído —sonreí acercándome y le acaricié la cabecita, procurando no incomodar a Martina pues tenía el pecho prácticamente descubierto.

—A mí también, mi madre dice que es lo que pasa en estos casos.

No me quería ir, y no pude, así que cuando ella acabó de darle el pecho me la entregó para que la durmiera. Y mi niña debía estar la mar de cómoda allí en mis brazos, porque cayó enseguida en un profundo sueño. Le di en

beso en la frente y la metí en su cuna, momento en el que Martina y yo nos dimos las buenas noches.

A la mañana siguiente sus padres se fueron a trabajar y nos quedamos a solas. Momento que intenté entrarle con el tema que tanto me mortificaba.

Estábamos desayunando los dos en el salón con la bebé en la mecedora cuando ella la miraba sonriendo…

—¿No crees que nos deberíamos de dar una oportunidad? —pregunté a sabiendas que podía escuchar algo que me causara más dolor que el que ya estaba sintiendo por no poder estar con ellas como una familia.

—Conrad —me miró y vi tristeza en sus ojos. Se hizo un silencio—. Yo no te voy a mentir en nada, nunca lo hice.

—Lo sé —tragué saliva al intuir que mis esperanzas iban a terminar de desvanecerse por completo.

—Decir que no te amo sería no solo mentirte a ti, sino hacerlo conmigo misma, pero yo no puedo estar a tu lado en otra forma que no sea como la madre de tu hija. No puedo decir que he olvidado lo que pasó y mucho menos pasar por alto que mientras yo estaba en el momento que más miedo me daba de mi vida tú lo pasaras con una y con otra.

—Me arrepentiré el resto de mi vida.

—Claro que me muero por volver a estar contigo como lo estábamos antes, pero sé que siempre estará en mi mente todo lo que pasé y eso no va a ser vida. Estoy convencida que ese dolor se calmará, pero no pasará y no quiero vivir un amor agridulce ni lleno de cosas que me hacen sentir mal. No me merezco eso —se le pusieron los ojos brillosos y la voz entrecorta.

—Ojalá un día me perdones.

—Dicen que quien no olvida es que no ha perdonado, pero no es así. Yo he perdonado todo porque te valoro como estos meses atrás no podía hacerlo, pero no se me olvida y siempre tengo esas imágenes en mi cabeza y palabras que se me clavaron como puñales. Ojalá pudiera arrancar todo eso de mi corazón y vivir una vida en familia junto a vosotros, ojalá pudiera hacer eso por mi hija, pero sería hacerme daño a mí misma y mostrarle una felicidad que no existe.

—Lo vendería todo y me iría contigo a ser feliz. Los tres. Haría lo que me pidieras.

—Ni, aunque nos fuéramos al fin del mundo no se iba a borrar lo que siento. Yo no sé qué me pasará a lo largo de mi vida, pero siento decirte que lo tengo tan claro como cuando me vine de Escocia, y es que a una relación contigo no quiero volver por mucho que renuncie a mis sentimientos. Te quiero tener como padre de mi hija, como esa persona que si necesitas arropo me tengas ahí. Quiero hacer cosas con vosotros dos, te quiero en mi

vida, pero solo en la forma que nos pertenece. Y entiendo que algún día tengas que hacer la tuya y ojalá esa persona quiera a nuestra hija y que todos nos llevemos bien. Solo pido paz en mi vida y en la de ella. Solo te pido que no busques una opción que no te puedo dar.

Esas palabras eran las más dolorosas que había escuchado en mi vida. Tenía claro que ella no iba a volver conmigo y que todas mis cagadas iban a tener un precio muy alto a pagar. La había jodido, pero bien, por idiota y por creer a un tipo a que no conocía de nada cuando a ella la había estado conociendo durante aquellas semanas juntos. Cuando ella fue la única mujer que me hizo sentir que la palabra amor era la mejor del mundo cuando lo sentías hacia la persona indicada con quien compartirlo todo.

Lloramos abrazados durante una hora en la que nos prometimos que nos íbamos a apoyar en todo y que íbamos a dar un gran ejemplo de padres ante nuestra hija.

Estuve en su casa varios días hasta que entendí que ya debía regresar a la mía porque de esa forma estaba invadiendo un espacio que no me pertenecía.

Comencé a ver a mi pequeña con visitas cada día y otros las recogía para traerlas a la urbanización en la que pasábamos grandes ratos con nuestros amigos. Incluso alguna noche se quedó en casa a dormir en el cuarto que yo le había preparado a la pequeña con cuna y una cama.

Todo era muy difícil para mí. Intentaba disimular ese dolor que me corroía por dentro y que no me dejaba ser feliz. La amaba tanto que jamás hubiera imaginado que un amor se podría vivir con tanta intensidad, pero era la realidad, lo que yo sentía por ella se escapaba de lo impensable. Un amor que solo podía sostener en mi corazón en forma de resignación porque, aunque a veces podía encontrar la complicidad en sus ojos, otras, percibía que ella jamás daría un paso al frente.

Y eso dolía y de qué manera, porque me di cuenta de que sí tuve una vez todo lo que deseaba, y por necio, por idiota y, sobre todo, por ser un gilipollas en mayúsculas, lo había perdido.

Había ganado una hija, sí, una que surgió del amor tan bonito que nos tuvimos su madre y yo, una que ya era la mayor de mis pasiones y así sería siempre, aunque también tenía claro que, si podía, no me iba a dar por vencido para tratar de conseguir lo que anhelaba.

vida, pero solo en la forma que nos pertenece. Y entiendo que algún día tengas que hacer la tuya y ojalá esa persona quiera a nuestra hija y que todos nos llevemos bien. Solo pido paz en mi vida y en la de ella. Solo te pido que no busques una opción que no te puedo dar.

Esas palabras eran las más dolorosas que había escuchado en mi vida. Tenía claro que ella no iba a volver conmigo y que todas mis cagadas iban a tener un precio muy alto a pagar. La había jodido, pero bien, por idiota y por creer a un tipo a que no conocía de nada cuando a ella la había estado conociendo durante aquellas semanas juntos. Cuando ella fue la única mujer que me hizo sentir que la palabra amor era la mejor del mundo cuando lo sentías hacia la persona indicada con quien compartirlo todo.

Lloramos abrazados durante una hora en la que nos prometimos que nos íbamos a apoyar en todo y que íbamos a dar un gran ejemplo de padres ante nuestra hija.

Estuve en su casa varios días hasta que entendí que ya debía regresar a la mía porque de esa forma estaba invadiendo un espacio que no me pertenecía.

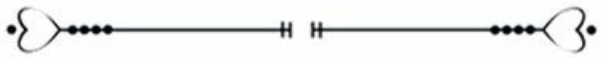
Comencé a ver a mi pequeña con visitas cada día y otros las recogía para traerlas a la urbanización en la que pasábamos grandes ratos con nuestros amigos. Incluso alguna noche se quedó en casa a dormir en el cuarto que yo le había preparado a la pequeña con cuna y una cama.

Todo era muy difícil para mí. Intentaba disimular ese dolor que me corroía por dentro y que no me dejaba ser feliz. La amaba tanto que jamás hubiera imaginado que un amor se podría vivir con tanta intensidad, pero era la realidad, lo que yo sentía por ella se escapaba de lo impensable. Un amor que solo podía sostener en mi corazón en forma de resignación porque, aunque a veces podía encontrar la complicidad en sus ojos, otras, percibía que ella jamás daría un paso al frente.

Y eso dolía y de qué manera, porque me di cuenta de que sí tuve una vez todo lo que deseaba, y por necio, por idiota y, sobre todo, por ser un gilipollas en mayúsculas, lo había perdido.

Había ganado una hija, sí, una que surgió del amor tan bonito que nos tuvimos su madre y yo, una que ya era la mayor de mis pasiones y así sería siempre, aunque también tenía claro que, si podía, no me iba a dar por vencido para tratar de conseguir lo que anhelaba.

Capítulo 29



Martina

Un mes había pasado desde que nació mi pequeña, y podía decir sin ningún tipo de duda que estaba completamente enamorada de ella. Era una preciosidad, una muñequita a la que todos adoraban y no dejaban de decirle piropos.

En este tiempo Conrad me había demostrado que era un padre con mayúsculas, y aunque hacía tiempo que volvió a su casa después de esos primeros días en la de mis padres con nosotras, no había ni uno solo de estos en los que no me encontrara con un mensaje de buenos días y que me pidiera que le diera un beso a su niña, que yo le enviara una foto de ella y que nos deseara buenas noches.

Estaba claro que mi hija había tenido mucha suerte con el padre que le había tocado, aunque yo no podía decir lo mismo de él como pareja.

Qué sí, que como le confesé a él en mi casa mis sentimientos hacia él estaban ahí, pero nada más, porque el dolor de saber que me había olvidado yéndose a la cama con otras, no se iba ni, aunque le diera todo el alcohol de mundo a mi corazón.

Y era una manera de hablar, que yo beber no podía tomar más que agua, zumos y poco más, todo saludable, aunque por suerte me había librado de los licuados de Valentina.

En este tiempo la niña y yo habíamos ido por el Club a estar con Conrad, e incluso algún fin de semana nos quedamos en su villa para que disfrutara de la pequeña, esa a la que paseaba en su carrito sin perder la sonrisa.

Hoy también íbamos a ir, me había pedido que comiéramos con él y no dudé en hacerlo, pues me gustaba que mi pequeña estuviera con su padre y se formara ese vínculo entre ellos.

Se ofreció a ir a buscarnos, pero le dije que no, que me llevaba mi padre y así no tenía que venir, a lo que dijo que no era molestia hacerlo, pero es que mi padre quería coger algo de comer del Club para llevarle a mi madre y cuando se lo dije, aparte de reírse a carcajadas, dijo que iba a prepararles varios recipientes de muchas cosas para todo el fin de semana.

En cuanto llegamos y mi padre me ayudó a bajar el carrito de la niña, ahí estaba Conrad cargado de bolsas.

—¿Eso qué es? —preguntó mi padre.

—Comida del Club, Rubén, que me ha dicho Martina que querías llevar para casa hoy.

—Muchacho, para hoy, no para… —mi padre asomó la cabeza en las tres bolsas y resopló— Un mes, ahí tenemos para un mes.

—Papá, ahí llevas para comer hoy y mañana, y tener una cena romántica esta noche con mamá —sonreí.

—Pues entonces tengo que pasar a por velas o algo a un chino, porque ya me dirás, qué cena romántica sería sir velas.

—Espera, que traigo yo —le dijo Conrad y regresó al Club, de donde no tardó en volver con unas velas y una botella de vino

—Yo creo que este muchacho quiere que tu madre y yo te demos un hermanito, Martina —murmuró al verlo, y me doblé de la risa.

—Eso sería la leche, papá.

—¿Te imaginas? Otro bebé en la familia.

—Calla, calla —reí de nuevo.

—Ya llevas el kit completo para la cena —le dijo Conrad, guardando lo que traía.

—Cómo se nota que has preparado algunas de esas —carraspeó mi padre.

—Bueno, alguna me falta seguro.

—Os dejo, divertíos —dijo y se asomó para ver a mi niña—. Adiós, princesa de tu abuelo, si me echas de menos le quitas el móvil a tu madre y me llamas.

—Eso, con un mes y ya hablando por teléfono —reí.

Mi padre subió al coche y se marchó mientras se despedía con la mano. Conrad cogió el carrito de la niña y fuimos hacia el Club. No me pasó desapercibido el modo en el que algunas mujeres lo miraban.

—Ahora mismo, están pensando que eres el papá más sexy que han visto nunca —dije antes de entrar.

—¿Tú también lo piensas? —Arqueó la ceja.

—No he dicho eso, así que no pongas palabras en mi boca que no he pensado yo, sino ellas —hice un leve movimiento con la cabeza.

Conrad sonrió al tiempo que negaba y fuimos hasta la mesa donde íbamos a comer.

Pidió agua para los dos, pues había veces que decía que se solidarizaba conmigo y no pedía vino, y para comer nos trajeron unas croquetas de jamón y una paella que había pedido por la mañana para que nos la prepararan.

Comimos mientras la niña dormía y él estaba pendiente todo el tiempo, decía que yo merecía un poquito de descanso, así que él era quien la vigilaba, aunque sabía que lo hacía porque no quería perderse nada de su pequeña en ningún momento.

Y cuando ella se despertó, la cogió en brazos y se le iluminó la mirada, esa con la que observaba a Julia con un amor incondicional infinito.

Le di el pecho poco después y me la quitó de las manos para volver a dormirla, y así la tuvo mientras él se tomaba el café y yo un zumo de frutas fresquito.

Hasta que decidimos ir a dar un paseo por la urbanización.

—Quería hablar de algo contigo —me dijo cuando estábamos llegando a su villa y llevaba el carrito.

—Dime.

—Es sobre lo del alijo, lo que te comentó Valentina en su momento.

—Prefiero no saber nada, de verdad —negué.

—Pero yo quiero contártelo —dijo parándose y mirándome a los ojos—. Es importante para mí que lo sepas.

—Conrad, de verdad que no necesito saberlo.

—Ven —me cogió de la mano al tiempo que llevaba el carrito de Julia con la otra.

Entramos en su villa y me llevó hasta el salón, donde nos sentamos después de comprobar que la niña dormía plácidamente.

—En ese alijo el que más dinero puso fui yo, te aseguro que fue cosa de una sola vez y que, aunque me generó unos buenos beneficios, no lo volvería a hacer en la vida porque también te digo que eso puede dar muchos problemas. Ethan y Gonzalo se jugaron mucho menos que yo, pero no me iban a dejar solo, según decían, si acab mal, lo hacía para los tres. No sé quién está más loco, en serio —sonrió al tiempo que negaba.

—Son leales a ti, eso se nota.

—Lo son. El caso es que, al poner más, mis beneficios fueron mayores, así que… todo esto es mío. Soy el únic dueño de los terrenos y de la urbanización, ellos son solo mis socios en la discoteca, como lo fueron siempre. Sus villas, se las regalé yo, por haberme seguido en aquello que hice. Fue una locura y no me arrepiento de donde nos llevó, por lo que tenemos que como ves, funciona muy bien. Pero te repito que no lo volvería a hacer en mi vida, y ahora que soy padre, mucho menos. Quiero que mi hija se sienta orgullosa de mí, no decepcionada por las meteduras de pata que pueda cometer. Bastante tengo con haberla metido muy profundamente contigo.

—La pata, dices —se me escapó una risilla.

—Sí, sí, la pata, la pata —rio.

—Esa la metiste en arenas movedizas conmigo, pero bueno —suspiré—. Y en cuanto a lo otro, es tu vida y no te conocía, y como dices, te dio la oportunidad de tener todo esto. Si hay algo que en este mes en el que te he vist como padre puedo decir con total seguridad, es que no eres una mala persona, aunque a mí me defraudaras como hombre.

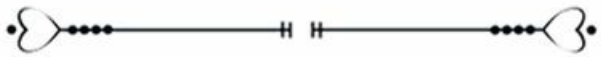
—Y no te puedes hacer una idea de lo jodido que estuve cuando supe la verdad, y aún lo estoy, porque fui tan estúpido que perdí a la única mujer que me ha querido de verdad.

—No, no, que esa es tu madre —le dije y sonrió—. Ya sabes, no hay amor más grande que el de una madre.

—Y lo estoy viendo en ti cada día por cómo quieres a nuestra hija. Eres una madre estupenda, Martina, y sí, sé que no quieres ni oír hablar de cortejos, ni de volver conmigo, pero te aseguro que haré cuanto esté en mi mano para que vuelvas a verme como un buen hombre, como ese que nunca dejará de amarte —dijo mientas me cogía de la mano.

La verdad es que me había dejado impactada con esa confesión, siempre creí que los tres eran jefes de aquella urbanización por mucho que a él lo tuvieran como el jefe de los jefes, pero estaba claro que la vida me volvía a sorprender, y me preguntaba: ¿qué más sorpresas podría haber en mi camino desde ahora?

Capítulo 30



Martina

Le di un beso a mi pequeña y la volví a dejar en el moisés. Estaba para comérsela y me quedé un rato mirándola antes de despedirme de mis padres, ya que me iba con Conrad a la urbanización y salir por primera vez de fiesta a la discoteca.

Mi pequeña ya tenía tres meses y medio. Un mes atrás me tuvieron que cortar la leche y le había ido bien con el biberón. Yo lo pasé mal al principio, pero ahora me sentía como una rosa.

Conrad pasaba muchas horas con su hija, hasta se la llevaba de paseo cuando yo estaba haciendo alguna cosa, pero normalmente compartíamos el tiempo los dos juntos y pasábamos muchos fines de semana en su casa.

Hoy habíamos quedado con todos para ir a la disco, como decía Valentina, y aunque me daba pena separarme de mi hija por primera vez durante toda una noche, también lo necesitaba.

Conrad me dejó en el Club en el que ya estaba Valentina y luego vendría con nosotros a la discoteca. Él iba a darse una ducha rápida.

Entré y me la encontré con Lara y Maca en una mesa del jardín en la que animadas tomaban una copa.

—¡Ya estamos todas! —gritó Valentina, levantándose y aplaudiendo antes de darme un abrazo.

—Y yo pensaba que llegaba la primera —me reí.

—No, cariño, que ya llevamos aquí media hora —me dijo Lara abrazándome.

—¿Qué te pongo, preciosa? —me preguntó uno de los camareros con los que me llevaba muy bien.

—Una ginebra con tónica, por favor —sonreí acariciándole el brazo.

—Ahora mismo, además preparada con mucho cariño —me hizo un guiño.

—Más te vale, desgraciado —le soltó Valentina, causándonos a todos una carcajada.

—Vaya directora —le contestó él volteando los ojos.

—¡Ni te quejes! Valor tendrá —decía mirándolo de arriba abajo con cara de asco.

—¿Qué tal estás? —me preguntó Maica.

—Pues, ¿no la ves? Mejor que todas nosotras.

—Joder que hace cuatro días que no la veo. Ni preguntar puedo —resopló.

—Cuando habla la directora, todas os calláis —se llevó el dedo a la boca y nos echamos a reír volteando los ojos. Valentina era un caso, pero lo que nos reíamos no tenía desperdicio.

Me trajeron la copa y le cogí un cigarrillo a Maica. Mi primera copa, mi primer cigarrillo, mi primera salida sin mi hija y la primera como madre. Hoy era una ocasión para celebrar por todo lo alto muchas cosas, ya que nadie se podía imaginar lo que me había costado llegar hasta aquí.

Nadie puede llegar a sentir ese dolor de esos primeros meses de embarazo como yo los sentí, en los que en muchos momentos sonreía cuando estaba muerta por dentro.

Fueron unos meses muy duros y llenos de miedos al no saber qué iba a pasar si le decía a Conrad que iba a ser padre, o peor aún, hasta llegué a pensar que por joderme intentaría quitármela. Pasé meses llenos de sombras que me callaba continuamente para no preocupar a nadie. Lo peor de todo, que mientras intentaba calmar el dolor, él me lo producía más fuerte con cada imagen o noticia que salía con los líos que había tenido con otras mujeres.

Ahora, aunque no podía olvidar todo eso y me seguía haciendo daño, ya no era como antes. Me sentía más segura de mí misma y no permitía que esos recuerdos empobrecieran mi vida. Dolía, pero lo iba gestionando cada vez mejor por mi salud mental. Obviamente eso había abierto una brecha muy grande entre nosotros, al menos por mi parte. Y para ser sincera, me había hecho mucho más daño que Logan, ya que no solo dudó de mí y luego hizo esas cosas, sino que se puso de parte de alguien que ya me había dejado antes tocada.

Pero reconozco que como padre me tenía fascinada. Era un buen hombre y eso siempre lo vi en él, ahora lo confirmaba, al igual que como persona, pero claro, el mayor error de su vida lo cometió conmigo y ahí estaba la factura de que como hombre, no me fiaba de él lo más mínimo. Es más, mi mente se había estado preparando todo este tiempo para en cualquier momento encontrarme con alguna noticia o foto de él con alguna chica. Y claro que me iba a doler, pero más me dolería estar a su lado recordando a cada momento todo lo que hizo.

En fin, que hoy era mi noche y pensaba disfrutarla. Estaba ya cansada de esos pensamientos que intentaban

perturbar mi felicidad, que no era otra que mi hija Julia, lo mejor que me había pasado en la vida.

Los chicos aparecieron los tres a la vez y como no podía ser de otra manera Valentina soltó una de las suyas.

—Ahí vienen los reyes de la noche, versión española de los Ángeles de Charlie.

Nos reíamos con sus cosas porque ya no era lo que decía, sino cómo lo decía con esa vocecita tan dulce y divertida.

Conrad venía guapísimo con una camisa celeste de lino remangada hasta los codos que combinaba con un pantalón corto y blanco que complementó con unos zapatos náuticos. Aunque quisiera evitarlo, me derretía por completo. Anda que no me había imaginado veces entre sus brazos de nuevo…

—¿Qué tal? —me preguntó Conrad cuando ya saludé a los chicos.

—Bien —sonreí mientras él me abrazaba de lado—. Hueles muy bien.

—¿Hoy nada más? —carraspeó.

—No, es que hoy hueles diferente —me reí.

—Es el perfume que me compré los otros días para cambiar un poco, pero creo que lo voy a tener que usar más a menudo —me miraba de lado aguantando la sonrisilla—. Por cierto, estás muy guapa.

—Ya me lo habías dicho —carraspeé imitándolo.

Sentía una liberación muy grande al poder tener la complicidad que teníamos como padres. Nos llevábamos bien y en todo este tiempo había estado ahí demostrando que no se quería perder ni un minuto de su hija.

Nos fuimos hacia la discoteca después de tomar un par de copas. Valentina iba revolucionada diciendo que hoy iba a ser la reina de la noche. Llevaba unos taconazos con los que andaba como si fuera una modelo.

Nos fuimos a un reservado que solo era para nosotros y desde donde te podías asomar y ver todo el ambiente desde una especie de terraza. Ahí que se puso Valentina a saludar a todos los de abajo que estaban en la pista central y pronto comenzaron a aplaudirla. Era todo un personaje al que todos querían.

Pedimos las copas a uno de los camareros y Valentina le exigió que trajera una botella de tequila, unas rodajas de limón y sal para tomar chupitos a lo mexicano. Y tuvo el valor de decirle que era para tomarlo como “puro hombre”. Menos mal que la conocían y se tenían que reír con sus cosas.

Conrad no dejaba de buscarme con gestos o simples miradas con una sonrisa de medio lado que me sacaba a mí

otra de lo más nerviosa.

Era mi debilidad, esa a la que pensaba renunciar cada día de mi vida para no caer en una relación que por mis malos recuerdos nos llevara a explotar en cólera. No quería que mi hija viviera una relación que no fuese sana y de esta manera lo estábamos consiguiendo.

Valentina nos puso a beber chupitos como si estuviéramos en un cuartel. Gonzalo le seguía el rollo en todo, ya que le tenía más miedo que todas las cosas, aunque yo sabía que ella jamás diría nada. Ponía la mano en el fuego por ella y no me quemaba. Y no tenía miedo a hacerlo. Estaba segura de muy pocas cosas en mi vida, pero si algo tenía claro es que ella la lealtad la llevaba hasta el fin.

Pasamos una noche en la que no nos faltaron grandes momentos de risas. Bailes con Conrad que me manejaba a su antojo dejando entrever que lo de mover las caderas se le daba más que bien.

Nos dieron la siete de la mañana, momento en que fuimos al Club a desayunar unos churros con chocolate, como hizo la mayoría de los que estuvieron en la discoteca. Había sido una noche increíble y a mí me hacía falta.

Valentina y yo nos fuimos con Conrad a su casa a dormir unas horitas porque no era plan de que nadie condujera después de todo lo que habíamos bebido. Además, después de comer mi padre nos iba a acercar a la bebé para que estuviéramos con ella el resto del día.

Nosotras dos decidimos que nos quedábamos en el sofá del salón, ya que lo preferimos así y no es que faltaran camas, pero nos gustaba pasar noches en el sofá mientras cuchicheábamos.

Ella me decía en voz baja que tenía claro que yo iba a volver con Conrad y que ahora más que nunca lo veía como mi príncipe azul, ese que un día destiñó, pero que ahora estaba segura de que no lo volvería a hacer.

Y yo, pues me quedaba pensando en que ojalá nunca hubiera desteñido, porque habría seguido siendo para mí ese hombre al que tanto amaba.

otra de lo más nerviosa.

Era mi debilidad, esa a la que pensaba renunciar cada día de mi vida para no caer en una relación que por mis malos recuerdos nos llevara a explotar en cólera. No quería que mi hija viviera una relación que no fuese sana y de esta manera lo estábamos consiguiendo.

Valentina nos puso a beber chupitos como si estuviéramos en un cuartel. Gonzalo le seguía el rollo en todo, ya que le tenía más miedo que todas las cosas, aunque yo sabía que ella jamás diría nada. Ponía la mano en el fuego por ella y no me quemaba. Y no tenía miedo a hacerlo. Estaba segura de muy pocas cosas en mi vida, pero si algo tenía claro es que ella la lealtad la llevaba hasta el fin.

Pasamos una noche en la que no nos faltaron grandes momentos de risas. Bailes con Conrad que me manejaba a su antojo dejando entrever que lo de mover las caderas se le daba más que bien.

Nos dieron la siete de la mañana, momento en que fuimos al Club a desayunar unos churros con chocolate, como hizo la mayoría de los que estuvieron en la discoteca. Había sido una noche increíble y a mí me hacía falta.

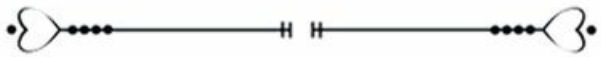
Valentina y yo nos fuimos con Conrad a su casa a dormir unas horitas porque no era plan de que nadie condujera después de todo lo que habíamos bebido. Además, después de comer mi padre nos iba a acercar a la bebé para que estuviéramos con ella el resto del día.

Nosotras dos decidimos que nos quedábamos en el sofá del salón, ya que lo preferimos así y no es que faltaran camas, pero nos gustaba pasar noches en el sofá mientras cuchicheábamos.

Ella me decía en voz baja que tenía claro que yo iba a volver con Conrad y que ahora más que nunca lo veía como mi príncipe azul, ese que un día destiñó, pero que ahora estaba segura de que no lo volvería a hacer.

Y yo, pues me quedaba pensando en que ojalá nunca hubiera desteñido, porque habría seguido siendo para mí ese hombre al que tanto amaba.

Capítulo 31



Conrad

Había pasado un mes desde la noche de la discoteca, momento que vi como un punto en el que entre los dos se creó una unión aún más fuerte.

Que sí, que no era plan de hacerme ilusiones ni montarme pajaritos en la cabeza, pero estaba claro que la complicidad era más latente.

Las acababa de recoger, ya que iban a pasar el fin de semana en la villa. Lo íbamos a pasar relajados con nuestros paseítos al Club.

Mi enana ya estaba de lo más espabilada a sus cuatro meses y medio. Eran muchas las sonrisas que me dedicaba a lo largo del día y que conseguían que me deshiciera por completo.

Llegamos a la villa donde ya tenía preparado el fondo de una paella solo para echarle el arroz. Me había levantado con ganas de cocinar, era temprano e hice tiempo para no llegar a primera hora a su casa.

—¿Un vinito y arreglamos nuestro mundo? —le pregunté sacando una botella de vino blanco que a ella le gustaba.

—Venga, inténtalo —me provocó.

—Ahora mismito —abrí la botella feliz por esa palabra de "inténtalo". ¿Acaso estaba dispuesta a dar un paso al frente? Ojalá fuese así porque lo que echaba de menos sus labios era tan grande como el dolor que sentía mi corazón.

Salimos al jardín, pues hacía un sol espléndido. Ella se quedó en bañador, ya que nos íbamos a dar algún que otro baño en la piscina.

A la pequeña la puse dentro de un parque infantil en forma de cuadra de animalitos que coloqué en el porche de jardín a un lado de nosotros para que ella gateara para acercarse a los animales de peluche que hacían de valla.

—Porque nunca dejemos de mirarnos de esta manera —dije levantando la copa.

—¿De qué manera? —me preguntó poniéndose bizca.

—Si lo vuelves a hacer, te cojo y…

—¿Y qué? —preguntó volviéndose a poner así.

—Te lo has buscado —me levanté y fui a por ella que, en un acto reflejo muy rápido, salió corriendo y se puso al otro lado de la piscina para tener margen de movimiento.

—¡No se te ocurra hacerme nada que cojo a mi hija y me voy! —decía a carcajadas— Bueno no, mejor te la dejo aquí que me lo pasaré bien con Valentina —se reía.

—¡Nos echarás de menos! —le grité riendo y viendo la forma en cómo cogerla.

—¿Seguro? Qué Valentina es mucha Valentina.

—Te voy a hacer venir en menos de quince segundos —le dije riendo.

—Sí hombre, ya quisieras —se reía.

—Si te digo que tengo tus trufas favoritas y como no estés aquí antes de quince segundos me las como en tus narices.

—Enséñamelas y voy —reía nerviosa.

—Quince, catorce, trece… —corrió hasta mí estirando los brazos mientras reía para que no le dijera nada.

La cogí en un movimiento rápido y me la pegué al pecho con fuerza.

—No me dirás que no hay trufas porque… —la callé con un beso.

Y ese beso fue robado, pero también deseado porque nuestras bocas se dejaron llevar por más tiempo del que hubiera imaginado.

—No soy tu novia —dijo cuando nos separamos mientras se reía—. Te lo digo. Ni me voy a acostar contigo.

—A dormir, sí —junté mis manos en plan plegarias.

—Eso ya lo veremos —carraspeó—. Pero que sea el tiempo el que ponga todo en su sitio.

—Me gusta esa nueva manera de pensar tuya —la volví a pegar contra mí y la besé.

—Lo estás haciendo muy bien, Conrad —murmuró ganándose otro beso.

—Y lo iré mejorando cada día de nuestras vidas.

—¿Y la trufa?

—En la cocina —sonreí besándola de nuevo—. En el cajón grande al lado de la nevera. Me ocupo de la niña —dije, ya que estaba quejándose y eso significaba que tenía hambre.

—Le traigo el biberón —me dejó esta vez un beso ella y me tuve que contener de llorar. No se podía ni hacer una remota idea de lo que significaba para mí.

Agarré a mi pequeña a la que solo con verme se le dibujaba una sonrisa. Era tan bonita que observarla era el mejor entretenimiento de todos.

—Toma —dijo con la boca llena de trufa dándome el biberón para que se lo diera y luego me metió una trufa en la boca—. ¿En serio has comprado tres cajas? Me dio una sobredosis de azúcar al verlo —reía a la vez que gemía con ese sabor en su boca.

—Compré un paquete de seis. Ya sabes que hay que pedirlas por Internet y viene de Bélgica.

—¿Y te has comido tres?

—No —sonreí—, dejé en el Club una caja para Valentina, le di otra a Ethan y otra a Gonzalo.

—Si es que eres un amor —me besó la mejilla y a mí me volvían loco esos gestos de ella conmigo.

Si bien es cierto que durante este tiempo fueron muchas las veces que salió de ella y me había besado la mejilla de manera cariñosa, pero hoy combinaba no solo el afecto y cariño, sino un poco más de lo que ella llevaba guardado y no quería dejar salir por ese dolor que aún tenía por todo lo que sucedió. Maldecía cada una de las decisiones de mi vida por haber ocasionado en Martina todo eso. Me iba a lamentar siempre, pero hoy veía un rayito de esperanza en un camino que aún estaba por hacer.

Aprovechamos que la niña dormía para echar el arroz a la paella y sentarnos a comer relajados.

Sus ojos irradiaban un brillo especial y la complicidad en nuestras miradas daban paso a más complicidad. No

podía ser más bonita y a mí me estaba latiendo el corazón con más intensidad.

Pasamos la tarde en el sofá abrazados y con besos que se sucedían uno tras otro. También tuvimos esos momentos con la niña encima, en los que nos reíamos mucho y le sacábamos alguna sonrisilla más grande a nuestra pequeña.

Esa noche dormimos juntos por primera vez y no traspasé ninguna barrera porque quería demostrarle que por mucho que la deseara iba a respetar ese ritmo que me había pedido de ir, poco a poco.

Pero disfruté tanto de tenerla abrazada a mí y con nuestra hija en la cunita a nuestro lado que sentía que la felicidad comenzaba a aparecer mucho más a lo grande en mi vida.

A la mañana siguiente nos fuimos del tirón a desayunar al Club, se había levantado con ganas de sus tostadas con guacamole, queso y salmón que tanto le gustaban y que preparaban allí.

—¿Qué haces tan temprano aquí? —le preguntó Martina a Valentina al verla.

—¿Cómo que qué hago aquí? Soy la directora y estoy en turno de mañana —dijo cogiendo del carrito a la pequeña—. Dios mío, mi niña, ¿qué te están dando de comer estos dos desgraciados que te están haciendo creer antes de tiempo?

—Necesito un café —murmuró Martina, sentándose mientras Valentina le hablaba a la niña y se la llevaba para enseñarla a todos los compañeros. Siempre hacía lo mismo.

—Nos la robó —dije riendo y sentándome al lado de ella.

—Voy a aprovechar para fumarme un cigarrillo con el café —solía fumar muy poco, muy de vez en cuando, al igual que yo.

Valentina regresó con la niña, cuando ya nos habíamos tomado el desayuno y disfrutábamos del segundo café.

—Todo el mundo dice que se parece a mí. Vamos a tener que hacer una prueba de paternidad porque a saber si esta —señaló a Martina—, se aprovechó de mí en alguna de mis borracheras.

—Lo que hay que oír, por favor —dije riendo y negando a partes iguales.

—Que vengo a deciros que tengo que ir a recoger a la casetilla de seguridad unas llaves que me ha dejado de un cliente que se las llevó equivocada de la mesa cuando no eran suyas. Que me llevo a mi niña —decía poniéndola en el carrito—. Me la llevo de paseo por la urbanización. ¡Yuju! —agarró el carro y levantó una pierna.

—No me la traigas hasta mañana —le dijo Martina.

—Ni se te ocurra, la quiero aquí en menos de diez minutos —le dije a Valentina y esta se aseguró de que nadie nos mirara y me hizo una peineta antes de irse moviendo el culo y tirando del carrito.

—Te lo buscas solo —murmuró Martina aguantando la carcajada que no pudo reprimir y terminó soltando.

—Qué valor tuvo Gonzalo —dije causando la risa más fuerte.

No nos ocultábamos de nadie y los besos sucedieron solos mientras estábamos disfrutando del café y del momento que volvía a surgir entre nosotros.

Se quedaba un día más en el Club e intentaba convencerla para alargarlo, pero ella quería ir paso a paso y la entendía, es más, quería conseguir que poco a poco todo eso que no se le olvidaba, le dejara de doler por completo.

—Ni se te ocurra, la quiero aquí en menos de diez minutos —le dije a Valentina y esta se aseguró de que nadie nos mirara y me hizo una peineta antes de irse moviendo el culo y tirando del carrito.

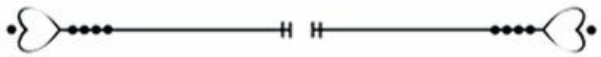
—Te lo buscas solo —murmuró Martina aguantando la carcajada que no pudo reprimir y terminó soltando.

—Qué valor tuvo Gonzalo —dije causando la risa más fuerte.

No nos ocultábamos de nadie y los besos sucedieron solos mientras estábamos disfrutando del café y del momento que volvía a surgir entre nosotros.

Se quedaba un día más en el Club e intentaba convencerla para alargarlo, pero ella quería ir paso a paso y la entendía, es más, quería conseguir que poco a poco todo eso que no se le olvidaba, le dejara de doler por completo.

Capítulo 32



Martina

Mis padres se habían llevado a la pequeña a pasar el día al campo de unos amigos. Les encantaba llevársela y disfrutar de un día de abuelos.

Aproveché para quedar con las niñas a comer en el Club, pues no dejaban de decirlo. Los chicos hoy tenían una reunión con sus asesores y luego se unirían a nosotras.

Mi pequeña ya había cumplido seis meses y yo llevaba un mes y medio viviendo algo muy bonito con Conrad. No nos habíamos acostado porque en eso me estaba haciendo la dura, aunque realmente era como una coraza que aún no terminaba de quitarme.

—¡Lo más bonito del mundo mundial después de mi sobri y yo! —gritó Valentina al verme.

Las chicas reían mientras nos saludábamos. Valentina no estaba trabajando en este día y, además, con eso de se directora no tenía que andar detrás de nadie en plan relaciones públicas. Vivía como una reina y se lo merecía porque era de las mejores personas de este planeta.

Maica y Lara seguían con los chicos y sus relaciones iban viento en popa y a toda vela, como se suele decir. Sus caras eran el reflejo de paz, felicidad y amor, ese que sentían por Ethan y Gonzalo, dos buenas personas, a pesar de todo los tres eran increíbles.

La noche anterior había habido una fiesta de una revista en la discoteca y yo no quise ir porque me encontraba regular en mi último día de regla. Valentina estuvo y nos comentaba lo bien que se lo había pasado. Nos teníamos que reír lo más grande cuando contó que se subió a la barra y se le salió un huevo. No tenía remedio.

Conrad estuvo por la discoteca un rato controlando que todo estuviera en orden, pero se fue rápido a la cama, ya que hoy por la mañana temprano tenían esa reunión importante. No había podido hablar con él aún, pero sabía que mi padre me dejaría en la urbanización, comería con las chicas y luego nos veríamos todos.

Nos sirvieron unas copas de vino blanco y nos pusieron en un platito cuatro piruletas de queso con hilos de miel

sobre el rebozado. Era una locura de explosión de sabor.

Las chicas estaban de lo más animadas planeando una barbacoa de todos juntos en una de las villas para pasar un día de piscina. El plan me parecía buenísimo.

De repente vi cómo Lara abría la boca mirando su móvil y Valentina se asomó y su rostro se transformó por completo. Me asomé a ver y al darme cuenta de la imagen le quité el teléfono de las manos.

Era de la noche anterior. Una actriz joven italiana en brazos de Conrad y sonriendo ambos. La tenía cogida en sus caderas.

—Yo no vi nada de esto —dijo Valentina con una cara de preocupación que no podía con ella.

Lo peor de todo es que a él se le veía sonriente y no solo eso, ella había subido hacía una hora la foto a su perfil de Instagram y puesto como comentario, que estaba viviendo un momento muy bonito.

—Te juro…

—No digas nada —frené a Valentina mirándola con los ojos llenos de lágrimas—. No quiero que me digáis nada que pueda tapar lo que es evidente, por favor os lo pido.

—Martina, lo siento —agarró mi mano Valentina mientras me miraba triste y llena de dolor—. No vi nada, te lo juro, pero es obvio que algo no está bien, mi niña. No te quiero volver a ver sufrir más.

—No lo haré, esta vez no lo haré —me sequé las lágrimas—. Nadie cambia y menos cuando se relajan porque lo tienen todo otra vez a su favor. No quiero un futuro donde me espera esto en todo momento, no quiero vivir pensando en qué será lo próximo. Me alegro de no haberme vuelto a acostar con él.

—Capaz que te hubiera preñado de nuevo —contestó Valentina, sacándonos una risa a pesar de la tristeza y decepción que sentía en mi corazón.

—Por mí, porque por más piedras que me pongan en el camino no podrán conmigo —dije levantando la copa mientras lloraba—. A mi hija le debo ser feliz y nadie más que yo, puede darme esa felicidad.

—Por ti —dijeron todas en un susurro de tristeza grupal que se había formado en torno a nosotros.

—No voy a liar una guerra con él, ni quiero ocasionar ninguna brecha en nuestra relación como padres, pero esto me va a llevar a tratarlo como tal. No es mi amigo, un amigo tampoco traiciona. Es un padre que ama a su hija y a esa vida que tiene ante él en la que todo lo tiene a sus pies. No valora esto que de nuevo se estaba formando entre nosotros y que se suponía que tanto había deseado. No estéis tristes, mi vida no se acaba aquí, mi vida comienza en este momento en el que quiero por una vez salir adelante y tener proyectos, ejercer de madre y

no depender de nadie en nada de mis procesos.

Veía que las chicas estaban pálidas y me giré encontrándome parado tras de mí a Conrad.

—Nada es lo que parece —murmuró con el rostro pálido—. Lo acabo de ver y vine a buscarte.

—Conrad, si me respetas un poquito como la madre de tu hija que soy, déjame en paz como mujer. No quiero explicaciones, no quiero pertenecer a tu tipo de vida, yo soy feliz con muy poco y ya me cansé de intentar serlo por los demás.

—¡No es lo que parece! —exclamó con rabia.

—Tu cara lo dice todo —murmuré en alto apretando los dientes y me levanté con furia—. No vuelvas a acercarte a mí a no ser que sea por tu hija. No soy la gilipollas que era hasta hace un rato. O te vas tú, o me voy yo.

Se giró, se dio media vuelta y se marchó con Ethan y Gonzalo a los que frenó para que no se acercaran. Imaginé que no quería cortar los planes de que comiera con las chicas.

—Ya le vale, no digo que se haya liado con ella, pero, ¿por qué la cogió así y sonreía? —preguntó Lara.

—Ni lo sé, ni me importa. Si se lio o no es secundario, pero es la forma en la que la tenía y la sonrisa que salía de su rostro —dije negando y solté el aire con fuerzas—. Se acabó Conrad para mí. Solo será el padre de mi hija.

—Yo no lo voy a juzgar ni me voy a meter en eso porque no sé qué pasó, pero opino como tú, es el gesto y la forma. Que vuelva a hacer algo que sabe que te puede hacer daño y no cumpla su palabra de que no volvería a causarte dolor, ya lo dice todo —decía valentina.

—Es que, aunque me demostrara que era la novia de un amigo y que este les tiró la foto en plan gracioso, ¿se expone así a pesar de los rumores que puede causar y en el mal lugar que me vuelve a dejar? Pero vamos, que el texto de ella no parece el de alguien que estuvo bromeando con él, más claro no puede ser. Inclusive que ella se haya hecho unas ilusiones que no le correspondía, pero que ese texto viene provocado por una situación, está claro.

Me había vuelto a llevar otro gran palo más y eso me dejaba de lo más triste porque no entendía el por qué me pasaban estas cosas. ¿Acaso me las merecía?

Estuve con las chicas comiendo y luego tomando un café antes de que Valentina me acercara a mi casa. No quería volver por la urbanización más, ya que en esta habían pasado cosas muy feas que tanto daño me habían hecho.

Era obvio que mi hija tenía que seguir viniendo para estar con su padre, pero eso no implicaba que yo estuviera presente en un momento que les pertenecía a ellos, porque como padres que no están juntos, cada uno tiene que coger el rol con su hijo.

Entré a mi casa después de despedirme de Valentina y me tiré en el sofá. Mis padres aún no habían llegado con la niña a la que necesitaba abrazar con todas mis fuerzas, cosa que hice cuando llegaron.

La abracé bien fuerte antes de sentarme y hablar con mis padres de que había tomado la determinación de no estar ahí con cada visita de su padre. Que se la llevara a dar una vuelta, a la urbanización, un fin de semana o lo que le apeteciera porque tenía derecho y se desvivía por ella, pero yo no estaría presente en esos momentos, quería comenzar a vivir por y para mí.

Obviamente respetaron mi decisión y una vez más me mostraron su apoyo, eso sí, ellos iban a seguir actuando bien con Conrad como tenía que ser, ante todo había que tener claro que era el padre de Julia y como tal, no podíamos tacharle de nada malo, todo lo contrario.

›

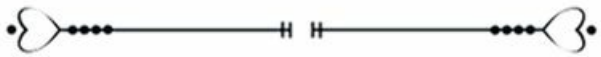
Era obvio que mi hija tenía que seguir viniendo para estar con su padre, pero eso no implicaba que yo estuviera presente en un momento que les pertenecía a ellos, porque como padres que no están juntos, cada uno tiene que coger el rol con su hijo.

Entré a mi casa después de despedirme de Valentina y me tiré en el sofá. Mis padres aún no habían llegado con la niña a la que necesitaba abrazar con todas mis fuerzas, cosa que hice cuando llegaron.

La abracé bien fuerte antes de sentarme y hablar con mis padres de que había tomado la determinación de no estar ahí con cada visita de su padre. Que se la llevara a dar una vuelta, a la urbanización, un fin de semana o lo que le apeteciera porque tenía derecho y se desvivía por ella, pero yo no estaría presente en esos momentos, quería comenzar a vivir por y para mí.

Obviamente respetaron mi decisión y una vez más me mostraron su apoyo, eso sí, ellos iban a seguir actuando bien con Conrad como tenía que ser, ante todo había que tener claro que era el padre de Julia y como tal, no podíamos tacharle de nada malo, todo lo contrario.

Capítulo 33



Martina

Habían pasado cuatro días desde que para mí terminó definitivamente todo con Conrad. Lo había pasado mal, pero me mantuve firme y no lo vi en este tiempo en el que venía a recoger a su hija y se la entregaban mis padres, ya que yo me quitaba de en medio con la excusa de comprar algo y cuando la traía de vuelta, siempre me pillaba en la ducha.

No, no quería verlo por ahora. Sentía demasiada decepción y más después de aquellas fotos, esa mujer subió do más de esa noche en la que, aunque no se vio beso, sí que se apreciaba claramente unas posiciones muy comprometidas en un rincón en el que él estaba pegado a la pared y ella a él por completo con sus manos en los hombros y las de él en su cintura.

Claro que no era lo que parecía como me intentó decir él, por supuesto que no, lo que faltaba ya era que esa mujer hubiera subido una foto de los dos follando. Por cierto, la segunda vez como comentario añadió que amó esa noche tan idílica que terminó con un precioso amanecer.

Lo que tenía claro es que, si hacía caso a ese comentario, de su cama se fue directo a esa reunión sin dormir. Y luego tuvo la poca vergüenza de intentar ir a buscarme.

Hoy se había llevado a la pequeña por dos días. Me lo pidió por mensaje y le dije que no había problema alguno. Era muy escueta en palabras con él y cuando quería hablarme de lo sucedido le cortaba rapidito diciendo que me dejara en paz y se centrara en lo que nos incumbía.

Había quedado con Leo que lo veía de vez en cuando para tomar un café y que viera a la niña y en otras ocasiones se pasó por casa para estar con nosotras un rato. Mis padres lo avisaron para el *Baby Shower,* pero él es día tenía un compromiso familiar grande, pero seguía en mi vida.

Hoy nos íbamos solos a recordar viejos tiempos en los que éramos la noche y el día, pero congeniábamos genia en una época que nos gustaba mucho una marcha. Valentina no podía venir, ya que tenía que hacer ciertas gestiones del Club, pero se lo habíamos dicho.

Yo ya no iba por allí ni tenía pensado regresar, ese lugar lo veía como maldito para mí y me daba un mal rollo increíble, pese a la belleza con la que lucía toda la urbanización, pero estaba llena de secretos y frialdad, al menos así lo sentía.

Salí de casa y cogí un taxi para ir a donde había quedado con Leo, no quería conducir y menos por si tomaba una cerveza o algún vino.

Quedamos en una terraza que era una marisquería y freiduría, una muy famosa en la isla que a todo el mundo le gustaba y que siempre estaba abarrotada. Leo había reservado una mesa en el exterior y nos acomodaron rápidamente.

Pedimos dos cervezas y un surtido de pescado frito con unas patatas con alioli que eran muy demandadas por lo rica que les salía la salsa.

Puse a Leo al día de lo que había pasado y el pobre sufría escuchándome, ya que era de lo más expresivo. Él sabía por todo lo que había pasado y lo que había sufrido durante el embarazo y no entendía cómo podía Conrad haber tenido una metedura de pata así. Yo tampoco, es más, ya me daba igual todo y no quería ir buscando los sporqués de algo evidente, fuese en la forma que fuese.

Estuvo contándome un poco de temas de la clínica, él era un veterinario por vocación y lo llevaba en la sangre. Disfrutaba de su profesión y amaba a los animales, igual que yo.

Pasamos una comida muy entretenida y me hacía reír mucho recordando cosas que nos habían pasado en la facultad, inclusive la vez que me hizo un examen porque yo me había dedicado a preparar otro. Se sentó a mi lado, me vio saturada y nos la jugamos pasándole mi folio y él el suyo ya relleno para que me valiera para entregar. Saqué un seis y él un ocho, ya que no me lo dio todo hecho para no dar el cante. Tenía la habilidad de saber hacer hasta mi letra.

Después de comer nos fuimos a dar un paseo a la avenida de la playa en la que había un montón de puestos ambulantes en los que nos detuvimos a ver las cositas. Era como una feria de artesanos y había verdaderas virguerías.

Conrad me envió una foto de nuestra hija en la piscina dentro de un flotador. Sonreímos mirándola y es que en la sonrisa se le podía ver lo feliz que era junto a su padre y eso era innegable.

e

Nos paramos en un chiringuito que estaba muy animado y nos pedimos dos mojitos para tomarlos sentados en una de las hamacas del restaurante.

l

—Esto es vida —murmuré, sintiendo el solecito en mi cara y la brisa del mar que hacían una combinación perfecta.

—Sí, menos mal que acertamos en traernos los bañadores.

—Ya te dije yo que era una buena idea. Sabía que terminaríamos aquí tirados —y así estábamos. Con medio cuerpo reclinados, en bañador y mojito en mano.

—¿Cómo te planteas el futuro?

—Buena pregunta, amigo. Pues la verdad es que voy a tener que empezar a currar.

—En la clínica de mi padre tienes las puertas abiertas, me lo ha dicho varias veces.

—Pues no te creas que no me lo replantearé —sonreí pensando que sería una muy buena opción.

—Cuando quieras, solo tienes que decirlo.

—Lo hablaré con Conrad más adelante para organizarnos con la niña. Por lo menos por las mañanas cuando mi padres están en el trabajo. Eso o meterla en una guardería, pero primero le daré la opción a él de que decida.

—Ojalá te vengas con nosotros.

—Me encanta la idea, pero ahora mismo necesito al menos dos o tres semanas para terminar de ubicarme, estoy muy perdida de nuevo, no tanto como antes, pero la verdad es que esto no me lo esperaba.

—El tiempo que necesites.

—El caso es que Conrad desde que nació la niña me pasa en concepto de manutención dos mil euros.

—Ni que fuera la hija del rey —murmuró impactado y nos echamos a reír.

—Yo me enfadé mucho porque mi hija no necesita de tanto dinero al mes para sus necesidades, pero bueno, él es como es y dice que mientras yo no trabaje y la cuide a ella tendré esa manutención, pero yo no quiero eso, quiero trabajar, aunque entiendo lo que él dice que prefiere pagarla y que su hija esté con su madre en todo momento.

—Es buen padre.

—Lo es, pero yo necesito vivir ya de mí, pero aún necesito unos días como te dije y como tengo dinero para cubrir a la pequeña, pues quiero darme ese tiempo antes de arrancar con mi nueva forma de vida. También tendré que reunir para comprarme un piso, a mí me gustaría tener mi propio hogar para vivir con mi hija.

—Te entiendo. Pues ya sabes, a por esa nueva vida.

—Sí —dije acercando mi copa a la suya para chocarla.

Estuvimos toda la tarde en playa entre baños y charlas mientras estábamos tumbados en las hamacas. Por la noche fuimos a comernos una hamburguesa a un bar que había cerca y luego me acompañó en un taxi a mi casa y nos despedimos quedando en volver a vernos.

Cuando llegué me senté con mis padres y les conté la oferta que me había hecho Leo para trabajar en la clínica de su padre y a ellos les pareció una gran idea para que usara una parte de mi tiempo para trabajar y sentirme realizada.

No podía quedarme solo en esta etapa como madre y me merecía abrir mi camino, ese por el que luché estudiando una carrera que no me regalaron y que obtuve con tanto esfuerzo.

Me acosté ilusionada con esa idea a la que me iría haciendo en los próximos días y que iría cuadrando por el tema de la niña, pero eso ya en unos días, ahora quería seguir centrándome en recuperarme, que, aunque sonriera y quería demostrar que estaba fuerte, en el fondo aún sufría demasiado y me comía por dentro.

Valentina me puso un mensaje diciendo que por la mañana me recogía para desayunar que tenía que contarme algo. A saber, qué le había pasado ahora.

Le dije que, sin problema, ya que Conrad hasta la tarde no traería a la niña. Quedó en que pasaría por mí a las diez de la mañana. Se despidió de una forma en la que me parecía un poco seca y como cortante, como que no quería que le preguntara nada en estos momentos.

Conociéndola podía ser cualquier tontería, pero bueno, no tenía la cabeza para comérmela más de lo que ya me la comía.

—Sí —dije acercando mi copa a la suya para chocarla.

Estuvimos toda la tarde en playa entre baños y charlas mientras estábamos tumbados en las hamacas. Por la noche fuimos a comernos una hamburguesa a un bar que había cerca y luego me acompañó en un taxi a mi casa y nos despedimos quedando en volver a vernos.

Cuando llegué me senté con mis padres y les conté la oferta que me había hecho Leo para trabajar en la clínica de su padre y a ellos les pareció una gran idea para que usara una parte de mi tiempo para trabajar y sentirme realizada.

No podía quedarme solo en esta etapa como madre y me merecía abrir mi camino, ese por el que luché estudiando una carrera que no me regalaron y que obtuve con tanto esfuerzo.

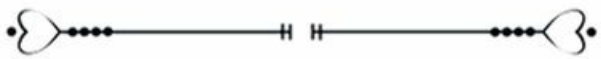
Me acosté ilusionada con esa idea a la que me iría haciendo en los próximos días y que iría cuadrando por el tema de la niña, pero eso ya en unos días, ahora quería seguir centrándome en recuperarme, que, aunque sonriera y quería demostrar que estaba fuerte, en el fondo aún sufría demasiado y me comía por dentro.

Valentina me puso un mensaje diciendo que por la mañana me recogía para desayunar que tenía que contarme algo. A saber, qué le había pasado ahora.

Le dije que, sin problema, ya que Conrad hasta la tarde no traería a la niña. Quedó en que pasaría por mí a las diez de la mañana. Se despidió de una forma en la que me parecía un poco seca y como cortante, como que no quería que le preguntara nada en estos momentos.

Conociéndola podía ser cualquier tontería, pero bueno, no tenía la cabeza para comérmela más de lo que ya me la comía.

Capítulo 34



Martina

A las diez en punto estaba dejándome una perdida Valentina en señal que estaba fuera. Salí de inmediato, ya que estaba lista.

Salí y me la encontré con una sonrisa un tanto extraña. Le di un beso en la mejilla antes de abrocharme el cinturón.

—¿Qué te pasa? —le pregunté de lo más extrañada.

—Yo calladita hasta que lleguemos a la terraza y nos pongan el café —hizo la que se echaba una cremallera en los labios.

—Estás como una cabra.

—No, como una cabra estás tú.

—Pero, ¿qué cojones te pasa? —pregunté negando.

Y no contestó. Aparcó cerca de la terraza, se agarró a mi codo y fuimos andando hasta esta. Nos pedimos los desayunos y cuando nos trajeron el café me dio un cigarro.

—Toma, que te va a hacer falta. Y ahora me toca hablar a mí y te quiero más callada que una puta, porque a él no lo dejaste hablar, pero a mí te garantizo que así te amordace, lo harás.

—No quiero hablar de él —le advertí seriamente.

—Por mí puedes decir misa, pero te garantizo que me vas a escuchar, Martina, vaya que sí. Y te lo voy a contar cronológicamente y tengo todas las pruebas en el móvil.

—Di lo que sea rápido y procura que sea más interesante de lo que dudo que será.

—Pobre ilusa —se rio—. Para que te hagas una idea te lo contaré cronológicamente. Lo primero es que después de tú decirle a Conrad que no lo querías escuchar, él ya venía con lagunas de esa noche de la disco. De que amaneció con ella, nanai, lo he visto en las cámaras de seguridad de esa noche y lo puedes ver tú.

—¿Y?

—Él después de la reunión y de que tú le frenases en el club, tenía serias dudas de lagunas que tenía de esa noche y se fue a un laboratorio a hacerse unas pruebas que tengo los resultados en el móvil y que a él le llevaron a confirmar sus sospechas. Lo habían drogado.

—Sí claro, ahora tengo que creer que lo drogaron, me es más fácil creer que se drogó. Ya me espero de él cualquier cosa.

—Cállate que hay más —se llevó su dedo a los labios en gesto de silencio—. Resulta que contrató a Guillermo, el detective, para que investigara todas las cámaras de seguridad y todo, es el que descubrió todo lo de Logan.
—Sorpréndeme…

—Desde lo del robo ya sabes que Conrad puso cámaras de seguridad hasta en la entrada de los baños.

—¿Y?

—Pues sí, fue drogado y se ve cómo un tío le echa en su copa unas gotas cuando él miraba hacia un lado. Luego se puede observar desde otra cámara cómo esa tía está subida a la barra y le pide a él que la coja y la baje. Para que no haya un numerito en la discoteca él lo hace y encima bajo los efectos de esas sustancias. Casi se van cayendo y por eso de esas risas. Luego ella lo pega contra la pared y le dice algo. Se ve todo en vídeo y acto seguido aparece Ethan y lo saca de allí. Las cámaras del exterior graban el momento en que lo acompaña a su casa a las dos de la mañana y él no vuelve a salir. Ahí no queda todo. ¿Sabes que ayer por la tarde consiguió el detective una confesión de ella? La tengo en el móvil también y, ¿sabes qué dice?

—No lo sé —pregunté temblorosa.

—Le había pagado Logan, el escocés —dijo dando un golpe sobre la mesa—. Ahora la injusta has sido tú con él por culpa de un Logan que está dispuesto a cualquier cosa por joderte la vida. Conrad te ama con todo su corazón y lo he visto llorar de impotencia, rabia y desolación, al igual que te vi a ti un día. Lo creo y pongo la mano en el fuego por él. Y ahora creo que te toca a ti agachar la cabeza y arreglar lo que esta vez tú has estropeado, porque si él no debió de pensar que tú eras una delincuente por unas pruebas que te señalaban, ahora tú debes de recapacitar y saber que esta vez fuiste la que lo tachó a él de desleal y de mentirte cuando te decía que te amaba. Es hora de que os lo perdonéis todo y luchéis por ese amor que sentís el uno por el otro. Es hora, Martina, hazlo por ti y por él, los dos os lo merecéis.

—Y mi hija también.

—Tu hija la que más, pero vosotros sois los que os merecéis disfrutar de ese amor tan único que teníais.

—¿Está muy enfadado contigo?

—Para que te hagas una idea. Le he dicho que no te devuelva a tu hija hasta que tú vayas a por ella y entres a la urbanización y que, si hace caso omiso, pongo una historia en Instagram contando lo de Gonzalo.

—Te pasas tres pueblos —me reí nerviosa.

—No le vas a dar más la espalda ni echar las culpas a la urbanización de que está maldita. Maldito está el cabrón de Logan que está obsesionado contigo y dispuesto a hacer cualquier cosa que te cause dolor. Pero tranquila, sé que de alguna manera Conrad lo pondrá en su sitio.

—La he cagado —rompí a llorar con tristeza.

—Escucha, gilipollas, que no te me vengas con lagrimitas —dio un golpe en la mesa que me asustó y todo—. ¡Qué lo arreglas y con una sonrisa! ¿Te has enterado? Que os quiero riendo y que echéis un polvo de una vez por todas. El amor triunfa y el de vosotros es una gran historia de amor para hacer hasta una novela.

—Qué mal, qué mal.

—Y dale —resopló—. ¡Que sonrías! Que él cada vez que te ve sonreír se desvanece y quiero que llegues allí con la mejor de tus sonrisas y si es posible te tiras a sus morros y luego te arrodillas pidiéndole perdón.

—Tampoco te pases —me reí.

—Bueno vale, eso te lo voy a perdonar, pero vamos, que de esta os quiero ver hasta casados.

—Estás como una cabra.

—Soy fan de vuestra relación —comenzó a aplaudir emocionada y me hizo sacar la mejor de mis sonrisas.

—No es tan mujeriego como pensaba… —murmuré negando y maldiciendo la hora en que no lo dejé hablar y lo ayudé a descubrir qué pasaba.

—No es ningún mujeriego, aunque todos los hombres lo son, pero él te ama y tiene claro que contigo es con la que quiere estar. Me ha jurado que, si me escuchabas y conseguía hacerte ver la realidad, te dijera que no pisaba más la discoteca en su vida sin ir contigo.

—Qué mono —murmuré emocionándome.

—Te está esperando con todo su corazón y los brazos abiertos. Quiere seguir demostrándote que eres mucho más que sexo para él, que con solo poder abrazarte y estar a tu lado como hombre ya es feliz. Está de lo más ñoño pero decía unas cosas muy bonitas —apoyó sus codos en la mesa y puso la cara entre sus manos sonriendo—. Nunca le había visto tan enamorado, te lo aseguro.

—Me da mucha vergüenza, pero me muero por abrazarlo.

—Te vas a vivir con él que lo sepas.

—No, por ahí no, quiero empezar desde cero.

—Madre mía que estás para que te metan en un psiquiátrico.

—Otro par de cafés —le pedí al camarero porque necesitaba un poco más de cafeína antes de ir a encontrarme con Conrad.

De nuevo dispuesta a dar un paso adelante y pedirle perdón por la parte que me tocaba, que en esta ocasión había sido demasiado rápida en juzgar y cargarme lo bonito que estaba pasando entre nosotros y lo bien que él lo estaba haciendo para ganar por completo mi corazón.

Nunca me había fumado en una mañana tres cigarros, pero en esta ocasión estaba de los nervios. Además, tenía muchas ganas no solo de abrazarlo a él, también a mi hija a la que echaba mucho de menos, aunque me valía para respirar un poco.

Entré al baño y me lavé las manos y los dientes, ya que siempre llevaba un cepillo y pasta en el bolso, eran mis dos imprescindibles.

Estaba de lo más nerviosa y de nuevo mi cabeza y los planes volvían a cambiar en mi vida, esa que era una continua montaña rusa de emociones y situaciones de las que no sabía cómo aún no me había dado un paro cardíaco.

Llegamos a la urbanización y me dejó en la puerta de fuera del jardín de la villa. Me dio un abrazo y muchos ánimos.

—Sonríe que eso lo hará sonreír a él también, ¿vale?

—Te lo prometo. Luego te llamo. Te quiero.

—Yo más, preciosa mía. A por todas, cariño.

Llamé al timbre de la puerta y se me hizo un pellizco en el estómago.

, Abrió con la niña en brazos y entré atravesando el jardín con una sonrisa que me hizo tragar saliva para no llora de la emoción.

—¿Qué hacéis aquí parados si no está la pieza más importante del equipo? —pregunté en tono de broma y tragué saliva de nuevo, pero no pude evitar emocionarme y abrazarlos.

De nuevo tenía a mis dos amores en mis brazos y le pedía a la vida que no me pusiera más a prueba.

—Logan va a ser nuestra desgracia —dije con tristeza.

—No, tranquila, ya me he encargado yo —murmuró mientras me abrazaba con fuerza y mucha emoción.

Cogí a la pequeña y me la comí a besos. Nos fuimos hacia el Club a tomar algo.

—Esta mañana vino mi padre a verla porque estuvo toda la noche con tos y mucho moco. Le ha mandado estas gotas —las sacó de la bolsa del carrito—. Desde casa estuvo hablando con el pediatra y fue el que le dijo qué darle.

—Genial. Eres todo un padrazo —sonreí mirándolo con esa timidez que de nuevo me salía cuando estaba ante él.

—Me gustaría proponerte algo…

—Dime, claro, nada difícil, ¿eh? Que ya sabes que yo…

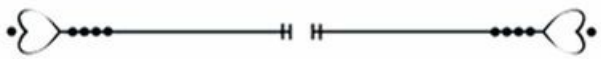
—No lo digas, el camino se hará solo —me acarició la mano por encima de la mesa—. Había pensado ahora, que espero que estemos más tranquilos, ¿qué te parece si nos vamos a Jamaica y llevamos a la peque a que la conozcan Winston y su familia? Creo que nos vendrá bien para despejarnos y estar los tres juntos en ese lugar que fuimos tan felices. Sería dentro de tres meses y poco, cuando la pequeña tenga un añito.

—Sí, claro que sí, Conrad, lo veo una idea genial —dije de lo más emocionada.

A partir de ese momento comenzamos de nuevo a retomar con cautela lo que dejamos atrás ese día. De nuevo sin prisas, cada uno en su casa, quedándome en la de él los fines de semana y haciendo que nuestro mundo girase en torno a los tres.

Tenía miedo, mucho miedo, pero merecía la pena luchar por lo que se amaba y ellos eran todo lo que necesitaba en mi vida para ser feliz., inmensamente feliz, en realidad.

Capítulo 35



Martina

Quién me iba a decir que volvería a este lugar del que me fui de la mano de Conrad.

Pero aquí estábamos los dos de nuevo, y esta vez, con nuestra niña.

Cuando me dijo que había seguido en contacto con Winston, ese hombre que tan bien nos había caído a las dos y al que tanto cariño cogimos en nuestra visita aquí, sonreí, porque me alegraba que Conrad hubiera estado hablando con él durante este tiempo.

Regresábamos a la misma villa en la que nos alojamos aquella vez, y todo en ese lugar me hizo sonreír del mismo modo que cuando lo vi por primera vez, pero ahora más porque venía con una personita que era mi vida entera, al igual que la de Conrad.

En cuanto nos acompañaron a la villa dejé a mi niña con Conrad y fui a colocar sus cosas en la habitación para dejarlo todo listo, después coloqué las mías, me di una ducha y regresé a por ella para que Conrad pudiera hacerlo también antes de ir a dar un paseo por el resort, como me había dicho.

Al igual que aquella primera vez aquí, eran ya las ocho de la tarde y saldríamos a cenar y hacernos algunas fotos, que mi madre y la de Conrad me habían dicho que querían vernos bien guapas a las dos juntas en una puesta de sol.

Lo que querían las abuelas a su nieta, que igual que su padre tenía la galería de fotos del móvil llena de momentos de mi pequeña.

—En este lugar, conquisté a tu mamá —escuché que le susurraba a la niña.

Estaba en el jardín con ella en brazos, que lo miraba como si entendiera algo, sonriendo y jugando con el pelo de su padre, y es que le encantaba tocárselo.

—No me entiendes, lo sé —sonrió él—, pero quería que supieras que aquí fue donde entendí que estaba

completamente enamorado de tu madre, y si me guardas el secreto, hija mía, aún lo estoy como el primer día —le dio un beso en la frente y suspiré.

—Ya estoy aquí —me hice notar y él se giró con una sonrisa al verme.

—Mira, Julia, mira qué guapa se ha puesto mamá.

—Venga, que ahora le toca a la princesa ponerse guapa —la cogí en brazos—. Pero antes, hazlo tú, que tardarás menos. Y mientras voy preparando su ropa.

—Lo que ordene, jefa —dijo haciéndome un guiño, y resoplé cuando pasó por mi lado.

—Tu padre tiene mucha guasa, ¿verdad qué sí?

Le di un beso a mi niña en la mejilla cuando ella me sonrió. Tenía un añito ya y no hablaba, pero alguna que otra palaba sí balbuceaba.

Mientras Conrad se duchaba fui a preparar la ropa de mi niña, le quité la que había traído durante el viaje y cuando él salió de la ducha, con una toalla en sus caderas, por Dios que tuve que tragar saliva con fuerza porque me pareció una imagen de lo más sexy verlo con el torso desnudo y esas gotitas de agua cayendo por él.

Aparté la mirada, pero por la sonrisilla que le vi a él me dejó más que claro que me había pillado.

Entré para dar un bañito rápido a Julia y cuando la vestí, salimos para encontrarnos con un más que guapísimo Conrad, con esos pantalones cortos beige, una camisa blanca y las zapatillas en marrón clarito.

—Voy a ser el hombre más envidiado del resort —dijo cogiendo a nuestra hija—. Vais las dos guapísimas.

Mi vestido era ibicenco en rosa pastel, y a mi niña le había puesto un peto en amarillo pastel con una diadema a juego. Iba para comérsela de bonita.

Salimos de la villa porque nos apetecía cenar en el restaurante del resort, pero me llevé una sorpresa grandísima cuando vi allí al mismísimo Winston esperándonos.

No lo pude evitar y me tiré a sus brazos, esos que no dudó en abrir para recibirme.

—Si llego a saber que me ibas a saludar así, habría estado esperando en el aeropuerto —dijo con una risa.

—Pues podrías haber estado, la verdad. ¿Cómo estás, Winston? —sonreí.

—Muy bien, y ya veo que tú, también.

—No te creas, que he tenido mis momentos —suspiré recordando todo aquello por lo que había pasado desde que nos conocimos.

—Ya imagino —me acarició la mejilla—. Y esta preciosa niña que tenemos aquí, pero si es para comérsela. ¿Puedo? —preguntó.

—¿Comerte a mi niña? No, no, que otra igual no hago.

—Porque no lo dejes a él hacértela, que seguro que ganas, no le faltan —me dijo con una sonrisilla señalando a Conrad con la cabeza, y yo reí negando.

—Winston, ella es Julia, nuestra hija —le dijo Conrad, acercándola para que pudiera cogerla en brazos.

—Cuando te vea mi hija Ori, va a querer que te quedes con ella —sonrió—. Si parece una muñeca, por favor. Hola, julia, soy tu tío Winston, pero como va a ser difícil que digas mi nombre, me conformo con que me llames tito.

—*Ito* —dijo ella con una risilla, y es que estaba acostumbrada a llamárselo a Ethan y a Gonzalo algunas veces.

—Pues ya me has robado el corazón, pequeñaja. Ahora te tienes que quedar a vivir conmigo.

—Y dale, qué ganas de quitarme a mi niña, que otra no hago —protesté y él soltó una carcajada.

—Bueno, ¿qué os parece si cenamos? —dijo Conrad, y Winston asintió, pero no soltó a la niña, la llevó en brazos hasta la mesa y con ella sentada en sus piernas se quedó.

Una vez allí pedimos marisco y algo de carne para cenar, le pregunté a Winston por su familia y dijo que tanto su hija como su mujer estaban deseando volver a vernos y conocer a la niña. Yo también tenía ganas de verlas porque, aunque solo fue una vez la que compartimos juntas, fue suficiente para ver el infinito amor que sentían los tres por cada uno de ellos.

Nos dijo que iba a ser nuestro chófer durante el tiempo que estuviéramos aquí, así que, cuando quisiéramos que nos llevara a algún lugar, solo teníamos que enviarle un mensaje.

—La verdad es que me gustaría volver a esos rincones que nos enseñaste, Winston. Cada vez que veía las fotos, me apetecía volver, y ya que estoy aquí, pues un chapuzón en esos bonitos lugares, me encantaría darme.

—Eso está hecho, Martina —sonrió mientras mi niña jugaba con una pulsera que llevaba en la muñeca.

Después de la cena nos tomamos una copa con él, y quedamos en que pasaría a recogernos al día siguiente para

comenzar a aprovechar los días. También le dije que me gustaría que uno de los días nos llevara a alguna de las cascadas, viniera su familia también para disfrutar del día con ella, y me dijo que, lo hablaría con su mujer porque no querían molestar.

—¿Qué molestia, Winston? Son tu familia y hemos venido para veros, así que puedes traer a tu mujer y tu hija sin problema, ¿me oyes? —le dijo Conrad.

—Y te lo digo desde ya, no va a aceptar un no por respuesta —reí.

—Vale, vale, entonces le diré que no es una sugerencia, si no una orden —rio con ganas.

—A ver si la vas a asustar y te pide el divorcio, aunque, ¿dónde iba a estar mejor que contigo? Yo desde luego no te lo pediría.

—A mí no me metas en líos con mi hermano Conrad, que me acaba de mirar como si quisiera arrancarme un ojo.

—O los dos, si te descuidas, que no veas a veces cómo se las gasta —reí.

—Hija, que tu madre no me quiere ni un poquito, qué pena de mí —suspiró cogiendo a Julia en brazos.

—Mírale, qué cara pena tiene —dijo Winston con una sonrisilla.

—Nos vemos mañana, hermano.

—Aquí estaré —se dieron un abrazo—. Descansad. Adiós, preciosa —le dio un besito en la mejilla a Juila y ella agitó la mano para despedirse.

Regresamos los tres a la villa y por el camino fuimos comentando que iba a ser bonito volver a aquellos lugares y que, aunque nuestra hija no iba a poder disfrutar mucho de ellos, nosotros lo haríamos porque ella iba a estar en todas nuestras fotos.

En cuanto entramos Conrad me dio a la niña después de darle un beso y me la llevé a la habitación para acostarla. Él se había encargado de pedir que nos pusieran una cuna, pero seguía llevando un poquito mal eso de que solo hubiera una cama donde dormir los dos.

Le puse el pijama a la niña, la metí en la cuna con su peluche favorito y mientras me ponía un pijama para estar cómoda, se quedó dormida. Cuando fui a ver dónde estaba Conrad lo encontré tomando una copa en el jardín, sonrió al verme y me ofreció para que diera un sorbo. Sonreí al probarlo puesto que era un zumo de frutas.

—¿Se ha dormido? —preguntó pasándome el brazo por los hombros.

—Sí, y yo me voy ya a la cama.

—Vale, iré enseguida.

—Y te quedas toda la noche en tu ladito, ¿vale? —le advertí.

—Tranquila, que no voy a invadir tus dominios —reí negando.

—Buenas noches, Conrad.

—Buenas noches, pequeña.

Y en ese momento, cuando me llamó así, me recordó tanto a cuando lo hacía antes de que todo se desmoronara entre nosotros.

Me fui a la habitación, vi que Julia estaba bien y me metí en la cama tras darle un besito.

No tardé mucho en quedarme dormida, y no estaba segura de, si había soñado con ese beso que me había dado Conrad en la mejilla, o si lo había hecho de verdad.

a

—Sí, y yo me voy ya a la cama.

—Vale, iré enseguida.

—Y te quedas toda la noche en tu ladito, ¿vale? —le advertí.

—Tranquila, que no voy a invadir tus dominios —reí negando.

—Buenas noches, Conrad.

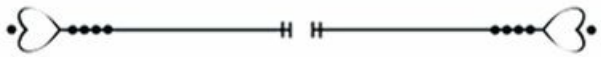
—Buenas noches, pequeña.

Y en ese momento, cuando me llamó así, me recordó tanto a cuando lo hacía antes de que todo se desmoronara entre nosotros.

Me fui a la habitación, vi que Julia estaba bien y me metí en la cama tras darle un besito.

No tardé mucho en quedarme dormida, y no estaba segura de, si había soñado con ese beso que me había dado Conrad en la mejilla, o si lo había hecho de verdad.

Capítulo 36



Conrad

Me costó convencerla para que hiciéramos este viaje, pero aquí estábamos, de vuelta donde todo comenzó.

Después de ese acercamiento que habíamos tenido, sentir que volvía a perder a la mujer que más amaba en el mundo fue igual de doloroso que la primera vez, y ahora necesitaba pasar estos días en familia con ella y nuestra hija, porque ellas se habían convertido en el centro de mi mundo.

En algún momento de la noche me había debido mover y acabé invadiendo su espacio, algo que prometí que no haría, pero ella estaba dormida entre mis brazos y notaba el calor de su aliento en el pecho.

Abrí los ojos sin moverme lo más mínimo, la miré y vi que tenía una cara llena de paz. Me maldije durante semanas por lo que había vuelto a sufrir, y me juré que jamás sufriría de nuevo por estar a mi lado.

Amaba a Martina como nunca creí que amaría a nadie, y saber que ella era esa mujer que algún día llegaría a m vida como mi gran amor, me hacía sentir que, o era con ella con quien estar, o no sería con nadie.

Acaricié su cabello y le di un beso en la punta de la nariz, la noche anterior se lo di en la mejilla y me controlé tanto como ahora para no dárselo en los labios, porque me moría de ganas de poder hacerlo.

Comenzó a moverse y sí, me hice el dormido. No era cobardía ni mucho menos, era solo curiosidad para saber qué hacía ella.

No se apartó, se quedó allí entre mis brazos y la escuché suspirar, me acarició el cabello, después la mejilla y por último noté que me tocaba los labios. Dios, cómo quería que fueran sus labios los que me tocaban en ese momento.

Y recé a todos los Santos y Apósteles que estuvieran escuchándome para que no me tocara más porque corría el peligro de que se diera cuenta de que cierta parte de mi anatomía, solo de imaginarla en otra situación, comenzaba a crecer bajo la ropa.

Así que antes de que eso pasara, me moví y abrí los ojos.

—Buenos días —me dijo con una ceja arqueada.

—Buenos días. ¿Qué pasa? —sí, además me hice el tonto, ya podían darme un Goya por mi papel.

—Has invadido mis dominios. Eso no está bien, señor Godoy.

—Lo siento, es que durmiendo no soy persona.

—¿Qué eres, entonces? Un pulpo, ¿no? Por cómo me abrazas, digo —sonrió, y me encantó verle esa sonrisa.

Tanto me gustó verla y tenerla entre mis brazos, que, ni pude, ni mucho menos quise evitar lo que hice. Me incliné y le di un beso en los labios, algo rápido y breve, pero que ella no rechazó.

—Ejem, ejem —carraspeó como quien no quería, pero no hubo queja ante el beso—. Voy a vestirme.

—Y yo a ver a la niña.

Martina se fue al cuarto de baño para asearse y yo me asomé a ver a Julia, que como muchas mañanas estaba tranquila en la cuna jugando con su peluche.

—Buenos días, mi niña —la cogí en brazos y le di un beso—. Hora de vestirse.

Me gustaba ayudar a Martina con todo lo que tuviera que ver con la niña y, desde siempre, los fines de semana que se habían quedado en mi villa en la urbanización, muchas mañanas era yo el que me encargaba de vestirla.

Le puse un precioso conjunto de pantalón y camiseta en rosa y blanco de lo más fresquito para pasar el día fuera. La senté en la cama y me vestí en lo que salía Martina, que lo hizo poco después con un pantalón corto en beige, una camiseta blanca y las zapatillas, así como el cabello recogido en una coleta que la hacía verse de lo más juvenil.

Salimos de la villa para ir a desayunar y mientras lo hacíamos le mandé un mensaje a Winston para que entrara a tomar un café con nosotros cuando llegara. No tardó en aparecer por allí y fue directo a quitarme a la niña de los brazos.

—Conrad, lo vamos a tener que vigilar o nos quita a la niña de verdad —dijo Martina.

—No me des ideas —contestó él con una sonrisa.

—*Ito* —dijo mi pequeña, y a él se le cayó la baba.

—Y me acabas de conocer, pequeñaja, qué bien te acuerdas de mí.

—Para olvidarte, Winston, que eres como un armario —reí.

—Todavía me la llevo a casa y no la veis hasta que os vayáis.

—Anda que iba a pasarlo mal ella, que está acostumbrada a ir de mano en mano —Martina volteó los ojos—. Mira con qué facilidad se ha ido contigo las dos veces que te ha visto.

Winston sonrió y se tomó el café con nosotros. Cuando acabamos de desayunar nos llevó directamente a la cascada para darnos un chapuzón y disfrutar de aquel rincón rodeados de naturaleza donde mi niña disfrutó en mis brazos de ese baño.

Incluso Winston se dio un chapuzón y dijo que su mujer había aceptado ir con nosotros a una cascada, al igual que su hija Ori, que estaba loca de contenta y decía que quería conocer a Julia.

Cuando nos secamos le pedí a Winston que cogiera a la niña y le hice una foto con su móvil, esa que al verla sonrió de oreja a oreja y dijo que quería otra así con su hija también para poder ponerla como fondo de pantalla.

Que ese hombre que nos conocía de unos días hacía tiempo quisiera también a mi hija, como si de familia suya se tratase, era algo que me encantaba.

Nos llevó a comer esa carne deliciosa que tanto nos gustó la primera vez que estuvimos aquí y tras eso, tomamos café en un puestecito de madera antes de llegar al resort.

Quedamos en que le avisaría para volver a salir, pero que, seguramente, sería en un par de días y así el siguiente nos podríamos quedar en la villa descansando.

Martina se pasó todo el tiempo en la cascada haciéndonos fotos y haciéndoselas a la niña, había algunas preciosas que estaba deseando poder enmarcar.

Cuando entramos en la villa lo primero que hice mientras ella bañaba a la niña y después se ponían cómodas las dos, fue pedir que nos trajeran la cena en un par de horas, algo de marisco y pescado con una buena botella de vino blanco.

En cuanto ellas salieron, fue mi turno de ponerme cómodo.

Mientras me duchaba no podía dejar de pensar en todos esos momentos que vivimos Martina y yo en esta misma villa, y al recordar muchos de esos que tuvimos entre las sábanas, mi miembro se ponía en alerta.

La seguía deseando como el primer día, y no dejaba de imaginar el momento en el que pudiera conquistarla y

comerla a besos como deseaba.

Me uní a ellas y vi que estaba haciendo un vídeo mientras le iba contando a los abuelos lo que Julia había hecho, vídeo que iba a enviar a sus padres y los míos para que vieran a su nieta favorita, como decían los cuatro.

La cena llegó, le dimos a Julia un poco de ese pescado sin espinas y el puré de patatas que había pedido para ella, y en cuanto se lo acabó vi que se estaba empezando a quedar dormida encima de Martina.

Acabamos nosotros y cogí a la niña en brazos para llevarla a la cuna, le di un beso de buenas noches y volví al jardín donde vi a Martina tumbada en la cama balinesa.

—¿Puedo? —pregunté y ella sonrió.

—Si me das un masaje en las piernas, sí.

—Eso está hecho —me acomodé sentado a un lado y comencé a masajear una de sus piernas.

Me encantaba el tacto de su piel, tan suave como lo recordaba. Y hablando de recordar…

—Este es un masaje de piernas relajante, no uno de esos con final feliz —me advirtió, y solté una carcajada—. No te rías, que el primero que me diste, casi acaba en eso.

—No te habría tocado sin tu consentimiento, y lo sabes.

—Ya, ya, pues, bien que se te iban los nudillos hacia cierta zona…

—Hacia, ¿esta, quizás? —dije mientras los nudillos de mi mano izquierda le rozaban la entrepierna.

Y no me iba a poder mentir porque la vi estremecerse antes de decir mi nombre a modo de protesta. Sonreí, y seguí masajeándole las piernas.

Si algo tenía Martina es que siempre me había provocado tal deseo, que no pude quedarme quieto y mis nudillos rozaban su zona íntima cada cierto tiempo, ella tenía los ojos cerrados porque estaba claro que no quería mirarme a los míos, que le podía la vergüenza que tan bien conocía yo, y con ese mordisquito que se dio en el labio inferior me dejó más que claro que esto, le estaba gustando.

Llegué un poco más allá de sus muslos y comencé a masajearle el vientre, se estremeció de tal modo que incluso la escuché soltar el aire, estaba claro que mis manos sobre su piel comenzaban a afectarle, y más que evidente fue eso para mí cuando vi que se removía queriendo apretar las piernas y frotar su zona para aliviarse.

—Conrad —murmuró en un leve jadeo.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Que ya tengo las piernas mejor, en serio.

—Puedo hacer que toda tú estés mejor, ¿qué te parece?

—Que no vayas por ahí, que la lías, pollito —contestó y me salió una carcajada.

—Quiero liarla, y no sabes de qué manera —confesé, porque verla así me encendía y no hacía más que desearla más, prueba de ello era la erección que tenía bajo los pantalones y que Marina vio al mirarme.

—Es una locura.

—Dime que no quieres lo mismo que yo, pequeña, y me tiro al jacuzzi ahora mismo para quitarme el calentón.

Se mordió el labio de nuevo y supe que quería exactamente lo mismo que yo. Pero no lo dijo, ni una sola palabra salió de sus labios, sino que llevó la mano a mi nuca para atraerme hacia ella y me dio un beso rápido en los labios.

—La vamos a liar, es que lo estoy viendo —murmuró.

—Tu cuerpo necesita liarla, y el mío más todavía.

La vi tragar con fuerza, mirarme los labios y cuando sus ojos se encontraron de nuevo con los míos, la besé.

Y dejé que todo fluyera de manera natural, como tantas veces habíamos hecho antes. Ella se dejaba llevar y hacer y eso a mí me volvía loco.

Quería ir despacio, de verdad que sí, pero la deseaba tanto y había esperado durante tanto tiempo que llegara este momento, que le quité el pijama y las braguitas con una rapidez que la hizo sonreír y sonrojarse a partes siguales.

r Me quité los pantalones y el bóxer y me acomodé entre sus piernas para besarla y poder sentirla piel con piel.

Fui bajando con mi lengua por todo su cuerpo, lamiendo cada centímetro de piel que me encontraba, hasta que llegué a esa zona que ya estaba más que húmeda y donde no dudé en adentrarme con dos dedos que le arrancaron un gemido cargado de placer.

Y la devoré, sí, así tal cual, llevé mi lengua a su clítoris y comencé a lamer sin detenerme un instante, hasta que la llevé a un orgasmo que la dejó temblorosa en aquella cama balinesa.

Volví a besarla y tras alinear mi miembro con su entrada, mientras ella me miraba y rodeaba por el cuello con sus brazos, la fui penetrando despacio hasta que ambos dejamos salir un jadeo de alivio al quedar unidos de nuevo.

Me fui moviendo despacio y volví a besarla, hasta que ella misma con sus movimientos de caderas en busca de un placer aún mayor, me hizo perder la cabeza y comencé a penetrarla más y más rápido cada vez.

Aquello era el paraíso, sin más, estar con ella piel con piel era el paraíso. Y los dos debíamos estar pensando en lo mismo cuando notamos que nos acercábamos al clímax, pues rompimos el beso y nos miramos fijamente.

—Mierda —dijimos al unísono.

Me moví más rápido para hacer que ella liberara el clímax y, cuando lo hizo, me retiré para correrme fuera mientras ambos seguíamos jadeando.

—Joder, Conrad, la que hemos podido liar —me dijo.

—Joder hemos jodido, sí —me salió una risilla.

—Una cosa te digo, si quieres que haya más de esto, ya puedes comprar preservativos y, a ser posible, usarlos de dos en dos.

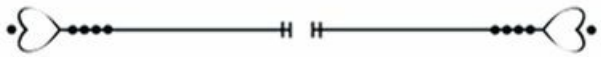
—¿De dos en dos? —abrí los ojos ante aquella petición.

—Sí, sí, que Julia está muy bien siendo hija única, a ver si nos vamos a llenar de churumbeles ahora y luego cuando nos casemos con otras personas, vamos a ser como la familia de Los Serrano.

—Pequeña, si hay algo que tengo claro ahora mismo, es que no quiero perderte y ver que estás con otro. Y sonará egoísta, pero te amo demasiado.

Volví a besarla, la cogí en brazos y nos metimos en le jacuzzi, donde puedo asegurar que las horas se nos pasaron entre esos besos y caricias que ninguno podíamos evitar, y que ella no quería admitir que me había deseado.

Capítulo 37



Martina

Los días en Jamaica estaban siendo perfectos, Conrad no dejaba de estar pendiente de Julia y tampoco de mí. Siempre atento a que no me faltara nada y, por qué negarlo, ocupándose de que mis noches fueran de lo más ardientes.

Desde que nos dejamos llevar en el jardín no habíamos parado de hacerlo, porque la química que una vez tuvimos estaba ahí de nuevo, latente y haciéndonos ver que eran ciertas esas palabras que decían que, “donde hubo fuego, brasas quedan”.

Y entre nosotros se notaba que aún había mucho de lo que una vez hubo, y que no podíamos dejar de tocarnos y besarnos cuando teníamos la oportunidad.

Hoy era un día especial para todos porque nos íbamos a pasarlo a una cascada con Winston y sus chicas, así que preparamos la bolsa con las toallas después de vestirnos y fuimos a desayunar antes de encontrarnos con ellos en la entrada.

Fue vernos aparecer, y Ori sonreír de oreja a oreja, corrió a mis brazos y me dio tal achuchón que me emocioné hasta las lágrimas.

—Hola, preciosa. Madre mía, cómo has crecido —le dije y ella sonrió.

—Mi mamá dice que voy a acabar igual de alta que mi padre.

—Camino llevas, desde luego —rio Conrad.

—Ay, pero qué bonita es Julia —dijo acercándose a él—. ¿Puedo cogerla?

—Ori, mi vida, que no es una muñeca —le advirtió su madre.

—Ya lo sé, aunque no me digas que no lo parece —sonrió.

—Toma, cógela —Conrad se la entregó y ella la cogió con mucho cuidado.

—Hola, Julia, soy Ori, tu prima jamaicana —le dio un besito en la mejilla y mi niña sonrió.

—Cuando queráis nos vamos —dijo Winston.

Conrad y yo saludamos a su mujer con un abrazo y un par de besos, y subimos todos al coche para irnos a pasar el día a la cascada.

Los hombres iban delante y nosotras detrás. La mujer de Winston, que, por cierto, se llamaba Jalissa, llevaba a Ori en brazos, ya que en el centro estaba la sillita que el propio Winston había colocado para mi niña cuando supo por Conrad que veníamos a pasar unos días.

Durante el camino Ori se hizo varias fotos con mi pequeña, la hacía reír y no dejaba de enseñarle a decir su nombre.

Cuando llegamos a la cascada nos acomodamos y vi que Jalissa tenía un par de neveras. Al abrirlas la miré alucinando.

—Pero, ¿dónde vas con tanta comida, mujer? —pregunté.

—Para no ir a ningún sitio más que a tomar café antes de que os llevemos de vuelta. Comer aquí, es mucho mejor —sonrió.

Y qué bien olía todo aquello, donde vi que había envases con arroz y pollo, ensalada, carne, y hasta algo de pescado que dijo que Winston iba a preparar en una parrilla que tenía en el coche.

—Si te viera mi madre, te hacía un monumento. Eres como ella cuando me llevaban de pequeña a la piscina o a la playa, siempre con todos los táperes de comida en la nevera —reí.

Nos quitamos la ropa y fuimos todos a darnos un chapuzón, las niñas se lo pasaban pipa la una con la otra, riendo mientras Ori nadaba al lado de Julia, que llevaba los manguitos y siempre estaba en brazos de Conrad o de Winston.

Me encantaba ver a mi niña tan feliz, pero es que ella era así. Siempre tenía esa risilla en los labios que esperaba y deseaba que no perdiera nunca. Ojalá ningún hombre la hiciera sufrir, ojalá nadie se atreviera a hacerle daño y romperle el corazón sustituyendo esa sonrisa por lágrimas de dolor, como me había pasado a mí.

Pero era ley de vida, como solía decirse, y yo no podría evitar que mi pequeña pasara por eso.

Jalissa y yo nos salimos para secarnos y poco después lo hizo Winston para preparar el pescado.

Mientras nosotras sacábamos los platos y vasos de una bolsa grande que había llevado ella, estuvimos hablando un poco sobre lo que había sido mi vida desde que nos conocimos.

Y sin poder evitarlo al pensar en lo que me hizo pasar Conrad cuando me echó de aquel modo de su vida, se me escaparon algunas lágrimas.

—Y ahora lo veo con Julia, y me gana cada día —dije secándome las mejillas.

—Ama a esa niña, se le nota —sonrió—. Pero también a ti, Martina. No hay más que ver cómo te mira —me acarició la mejilla.

—Nos hemos acostado estos días —suspiré—, y ha sido como si no hubiera pasado nada.

—¿Por qué no le das una oportunidad? No estuvo bien lo que hizo, pero sin duda te ama con todo su corazón. Vale —levantó la mano al ver que iba a decir algo—, se acostó con otras y eso duele, pero no estaba contigo.

—Lo sé, pero aun así…

—Mira, cielo —me cogió la mano—. El amor que ese hombre siente por ti, lo vemos todos los que os observamos. Porque sí, porque vosotros desprendéis un halo de amor que os envuelve y ninguno de los dos podéis negarlo. Y no me lo niegues, en la cama, no ha habido nadie que te haya hecho temblar las piernas como él, ¿verdad qué no?

—¿Tú no tendrás una hermana perdida en España, por casualidad?

—Que yo sepa, no, pero todo podría ser —sonreímos.

Y en ese momento apareció Conrad con las niñas, las ayudamos a secarse y cuando Winston acabó de hacer el pescado, nos acomodamos todos para comer.

Jalissa no dudó en coger a Julia para que nosotros pudiéramos disfrutar de aquellos manjares, mientras que Ori la ayudaba a comerse el pescado y algo de pollo.

Y cuando menos lo esperamos, mi pequeña nos dio a todos una sorpresa.

—Ori —dijo, y nos quedamos mirándola.

—¡Qué ha dicho mi nombre! —gritó Ori llevándose ambas manos al pecho— Ay, qué emoción, papá, que ha dicho mi nombre.

—Ori —volvió a decir, esta vez, con un trozo de carne en la mano que le ofrecía a ella.

—¿Es para mí, muñequita? Muchas gracias —lo cogió y se lo comió.

Desde luego que a esa niña mi hija le había alegrado el día, con lo que le había costado que dijera su nombre.

Después de comer y dejar que mi chiquitina se durmiera un ratito con Ori al lado, nos dimos otro chapuzón antes de recoger todo e ir a tomar algo fresquito antes de volver al resort.

Nos quedaban pocos días en Jamaica, pero le dije a Jalissa que quería que volviéramos a vernos de nuevo y ella estuvo encantada de que así fuera, al igual que Ori que no quería despedirse de mi niña.

Conrad tuvo un detalle y le dio un sobre a Winston para que al día siguiente invitara a sus chicas a ir de compra y a comer, él sonrió con los ojos vidriosos y le dio un abrazo de esos que llegaban al alma.

Una vez en la villa bañé a la niña y me duché para ponernos cómodas mientras Conrad pedía la cena antes de ducharse él.

Nos comimos la ensalada y las brochetas de pollo con puré de patatas acompañadas de vino y cuando acabamos fui a acostar a la niña.

Al volver tenía a Conrad allí esperándome con un cóctel para cada uno en la mano.

—Gracias —dije dejando que me abrazara.

—¿Por qué, pequeña? —me derretía cuando me llamaba así.

—Por otro viaje tan bonito.

—Tú sí que eres bonita, y nuestra niña más todavía —me dio un beso en los labios.

Creo que no hace falta decir que nos olvidamos del cóctel y pasamos a sentarnos en el sofá del salón. Y lo de sentarnos es porque él se sentó conmigo a horcajadas sobre sus piernas.

Conrad me fue quitando la camiseta para quedar igual que él, solo vestida de cintura para abajo. Comenzó a lamer mis pezones y mordisquearlos mientras masajeaba mis pechos, y yo serpenteé contoneando las caderas despacio para rozarme con él.

Gemí al notar su dureza igual que él jadeó al sentir que me movía, y no dudé en llevar la mano al interior de su pantalón para sentir su miembro en ella. Caliente y duro, así estaba. Comencé a mover la mano sobre él y Conrad

hizo lo mismo que yo.

Nuestras manos tocaban y jugaban dando placer al otro, mientas seguíamos besándonos y los gemidos morían en nuestras bocas.

Hasta que noté que me iba a correr, Conrad empezó a penetrarme más rápido con dos dedos, y acabé rompiendo el beso para dejar caer la cabeza hacia atrás mientras me atravesaba el orgasmo.

En cuanto pasó el momento me levanté, me quité el pantalón y la braguita he hice lo mismo con él, arrodillándome entre sus piernas para disfrutar de su miembro en mi boca.

Lo miré fijamente y vi el deseo y la lujuria en sus ojos, esos que siempre vi y que me hacían sentir deseada.

s Me acarició la mejilla y noté que me cogía del pelo con la mano, guiándome en esos movimientos que tan placenteros le resultaban a él.

Hasta que hizo que me apartara para no acabar antes de tiempo. Me cogió por la cintura y tras recostarme en el sofá comenzó a lamer mi zona con esa avidez que lo caracterizaba, mirándome a los ojos mientras con sus dedos me pellizcaba los pezones y tiraba de ellos consiguiendo que mi excitación fuera en aumento.

;,

Grité mientras me corría de nuevo y movía las caderas para un mayor placer, y sin que hubiera terminado de liberarme por completo, Conrad se puso un preservativo y me embistió con todas sus fuerzas.

Se movía rápido y profundo, tanto que en cuestión de unos minutos los dos acabamos llegando de nuevo al clímax, esta vez al unísono.

Nos besamos y comprobé que aún lo amaba.

hizo lo mismo que yo.

Nuestras manos tocaban y jugaban dando placer al otro, mientas seguíamos besándonos y los gemidos morían en nuestras bocas.

Hasta que noté que me iba a correr, Conrad empezó a penetrarme más rápido con dos dedos, y acabé rompiendo el beso para dejar caer la cabeza hacia atrás mientras me atravesaba el orgasmo.

En cuanto pasó el momento me levanté, me quité el pantalón y la braguita he hice lo mismo con él, arrodillándome entre sus piernas para disfrutar de su miembro en mi boca.

Lo miré fijamente y vi el deseo y la lujuria en sus ojos, esos que siempre vi y que me hacían sentir deseada.

Me acarició la mejilla y noté que me cogía del pelo con la mano, guiándome en esos movimientos que tan placenteros le resultaban a él.

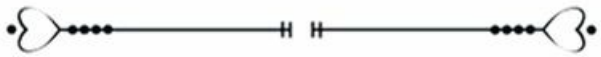
Hasta que hizo que me apartara para no acabar antes de tiempo. Me cogió por la cintura y tras recostarme en el sofá comenzó a lamer mi zona con esa avidez que lo caracterizaba, mirándome a los ojos mientras con sus dedos me pellizcaba los pezones y tiraba de ellos consiguiendo que mi excitación fuera en aumento.

Grité mientras me corría de nuevo y movía las caderas para un mayor placer, y sin que hubiera terminado de liberarme por completo, Conrad se puso un preservativo y me embistió con todas sus fuerzas.

Se movía rápido y profundo, tanto que en cuestión de unos minutos los dos acabamos llegando de nuevo al clímax, esta vez al unísono.

Nos besamos y comprobé que aún lo amaba.

Capítulo 38



Conrad

Era la última noche en Jamaica y no quería que nuestro viaje terminara.

Habían sido unos días donde no faltaron las risas, donde mis chicas habían disfrutado de la piscina, de los paseos, las siestas en el jardín bajo la sombrilla, se habían hecho infinidad de fotos y yo también se las hice sin que se dieran cuenta, y se divirtieron con Ori y Jalissa, las chicas de Winston.

El día anterior nos despedimos de ellos y les dejé un sobre con algo de dinero que a ellos les vendría muy bien, incluso Martina le compró algunas cositas a Ori, que le dio metidas en una caja de regalo de lo más bonita.

Lo que lloraron tras despedirse nos partía el corazón a Winston y a mí, que solo queríamos ver a nuestras chicas sonriendo como siempre.

Pero le prometí a mi hermano, pues así nos considerábamos, que seguiríamos en contacto y que volveríamos cuando tuviéramos la ocasión. Además, que con esto de las videollamadas podíamos vernos cuando quisiéramos, cuadrando bien los horarios.

Yo también había disfrutado de cada momento, pero sobre todo de mi hija y su madre, la mujer que, ahora sí, no tenía duda de que era la que querría para siempre a mi lado.

Se entregó a mí cada noche, con precaución por supuesto, pero lo había hecho. Y aunque no lo dijera, y yo no quisiera ser insistente para que no me mandara al carajo, en su mirada cuando la tenía frente a mí, mientras la hacía mía, podía ver el amor que desprendía.

Y si me quería, ¿por qué no nos daba la oportunidad de volver a ser lo que una vez fuimos? ¿Por qué me permitía ser el hombre que quería ser con ella? Sabía que era duro por todo lo que había pasado en aquel entonces pero la amaba de tal modo, que la quería a mi lado de todas las maneras posibles.

Estaba en el jardín con Julia dormida en mis brazos, Martina estaba en el cuarto de baño, así que miré a mi pequeña princesa y sonreí mientras le acariciaba la mejilla.

—Ojalá no hubiera metido la pata hasta el fondo como lo hice, hija, y ahora tu mamá sería mi mujer. ¿Te la imaginas vestida de blanco? Porque yo sí, mi vida, no te voy a mentir y me la he imaginado muchas veces. Sé que me quiere tanto como yo a ella, lo veo en sus ojos y…

—¿Se ha dormido? —preguntó saliendo de la casa.

—Con la boca abierta, igual que su madre.

—Uy, serás… Yo no duermo con la boca abierta —frunció el ceño.

—¿Quieres que te enseñe una foto?

—¿Qué? Mira, si es verdad que esa aberración existe, ya la estás borrando —me advirtió con el dedo—. Dame, que la llevo a la cuna —la cogió en brazos y vi cómo la besaba en la frente antes de desaparecer.

Suspiré apoyando la cabeza en la cama balinesa con los ojos cerrados, quería volver a sacar el tema, pero el hecho de que siguiera diciéndome que no, o me mandara a la mierda, me echaba para atrás.

Y es que no quería perderla, aunque tuviera que conformarme con ser solo el hombre con el que compartía una hija, no quería perder a Martina.

Sabía que esto que había pasado entre nosotros había sido solo cosa del momento, del viaje, del lugar, pero nada más, a la vuelta a España todo sería como antes.

—¿En qué piensas? —preguntó sentándose a mi lado y abrí los ojos.

—En una combinación de números a ver si me toca la lotería.

—Y será verdad —sonrió.

—Algo así —sonreí también, porque esa sonrisa suya era de lo más contagiosa.

—Conrad, quiero hablar contigo —dijo un poco más seria, y ahí puedo jurar que me entraron los sudores de la muerte.

Sí, unos sudores fríos que no hacían más que presagiar eso que ya sabía yo, que esa misma noche acababa todo lo que habíamos tenido en este viaje y que podía olvidarme de volver a besarla, tocarla o querer meterla en mi cama.

Así que me adelanté a eso, me adelanté al rechazo una vez más por su parte y a esas palabras que tanto daño iban a hacerme.

—No hace falta que digas nada, Martina, porque sé lo que quieres que hablemos. Y aunque me duele, porque han sido unos días maravillosos contigo, lo acepto, es tu decisión y no quiero insistir, aunque tienes que saber que siempre, siempre, vas a ser la mujer a la que voy a amar hasta mi último segundo de vida. Y ni así, escúchame bien —sentí que se me entrecortaba la voz y notaba los ojos con esa picazón por las lágrimas que querían salir—, ni así dejaré de quererte, porque mi amor por ti será tan eterno como infinito ahora mismo.

No lloré de casualidad, vaya, pero que a punto de hacerlo estuve.

—¿Me dejas hablar ya?

—Es que no quiero escucharlo, Martina, de verdad —negué dejando caer la cabeza de nuevo en la cama con los ojos cerrados, y ahí noté alguna que otra lágrima brotar de mis ojos.

—Conrad, que no te voy a decir eso —dijo mientras me acariciaba la mejilla—. Todo lo contrario —al escucharla abrí los ojos y la miré con el ceño fruncido—. Que sí, que quiero que nos demos una oportunidad, porque estos días me he dado cuenta de que nos la merecemos. Que me dolió mucho aquello, que aún duele, pero… dicen que las heridas se curan con el tiempo —se encogió de hombros—. Y quiero eso, Conrad, quiero que lo intentemos porque sé que una vez comenzamos algo que fue muy bonito y podía haber sido mucho mejor. Pero también te digo que no quiero que vivamos juntos, sino cada uno en su casa. Podemos pasar algún que otro fin de semana en tu villa los tres, pero me tienes que entender, que yo hasta que no me sienta segura del todo contigo, no quiero que vivamos juntos. Porque han sido dos cosas muy fuertes las que he vivido y el miedo a que pase lo que la última vez, está ahí. Así que, pues, eso —estaba nerviosa, no me miraba y yo tenía una sonrisa de gilipollas en la cara, que no era normal—, que quiero intentarlo, Conrad. Que, si tú quieres, volvemos a España como pareja.

—¿Si yo quiero, dices? Por dios, Martina, que esto es mejor que una lotería —le cogí ambas mejillas e hice que me mirara—. Que me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, qué digo del mundo, del Universo. Que te quiero, mi vida, que te quiero con todo mi corazón, ese que es tuyo desde el primer momento, porque ni cuando pasó lo que pasó por culpa de ese hombre, dejó de quererte por más que debía odiarte. Eres la mujer que quiero a mi lado, cariño, y te aseguro, te prometo por el amor que le tengo a nuestra hija y que por ella sabes que daría la vida, que no volverás a sentir ese dolor nunca más, que conseguiré que te sientas segura del todo para vivir conmigo, y que haré que al fin seamos esa familia que debemos ser. Te amo, mi vida, te amo tanto que, si me faltaras algún día, mi corazón dejaría de latir.

—Me vas a hacer llorar, jolín —dijo con la voz entrecortada.

—No, mi vida, no llores a no ser que sea de felicidad, por favor, porque de lo contrario me matas.

La besé, porque en ese momento lo necesitaba y porque quería que supiera que mi amor por ella era infinito y tan grande que iba a conseguir que quisiera quedarse a mi lado para siempre, como la familia que ya éramos, sin serlo completamente.

Y se derritió en mis brazos, me comenzó a desnudar y yo a ella, nos acariciamos y besamos, la recosté en la cama y me sacié con su cuerpo, lamiendo y besando cada milímetro de piel que encontraba mientras me tomaba mi tiempo.

Nos mirábamos, ella se sonrojaba como cuando nos conocimos y yo volvía a besarla una vez más.

Lamí su zona íntima y la llevé a un punto de excitación en el que me detuve sin permitirle alcanzar el clímax.

Ella jadeaba y con el ceño fruncido me miraba sin saber por qué me detenía. Pero es que quería prolongar esa noche al máximo.

Así que, con mis manos comencé a tocarla por todo el cuerpo, y al llegar a su clítoris de nuevo la penetré mientras la observaba y me bebía el placer que desprendían sus ojos. Hasta que, esta vez sí, la hice correrse con fuerza.

Y me adentré en ella, la penetré tan profundamente que ambos gritamos al sentirnos, y no me detuve hasta que los dos alcanzamos el clímax al unísono.

—Te amo, Martina, te amo como no puedes hacerte una idea.

Y se derritió en mis brazos, me comenzó a desnudar y yo a ella, nos acariciamos y besamos, la recosté en la cama y me sacié con su cuerpo, lamiendo y besando cada milímetro de piel que encontraba mientras me tomaba mi tiempo.

Nos mirábamos, ella se sonrojaba como cuando nos conocimos y yo volvía a besarla una vez más.

Lamí su zona íntima y la llevé a un punto de excitación en el que me detuve sin permitirle alcanzar el clímax.

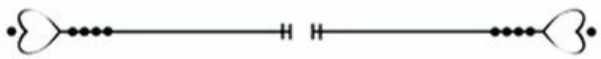
Ella jadeaba y con el ceño fruncido me miraba sin saber por qué me detenía. Pero es que quería prolongar esa noche al máximo.

Así que, con mis manos comencé a tocarla por todo el cuerpo, y al llegar a su clítoris de nuevo la penetré mientras la observaba y me bebía el placer que desprendían sus ojos. Hasta que, esta vez sí, la hice correrse con fuerza.

Y me adentré en ella, la penetré tan profundamente que ambos gritamos al sentirnos, y no me detuve hasta que los dos alcanzamos el clímax al unísono.

—Te amo, Martina, te amo como no puedes hacerte una idea.

Capítulo 39



Martina

Un año después…

—Es que no puedo creerme que vayamos hoy a la última prueba del vestido —me decía Valentina cuando íbamos en taxi hacia la tienda, que era muy céntrica y no queríamos líos de aparcamiento.

—Lo que no puedo creerme es que ya hace dos años que nació mi niña.

—Nuestra niña, que es de los tres, acuérdate. La niña tiene un padre y dos madres. Y porque te empeñaste en lo del padre*, amore* —me picó.

Llevábamos unas tremendas ganas de juerga a pocos días de la boda. Aquel nos lo tomaríamos de relax total, ya que la mayoría de los preparativos para el enlace estaban listos.

—Pues sí. Ahora a disfrutar del gran día, que es lo que nos toca.

—Pero antes el de la despedida de soltera, acuérdate, que es todavía más importante.

—¿Cómo va a ser más importante que la boda, so loca?

—Pues claro que lo es. Va a ser la madre de todas las fiestas, vamos a quemar la discoteca.

—Viniendo de tu boca, le recordaré a Conrad que mire si tiene todos los seguros en regla.

—Muy simpática. Pues no me importaría en absoluto que tuvieran que venir los bomberos, ya sabes lo que me gusta un uniforme.

—Sí y una manguera en general. No lo flipes más. Mira, ya estamos llegando.

—Ya lo sé, que no estoy ciega. Aquí la única ciega eres tú, que así es como os deja el amor a todas.

—¿Y a ti no?

—¿Lo dices por lo de Derek?

—Pues claro, ¿cuándo lo vas a presentar en sociedad?

—Ya veremos, según se porte.

—Capaz eres de no traerlo a la boda.

—No me presiones, que sabes que bajo presión no funciono. Ahora vamos a hablar de tu vestido de novia, mejor.

—Qué misteriosa…

—No, es que sabes que a esas cosas no les echo mucha cuenta, cuando son mías.

Hablábamos de un modelo alemán al que habíamos conocido en el Club y con el que Valentina comenzó a citarse. Ella decía que no, pero yo estaba segura de que se estaba quedando pillada por él. Y le ofrecí que fuese su acompañante en la celebración.

Entramos en la elitista tienda de vestidos de novia en la que me habían confeccionado el mío a medida, pues all contaban con cantidad de ellos preciosos, pero como que no me vi con ninguno y opté por diseñármelo con la ayuda de mi amiga, por supuesto.

El vestido de la novia suele ser el secreto mejor guardado de cualquier boda, pero en nuestro caso, Valentina decía que más que guardado estaba "encriptado" como la contraseña de los Bitcoin, porque la única que participó conmigo en todo aquello, fue ella.

Ni mi madre ni Julia tenían la más mínima idea de cómo iría vestida el día de mi boda porque así lo quise. Tampoco Lara ni Maica, quienes me habían suplicado conocer al menos los detalles. Ni por eso solté una palabra al respecto.

África, la encargada, se acercó a saludarnos. Estaba encantada con la publicidad que le haría a su establecimiento que luciera un vestido salido de su taller, así que salió a atendernos personalmente, como siempre hacía.

—Pero bueno, si ya están aquí la novia más famosa de la isla y su amiga.

—Su amiga más glamurosa, África —matizó Valentina.

—Eso, ¿os apetece un poco de champán?

—No, gracias, si solo son las doce del mediodía —le sonreí agradecida.

—Ni caso. Claro que nos apetece. Venga, ¡¡que comience la fiesta!!

—Valentina, no la líes.

—África, hazme caso a mí, que Martina está borracha.

—Eso es lo que pretendo evitar, que te emborraches y, de paso, también que me emborraches a mí.

—Qué mala lengua tienes… Bueno, en realidad tan mala no la tendrás. Pareces un poco mosquita muerta, pero a Conrad debes volverle los ojos hacia atrás cuando lo tienes como lo tienes.

—África, de verdad, no le hagas caso, que es el mismo Demonio.

—No, no, aunque sí que noto que lo llevo dentro, al Demonio digo… Un demonio que grita, ¡¡fiesta!! Porque con esta boda vamos a liar el taco en la isla, se hablará de ella durante años, va a ser más sonada que la de Lady Di.

í —Calla, calla, que no me veo yo con un vestido así de pomposo y con una cola así de larga ni amarrada.

—Claro, aquí la única que lleva cola a la fuerza soy yo —se echó a reír y África la miraba alucinada.

En fin, que pasamos al salón de pruebas, donde me trajeron el vestido, que era una verdadera maravilla, pero en una línea sencilla. Me gusta ser natural y no quería sentirme disfrazada en un día en el que deseaba ser más yo que nunca; el de mi boda con Conrad.

Antes, de traerlo, ya nos habían servido un par de copas de champán y ambas habíamos brindado.

No me lo podía creer, de verdad que no, porque esto ya era un hecho y estaba a un paso de convertirme en la mujer de Conrad.

Sonreí al recordar el modo en el que me lo pidió, unos meses atrás, justo el día del cumpleaños de mi madre, y dijo que a las hijas también habría que hacerles un regalo en el cumpleaños de sus madres, que nos reímos todos por aquella gracia, hasta que le vi echar mano a su pantalón. Ni corto ni perezoso sacó una cajita del bolsillo y delante de toda nuestra familia me pidió que me casara con él.

Para ese entonces ya no tenía ese miedo de que me fallara como pensé que lo había hecho, y teníamos una hija

en común a la que ambos amábamos con todas nuestras fuerzas, así que le dije que sí, pero en broma comenté que lo había pedido en ese momento y delante de todos para que no pudiera negarme.

Cuando mi amiga me vio vestida de novia, mirándome en los grandes espejos que tenía enfrente, se secó una lagrimita y no dudó en hablarme.

—Necesito otra copa, la necesito —le pidió a África.

—La madre que te trajo al mundo, Valentina. Creí que me ibas a decir que estoy muy guapa o qué sé yo.

—Tú, has bromas con eso, que quien te convierte en madre otra vez cuando te vea con ese vestido va a ser Conrad. No se puede estar más divina.

—¿Lo estoy?

—Es tan sencillo, como maravilloso. Con él vas a dar una lección de elegancia que dejará en bragas a más de una *royal*. Toma una copita…

—Para el pecho por lo bien que lo hemos hecho —terminé yo la frase, aquella misma que me dijo en su día Conrad en la noche del cuarto de la lujuria, hacía ya mucho tiempo. Pero nunca se me había olvidado. Y Valentina la conocía, así que se rio.

—Quién te lo iba a decir, niña…

—Ya ves, cuántas vueltas da la vida. También te llegará con Derek, ya lo verás.

—Qué emperrada estás con eso, si paso de él.

—No me lo creo, ese tiene algo que te está calando hondo.

—Sí, eso es verdad, hondo me ha calado, ¿quieres detalles?

—Que no, no me seas guarra. Y calla, que por ahí viene África otra vez.

—Pues le voy a decir que traiga más champán.

—No, que se creerá que tenemos un problema con el alcohol.

—Y lo tenemos, ¿no ves que las copas están vacías? Nos las tienen que llenar.

—¿A que salimos de aquí a cuatro patas?

—De verdad que pareces una sirena, la más linda de todas —me dijo África, porque ese era el corte de mi vestido, uno muy favorecedor por lo mucho que se me ajustaba.

—Es que la jodida tiene un tipazo, ¿a qué sí? Es casi perfecta, pero un poco cabezona, que se le ha metido en la cabeza que no tenemos que beber hasta mañana, cuando nos lo beberemos todo en la despedida de soltera.

—Sí y ves que me está haciendo caso.

—Tiene razón Valentina, traigo otra copita y me tomo una con vosotras —se alejó.

—La última, ¿me oyes? La última.

Sí que me favorecía, sonreía de una manera boba. La tela era de encaje italiano, una verdadera preciosidad, y el escote era generoso, rematado en dos finos tirantes, dejando la espalda completamente al aire. Elegante y sexy a la vez, el sueño de cualquier mujer.

—De verdad que pareces una sirena, la más linda de todas —me dijo África, porque ese era el corte de mi vestido, uno muy favorecedor por lo mucho que se me ajustaba.

—Es que la jodida tiene un tipazo, ¿a qué sí? Es casi perfecta, pero un poco cabezona, que se le ha metido en la cabeza que no tenemos que beber hasta mañana, cuando nos lo beberemos todo en la despedida de soltera.

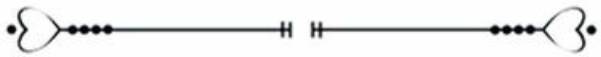
—Sí y ves que me está haciendo caso.

—Tiene razón Valentina, traigo otra copita y me tomo una con vosotras —se alejó.

—La última, ¿me oyes? La última.

Sí que me favorecía, sonreía de una manera boba. La tela era de encaje italiano, una verdadera preciosidad, y el escote era generoso, rematado en dos finos tirantes, dejando la espalda completamente al aire. Elegante y sexy a la vez, el sueño de cualquier mujer.

Capítulo 40



Martina

Ya me extrañaba que mi amiga me hiciera caso. Valentina no salió a cuatro patas de allí, como le vaticiné, pero poco le faltó. Y a mí también, porque se empeñó en hacerme beber varias copas de champán. En fin, una locura.

—Pues ahora para casa no nos vamos —me comentó.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

—Te invito a comer y después nos vamos al spa a que nos den un masaje.

—Espera, espera… Que me estás haciendo el lío.

—La niña está con tus padres y tú tienes derecho a hacer planes conmigo, que estás casada, no secuestrada.

—Y tú estás medio borracha, ¡¡qué no me he casado todavía!!

—Vale, pero te faltan días, es igual. Técnicamente estás casada.

—¿Qué pretendes?

—Que te diviertas, y yo también.

—Es que la última vez que fuimos al spa la liaste.

—Sí que tienes mala lengua, niña. Por cuatro gritos que di.

—Mi hija nació esa noche. Para mí que fue porque la escandalizaste.

—Claro. Siempre es bueno que haya una Valentina en casa a la que echarle las culpas de todo, ¿no? Poco se habla de que te ahorré la cesárea.

—Eso es verdad.

—Pues me debes una. ¡Plan de chicas!

Era imposible decirle que no cuando se empeñaba, así que nos fuimos a comer y terminamos en el spa porque la muy cuca lo tenía todo previsto y ya llevaba hasta los bañadores.

Dentro del jacuzzi, relajadas, quise tirarle de la lengua.

—Entonces, ¿asistirá o no Derek a la boda?

—Qué pesadita eres, niña. Al final, vas a tener la culpa de que lo castigue. Lo voy a aborrecer.

—No me lo creo, te gusta más de lo que reconoces.

—No me estoy putopillando por él si es lo que crees, ¿me oyes?

—Te he oído yo y el resto del spa también. No grites.

—Es mi tono de voz.

—Vale, vale, no te cabrees. En realidad, quiero saber una cosita más.

—¿Qué quieres saber? Venga, dale.

—¿Cómo te entiendes con él? Si solo habla alemán y tú no sabes ni una palabra.

—Ni una palabra tampoco, conozco las que necesito… No me hacen falta más. Las suficientes para que me ponga mirando para Cuenca, el resto no sirve para nada. Así me ahorro las conversaciones y, por lo tanto, las discusiones.

—Estás muy loca tú.

—No, entiendo la vida. Es tan fácil como eso, la veo de color de rosa, rosa empolvado —me sonrió picante.

—Pues yo creo que el alemán, al final, te va a robar el corazón.

—¿Qué corazón?

—No te hagas la dura, que lo tienes bien grande.

—Por cierto, hablando de eso, tus tetas son las que se han quedado de un tamaño considerable después de nacer tu niña. Lo dicho, que tienes a Conrad agilipollado.

—No me cambies de tema.

—Si es que me da pereza hablar de Derek. Está bueno, es famoso, es rico y me hace sentir unos orgasmos que me deja las patas colgando, no hay más.

—Joder, ¿y qué más quieres que haya? —le preguntó una señora que se acababa de meter con nosotras en el jacuzzi.

—Señora, que es de mala educación meterse en las conversaciones ajenas.

—Y también lo es ponerle a los demás los dientes largos y a mí me han llegado hasta el suelo, ¿también es cariñoso? Porque ya sería lo que le faltase.

—No sé, en eso no me he fijado.

—Ya le digo yo que sí, y que mi amiga está más pillada de lo que confiesa.

—¡¡La has cagado!!

Con las buenas copas que llevaba encima, porque durante la comida se pimpló unas cuantas de vino que sumar a las del champán de antes, me arrastró hasta la cabina de hielo y me metió en ella, cerrando la puerta.

En un primer momento, como que hasta me pareció una sensación muy refrescante, pero soy más bien friolera, y al poco me empecé a notar los dedos morados.

—¡¡Que me abras, Valentina!!

—Ahora te jodes, por meterte donde no te llaman.

—Si tú siempre has opinado sobre lo mío con Conrad y no he dicho nada.

—Pues haberlo dicho.

—¡¡Abre!! Que se me están poniendo los dedos que me van a contratar para la siguiente parte de “Avatar”, Valentina.

—Pues así das el salto al cine.

—Saltos estoy dando ya, ¡¡ qué me congelo!!

Me tuve que liar a patadas con la puerta. Cuando logré abrirla, ella se partía de la risa.

—Estás borracha, lo estás, te lo digo yo.

—Estoy cachonda, así es como estoy.

—Porque siempre dices que te pone así el alcohol.

—¿Tú crees que estará por aquí el mulato de la otra vez?

—Y yo qué sé, ¿qué haces loca?

—Ir a buscarlo. Necesito un masaje.

—No, lo que necesitas es un polvo. Mejor nos vamos y buscas a Derek, no sea que hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir.

—¿Arrepentirme? ¿Ya no te acuerdas de los chillidos que di la otra vez?

—Pero que entonces no había nadie más aquí. Y que no tenías novio…

—Ni ahora tampoco.

—Todo esto es porque te da miedo el compromiso.

—Todo esto es porque llevo un calentón encima que no puedo con él, que no te enteras.

—No, es porque hasta ahora no te ha ido bien en el amor y temes sufrir.

—¿Sufrir por un tío? ¿Y la borracha soy yo? Anda ya… Ni muerta sufriría por ninguno.

—Bueno, pues mejor. Pero, ¿dónde vas?

—A buscar al mulato, ya te lo he dicho.

Valentina no quería dar su brazo a torcer. Pero la conocía muy bien y veía el brillo que Derek le provocaba en

los ojos.

Cuando entró en aquella cabina de masaje y el chaval la vio, dio un salto hacia atrás como si más que proponerle un rollo, le hubiera dado con un cable pelado.

—Es que va un poco pasada de copas, perdónala.

—Otra con el perdón, como Conrad en el parto. Que sí sé lo que hago, que necesito sexo y rapidito.

Costó que la pudiera convencer para sacarla de allí y meterla en la piscina de los chorros, aunque antes pasó por la cabina del hielo por voluntad propia, decía que para bajarse el calentón.

En la piscina, terminó por confesarme.

—Vale, sí, me gusta… No entiendo ni papa de lo que habla, tiene menos gracia bailando que un *Playmobil* y chistes no espero que me cuente. Pero me enciende con su mecha de una forma que me tiene todo el día pegando fogonazos, ¿qué puedo hacer?

—Comprometerte con él, ¿tú sabes lo bien que sienta un anillo así en el dedo? —le pregunté mientras movía en el aire mi mano, feliz y orgullosa, luciendo aquel anillo de oro blanco y diamantes pequeños engarzados.

—Me refería para que se me pase, joder.

—No se te va a pasar, Valentina. Te lo digo yo, que fíjate todo lo que viví y lo que maldije a Conrad y aquí estoy, muerta de ganas de casarme con él.

—Sí, sí… Y la culpa de todo ha sido tuya porque me has contagiado ese mal.

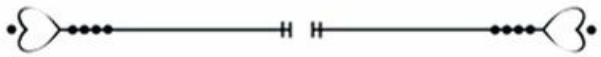
—¿Qué mal? Si es lo mejor del mundo. El amor es esa fuerza que…

—El amor es lo que todo lo jode. Yo estoy diseñada para ser libre, como el viento. Vamos a subir a la azotea, que quiero planear como una avioneta —me pedía haciendo el gesto y alargando sus brazos, que estuvo a punto de sacarle un ojo con el dedo a la misma señora de antes, que volvía a situarse a nuestro lado. También era masoquista.

—¿A planear? Si tú no planeas nada bueno.

—¿Qué no? Ya me lo contarás cuando veas la despedida de soltera que te tengo preparada, ¡¡que tiemble la isla!!

Capítulo 41



Martina

La realidad es que la habíamos liado. Ese día, estuve en el Club desde por la mañana. La cosa quedaba así: se suponía que por la noche estaríamos todos en la discoteca; las chicas por un lado y los chicos por otro.

Esa era la idea inicial, pero, cada vez que se mencionaba el tema, a Valentina le salía una sonrisita socarrona que me hacía pensar que esos la iban a pisar poco.

Lo que tenía claro era que sería un desmadre total. Ella había guardado con sigilo la temática de la fiesta y, por tanto, nuestro*s outfits* nocturnos, de los que se encargó.

A la niña nos la cuidaría la chica que teníamos contratada para hacerlo cuando lo necesitábamos, así que podríamos celebrar a gusto durante toda la noche.

No quise que la cosa se fuera de madre. Lo único que le pedí a Valentina era que fuésemos las de siempre, aquellas que me apetecía que acudieran: Lara, Maica y nosotras dos. Junto a nuestras madres, pues también se lo merecían.

Además, que las dos eran muy marchosas y se mostraron encantadas cuando les dije que no se la podían perder.

Me llamó la atención que la despedida comenzó ya después de comer, algo que no estaba previsto. Pensaba tumbarme un ratito a echar la siesta, ¿cómo no me imaginé que Valentina planeaba otra cosa?

El asunto fue de lo más divertido porque sacó unas colas de sirenas con lentejuelas para todas y pelucas pelirrojas, como la de Ariel, la famosa sirenita de Disney. La parte de arriba de unos minúsculos bikinis servían para complementar las llamativas colas. Había hasta una pequeñita para Julia.

—¿Y esto? Si la despedida es por la noche.

—¿Y dejar a nuestra niña fuera de todo? No me seas egoísta, que a ver si tengo que volverte a decir que eres mala madre, ¿eh?

—Pero si Julia es muy chiquitita.

—¿Y qué? Lo va a flipar.

Todas nos vestimos: mi cola y la de mi niña eran rosa fucsia, ¡ahí es nada! En realidad, estaba dividida en dos para que pudiésemos andar. También las había amarillo flúor, verdes, azules, malvas… El arcoíris completo.

Y la tarde nos la pasamos disfrutando en la piscina, bebiendo cócteles y haciéndonos cientos de fotos montadas en unas colchonetas hinchables con la forma de todos los personajes de la famosa peli que a Julia le chiflaron. Para verla con su cola y su peluca, todo un espectáculo.

Cayó rendida al final de la tarde. Y nosotras también, que habíamos bebido lo nuestro… Y nos quedaba toda la noche por delante.

A los chicos ni los dejó Valentina acercarse por la piscina. Esa celebración, tipo merienda, pues también se sirvieron exquisitos dulces, helados, chocolates y golosinas de lo más llamativas, fue solo de chicas.

Después, nos duchamos y nos reunimos todas en el salón de la casa de Conrad de nuevo. Valentina hacía los redobles, dándole mayor emoción al asunto, porque Julia ya se había ido a dormir y quedaba por descubrir la temática de la despedida de soltera de la noche, que era el plato fuerte.

Cuando vimos lo que traía, con la ayuda de las personas de servicio a las que se la pidió, nos quedamos totalmente locas.

—¿Cómo nos vamos a poner tú y yo eso, Julia? —le preguntó mi madre a su consuegra.

—Pues metiendo primero una pierna, luego la otra… Y prepárate para el dolor de pies que nos va a entrar. Mañana no nos mueven ni con una carretilla, a nuestra edad.

—Tranquilas por eso, no nos podremos mover ninguna, que estaremos borrachas como piojos —les aseguró Valentina.

Ella era una enamorada del Carnaval de Río de Janeiro, al que decía que tenía que ir, sí o sí… Y como que aquella noche lo recreó en la discoteca, en la planta que reservó para que liásemos el taco, como decía a voz en grito.

En fin, que nos había encargado a cada un un *outftit* de bailarina de samba de lo más sensual, con unos *bodys* con transparencias súper sexis, altísimos tacones y hasta unas vistosas plumas en la cabeza para convertirnos en las reinas de una noche que no olvidaríamos jamás.

Cada cual iba de un color y a mí me tocó de rojo, siendo la más vistosa de todas, era para vernos.

—Estamos todas como para derretir los Polos —decía Valentina cuando nos tomamos un selfi al terminar de arreglarnos.

Creamos enorme expectación al pasar por el jardín camino de la discoteca, la cual nos encontramos plagada de famosos. Nos importaban un pimiento, allí las verdaderas protagonistas éramos nosotras. Y bien que lo estábamos disfrutando.

Bailando súper sensuales entre todos ellos como si fuéramos subidas en una carroza, llegamos hasta nuestro reservado donde sonaba la música de samba. Valentina tenía preparada una coreografía y nos hizo mover a tope las caderas a todas.

Más de una copa nos habíamos tomado por la tarde, así que ya estábamos entonadas, y más que iban a caer. Vimos llegar a los chicos, a quienes se les salieron los ojos al encontrarnos de esa guisa. Valentina se fue hacia ellos moviendo el torso a lo Shakira y echándolos de allí.

No les valieron las quejas en ese momento ni en cualquier otro de la noche en el que lo volvieron a intentar, que fueron varios.

—¿No nos habremos pasado? También es su despedida de soltero. Podrías haberlos dejado en otra planta, que les has echado de la discoteca.

—Aquí mando yo… Así que les he mandado al Club, allí pueden estar de fiesta hasta el amanecer, que nosotras en nada nos vamos a quemar la pista central y aquí no pintan nada.

—Dese luego, Valentina, qué sargento de policía se ha perdido el cuerpo —dijo Maica con una risilla.

—¿Sargento? Esta habría llegado a ser Comisaria, vamos, con lo que manda y el genio que tiene —resopló Lara.

—No me des ideas, a ver si me apunto ahora a la academia y llego a ser vuestra jefa.

—Capaz te veo, desde luego —rio mi madre.

Estábamos calentando motores, bebiendo y riendo en nuestro reservado, pero allí no duraría mucho Valentina, porque a ella le encantaba destacar y la que estaba destinada a liar en la discoteca esa noche no era normal.

Allí y siguiendo sus instrucciones nos aprendimos la coreografía, que salimos bailando por todo el local. Antes que después, ya los teníamos a todos a ritmo de samba, enfervorecidos.

—No veas si nos miran, Valentina.

—Sobre todo, tus tetas, que las llevas medio fuera, Martina.

—¿Y es mi culpa? Si es que esto que me has dado cubre muy poco.

—¿Culpa? ¿Hacemos una encuesta? Todos están encantados.

Le pidió al DJ que pinchara unas cuantas sambas de lo más sensuales con las que puso el local patas arriba, aumentando la temperatura de una manera muy loca.

A partir de ahí, cuando el aire acondicionado ya estaba a tope, pidió un cambio de música y sonó la de "*Pepa y agua pa' la seca, tó el mundo en pastila' en la discoteca"*.

La gente empezó a saltar porque la canción tiene mucho gancho y porque Valentina volvía a hacerse con la coreografía, que todos seguían…

—Lo que te faltaba a ti era meterte una pastilla, sí, con la marcha que llevas.

—Y la que queda… ¡¡La noche no ha hecho más que empezar!!

Entre baile y baile, iba por más copas, que entraban solas. Y luego a por rondas de chupitos…

—Con cada uno de ellos, soltaba alguna frase con la que nos provocaba la sonrisa.

—"Venimos a alegrarte, porque en unos días vas a casarte" —me dijo en aquel momento mientras me abrazaba fuerte.

—Si eso no va a cambiar nada, cariño. No me pongas carita de pena, que tú también te puedes casar.

—Quita, quita, que yo sí que tengo la cabeza bien puesta y en ocasiones veo divorcios… Vale, no en tu caso, que a Conrad y a ti parece que os han hecho un amarre de esos, como si os hubiesen atado con una cuerda.

—Loca estás tú de remate…

—*"Loca, por un beso tuyo…"* —comenzó a cantar a lo Malena Gracia.

Nos lo estábamos pasando genial y eso que todavía quedaban muchos platos fuertes por servir esa noche, como cuando la perdimos de vista.

—¿Dónde está Valentina, mamá?

—¿No es aquella, hija?

—¡¡Toma ya!! Si ha echado al DJ y se ha puesto ella, ¿y qué es esto que está lloviendo?

—Para mí que es purpurina. Si es que esta niña, ¡menudo carnaval que está organizando!

La música, eso sí, sonaba de todos los estilos, hasta electrónica, con unos efectos especiales que trastornaban a mi madre y a mi suegra.

—Julia, ¿estoy borracha o es que hay luces de colores por todas partes?

—Pues menos mal que me lo preguntas, porque no sabía yo, si me habían echado algo en la copa, Noelia.

—¿Lo estáis pasando bien?

—Sensacional, no nos habíamos corrido una juerga así en la vida. Y todo gracias a ti…

—No, todo gracias a Valentina. ¿Eso qué es? ¿Qué están poniendo en medio de la pista?

—¡¡Es una barra de *dance pool*!! —chilló Lara.

—¡¡Yo quiero!!

Maica corrió hacia la pista donde la estaban colocando, pero entonces bajó Valentina, muy diva ella, y comenzó a hacer virguerías sobre la barra.

—Pero esta niña, ¿dónde ha aprendido a abrirse de piernas así? —se preguntaba mi madre.

—Eso mejor no lo quieras saber, mamá. Quédate con lo bien que te lo estás pasando.

Después de hacerlo ella, quiso que la imitáramos las demás, y no os voy a decir cómo acabamos más de una.

—El lumbago, me mata el lumbago —decía mi suegra.

—Pues dile a tu marido que te pinche algo, Julia.

—Sí, dile que te dé un buen banderillazo, ya verás que se te pasa todo —le decía Valentina, que seguía liderando la fiesta. A la gente la tenía enganchadísima con todo lo que se le iba ocurriendo.

Lo de la barra fue un verdadero puntazo, pero cuando le dio por subirse al escenario, pedir música sensual y que la retirasen… Es que los ojos se nos salían. Y a los hombres que estaban presentes, no digamos.

Lástima que los nuestros se lo perdieran, porque a esos los mantenía a raya y ya no permitía ni que los de seguridad los dejaran entrar. Mi amiga se fue poco a poco, con toda la sugerencia del mundo, despojando de la escasa ropa que tenía encima y el público chillaba al unísono.

Ella estaba gozando como una perra, según sus propias palabras, las que nos dijo al final de la noche, momento para el que todavía faltaba mucho.

Tras el estriptis, el cual desató la locura total en la discoteca, cogió el micrófono. Y lo mejor era que seguía desnuda del todo, con el micro en la mano.

—¿Os habéis puesto calentitos? Pues, ¡¡que entren las mangueras!!

Me temí que la pinza se le fuera del todo y que comenzara a echar agua en la discoteca hasta que tuvieran que desalojarnos en canoas, pero no… Las mangueras eran de espuma, aunque no se formó menos allí…

—¡¡Fiesta de la espuma!!

A cañonazo limpio, Valentina se iba haciendo cada vez más con el dominio de la discoteca. A más de uno le cayó tal chorro encima que casi tenemos que llamar a una patrulla canina para encontrarlo.

La gente saltaba, gritaba y decía estar pasándoselo como nunca. Ella también saltaba y no os digo el efecto que eso que seguía teniendo entre las piernas hacía… ¡¡Era el despiporre total!!

Las copas caían una detrás de otra, los clientes se mostraban encantados y se refrescaban entre esas montañas de espuma que no por eso les impedía saltar, bailar y disfrutar de un modo increíble.

Nosotras reíamos y corríamos con Valentina detrás, que se había empeñado en sepultarnos entre espuma. Y así acabamos todas, abrazándonos, riendo y pidiendo más rondas de chupitos.

—De verdad que os voy a decir una cosa —les comenté con uno en la mano.

—Ay, que se nos está arrepintiendo y no se casa.

—Que no, que no… Si yo a Conrad lo quiero con todo mi corazón y al final me he dado cuenta de que tengo suerte de que esté en mi vida.

—Es que está un poco borracha la pobre, ya —me abrazaba Valentina.

—No, en serio… De él no podría pasar y de mi niña tampoco. Pero es que vosotras, todas y cada de una vosotras, sois también las mujeres de mi vida, ¿me oís?

—Ay, que se nos está emocionando…

—Sí, Valentina. Me emociono porque es verdad y a ti en particular no te digo nada.

—Pues no, que como se me corra el rímel por tu culpa no te hablo más.

—Si ya estamos todas chorreando.

—Vale, porque hay mucho tío suelto por aquí, pero, ¿eso qué tiene que ver con el rímel?

—Que no, niña, que es por la espuma.

—Vale, pues acaba ya, que vamos a bailar…

—Que quiero que sepas que, sin ti, nada de esto habría sido posible, que hubo un momento en el que estaba en un pozo y que tú…

—Y ahora parece que has salido de otro, como la niña de "La señal", que se te han pegado los pelos con la espuma. No me digas nada más que al final lloro. Que sí, *amore*, que yo también te quiero mucho. ¡¡ Venga, a beber y a bailar!!

Y así estuvimos hasta que las luces del amanecer, que se colaron por la discoteca, nos recordaron que era hora de retirarse.

—Noelia, no siento los pies —le decía mi suegra a mi madre.

—Y el lumbago, ¿te duele?

—Ya no lo noto, porque en realidad me duele todo. Estoy matada, pero encantada.

—Muy buena frase… ¿A quién más le duelen los pies? —preguntó borracha Valentina.

Todas levantamos los brazos y nos sonrió.

—¡¡Pues a la piscina a meterlos en agua!!

—¿Con las plumas y todo? —le pregunté.

—Con las plumas y todo, ¡¡y tú, la primera!!

Todas salimos corriendo y Valentina me llevaba cogida por la cintura. Para vernos, con los pies doloridos y los taconazos… Mi madre y Julia no se sabía si corrían o agonizaban.

En fin, que llegamos a la piscina con la mala pata que tropecé y salí volando, con Valentina detrás… Creí que me mataba, menos mal que nos salvó Sebastián, el cangrejo rojo, que era uno de los personajes de las colchonetas que desplegó ella para la fiesta de por la tarde.

—Si no es por el jodido cangrejo, al final no te casas. O por lo menos no con dientes —me decía mientras las dos nos quedamos tumbadas sobre él y las demás trataban de atrapar otras colchonetas.

Creíamos que las que se caían al agua eran mi madre y Julia, pero no… Al final a las que tuvimos que tirarnos a rescatar fue a Maica y a Lara, quienes se tiraron en plancha y parecía que se ahogaban.

Cuando estábamos todas en el agua, rescatándolas, vimos salir a los chicos del Club. Nos miraban y asentían… y entonces salieron a la carrera y se tiraron también.

—Porque soy buena gente en el fondo, que si no… —les decía Valentina mientras todos ellos se nos abrazaban y nos suplicaban que no los echáramos.

Fue una noche memorable que terminó ya de día… Uno más que tachar de ese calendario que nos llevaba de cabeza a una boda que estábamos deseando celebrar.

—Con las plumas y todo, ¡¡y tú, la primera!!

Todas salimos corriendo y Valentina me llevaba cogida por la cintura. Para vernos, con los pies doloridos y los taconazos… Mi madre y Julia no se sabía si corrían o agonizaban.

En fin, que llegamos a la piscina con la mala pata que tropecé y salí volando, con Valentina detrás… Creí que me mataba, menos mal que nos salvó Sebastián, el cangrejo rojo, que era uno de los personajes de las colchonetas que desplegó ella para la fiesta de por la tarde.

—Si no es por el jodido cangrejo, al final no te casas. O por lo menos no con dientes —me decía mientras las dos nos quedamos tumbadas sobre él y las demás trataban de atrapar otras colchonetas.

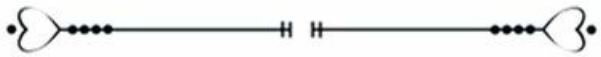
Creíamos que las que se caían al agua eran mi madre y Julia, pero no… Al final a las que tuvimos que tirarnos a rescatar fue a Maica y a Lara, quienes se tiraron en plancha y parecía que se ahogaban.

Cuando estábamos todas en el agua, rescatándolas, vimos salir a los chicos del Club. Nos miraban y asentían… y entonces salieron a la carrera y se tiraron también.

—Porque soy buena gente en el fondo, que si no… —les decía Valentina mientras todos ellos se nos abrazaban y nos suplicaban que no los echáramos.

Fue una noche memorable que terminó ya de día… Uno más que tachar de ese calendario que nos llevaba de cabeza a una boda que estábamos deseando celebrar.

Capítulo 42



Conrad

Aquella noche celebraríamos mi despedida de soltero los chicos y yo, junto con mi padre y Rubén, mi suegro, ese hombre al que siempre tendría que agradecerle que me hubiese aceptado finalmente como uno más de su familia, a pesar de todo lo sucedido en el pasado.

Se suponía que podríamos celebrarla conjuntamente con las chicas en la discoteca. En esa creencia estaba Martina. Lo que ella no sabía era que la venganza se sirve en plato frío, dicho desde el punto de vista del humor, porque soy consciente de que a esas alturas Valentina ya no tenía nada en mi contra.

Con todo y con eso, a espaldas de mi prometida, me había advertido que, dado que ella en su día no entró en el paritorio, yo esa noche no entraría en la discoteca.

Me lo decía entre risas, pero bien sabía que era más que capaz de hacerlo, aunque intentarlo lo tendría que intentar.

Ya esa misma tarde, en la que todos estábamos reunidos en el Club, hicimos un intento de acercarnos a la piscina en la que festejaban vestidas de sirenitas, con mi pequeña princesa Disney incluida, y entonces recibí un primer toque de atención porque nos fue imposible.

En realidad, me hacía mucha gracia, porque Valentina tenía algo muy especial con Martina, como si en cierto modo una parte de su amiga fuera suya, y eso me encantaba porque fue lo que propició que cuando yo hice el idiota y la alejé de mi vida, no le faltara la compañía y el consuelo de quien era como su hermana.

En fin, que no veía muy claro el poder compartir la discoteca con ellas, pero tampoco me importaba lo más mínimo, porque estaba igual de feliz.

Ethan no lo entendía. Él siempre tenía ganas de liarla y me decía que debía contar con un plan B, por si ellas se lo pasaban súper bien y se adueñaban de la discoteca.

Llevaba toda la tarde diciéndomelo.

—Mira que, si hacemos el imbécil y nos quedamos sin fiesta por su culpa, que ya sabes cómo se las gasta Valentina… No hace falta que te diga nada, que se lo pregunten a Gonzalo.

—Eso es verdad, menudo peligro tiene, yo vivo acojonado con eso.

—¿Y qué?

—Macho, que no podemos permitir que nos ninguneen. Si ellas preparan una fiesta de la hostia, nosotros otra más grande todavía.

—Si es que a mí me da totalmente igual, Ethan—le comenté—. Si te digo la verdad, hace mucho que considero que ya no estoy soltero. Esta noche no es más que un trámite.

—Porque tú lo digas. Eso no es así. Quién te ha visto y quién te ve. Una despedida de soltero debe ser algo sagrado para un hombre, debe ser…

—Va a ser una pesadilla como no te calles, Ethan. Y otra cosa te digo, no se te ocurra prepararme nada a mis espaldas ni meterme en un lío. No quiero pases privados ni mucho menos una estríper.

—Joder, pues sí que nos vamos a divertir, ¿beber vamos a beber o pido que nos preparen unos zumitos naturales?

—Pues claro que nos vamos a divertir. Iremos a la discoteca.

—Y si nos echan, la tomamos por la fuerza.

—Te recuerdo que Lara y Maica también estarán allí. Eso os interesa a Gonzalo y a ti.

—Yo, en un calzonazos, no me pienso convertir, te lo advierto.

—Cuando te toque el turno a ti, monta el circo que quieras, pero yo me conformo con que Martina se lo pase genial con sus amigas. No necesito más.

—Bueno, pero si nos echan y acabamos en el Club, tengo algunos teléfonos de emergencia que nos podrían solucionar la vida, ya me entiendes…

—Úsalos y la tuya estará en la cuerda floja.

—Gonzalo, ¿tú lo estás escuchando?

—Ethan, yo de ti me iría deshaciendo de cualquier teléfono que nos pueda comprometer, por lo que pueda pasar.

—Otro rajado.

—Paso de lo que pienses.

—Pues yo voto por…

—Tú votas por meternos en problemas y va a ser que no.

—¿Cuándo os habré metido yo en problemas?

—Tú igual no, pero Gonzalo bien que nos metió.

—Joder, ¿eso no se os va a olvidar nunca? Qué buena memoria tenéis, vosotros no necesitáis comer rabitos de pasas.

—En realidad, el único que mostró predilección por los rabos fuiste tú —le soltó Ethan, que estaba con unas ganas de jarana impresionantes.

—Mierda, que por ahí vienen Rubén y Ángel, ¿se lo vais a contar también? ¡¡Qué yo soy muy formal ya!!

A Gonzalo le quedaba pitorreo para rato, porque de vez en cuando le tocaba recordatorio y ese día le tocó.

Nos vestiríamos en casa de Ethan, porque la mía estaba tomada por las chicas. Por lo visto, el estilismo que había elegido Valentina para las chicas era de impresión. Me lo podía imaginar, porque le gustaba mucho una fiesta y esa noche estaría en su salsa.

En realidad, no podía más que agradecerle todo lo que hiciera porque Martina se lo pasara bien, estuviéramos nosotros o no en la discoteca.

Como digo, hacía mucho que el mundo de la noche dejó de interesarme como en el pasado. Desde que nació nuestra hija, apreciaba mucho más la vida en familia y prefería una sesión nocturna con ambas en el sofá de casa a la más impresionante de las fiestas.

Una vez que nos vestimos, cenamos en el Club. Allí nos ocurrió la primera anécdota de la noche, porque nos sirvió la mesa una camarera nueva, que era un cañón, y que digamos que iba de lo más sueltecita.

Le dio por mí y se notaba. Ni siquiera la conocía y les pregunté a los chicos por ella.

—Es la que contratamos en sustitución de la que se fue la semana pasada, la que no pasó el período de prueba por ser muy pava, ¿no te acuerdas? — me comentó Ethan.

—Ni puta idea de lo que me hablas.

—No me extraña, tío, es que llevas semanas que solo piensas en la boda.

—¿Y eso os extraña? Ya os tocará a vosotros. Joder, vaya manera más descarada de mirarme la de esta tía, ¿no? ¿Sabe quién soy? ¿Y que, me caso ya mismo?

—Igual es eso lo que le pone.

—Oye, ¿tú no le estarás dando pie a nada? —me preguntó Rubén, mi suegro, y no me caí de la silla de milagro.

—¿Yo? Ni en broma…

—Pues no sé qué decirte, que para mí que un poco sí que le has seguido el rollo, hijo. ¿No querrás más problemas?

—¿Qué dices, papá? Gonzalo, di tú algo. ¿A qué no la he mirado para nada?

—Yo prefiero no opinar, que luego siempre salgo escaldado…

—¿Os estáis escuchando? Que me vais a buscar la ruina entre todos, que no he hecho nada. Me moriría antes de mirar a ninguna otra con estos ojos, de arriesgarme a volver a perder a Martina. Es que ni loco.

—Pues entonces, deja de tontear con ella, macho…

—Ethan, que te estás colando, ya vale.

No entendía nada. Mi amigo se estaba colando, pero también ella, que volvía a venir con la bandeja de las bebidas invadiendo mi espacio personal.

Por favor, que traía un escote que un poco más y me enseña a través de él hasta el ombligo. Y vale, que podía enseñar lo que le viniera en gana, pero que me lo colocara en toda la cara y me dedicase una risita sibilina, eso como que ya lo veía menos.

La cosa no quedó ahí… La cosa fue a más, porque tan entretenida como estaba en insinuárseme, dejó caer el contenido de una de las copas en mis pantalones.

—¡Joder! —farfullé porque me había puesto perdido.

—No te preocupes, que esto te lo arreglo en un momentito. Te doy un repaso así y…

Y os juro que, si la dejo, el repaso me lo da hasta con la lengua, porque venía directa a mi bragueta.

—¡¡Bueno, ya está bien!! —Me levanté de un salto encabritado, porque se estaba pasando tela.

—He ganado yo —dijo en ese momento mi padre—. Al fin y al cabo, conozco muy bien a mi hijo.

Todos se echaron a reír y la chica se disculpó.

—Lo siento, todo esto es una broma contratada por ellos. Me llamo Mariela y no soy camarera, soy actriz.

—No me lo puedo creer, ¿habéis sido vosotros, capullos? —Me dirigí a mis amigos.

—En realidad, también ellos han participado —señaló Ethan a mi padre y a mi suegro—. Como sabemos que te has vuelto tan formal, primero te toqué las narices haciendo ver que estaba dispuesto a buscar más diversión de la cuenta esta noche…

—Ya, con lo de la estríper y tal… Por ahí empezaste a romperme las pelotas, como dicen los argentinos —le comenté, echándome a reír porque me la habían jugado y bien.

—Sí, eso. Y luego entraría en acción Mariela, que es una verdadera profesional.

—Desde luego que lo eres —afirmé mirándola—. Lo has hecho de escándalo, me has puesto al límite.

—Gracias. Te deseo mucha felicidad en tu matrimonio. Bueno, chicos, ya me voy.

—Le habréis pagado, ¿no? A ver si encima esperáis que lo haga yo.

Nos echamos unas buenas risas y lo mejor fue comprobar el buen rollo existente entre mis amigos, mi padre y mi suegro, todos haciendo piña, aunque fuera para ponerme en el palo. Habían apostado sobre quién acertaría el tiempo que tardaría yo en saltar, al borde de un ataque de nervios.

Después de eso, cenamos entre bromas y comenzó esa parte de la noche en la que, tras las primeras copas, tratamos de adentrarnos en la discoteca por primera vez. Fue la única en la que conseguimos hacerlo, aunque Valentina nos dejó claro que ya sabíamos dónde estaba la puerta.

A partir de ahí, y por disparatado que pueda parecer al ser los dueños, los miembros del equipo de seguridad, entre risas, nos impidieron el paso siguiendo sus órdenes, que fueron claras y contundentes.

Gonzalo y Ethan se echaban las manos a la cabeza y no dejaban de repetir que cuál fue el momento en el que perdimos el control sobre nuestro propio negocio.

—Aquel en el que os enamorasteis —nos respondieron con contundencia mi padre y mi suegro.

Sin posibilidad de divertirnos en la discoteca, nos volvimos al Club, en el que no nos quedó otra que beber y reír, mientras nos llegaban rumores de que en la discoteca se estaba formando la monumental, con Valentina como estríper y con un cañón de espuma en la mano con el que la lio parda.

Una noche inolvidable en la que mi principal disfrute fue el saber que Martina se lo estaría pasando sensacional arropada por todas las chicas.

Ya al amanecer, las vimos metidas en la piscina y, entonces sí, nos tiramos de cabeza.

Después de eso, todo hay que decirlo, Martina y yo terminamos celebrando nuestra propia despedida de solteros sobre una cama en la que derrochamos pasión hasta que nuestra niña comenzó a balbucear.

—No puedo con mi vida, creo que estoy un poco borrachita. Hoy me doy de baja como mami, tengo mucho sueño.

—Duerme, mi amor, que yo me ocupo de ella.

—Pero si tú tampoco has dormido, ¿cómo vas a atenderla?

—No hay problema, tú duerme —la besé.

La dejé en la cama y me fui a coger al otro gran amor de mi vida. Nunca imaginé que pudiera dar por culminada mi despedida de soltero con la suficiente sobriedad como para cuidar de mi hija… Pero es que tampoco me imaginé nunca con una hija y loco de amor por ella y por su madre.

Martina decía que su vida había dado muchas piruetas en los últimos tiempos, pero a la mía le pasó igual. Ante mí se abría una nueva etapa. Lo pensaba con ilusión mientras tomaba a mi hija en brazos y me la comía a besos. Era la ternura personificada y esa niñita que obró el milagro de que su madre y yo volviésemos a estar juntos. Y esa vez, para siempre.

Gonzalo y Ethan se echaban las manos a la cabeza y no dejaban de repetir que cuál fue el momento en el que perdimos el control sobre nuestro propio negocio.

—Aquel en el que os enamorasteis —nos respondieron con contundencia mi padre y mi suegro.

Sin posibilidad de divertirnos en la discoteca, nos volvimos al Club, en el que no nos quedó otra que beber y reír, mientras nos llegaban rumores de que en la discoteca se estaba formando la monumental, con Valentina como estríper y con un cañón de espuma en la mano con el que la lio parda.

Una noche inolvidable en la que mi principal disfrute fue el saber que Martina se lo estaría pasando sensacional arropada por todas las chicas.

Ya al amanecer, las vimos metidas en la piscina y, entonces sí, nos tiramos de cabeza.

Después de eso, todo hay que decirlo, Martina y yo terminamos celebrando nuestra propia despedida de solteros sobre una cama en la que derrochamos pasión hasta que nuestra niña comenzó a balbucear.

—No puedo con mi vida, creo que estoy un poco borrachita. Hoy me doy de baja como mami, tengo mucho sueño.

—Duerme, mi amor, que yo me ocupo de ella.

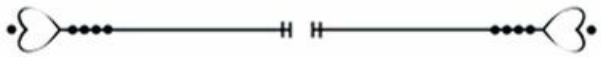
—Pero si tú tampoco has dormido, ¿cómo vas a atenderla?

—No hay problema, tú duerme —la besé.

La dejé en la cama y me fui a coger al otro gran amor de mi vida. Nunca imaginé que pudiera dar por culminada mi despedida de soltero con la suficiente sobriedad como para cuidar de mi hija… Pero es que tampoco me imaginé nunca con una hija y loco de amor por ella y por su madre.

Martina decía que su vida había dado muchas piruetas en los últimos tiempos, pero a la mía le pasó igual. Ante mí se abría una nueva etapa. Lo pensaba con ilusión mientras tomaba a mi hija en brazos y me la comía a besos. Era la ternura personificada y esa niñita que obró el milagro de que su madre y yo volviésemos a estar juntos. Y esa vez, para siempre.

Capítulo 43



Martina

Nunca olvidaré que fue la voz de Valentina la que escuché a primera hora del día de nuestra boda.

—No me lo puedo creer —le comenté a mi madre, quien estaba sentada al borde mi cama dándome los buenos días.

—¿Es Valentina?

—¿Y quién si no, mamá? ¿Y quién si no?

Ambas nos echamos a reír, abrimos la ventana de mi dormitorio y nos la encontramos en la calle, cantando a pleno pulmón esa maravillosa canción que es “Sueña” y que tanto me gusta escucharle a Luis Miguel.

“Sueña con un mañana. Un mundo nuevo debe llegar…”

—Ay, qué niña esta… Me está haciendo llorar.

—Y a mí, mamá, y a mí.

No paró hasta cantarla entera. Ella era así de sentimental. Ese fue todo un detalle por su parte en un día que no sería el último.

—Pero bueno, ¿cómo se te ocurre?

—Es que hoy me he levantado muy contenta y me he dicho: “voy a alegrarle el día a la niña con una canción de buena mañana”, a mi niña grande, ¿dónde está la pequeñita?

—En el baño, con mi padre, ¿ahí viene tu vestido?

—Sí, me quedo ya aquí. Necesitaréis mi ayuda.

—O sea, que estás loca por quedarte con nosotras y vivirlo todo en primera persona.

—Por supuesto, y que sepas que la puerta de la urbanización está plagada de paparazzi desde ya. No se formaba otra igual en la isla desde que se casó el reguetonero ese tan famoso, ¿cómo se llamaba? Al que un mes después pillaron con dos en la cama, y ninguna era su mujer.

—¿Y la gente para qué se casa si no está enamorada? —le preguntó mi madre.

—Ni idea. Mira, Noelia, he traído croissants recién hechos, calentitos.

—Ay, Valentina, que estás en todo.

—¿Dónde puedo dejar mis cosas?

—En el dormitorio de Martina, ponlas allí. Su vestido está envuelto en el salón y no nos ha dejado entrar en él desde ayer que nos lo trajeron. Y eso que ya te digo que está envuelto —rio contenta.

—Qué feliz se te ve, Noelia.

—Y a ti, Valentina.

—Es que está enamorada, mamá. Hoy va ser la presentación oficial de Derek, su novio.

—¿Finalmente asistirá?

—Sí, pero para lo poco de lo que se va a enterar…

—No disimules, que estás loca por traerlo.

—Loca, loca, tampoco, la verdad. Pero bueno, que vale, que iré con él…

—Mamá, está pilladísima por él, que te lo digo yo.

—Y dale, que no… Bueno, quizás un poco sí, pero solo un poquito.

Contentas estábamos todas, cantidad. Mi padre y padrino se encargaría de Julia mientras la peluquera y la esteticista nos maquillaban y peinaban a mi madre y a mí.

Valentina iba por libre. Ella opinaba que como el toque que se da una misma, no hay nada. Y eso lo hacía

extensible a todos los campos, sexo incluido. Así era mi amiga, ese ser de luz que lo alumbraba todo a su paso.

Nada más desayunar, nos pusimos manos a la obra. Ambas chicas llegaron y entonces mi madre me preguntó.

—Cariño, cuando te vistas ¿podré verte o tendré que irme de mi propia casa?

—También podemos ponerte un antifaz, Noelia. Hasta que llegues a la iglesia.

—No, no, Valentina, que a mí no me gustan esas cosas raras.

—Ni a nosotras tampoco, que somos muy tradicionales —me guiñó el ojo. Si mi madre supiera cuántos secretos quedaron para siempre en el interior del cuarto de la lujuria.

—Mamá, la verdad es que quiero que me veáis todos allí, ya en la urbanización, ¿te supone mucho problema?

—Claro que no, mi niña, claro que no. No hay ningún problema. Si ese es tu deseo, allí estaré yo, temblando como una hoja hasta verte llegar.

—Conrad enviará un coche para ti y para la niña. Valentina vendrá con papá y conmigo en el de la novia, que también correrá por su cuenta.

—Sí, sí, para colocarle la cola y eso bien cuando se baje —se excusó ella, porque mi vestido no tenía cola. Era un caso perdido inventando.

Al ser la única que lo había visto, quería que se quedase hasta última hora conmigo. Estaba muy nerviosa.

Antes de vestirme, Valentina ayudó a mi madre con la niña. Ella era mi dama de honor junto con Lara y con Maica, que también lo serían. Y, cómo no, la cría nos llevaría los anillos.

Me emocionaba ver la paciencia que derrochaba con la pequeña Julia, ensayando una y otra vez cómo debía portarlos.

—Tienes el cielo ganado —le decía yo.

—Y al final lo hará todo como le salga del alma, ya lo verás.

—Pues no será porque no se lo hayas enseñado.

—Pero la niña tiene mucha personalidad, igual que la madre —me hizo una carantoña—. Venga, la voy a vestir y que se la lleve ya su abuela.

Era una delicia verlas juntas. El vestido de Valentina tenía un diseño distinto, mucho más moderno que los de Lara y Maica, porque ella tenía que destacar. Y mientras los de ambas eran en un tono verde *mint*, el suyo era de color lavanda. Y el de la pequeña Julia era blanco con un cinturón lavanda, a juego con el de Valentina.

—Venga, dale un beso a tu mamá, que la próxima vez que la veas será una mujer "cazada", digo casada —corrigió entre bromas.

—Ya caerás, Valentina, un día de estos caerás también…

—Quién sabe, pero no porque él me lo pida, sino porque yo quiera.

s

—¿Hablamos del alemán o me lo está pareciendo a mí?

—Venga, que ya está aquí Noelia. Luego te vemos, chiquitina —besó a Julia.

—Hija, te veo en la urbanización. Estoy como un flan.

—Pues no te digo yo, mamá.

Me quedé a solas con Valentina y ambas destapamos mi vestido. Por unos segundos, no reaccionaba, mirándolo embobada.

—Niña, !!*come on*!! Que es para hoy, ¿qué te pasa que estás pasmada?

—Que todavía me cuesta creer que vaya a hacerlo. ¡Qué me caso!

—¡¡Pues claro que te casas, empanada!! ¡¡Anda a vestirte!!

Llevaba un maquillaje suave y elegante, en el que destacaba un juego de sombras con tonalidades naturales que me daba fuerza en la mirada respetando mis facciones. En los labios, el acabado cremoso me lo daba un *gloss* muy hidratante en rosa seductor que era una auténtica maravilla. El pelo me lo dejé suelto, no quería verme extraña ni artificial y lucir mi melena al aire me pareció la mejor de las opciones y también la que más le gustaría a Conrad, como así fue.

No sabía qué coche me recogería porque mi futuro marido se encargó de su elección. Mi padre nos indicó que ya había llegado el chófer y entonces Valentina le abrió la puerta del salón para que me viera.

—Rubén, ya puedes llorar lo más grande, que aquí tienes a la niña vestida de novia. Nos ha merecido la pena todos los esfuerzos que hemos hecho con ella, así que hoy ya nos podemos emborrachar a gusto.

Me dejó unos segundos de intimidad con mi padre, el cual se me acercó y me hizo una carantoña mientras

dejaba rodar un par de lágrimas por sus mejillas.

—Estoy muy orgulloso de la mujer tan guapa en la que te has convertido, Martina, pero sobre todo en lo buena persona que eres. No me cambies nunca.

—Yo también estoy muy orgullosa de ti, papá.

Salimos y me encontré con un Cadillac descapotable en blanco que sacó la más alegre de mis sonrisas.

—Qué bien me conoce, papá, qué bien me conoce Conrad. Es el coche más precioso del mundo.

—Y yo me he encargado de adornarlo —me comentó Valentina, algo que me cuadraba, pues sus lazos y adornos florales lucían en tonos lavanda y verde *mint*, lo mismo que mi ramo de novia, que también encargó ella.

Mi padre y yo nos acomodamos en la parte posterior mientras que mi amiga se sentó en el asiento del copiloto.

Por el camino, nos dio un recital cantando todo el tiempo "Robarte un beso" de Carlos Vives y Sebastián Yatra. No dejó de hacerlo hasta llegar a la urbanización, donde ciertamente, ya esperaban apostados los paparazzi, así como los reporteros, tratando de sacarnos las primeras imágenes y alguna que otra declaración.

—Que estoy muy ilusionada, es lo único que os puedo decir, chicos. Y que muchas gracias por venir —les saludé sonriente mientras entrábamos en ella.

—Y que luego os sacaremos cositas ricas para picar, yo me encargo —les dijo Valentina y le hicieron la ola.

Respiré hondo y me emocioné una barbaridad al ver esa increíble decoración de la que se había encargado Valentina y que incluía diversas carpas, todas en armonía, con el blanco como color predominante en clara contraposición con el verde de la hierba, y salpicado de las tonalidades de esas alegres flores que se dejaban ver por doquier.

El escenario era para babear, Valentina había sabido crear un escenario de ensueño, con una decoración perfecta y al aire libre.

Un concejal amigo de Conrad sería el encargado de oficiar la ceremonia civil. Ya nos esperaba junto a él, y no miento al decir que mi futuro marido se veía increíblemente atractivo con su chaqué. Su madre, Julia, también lo acompañaba, y se emocionó al verme tanto como la mía, quien rompió a llorar al verme bajar del coche.

Comenzó a sonar entonces el himno nupcial y Valentina asintió, echando a andar en dirección a nuestra pequeña, para tomarla de la mano y abrir la comitiva nupcial. Se le sumaron Lara y Maica.

Mirase donde mirase, todas eran caras amables entre familiares, amigos y conocidos, muchos de ellos clientes

de Conrad, pues allí se dieron cita desde famosos productores cinematográficos y musicales, hasta futbolistas, actores, cantantes o empresarios de lo más adinerados.

No hace falta decir que aquel luminoso día, el recinto estaba completamente cerrado para los invitados a nuestra boda, la cual quisimos celebrar en la intimidad, aunque a cierta hora dejaríamos entrar a la prensa para que pudieran hacer su trabajo.

Del brazo de mi padre, caminaba hacia aquel arco floral en el que me encontraría con mi prometido, quien me miraba como quien contempla el más fantástico de los espectáculos, con los ojos vidriosos.

Estábamos a minutos de convertirnos en marido y mujer, y la emoción entre ambos era máxima. Nuestra pequeña daba pasos con alegría y, de vez en cuando, se giraba para mirarnos, como para asegurarse de que la seguíamos su abuelo y yo.

Llegué hasta Conrad mientras que Valentina y ella se echaban a un lado.

—Estás absolutamente despampanante. ¿Te he dicho alguna vez que sin ti mi vida dejaría de tener sentido?

—Más o menos —le respondí con una sonrisa enamorada de lado a lado.

El concejal nos concedió unos segundos para que intercambiásemos impresiones, antes de pedirnos que tomáramos asiento. Fue entonces cuando Julia se soltó de la mano de Valentina, dejándonos a todos estupefactos.

Se ve que nuestra niña estaba cansada y, al vernos sentados, no dudó en soltar por los aires el cojincito con los anillos y correr. Trepando, se subió por mi vestido y se acomodó entre su padre y yo.

Sobra decir que un gesto tan infantil e inocente arrancó las risas de nuestros invitados. Ella nos miraba como no entendiendo de qué se reían, y luego miraba al concejal para que siguiera hablando.

Busqué el apoyo de Conrad y él asintió.

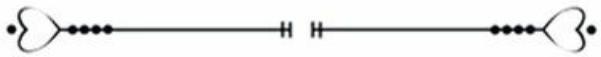
a

—Mucho mejor así, los tres juntos —me sonrió ampliamente.

—Eso, los tres juntos —repitió ella, que estaba en un momento que era como un lorito.

—Los tres juntos —murmuré también, sintiéndome la más dichosa de las mortales, con las dos personas que más quería en el mundo a mi lado, y a nada de dar un “sí, quiero” que supondría poner el cierre de oro a una relación que era el gran tesoro de mi vida.

Capítulo 44



Conrad

Miraba embobado a Martina, quien había llegado despampanante hasta el lugar que preparó Valentina para celebrar la boda en la urbanización. Pero también a nuestra pequeña hija, a nuestra joyita Julia, quien acababa de correr para sentarse con nosotros.

La niña era pizpireta como ella sola. Había heredado la deslumbrante belleza de su madre y decían también que mi desparpajo. Era mi orgullo y mi vida, junto a quien la trajo al mundo, pues ambas se habían convertido en ese motivo por el que desear ser mejor persona cada día.

Un concejal amigo mío estaba oficiando la ceremonia. Si él supiera lo poco que estaba escuchando sus palabras… La realidad es que solo podía centrar mi atención en ellas dos.

Conocía muy bien el motivo por el que estábamos allí, no hacía falta que nadie me lo recordara. Por fin Martina había accedido a unir su vida a la mía, a perdonarme también como mujer, objetivo que me marqué dos años atrás y, que seamos sinceros, fácil no era. Ni mucho menos.

Me la había imaginado muchas veces vestida de novia. No hace falta decir que su radiante belleza y la sencillez pero extrema elegancia, del modelo que lució ese día, superó con creces mis expectativas.

Nada más verla avanzar del brazo de Rubén, con su melena suelta, constaté lo que ya sabía: que era fiel a sus principios, que no necesitaba convertirse en otra persona para enamorarme más cada día, pues era algo que se le daba sensacional.

Quizás no fuera consciente de que las palabras apenas me salían cuando llegó a mi lado y tampoco de que, por ese motivo, tuve que luchar contra el nudo que se había instalado en mi garganta, impidiéndome que pudiese hablar con claridad.

Finalmente, lo hice, mientras mi mirada también se desvió ligeramente hacia Rubén, su padre, ese hombre íntegro que, sin pretenderlo, también se había convertido en uno de los referentes de mi vida.

A ella le alabé su belleza y a él le prometí sin palabras, con solo un cruce de miradas, que la cuidaría como él deseaba y como ella se merecía. Y que lo haría cada uno de los días de mi vida. También me entregaría de la misma forma al cuidado de nuestra pequeña hija, Julia, ese motor de nuestras vidas que un día hizo de pegamento para unir lo que mi ineptitud había separado.

Sin duda que fue ese pequeño ser, el que llegó de la mano del destino, del karma o de al saber quién, el que estaba destinado a lograr que sus padres fusionaran unos corazones que, a fin de cuentas, ya nos pertenecían de antemano, pues nos los entregamos cuando nos conocimos.

El camino que tuve que recorrer hasta recuperar a la que era la mujer de mi vida no fue fácil. Sin embargo, transitaría por él una y mil veces, si fuera necesario, para lograr la felicidad que ese día se estaba materializando durante un enlace en el que nuestras manos no se separaron en ningún momento.

Tanto mi "sí, quiero" como el de ella sonaron contundentes… La parte divertida llegó cuando nuestro pequeño lorito alzó su voz para indicar un tercer "sí, quiero", indicando lo de acuerdo que estaba Julia con aquello que entender no lo habría entendiendo del todo, pero disfrutarlo, lo estaba disfrutando a tope.

Los nuestros comenzaron a aplaudir como locos en el momento en el que la ceremonia concluyó. Valentina, muy avispada, cogió al vuelo a Julia y entonces su madre y yo nos besamos apasionadamente bajo una intensa lluvia de pétalos que no dejaba de caer en ningún momento.

Supongo que era la imagen de la felicidad, del triunfo del amor, así como la que dio el pistoletazo de salida a la siguiente y apasionante fase del día; la de la celebración.

Toda la urbanización se había convertido en el escenario de una boda de ensueño, de una que sacó en Martina un brillo de ojos que superaba al que ya mostraba en el día a día, algo que no parecía posible y lo fue.

—Lo hemos hecho, mi amor, nos hemos casado —murmuraba emocionado mientras todos comenzaban a acercarse para felicitarnos.

Aparte de muchísimos amigos y conocidos de la isla, con algunos de los cuales mantenía relaciones profesionales, estaban nuestras familias al completo.

Asistieron cantidad de famosos porque eso formaba parte de la esencia de la urbanización que un día fundamos y que nos sirvió de escenario a Martina y a mí para unir nuestras vidas.

Comenzamos a recibir felicitaciones a tutiplén, si bien las primeras llegaron de la mano de nuestros allegados, de esos que formaban parte de nuestro entorno más cercano. No podían faltarnos los abrazos de nuestros padres los primeros… Y no digamos ya cuando Valentina se nos tiró encima con la cría, llorando de felicidad y chillando, diciendo que éramos lo mejor, y que entre los tres habíamos hecho a la niña más bonita.

La acompañaba Derek, su novio, un modelo alemán que nos cayó genial porque se veía muy enamorado de ella Probablemente, él no entendiera qué estaba diciéndonos, pero sí lo que representábamos los unos para los otros.

Los padres de Ethan, la madre de Gonzalo… Tampoco podían faltar junto con sus hijos y las novias de estos, que habían actuado como damas de honor de Martina. Otro que esperó su turno con paciencia para felicitarnos fue Leo, quien no se perdería la boda por nada del mundo.

Y por supuesto no podían faltar tres personas que formaban parte importante de nuestra familia, así como de esta, nuestra historia.

Había mantenido el secreto tanto como Martina y Valentina guardaron el del vestido.

Por eso, cuando hice un gesto a Ethan, este sonrió y fue a buscarlos.

Martina miró en el momento justo hacia el lugar por el que aparecían esos invitados sorpresa, como si de algún modo hubiera sentido su presencia, se puso a chillar como una loca.

—¡¡Winston!! —corrió hacia él y este ni se lo pensó, abrió los brazos y la cogió en volandas— Ay, por favor, pero, ¿qué hacéis aquí? —preguntó emocionada— Jalissa, madre mía, estás guapísima —dijo al verla con el vestido del mismo color que el de Lara y Maica—. Y tú, Ori, vas preciosa, mi niña —la abrazó, ella vestía de blanco, como mi hija, pero con una cinta en ese tono del vestido de su madre.

—Es que nos había dicho un pajarito que hoy había aquí una boda, y dijimos, pues nos pasamos a ver qué ponen de comer —le dijo Winston.

—Ay, madre, qué ilusión me ha hecho veros —los abrazó a los tres.

—Martina, ¿y si te digo que nos quedamos en España? —preguntó Jalissa.

—¡¿Os quedáis?! —gritó, y con los ojos vidriosos me miró— ¿Se quedan, de verdad?

—Con casa y contrato de trabajo, no te digo más —sonreí abrazándola.

—Ay, ay, que ahora sí, la familia está completa —volvió a abrazarlos y en ese momento llegó nuestra pequeña corriendo.

—¡Ori, Ori! —gritaba.

—¡Muñequita! —la cogió en brazos y ambas sonrieron— ¿Sabes, muñequita? Me quedo contigo, y es para siempre.

. Martina me miraba emocionada, sonriendo, y cuando la abracé me dio un beso en los labios al tiempo que me susurraba un “gracias” cargado de amor.

También mucha de la gente que trabajaba para nosotros se dio cita allí, como no podía ser de otra manera: el personal de la clínica veterinaria, de la discoteca, del Club…

A algunos les tocaría dar el callo ese día para hacer que el enlace fuera de película y la gente se marchara con el mejor sabor de boca. Otros, estaban libres y con las mismas ganas de juerga que nosotros.

Tras una sesión de fotos en la que Julia protagonizó varias anécdotas y que resultó deliciosa, dejamos entrar a la prensa, pues los chicos llevaban horas bajo un sol de justicia y se merecían poder hacer su trabajo durante unos minutos.

—¿Cómo te encuentras, Conrad? Aunque tu cara habla por sí sola.

—¿Y vosotros qué creéis? ¿La habéis visto? —la abracé y la besé—. Pues me siento el tipo con más suerte del mundo.

—Y tú, Martina, ¿qué tienes que destacar del día de hoy?

—Que es realmente perfecto, tanto como mi familia —les contestó con la voz entrecortada por la emoción y sin perder ese puntito de timidez que un día me enamoró y que seguía formando parte de su carácter.

Dejamos que disfrutaran unos minutos más, acercándose a todos aquellos famosos que quisieron atenderles y después volvieron a la puerta. Valentina cumplió su promesa de sacarles algo para picar, pues estuvo en todo y esa boda no habría sido la misma sin ella.

Otro momento para el recuerdo fue el del lanzamiento del ramo por parte de Martina. Valentina, que siempre había proclamado su libertad, dio tales saltos para hacerse con él, que a una de las invitadas le terminó cayendo encima. No la aplastó de milagro, pues la otra pedía socorro y luchaba por zafarse desde abajo mientras ella levantaba el brazo con el ramo, gritando a pleno pulmón y haciendo la “V” de la victoria con la otra mano.

Las copas ya se estaban sirviendo, la música en directo sonaba desde el primer momento y cada una de las canciones que interpretaban habían sido escogidas por Martina y por mí, de entre una larga lista que confeccionamos a medias entre los dos… Eran las canciones de nuestra vida.

El baile, de hecho, lo abrimos horas después con “Por siempre tú” de Christina Aguilera, otro de los momentos más emotivos del día, que vino tras una comida que servimos tipo buffet, para que todos pudieran alternar en aquellos jardines por los que paseaban por libertad, haciendo uso del *photocall* y de cantidad de atracciones que habíamos hecho instalar para que la diversión no decayera en ningún momento.

Una de las propuestas que más furor causó y que llegó de la mano de Valentina fue un *glitter bar*, una tendencia que consiste en que todos aquellos invitados que lo deseen se pueden dejar caer por un alegre rincón en el que decorar su piel con brillos o purpurina.

Cada invitado que se animaba, se encontraba con ella dispuesta a convertir su piel en un catálogo de brillos de lo más divertido y guardaban fila para "tunearse".

Hasta a nosotros y, por supuesto, a la pequeña Julia, nos terminó poniendo unos brillos que formaron parte del gran espectáculo en el que se convirtió el que fue uno de los días más importantes de nuestra vida y en el que el romanticismo se alió con la diversión y con la locura para dar paso a un cóctel adictivo del que todos quisieron beber.

Por si todo eso fuera poco, los invitados se encontraban también con otra posibilidad de lo más alucinante: montados de dos en dos en una plataforma con un brazo giratorio, dejaban que sus movimientos fueran capturados por una cámara de esas de tres sesenta sobre la que, no hace falta ni decirlo, Valentina la lio parda al unirse a mi esposa y a mí cuando decidimos participar en la experiencia.

El momento corte de tarta fue otro de esos para no olvidar. Sobre todo, cuando la pequeña Julia, viendo que se trataba de una de sus preferidas, no evitó la tentación y metió el dedo en uno de sus pisos superiores mientras yo la sostenía en brazos y su madre reía a carcajadas. Solo por escuchar esas carcajadas haría cualquier cosa en el mundo.

La celebración duraría toda la noche, con lo cual la barra libre de bebida, de merienda, de chuches y de todo tipo de exquisiteces se unirían a la cena, a la recena y a todo aquello que nuestros invitados quisieron probar en una boda en la que ni siquiera faltó un globo aerostático con el que sorprendí a Martina y en el cual nos elevamos durante unos minutos por encima de la cabeza de todos los presentes.

Las horas iban pasando, el alcohol corría por nuestras venas, mezclándose con una alegría inigualable que gritaba, ¡¡fiesta!!

Valentina comenzaba a hacer de las suyas. Ya se había hecho con el micrófono varias veces, enfervorizando a la multitud y chillando lo mucho que nos quería.

Fue a una determinada hora de la noche, que ella me indicó, cuando le dediqué unas palabras a mi amada. Pedí la atención de los asistentes, quienes enmudecieron para escucharme.

—Familia, amigos… Gracias por estar disfrutando con mi mujer y conmigo de un día que quedará en nuestro recuerdo como FELIZ, en toda la extensión de la palabra. Una felicidad que, en mi caso, experimento desde que he recuperado a Martina, quien fue, es y será la mujer de mi vida. Antes de ella, conocí otra vida… Una vida mucho más superficial en la que no cabía el amor verdadero, porque ese estaba destinado a conocerlo de la mano de esta mujer tan increíble que hoy tengo el placer de decir que ha accedido a casarse conmigo. Todos sabéis que no se lo puse fácil, pero era justo que el amor triunfara, dado que por el camino aprendí muchas cosas: aprendí qu

a había nacido para hacerla tan feliz como ella a mí, por eso os digo que este día solo puedo definirlo de ese modo. Mi compañera de vida, mi amante, mi amiga, mi mujer y también la madre de mi hija Julia, esa niña que ha venido al mundo dándome muchas lecciones, la primera de ellas que tengo alma de padre, algo que ignoraba. Por ella y por su madre, soy un hombre nuevo… Un hombre que vive para las dos y cuyo principal propósito se ha convertido en que su felicidad no decaiga ni hoy ni nunca. ¡¡Por las mujeres de mi vida!! —Alcé la copa brindando.

En ese instante, hice que mirase al cielo y comenzó un fastuoso castillo de fuegos artificiales que nos envolvió por completo… Comenzaba así una noche de celebración que se extendería hasta que despedimos a nuestros últimos invitados, que no fueron otros que esos amigos tan íntimos que formaban parte de nuestra historia.

La urbanización quedó por fin en silencio. No celebramos noche de bodas en la intimidad porque lo hicimos co una fiesta memorable. No nos importaba porque estábamos a punto de iniciar nuestra mágica y romántica luna de s miel, una cuyo destino era secreto para Martina.

Lo único que le indiqué, para que supiera qué meter en la maleta, fue que se trataría de otro sitio con mar, pues el mar era también protagonista de nuestra historia y no podría faltarnos en aquellos días.

a Julia se quedaba con nuestros padres, que se la turnarían durante los diez días que estuviéramos fuera. Nos pareció que era lo mejor para todos, ya que el viaje sería largo y muy cansado para su corta edad. Aparte, ambos estuvimos de acuerdo en que luna de miel solo celebraríamos una y que se trataba de una ocasión especial para disfrutarla solos. Y así lo hicimos.

a

e

había nacido para hacerla tan feliz como ella a mí, por eso os digo que este día solo puedo definirlo de ese modo. Mi compañera de vida, mi amante, mi amiga, mi mujer y también la madre de mi hija Julia, esa niña que ha venido al mundo dándome muchas lecciones, la primera de ellas que tengo alma de padre, algo que ignoraba. Por ella y por su madre, soy un hombre nuevo… Un hombre que vive para las dos y cuyo principal propósito se ha convertido en que su felicidad no decaiga ni hoy ni nunca. ¡¡Por las mujeres de mi vida!! —Alcé la copa brindando.

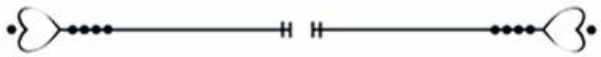
En ese instante, hice que mirase al cielo y comenzó un fastuoso castillo de fuegos artificiales que nos envolvió por completo… Comenzaba así una noche de celebración que se extendería hasta que despedimos a nuestros últimos invitados, que no fueron otros que esos amigos tan íntimos que formaban parte de nuestra historia.

La urbanización quedó por fin en silencio. No celebramos noche de bodas en la intimidad porque lo hicimos con una fiesta memorable. No nos importaba porque estábamos a punto de iniciar nuestra mágica y romántica luna de miel, una cuyo destino era secreto para Martina.

Lo único que le indiqué, para que supiera qué meter en la maleta, fue que se trataría de otro sitio con mar, pues el mar era también protagonista de nuestra historia y no podría faltarnos en aquellos días.

Julia se quedaba con nuestros padres, que se la turnarían durante los diez días que estuviéramos fuera. Nos pareció que era lo mejor para todos, ya que el viaje sería largo y muy cansado para su corta edad. Aparte, ambos estuvimos de acuerdo en que luna de miel solo celebraríamos una y que se trataba de una ocasión especial para disfrutarla solos. Y así lo hicimos.

Capítulo 45



Martina

—¿Hawái? —murmuré emocionadísima al conocer el destino de una luna de miel que Conrad me había preparado con tanto mimo como sigilo.

—Correcto…

Estábamos a punto de embarcar y lo único que podía hacer era abrazar a ese hombre que amaba con todo mi corazón, a ese al que había aceptado unir mi vida en la que fue la mejor de las decisiones que pude tomar.

Se trataba de un destino que yo deseaba muchísimo conocer. Me lo había escuchado en alguna ocasión y no dudó en hacer otro de mis sueños realidad.

Cuando llegamos allí, comprendí que había acertado de pleno, que Conrad escogió un sitio plagado de paisajes que enamoran, pero también de atracciones, de diversión, de gastronomía local y de aventura, ¡sobre todo de aventura!

Conforme nos íbamos moviendo por la isla en el coche que alquilamos en cuanto aterrizamos, sentí un flechazo con el predominio de ese verde que la salpicaba por completo, en contraste con el azul del mar.

Mis ojos se deleitaban con ese espectáculo natural que nos ofrecía un lugar al que habíamos llegado con total expectación. Y no faltaban motivos para ello.

Lejos de decantarse por un resort de lujo, Conrad lo hizo por una mansión privada que nos serviría de refugio durante los inolvidables días que pasaríamos allí. Amplio jardín, piscina infinita y un interior de cuento de hadas para un lugar repleto de luz natural que le llegaba a través de inmensos ventanales desde donde podríamos contemplar los más espectaculares de los amaneceres… O al menos así lo procuraríamos un día por vivir la experiencia, puesto que el resto igual a esa hora estábamos durmiendo a pierna suelta después de una noche de locura y pasión.

No hay que perder la perspectiva de que se trataba de nuestra luna de miel… Y de que nosotros no vivíamos

juntos hasta ese momento. Por esa razón, estábamos deseando estrenar esas noches en las que la lujuria se apoderase de nosotros durante horas y horas, posiblemente después de habernos corrido una buena juerga.

Nada más inspeccionar la alucinante mansión, concluí que allí la privacidad era completa, algo que sin duda había tenido él muy en cuenta a la hora de alquilarla. Por ese motivo, en cuanto soltamos nuestros equipajes y volvimos a salir al jardín, no dudé en sentarme al borde de la piscina, coqueteando con él agua a través de mis manos, mientras que me abría ligeramente de piernas para él.

La imagen le debió resultar de lo más sensual, puesto que noté cómo tragaba saliva y cómo salía flechado hacia mí, con la intención de despojarme de ese minivestido con el que llegué hasta allí.

El brillo de sus ojos en ese momento competía con el del sol mientras que la mirada la tenía puesta en ese escot mío que tanta fascinación le producía.

—Eres tan absolutamente deseable…

Eso fue lo único que pronunció en unos momentos en los que las palabras sobraban. A continuación, tiró de él hacia arriba y posó sus manos sobre cada uno de mis senos, comenzando a masajearlos al tiempo que me llevaba hacia él. Conrad se sentó también e hizo que le envolviese con mis piernas mientras se servía una generosa ración de esos senos que paladeó con esa lengua suya que parecía haber adquirido vida propia.

No era solo su lengua, también su miembro viril iba por libre, erecto y duro como lo notaba a través de sus bermudas de lino. Me eché hacia atrás, dejando caer mi melena en un juego insinuante con el que le mostraba el mucho deseo que sentía de que me hiciera suya.

Ese balanceo fue acompañado de un juego de su lengua que me erizó la piel al completo debido a la mucha excitación que me produjeron sus caricias linguales, las cuales no solo se centraron en mis senos, sino que siguieron bajando hasta alcanzar mi línea alba, después mi ombligo y, finalmente ese monte que era el objeto de su deseo.

Sus dedos no actuaron con rudeza, sino que se tomó su tiempo para despegar esos labios vaginales, los míos, que le llevarían directo a proporcionarme más y más placer debido a la aparición de mi clítoris, el cual encontró y tan húmedo como rosado y dispuesto.

Al tratarse Hawái de un lugar con un clima tropical, la humedad allí es alta. Pues bien, no sé si podría compararse a esa otra que emanaba de mi interior y que él comenzaba a saborear con su curiosa y experimentada lengua.

Un hondo suspiro salió entonces del interior de mi pecho, el cual subía y bajaba. Para ese momento, me había dejado ya sobre el césped, bocarriba y deseosa.

Su lengua, muy entregada, hacía maravillas sobre ese clítoris mío que no tardó en llevarme a jadear en cadena. Él me tenía cogida por las muñecas, como una clara indicación de que era suya, y nada en el mundo podía ponerme más que ese sentido de la posesión que desarrollaba en el sexo.

Mis jadeos comenzaron a subir de revoluciones tan pronto intuí que un orgasmo me iba a asaltar, algo que ocurrió al poco. Esas contracciones que lo acompañaron me hicieron gemir primero y luego chillar a todo volumen, dado el impresionante placer que me inundó.

Con el relax propio del momento, disfruté de la visión de su desnudez, una vez se deshizo de su ropa. Ya podía contemplar y hasta tocar esa virilidad suya con la que pretendía dejar el pabellón de nuestro recién estrenado matrimonio bien alto.

e

Me salió una sonrisa que debió conquistarle por completo. Con sus dedos, recorría mis labios antes de besarme, lo cual hizo justo en el momento de la penetración, aprovechando todavía que esas contracciones no habían cesado del todo y, por tanto, lo recibí con un ansia indescriptible.

Una vez lo tuve dentro de mí, disfruté sin censuras de una estocada que le llevó a los confines de mi vagina, la cual le atrapó con el calor propio del furor uterino que estaba experimentando.

No había palabras que pronunciar en momentos así, tan solo mis gemidos le contaban eso que estaba sintiendo mientras apretaba mis muñecas y me penetraba para ir paulatinamente subiendo el ritmo hasta desatar el frenesí en mí con sus embestidas.

Mi vagina le atrapaba, tratando de estrecharme al máximo para que su miembro notara la fricción con mis paredes, las mismas que pretendían mantenerlo allí la mayor cantidad de tiempo posible.

No había problema por eso. El aguante de Conrad era total y cuando por fin se desparramaba en mí, no tardaba apenas en volver a venirse arriba.

Ocurrió así en aquella ocasión, donde estuvo largo rato poseyéndome en el jardín y, una vez que terminó, me llevó directa a probar también la zona de las hamacas.

a

En aquella mansión, que yo supiera, no había cuarto de la lujuria. Tampoco nos haría ninguna falta porque se veía venir que estrenaríamos todas y cada una de sus estancias, regándolas con agotadoras sesiones de sexo.

Se avecinaba una luna de miel tan intensa como erótica, tremendamente erótica. De hecho, a lo largo de aquel día fueron varios los rincones de la mansión en los que derrochamos pasión, y eso que también salimos. Cómo no

Cogidos de la mano, comenzamos a conocer las razones que llevan a tantos turistas a Hawái.

El espectáculo de sus playas tuvimos ocasión de disfrutarlo mientras tomábamos algo en un local de moda a pie

de una de ellas, donde nos sentamos con unos cócteles a disfrutar de sus blancas arenas y de un atardecer de película que contemplamos mientras él me abrazaba.

—Da igual el lugar del mundo en el que esté, lo único que sé es que quiero compartirlo contigo, Martina —murmuró en mi oído mientras que el astro rey se iba ocultando.

Me estremecía con cada uno de esos comentarios que salían directamente de su corazón porque Conrad no se limitaba a las palabras, sino que las complementaba con hechos.

Elegimos ese mismo lugar, que contaba con música en directo, para cenar aquella primera noche que pasaríamos en la isla. Estaba lleno hasta la bandera, cantidad de turistas disfrutaban a la par de nosotros de un escenario idílico desde el que nos trasladamos a la zona de copas, contigua y ya en la misma playa.

De noche, con unos cócteles en la mano, en Hawái y compartiendo un amor que nos unía cada día más, bailamos durante horas al ritmo de unas sensuales melodías que llamaban a nuestra taquicardia.

Ya de madrugada volvimos a la mansión, bebidos y muertos de la risa, felices y excitados. Como me ocurriese al finalizar mi despedida de soltera, di un traspiés, aunque en esa ocasión sus reflejos impidieron que fuera de cabeza a la piscina.

Sí caí al césped y él encima de mí. Quedé bocabajo y aprovechó para, una vez comprobó a través de mi risa que nada me había pasado, colocar sus manos en esa ocasión sobre mis nalgas. Reí más y no tardó en darme una nalgada que sabía muy bien que sería la que nos abriría la puerta de una nueva y excitante noche en la que todo estaría permitido.

Nuestros cuerpos vibraban el uno al contacto con el otro. Fue en esa postura, bocabajo, en la que tan solo se limitó a retirarme el tanga, haciéndome suya de nuevo al borde de la piscina mientras mis jadeos ponían el tono musical a una noche que se preveía larga, muy larga.

La sesión de sexo que comenzó en el jardín y con esa nalgada, efectivamente, casi se prolongó hasta el amanecer. La imaginación de Conrad no conocía límites y sus recursos eran muchos a la hora de elevarme al más alto de los placeres.

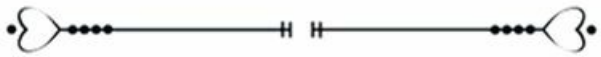
Dormimos juntos una vez, agotados, ambos comprobamos estar al límite. Lo hicimos abrazados y enamorados, como ocurriría a partir de entonces todas las noches de nuestra vida.

En ningún otro par de brazos podría haber conciliado el sueño como en los suyos. Conrad se habría convertido en mi marido, pero también en mi refugio y en el hombre con el que no solo deseaba compartir mi vida, sino también cada uno de mis instantes, de mis sensaciones y de todo aquello que me recordara que, junto a él, la vida era más vida.

La luna de miel pintaba bien, muy bien… La habíamos comenzado con unas ganas de amarnos que no tenían visos de decaer en lo más mínimo. En todo pensaba en aquella primera ocasión en la que dormimos juntos en el más idílico de los destinos. Cualquiera lo hubiera sido a su lado, pero Hawái contaba con un encanto que lo convirtió en el elegido.

La luna de miel pintaba bien, muy bien… La habíamos comenzado con unas ganas de amarnos que no tenían visos de decaer en lo más mínimo. En todo pensaba en aquella primera ocasión en la que dormimos juntos en el más idílico de los destinos. Cualquiera lo hubiera sido a su lado, pero Hawái contaba con un encanto que lo convirtió en el elegido.

Capítulo 46



Conrad

La luna de miel tocaba a su fin tras unos días de felicidad indescriptibles.

Martina y yo nos habíamos propuesto disfrutar de la visión de algún amanecer desde la mansión, pero lo cierto es que aún no lo habíamos conseguido. Es lo que tiene beber, trasnochar y caer luego excitadísimos, el uno sobre el otro durante horas hasta que el sueño nos rendía a altísimas horas de la madrugada.

Al tratarse del último día, me pareció que debía despertarla y lo hice unos minutos antes del amanecer, con la intención de que tuviese tiempo de reaccionar.

No se me ocurrió mejor manera que deslizarme bajo las sábanas. Ambos dormíamos desnudos, piel con piel, con lo cual no había ningún tipo de prenda que obstaculizara mis intenciones.

Ella se removió inquieta. Su sueño era profundo porque estaba muy cansada. En la penumbra, sin embargo, pude observar cómo se le iba dibujando una curvita de felicidad en el rostro, sin duda producida por ese movimiento de lengua mío que tantos buenos momentos le había proporcionado desde que llegamos allí.

Me encantaba escuchar esos suspiros que comencé a arrancarle. Lo más curioso era que no estaba despierta del todo, que permanecía en un estado intermedio en el que el placer la iba inundando sin que ni siquiera fuera demasiado consciente de ello.

Seguí y seguí. Para ello, acaricié su zona más íntima con la yema de uno de mis dedos cuando mi lengua cesó de lamerla y se dirigió hacia la entrada de su vagina.

Estimulándola con ese movimiento circular de dedo, fui adentrando a la par mi lengua en esa vagina que ya encontré tremendamente lubricada. Nada me excitaba más que el olor a sexo que emanaba de ella y que levantaba y endurecía mi virilidad, todo al mismo tiempo.

Para cuando Martina vino a ser consciente de que se iba a correr de verdad, de que no estaba soñando, ya estaba a punto de amanecer. Le ocurrió entre gritos y entonces me rodeó con sus brazos, los cuales pasó tras mi cuello.

—Buenos días, preciosa —la besé.

—Buenos y excitantes días —suspiró.

Lo serían más porque aproveché su gesto para cogerla en brazos y no la solté hasta llegar a esas vidrieras que nos ofrecerían el espectáculo natural de la salida del sol.

—Coloca ahí las palmas de las manos —le pedí mientras me situaba detrás, tomándola por la cintura.

Me resultaba absolutamente encantadora la forma en la que hacía todo aquello que le pedía.

Mis manos se deslizaron hacia su vientre mientras que mi miembro, tan arriba como estaba, quiso demostrarle su dura consistencia entrando en ella justo en el instante en el que el sol comenzaba a asomarse con la misma timidez que demostraba ella.

Un amanecer más estimulante que ese no lo podría haber imaginado en la vida. Y tampoco tan lleno de amor, porque lo mejor del sexo que practicaba con Martina era que estaba regado con mucha pasión y con ingentes cantidades de amor del bueno.

Cuando ambos terminamos, le di la vuelta y la besé.

—Buen "besayuno" me has dado…

—Y muchos más que te daré, mi amor…

Comenzaba nuestra última jornada en Hawái. Esa noche volaríamos de vuelta a casa. El nuestro no había sido un viaje organizado ni mucho menos. Las fechas las escogimos como nos vinieron en gana para nuestra total comodidad.

Nos hubiera gustado, eso sí, alargar un poco más una luna de miel que nos resultó tan fantástica como corta, pues el tiempo pasaba demasiado rápido cuando se trataba de compartirlo con el otro. No obstante, si no lo hicimos así, fue porque Julia era todavía muy pequeñita y ya nos moríamos también de ganas de volar a su lado.

Aquella mañana la habíamos reservado para visitar Pearl Harbor, uno de los lugares que no puedes perderte si visitas Hawái.

Atrás quedaban un montón de días en los que el mucho sexo que practicamos no nos impidió hacer visitas y actividades, aunque también dedicamos muchos ratos al arte de no hacer nada, simplemente tumbados el uno al lado del otro en la playa o en la piscina infinita de la mansión, con un cóctel en las manos.

Disfrutamos mucho de la visita a Honolulú, así como de las que hicimos a las islas de Maui y Kauai, de la práctica del snorkel en pareja y de la degustación de frutas tropicales, que esa fue diaria y nos llevó a ponernos ciegos.

De entre las especialidades gastronómicas locales que probamos, nos entusiasmó el *Poke*, hecho a base de atún marinado crudo y aderezado con algas marinas y aceite de sésamo. También nos conquistó el *Lau Lau*, una deliciosa mezcla de carne y pescado de lo más recomendable.

Hablábamos de todo ello en un desayuno que ya sonaba al último, pues lo era, y una cierta nostalgia se dejaba escuchar en su voz.

—Ha sido la mejor luna de miel que hubiera podido soñar, amor.

—Aún no ha terminado, te lo recuerdo.

—Pero queda muy poquito…

—No me pongas pucheros porque habrá muchos más viajes y, además, que nuestra luna de miel no termina aquí, me he propuesto que nuestra vida sea una luna de miel perpetua.

—Y yo me he propuesto, ¡comerte esa cara!

Saltón encima de mí y la cara no me la comió, pero ella sí que terminó siendo degustada por mi lengua antes de salir de la mansión, bocarriba y sobre aquella mesa en la que la hice gemir hasta los gritos una vez más. Si aquellas paredes hablaran… Dentro de esa mansión, y también en sus jardines, habíamos dejado nuestra más erótica huella, una que permanecería imborrable porque cierta energía nunca muere, solo se transforma.

Un rato después ya estábamos camino de Pearl Harbor, una de las más emblemáticas y espectaculares atracciones de Estados Unidos que es tristemente conocida por el ataque perpetrado por los japoneses.

La famosa película que lleva su nombre fue la que terminó por catapultarla a una mayor fama.

Como hice durante el resto de la luna de miel, le tomé muchas fotografías allí, aunque también nos hicimos cantidad de selfis y hasta un vídeo, para enseñárselo a Julia cuando fuera mayor.

Hablando de ella, le llevábamos varios juguetes artesanales de colores que le habíamos comprado en un mercado local que visitamos días atrás. Seguro que le entusiasmarían, aunque no tanto como a su madre y a mí volver a verle la carita, pues la echábamos mucho de menos.

Visitamos el Centro de Visitantes y otros muchos lugares que incluyeron exposiciones muy interesantes y que culminaron en el museo.

—Te veo un poco sobrecogida, cariño —la besé.

—Es que parece que para algunos la vida de los demás no tenga valor. Y la vida es tan bonita… —concluyó emocionada.

—Me alegra mucho que lo veas así.

—Es que ahora mi vida es perfecta.

—Pues solo tienes que disfrutarla porque te anuncio desde ya que solo puede ir a mejor.

—A mejor es imposible, siento que ya lo tengo todo.

—Nunca digas imposible —la besé con el ánimo de cumplir esa promesa, como todas las que le hacía.

Pasamos el resto del día en la playa y por la tarde, antes de dirigirnos de nuevo al aeropuerto, contemplamos un último espectáculo de danzas locales de esos tan coloridos en los que terminas con un vistoso collar puesto y danzando al mismo ritmo.

No era el primero del que disfrutábamos, pero sí el último, al menos de momento, porque soy de los que opina que siempre se debe regresar al sitio en el que uno fue feliz. Y allí ambos lo habíamos sido. Y muchísimo.

Cuando el espectáculo terminó, volvimos a la mansión. Por la mañana ya habíamos dejado las maletas preparadas, así que solo era cuestión de cogerlas y marcharnos.

No obstante, y dado que teníamos aún un buen montón de horas por delante hasta llegar a casa, quise aprovechar ese último ratito de intimidad con ella allí.

El atardecer no tardaría en ofrecernos otro de esos espectáculos naturales de Hawái que hipnotizan. Y contemplarlo desde el jardín, mientras la poseía nuevamente era uno de esos regalos de la vida al que no quise renunciar.

La tenía sobre la hamaca, ensartada y húmeda mientras la embestía desde atrás cuando comprobé que el sol estaba a punto de ocultarse. Dentro de ella, paré en ese momento, me incorporé y acerqué mi cara a la suya.

Ladeó el rostro y me besó mientras que con el rabillo del ojo seguía contemplando uno de esos espectáculos imperdibles que ya nadie puede quitarte cuando los has observado en primera persona.

El sol se marchó finalmente y la abracé con todas mis fuerzas. Terminé entonces eso que había empezado sobre la hamaca, pero dándole la vuelta para tenerla cara a cara.

Nada como amarla mientras la veía disfrutar como lo hacía cuando entraba en ella.

Una vez nos aliviamos, nos dimos una ducha rápida y dijimos con pena adiós a una mansión en la que habíamos vivido la mejor y más lujuriosa de las lunas de miel.

Fui a cargar con las maletas y comprobé que pesaban el doble de días antes, cuando llegamos. Aparte de que llevábamos una más que compramos allí.

—¿Les has metido plomo?

—Es que no solo llevamos regalos para la niña… También para todos los demás. Y por supuesto para Valentina, ¿te imaginas si aparezco sin nada para ella?

—Te forma un numerito de espanto, sales hasta en las redes.

—Además, que también se ha acercado en estos días a casa de nuestros respectivos padres para ver a la niña, para sacarla a pasear…

—Sí, sí. Y hasta vídeos nos ha enviado con ella.

—Chinchándonos y diciendo que nos la iba a secuestrar, cierto —reía ella porque todas las ocurrencias de Valentina seguían siendo iguales. Esa loquilla estaba de atar, pero a mis chicas las quería como nadie.

Camino del aeropuerto me hizo que parásemos varias veces. Contábamos con tiempo suficiente y, aunque había oscurecido, los paisajes seguían siendo realmente sobrecogedores.

Una de ellas, paré en un lugar un poco más apartado y, seductora, se me insinuó en el capó del coche.

—Martina, que no respondo…

—¿No? Pues entonces tendré que hacer algo más para que respondas —me comentó mientras echaba mano a mi bragueta.

Increíble, pero cierto. También lo hicimos allí, en medio de un paraje natural perdido, rodeados de vegetación y con una humedad que empapaba… Aunque no más que la que emanaba nuevamente de mi fogosa mujer.

Al embarcar estábamos tan cansados como contentos. Volvíamos a casa tras haber vivido una experiencia plena en todos los sentidos.

Nuestra ardiente luna de miel estuvo también salpicada de momentos de lo más emotivos y, cómo no,

divertidos.

Era hora de iniciar nuestra vida en común, de volver a ese mundo que un día levanté y que de pronto podía compartir con ella.

Mientras dormía sobre mi hombro en el avión, velaba el sueño de la mujer que cambió mi rumbo para siempre, convirtiendo sus cimientos en unos mucho más sólidos.

Martina me había enseñado lo que era el sentido de la responsabilidad, pero no de una que pesase, sino todo lo contrario… De una responsabilidad aceptada por mí con el mayor de los gustos, pues mi vida sería un sinsentido sin ella y sin Julia, a quien ya me moría por abrazar.

Ambas me habían hecho mejor persona y jamás las defraudaría. Consagraría mi vida a que se sintieran orgullosas de mí y a que su felicidad inundara nuestra convivencia. En cuanto a mí… Yo era feliz si ellas lo eran.

No me reconocía en el hombre que un día fui. Me había vuelto familiar y hogareño, descubriendo los verdaderos valores de una existencia que se convierte en una parodia si no conoces el amor.

Martina y Julia se convirtieron en el eje central de mi mundo… De uno que procuraría hacer cada día mejor por ellas, por esos dos seres que supieron iluminarme como nadie sacándome de las tinieblas en las que un día viví tras su pérdida.

divertidos.

Era hora de iniciar nuestra vida en común, de volver a ese mundo que un día levanté y que de pronto podía compartir con ella.

Mientras dormía sobre mi hombro en el avión, velaba el sueño de la mujer que cambió mi rumbo para siempre, convirtiendo sus cimientos en unos mucho más sólidos.

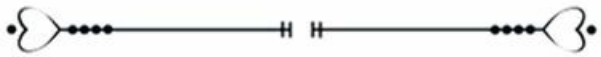
Martina me había enseñado lo que era el sentido de la responsabilidad, pero no de una que pesase, sino todo lo contrario… De una responsabilidad aceptada por mí con el mayor de los gustos, pues mi vida sería un sinsentido sin ella y sin Julia, a quien ya me moría por abrazar.

Ambas me habían hecho mejor persona y jamás las defraudaría. Consagraría mi vida a que se sintieran orgullosas de mí y a que su felicidad inundara nuestra convivencia. En cuanto a mí… Yo era feliz si ellas lo eran.

No me reconocía en el hombre que un día fui. Me había vuelto familiar y hogareño, descubriendo los verdaderos valores de una existencia que se convierte en una parodia si no conoces el amor.

Martina y Julia se convirtieron en el eje central de mi mundo… De uno que procuraría hacer cada día mejor por ellas, por esos dos seres que supieron iluminarme como nadie sacándome de las tinieblas en las que un día viví tras su pérdida.

Epílogo 1



Martina

Seis años después…

Si me hubieran dicho cuando dejé mi hogar para irme a Escocia, que tendría que volver solo dos años después y todo lo que ocurrió desde entonces, posiblemente me hubiera pensando muy bien el dejarlo todo atrás por un hombre.

O, mejor dicho, por aquel hombre en concreto.

Cuánta razón tuvo mi querida Valentina cuando me decía que el escocés no le gustaba, y qué tonta fui por no creerla y defender lo indefendible, porque sí, pensaba que me quería tanto como yo a él, que lo único que pasaba era que trabajaba mucho, hasta que al abrir los ojos y preguntarle, me echó de la casa sin contemplaciones.

Pero eso es agua pasada ya, aunque ese pasado apareciera cuando menos lo esperaba para hacer que lo que esta vez sí era un bonito amor que me llegó por sorpresa y de la mano de un jefe imponente, también se acabara.

Dicen que el amor todo lo puede y es cierto, lo comprobé de primera mano, porque el que sentíamos Conrad y yo, por muchas piedras que nos encontráramos por el camino, acabó por llevarnos a ese momento que no iba a olvidar en mi vida, ese día en el que nos dimos el "sí, quiero" que tanto quería y esperaba Conrad.

Porque de no haber sido por su insistencia para que nos diéramos una oportunidad, para que intentáramos recomponer los pedazos de lo que una vez fue y sí pudo ser, esa que en nuestro segundo viaje a Jamaica comprendí que nos debíamos y merecíamos porque aún seguíamos queriéndonos y porque teníamos una preciosa hija en común, le di, regresando a España de la mano bajo unas condiciones que él aceptó.

Y día tras día fue ese hombre que había conocido, el que me enamoró poco a poco, y al que amé con toda mi alma.

Como padre era el mejor que mis hijos podían tener, los amaba con locura y se desvivía por ellos, y verlo ejercer ese papel que ninguno esperamos la primera vez, era lo más bonito de mi vida.

Habéis leído bien, sí, he dicho lo que quería decir, porque no solo tuvimos a Julia, sino que, con el tiempo, después de casarnos y disfrutar de la vida en familia con ella, hacía tres ya tres años que ampliamos la familia con la llegada de nuestro hijo Rubén.

Ese pequeño llegó también por sorpresa, pero fue igual de bienvenido que su hermana, y sí, lo concebimos en el mismo lugar que a ella, en aquel cuarto de la lujuria donde decidimos entrar una noche que mis suegros se quedaron con nuestra niña.

Como dijo Valentina cuando supo que iba a ser madre de nuevo, y dónde me había quedado embarazada, al final ese cuarto debería llamarse el de la natalidad.

No tenía nombres pensados tampoco para ese bebé, no me terminaba de decantar por ninguno que me gustara para niña o niño, y como nos había salido un poquito vergonzoso y no se dejaba ver en ninguna de las ecografías, tampoco es que me lo pusiera fácil para escoger.

Pero en una de las últimas revisiones, a la que me acompañaron mis padres porque Conrad tenía una reunión y no quería que la aplazara, nos dijeron que era un niño y para mí, que mis padres estuvieran allí fue como una señal, por lo que en ese momento dije que mi hijo se llamaría como mi padre.

Lo que lloró ese hombre no fue poco, pero yo tenía claro que él merecía ese derecho porque para mí, siempre fue y será el primer hombre más importante de mi vida.

A pesar de lo que hice cuando dejé todo para irme a Escocia, cuando tuve que volver, ni él ni mi madre me dieron de lado, sino que me acogieron de nuevo en el lugar del que nunca debí marcharme, y me demostraron que el amor por un hijo siempre sería infinito.

Era feliz, inmensamente feliz con mi marido y nuestros dos hijos, dirigiendo de nuevo la clínica veterinaria que él montó en su día en la urbanización por y para mí, y donde disfrutaba de hacer mi trabajo como nadie.

Porque, aunque la dirigía, igual que en aquel entonces, también atendía a las mascotas de nuestros clientes, me encantaban los animales y tenía la suerte de que a mis hijos también, por lo que muchas tardes Conrad los traía para visitarme y aprovechaban para jugar en la guardería con los perros que nos hubieran dejado ese día.

Y qué puedo decir de los demás, de lo que ha sido sus vidas en estos años, pues que siguen siendo parte de mi familia, que todos vivimos en la urbanización y nos vemos a diario, y que cada fin de semana nos reunimos todos en una de las casas para disfrutar de una buena comida que se alarga hasta la cena y la post cena, como dice Ethan

Empiezo con mi querida Valentina, esa mujer fuerte y guerrera que con su luz siempre nos ilumina a todos, y a mí en especial.

Se acabó casando con Derek, ese modelo alemán al que ella no entendía ni mijita al hablar, pero del que recibía un amor como el que ella merecía.

Conrad como dueño de la urbanización y el Club no solo la contrató como directora de este, sino que en un terreno que había libre construyó una villa igual a la nuestra y la de Ethan y Gonzalo y se la regaló a ella, que llor lo más grande al saber que era para ella.

Se acabó casando con su modelo, que por cierto el español lo hablaba ya a la perfección, y adoptaron hacía ya tres años a un par de hermanos que llevaban tiempo en el orfanato. Aquello era algo habitual, muchas personas que iban a adoptar no querían hermanos, y separarlos era una crueldad.

El niño tenía ya dieciséis años, se llamaba Adrián y era un amor, además muy protector con su hermana Lucía que ahora contaba con ocho años.
Y amaban a sus padres adoptivos con locura, al igual que ellos a sus hijos.

Lara y Ethan también dieron el paso, y es que muchas veces me dijeron que, hasta que yo no me casara con Conrad, ellos no lo harían, pero la misma amenaza recibí por parte de Maica y Gonzalo.

Y así fue como, un año después de casarme yo, lo hicieron ellos, primero Lara y Ethan y dos meses después, Maica y Gonzalo, ya que decían que no iban a dejarnos solos con todo el tema de la urbanización para irse de luna de miel a la vez.

Lo de que Lara y Maica fueran policías me dejó desde luego en un shock tremendo, y lo seguían siendo solo que habían cambiado el trabajo de campo por el de oficina, como ellas decían, en el momento en el que fueron madres.

Lara y Ethan tenían un hijo, David, de dos años, y Maica y Gonzalo unas mellizas preciosas, Elena y Paula, también de dos años, pues se llevaban apenas tres meses con David.

Tanto mis padres como los de Conrad estaban encantados con sus nietos, los de sangre y los que la vida les había querido dar por parte de nuestros amigos, y ahora que ya estaban los cuatro jubilados, no había año que no nos dijeran que se iban de crucero o de viaje juntos. Pero bien que hacían, que la vida estaba para aprovecharla.

Y no creáis que me olvido de esa familia jamaicana que se mudó a España a vivir por sorpresa y me enteré el día de mi boda, porque no lo he hecho.

Winston, Jalissa y Ori, también formaban parte de esta gran familia que habíamos creado todos, vivían en una de las villas más pequeñas de la urbanización y que a Conrad no le importó no volver a alquilar y regalársela a ellos, además de que los contrató en diferentes lugares.

Como no podía ser de otra manera, y dado que a todos sin excepción el bonachón de Winston nos recordaba al

actor conocido como “La Roca”, lo contrató como jefe de seguridad y algunas noches estaba en la puerta de la discoteca. La verdad es que el tío imponía y a veces daba hasta un poquito de miedo. Pero solo a veces y nunca a nosotros.

ó Jalissa estaba como encargada en la cocina del Club, esa mujer tenía una mano para la cocina que fue todo un acierto, de modo que hasta pudo añadir en la carta muchos de los platos típicos jamaicanos que nadie preparaba mejor que ella.

Ori ya era una mujercita, a sus quince años estaba preciosa y guapísima, y con mis hijos era toda una hermana mayor pues los quería con locura. Bueno, ella quería a todos los niños de nuestra familia por igual, pero con los míos tenía auténtica adoración.

Y lo mejor de todo es que al compartir tanto tiempo conmigo y los niños, decía que quería estudiar veterinaria y trabajar en la clínica como yo.

—Venga todos a la mesa —escuché decir a Valentina dando palmadas desde el jardín.

Era sábado y nos habíamos reunido todos para comer, esta vez tocaba en su casa.

ı Yo estaba en la cocina cogiendo las bebidas para los niños, y cuando salí vi que todos, sin excepción, se acercaban a la mesa.

—Así me gusta, que dé una orden y todos me hagáis caso —dijo ella con los brazos en jarra.

—Como para no hacerte caso, mi amor, con el genio que gastas —contestó Derek, dándole un beso en la mejilla.

—Ojito, ojito con lo que dices, que te quedas sin comer, y no me estoy refiriendo a esa carne —señaló la mesa.

—Sargento Valentina en acción —dijo Ethan.

—Verás que tú también pillas. Y tú —miró a Gonzalo—, no le sigas la gracia que todavía, ¿eh? —se llevó el dedo a los labios como amenazando y claro, Gonzalo se ponía blanco.

Nos sentamos todos y en ese momento fue cuando Valentina hizo una videollamada a mis padres y los de Conrad, que estaban en uno de sus cruceros.

—¿Por qué los llamas? —pregunté.

—A ver, nena, que estamos en verano, a los niños les han dado la nota y mi hijo tiene algo que contarnos a todos, sobre todo a los abuelos —contestó.

—Valentina, hija, ¿estáis todos bien? —preguntó mi madre.

—Sí, sí, Noelia, todos guapísimos y sanísimos, mira, mira qué caras —movió el móvil para que nos viera a todos.

—¡¡Abuela!! —gritaron los niños.

—Ay, mis nietos, pero qué guapos.

—Noelia, avisa a los demás, que Adrián quiere decirnos algo.

—Voy, hija, voy —escuché a mi madre por allí caminando y no tardaron en saludar los demás.

—¿Tú sabes qué tiene que contarnos? —me preguntó Conrad en el oído.

—No, y mira que Valentina me lo cuenta todo de los niños.

Escuché que mi padre y los padres de Conrad saludaban, y Valentina miró a su hijo mayor y le dijo que podía dar la noticia. Ella estaba sonriendo e incluso vi que sus ojos brillaban por la emoción.

—Solo quería deciros a todos que ya sé lo que quiero estudiar cuando acabe el instituto —dijo Adrián—. Quiero ser médico, como el abuelo Ángel.

En ese momento miré a Conrad, pues el hijo de nuestra amiga lo miraba a él también. Mi marido se quedó en shock, pero luego sonrió.

—Estoy seguro de que serás un gran médico, Adrián —le dijo.

—Gracias, tío Conrad —sonrió.

—Y ahora otra primicia —carraspeó Valentina—. Adrián y Ori son pareja, que no se atrevían a contarlo. Seguid disfrutando del crucero —les dijo con una sonrisa y cortó la videollamada.

Se hizo un silencio en ese momento en el que todos mirábamos a los chicos queriendo respuestas. Adrián tenía la mirada fija en su plato, Ori no sabía dónde meterse, y nadie, pero nadie, dijo una sola palabra.

—¿Es eso cierto, mi niña? —le preguntó Jalissa a su hija.

—Ori —la voz de Winston era grave, y su hija no tuvo más remedio que mirarlo—, contesta a tu madre.

—Sí, pero nosotros no hemos…

—La respeto, señor Winston —dijo Adrián.

—Ay, mi niño, qué mayor te me haces —Valentina le acarició la mejilla, mientras que Derek le cogía la mano a ella.

—La respetas —contestó Winston, y él asintió—. Siempre he dicho que el amor es un sentimiento que nos pilla por sorpresa, y a mí me pasó cuando vi a Jalissa por primera vez —sonrió cogiendo la mano de su mujer para darle un beso—. Teníamos vuestra edad cuando empezamos a salir, y desde entonces, no ha habido ni un solo día que no la haya respetado y amado a partes iguales. Aún sois jóvenes, muchacho, y pueden pasar muchas cosas, pero, sí de verdad la quieres y un día quieres formar una familia con ella, tienes mi palabra de que os ayudaremos en todo.

—Gracias, señor Winston.

—Y deja de llamarme, así, que ahora sé por qué nunca me has llamado tío —sonrió, y Adrián se puso rojo como un tomate.

—Por el amor —dijo Conrad levantado su copa y me miró fijamente—. Ese que todo lo que puede y que nos demuestra que, cuando es de verdad, no hay nada ni nadie que pueda romperlo.

o

—Por el amor —contestamos todos al unísono.

Se inclinó para darme un beso en los labios y sonreí. Aquel era el hombre de mi vida, ese que siempre estaría a mi lado para lo bueno y lo malo, el que jamás iba a soltarme la mano, como tampoco se la soltaría a nuestros hijos y a nadie de nuestra gran y maravillosa familia.

d

—Sí, pero nosotros no hemos…

—La respeto, señor Winston —dijo Adrián.

—Ay, mi niño, qué mayor te me haces —Valentina le acarició la mejilla, mientras que Derek le cogía la mano a ella.

—La respetas —contestó Winston, y él asintió—. Siempre he dicho que el amor es un sentimiento que nos pilla por sorpresa, y a mí me pasó cuando vi a Jalissa por primera vez —sonrió cogiendo la mano de su mujer para darle un beso—. Teníamos vuestra edad cuando empezamos a salir, y desde entonces, no ha habido ni un solo día que no la haya respetado y amado a partes iguales. Aún sois jóvenes, muchacho, y pueden pasar muchas cosas, pero, sí de verdad la quieres y un día quieres formar una familia con ella, tienes mi palabra de que os ayudaremos en todo.

—Gracias, señor Winston.

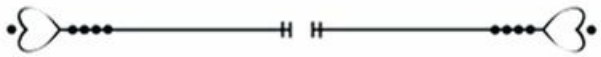
—Y deja de llamarme, así, que ahora sé por qué nunca me has llamado tío —sonrió, y Adrián se puso rojo como un tomate.

—Por el amor —dijo Conrad levantado su copa y me miró fijamente—. Ese que todo lo que puede y que nos demuestra que, cuando es de verdad, no hay nada ni nadie que pueda romperlo.

—Por el amor —contestamos todos al unísono.

Se inclinó para darme un beso en los labios y sonreí. Aquel era el hombre de mi vida, ese que siempre estaría a mi lado para lo bueno y lo malo, el que jamás iba a soltarme la mano, como tampoco se la soltaría a nuestros hijos y a nadie de nuestra gran y maravillosa familia.

Epílogo 2



Conrad

No había nada más que pudiera pedirle a la vida, porque ahora sí que lo tenía todo.

Me costó mucho conseguir que Martina me diera una nueva oportunidad, y que lo hiciera fue, como le dije aquella última noche en nuestro segundo viaje a Jamaica, mejor que si me hubiera tocado la lotería.

Antes de ella creí que lo tenía todo, menos el amor, porque, aunque a mi madre le dijera algunas veces que ese parecía que se hacía de rogar, yo sabía que en algún momento de mi vida llegaría la mujer que haría que mi corazón latiera con tanta fuerza que no pudiera hacerlo por nadie más.

Y así fue, hasta que la cagué y la perdí, pero la recuperé y me dio una hija que era lo que más amaba en el mundo, y volví a sufrir de nuevo porque la perdí, pero el amor que nos unía siempre había sido más fuerte que todo el mal que quisieran hacernos, y de nuevo la recuperé.

Hasta que por fin aceptó casarse conmigo fue un proceso largo porque me seguía ganando día a día su confianza y el que entendiera que nunca, jamás en la vida, iba a volver a defraudarla de ninguna manera.

Pero siempre estuvo detrás de aquellos momentos de dolor para ambos la misma persona, alguien que lo único que parecía querer en la vida era ver sufrir a Martina como lo hacía.

Empezó por envenenarme a mí contra ella, descubrí que había estado detrás de todas las fotos que me habían hecho con aquellas mujeres que se publicaban durante el tiempo que Martina y yo estuvimos separados, y cuando nos unimos de nuevo por nuestra hija volvió a pagar a alguien para que fingiera algo que, ni había pasado, ni jamás pasaría porque no quería en mi cama a ninguna mujer que no fuera Martina.

Logan fue esa mano detrás de todo, pero me cansé de sus tonterías y de que no nos permitiera ser felices, hablé con los chicos y los dos me animaron a hacer algo que juré que nunca haría. Y no, no volví a poner dinero en nada que tuviera que ver con negocios ilícitos que no formaban parte de la urbanización, pero conocía a gente de aquella época que me debía algunos favores y contacté con ellos.

No hice que le dieran un susto al escocés, tampoco le dieron una paliza ni le dieron pasaporte al más allá, por decirlo de alguna manera, simplemente hice eso mismo que él había hecho con nosotros, jugar su mismo juego y pagarle con la misma moneda.

Solo que él dio con sus huesos en la cárcel, perdió su dinero, sus bienes y su empresa, y de ese modo me aseguré que jamás volviera a enturbiar nuestras vidas, a romper nuestra paz ni a jodernos como lo había hecho.

Nunca pregunté cómo lo hicieron, pero estaba claro que esa gente sabía cómo joder a una persona, y desde el momento en el que me dijeron que estaba hecho, les dije que nunca más quería volver a saber nada de ellos, y respetaron mi decisión.

Ethan y Gonzalo brindaron conmigo la noche que nos enteramos de que ese malnacido había ido a prisión por un delito de blanqueo de capitales y de chanchullos con el narcotráfico, algo que para Martina fue un shock saber porque decía que la había tenido engañada durante años, pero que para Valentina solo fue una confirmación de que ese hombre era más malo que el veneno.

Ninguna de las chicas nos preguntó nunca si habíamos tenido nosotros algo que ver, dado que las cuatro estaban al corriente de ese pasado que ya estaba más que olvidado para nosotros tres, pero de haberlo hecho seguiríamos diciendo que no teníamos nada que ver.

Ese era un secreto que se iría al más allá con nosotros, de eso no me cabía la menor duda.

Habrá quien me juzgue y diga que obré mal, que pude hacerlo de otra manera, pero, si me permiten un momento de sinceridad, diré que con lo había ganado en paz y tranquilidad para la mujer que más amaba en este mundo, y para nuestra familia, pueden apostar a que por mil vidas que tuviera que vivir, en todas ellas haría lo mismo.

Por las personas que uno ama es capaz de hacer cualquier cosa.

Martina era el amor de mi vida, esa mujer a la que amaría hasta el final, pero también con la que compartir esos momentos de juegos y erotismo que nos envolvían cuando sus padres o los míos se quedaban con los niños, o cuando le proponía entrar en aquel cuarto donde dábamos rienda suelta a nuestros deseos más insaciables.

En ese lugar nos dejábamos llevar por el placer y la lujuria, es que ella, mi mujer, Martina, siempre fue mi lujuria, al igual que podía decir sin temor a equivocarme que Julia, nuestra hija, era mi pasión, esa a la que se sumó mi hijo Rubén.

Estaba en el jardín tomando un whisky, habíamos pasado el día en la villa de Valentina con todos, como era habitual en nuestra gran familia, y ahora tenía estos momentos de tranquilidad para disfrutar de mi esposa, esa que había ido a meter en la cama a nuestros hijos.

—Hola, guapo, ¿buscas compañía? —preguntó en un tono sensual y al mirar hacia la puerta, juro por Dios que

casi se me cae el vaso de la mano.

Tragué con fuerza al verla y noté cómo mi miembro comenzaba a cobra vida bajo los pantalones.

Estaba sexy, radiante y de lo más sensual. Llevaba un corpiño en rosa chicle con un culote negro del que salía un liguero que sujetaba las medias, incluso se había puesto los zapatos de tacón.

Y a mi mente vino aquella primera noche en el cuarto donde acabó dándome una sorpresa que no esperaba, vestida de igual manera que ahora, pero de rojo y negro, y fue un final increíble para ambos.

—¿Me invitas a una copa? —preguntó sentándose sobre mi regazo y sonrió arqueando la ceja al notar mi miembro— Vaya, veo que te alegras de verme. ¿O eso que tienes ahí tan duro es una pistola?

—Eso es porque me alegro de verte, pequeña —la llamé así porque era como la llamaba en nuestros inicios y sabía que a ella le gustaba.

—Entonces espero que estés a la altura de mis expectativas —dijo mientras me quitaba el vaso y daba un pequeño sorbo, que ella no era muy de beber whisky, la verdad.

—¿Qué expectativas son esas? —curioseé mientras acariciaba su hombro con la yema del dedo y comenzaba a bajarlo por el escote, donde se veían sus pechos bien expuestos.

—Digamos que necesito que me ayudes un poquito.

—¿A qué?

—Quiero que me des placer. Quiero que me beses como solo tú sabes, que me toques, me disfrutes a tu antojo y me hagas gritar tu nombre mientras esto que tan contento se ha puesto —dijo mirándome fijamente a los ojos pasando la mano despacio por mi erección— está dentro de mí.

—Pequeña, tus deseos son órdenes para mí, todos y cada uno de ellos, ya lo sabes.

La besé y comencé a deshacer el lazo del corpiño para poder abrirlo y liberar sus pechos, esos que no dudé en llevarme a la boca como si de un delicioso dulce se tratara.

Lamí y mordisqueé sus pezones mientras ella me tocaba a mí, llevándome al límite al igual que yo la llevaba a ella.

No tardé en apartar la tela del culote a un lado y comencé a tocar su zona, esa que encontré excitada y húmeda, Martina gimió y se fue moviendo al ritmo de mis penetraciones con dos dedos.

Su mano acabó liberando mi miembro y me tocaba de ese modo que me encendía más y más cada vez, hasta que hice que se detuviera, me recosté en aquel sofá que habíamos puesto en el porche la coloqué de espaldas a mí, sentada de tal modo que comencé a devorar su zona hasta enloquecerla más.

Sentí sus labios envolviendo mi miembro y aquello fue uno de esos momentos sensuales y eróticos que solíamos compartir, solo que lo hacíamos en la habitación y no aquí tan expuestos.

Cuando no pude más hice que se apartara y, sin moverla, la coloqué sobre mi miembro dándome la espalda, me senté y dejé que ella tomara las riendas mientras yo masajeaba y pellizcaba sus pechos y pezones con una mano, y con la otra la hacía excitarse más tocándole el clítoris.

El clímax nos alcanzó a ambos poco después, llegamos al unísono y ella gimió y gritó tan flojito como podía mientras yo ahogaba mis jadeos en su cuello.

Me miró por encima del hombro con esos ojos brillantes por el deseo, con las mejillas sonrojadas por el momento tan intenso que habíamos compartido, y sonrió antes de que la besara.

Ella cerró los ojos cuando apoyé la frente en la suya y me acarició la mejilla, yo solo podía mirarla y dar gracias a la vida por haberme dado la oportunidad de recuperarla, porque la amaba tanto, que siempre tuve claro que, si no era con ella, jamás me casaría y formaría una familia con nadie.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó mirándome.

—Me ha encantado —volví a besarla.

—Pues aún hay más —se sonrojó.

—¿Mas? —Arqueé la ceja.

—Ajá —sonrió—. Pero tienes que llévame a nuestra habitación, que es allí donde está lo bueno.

—Y, ¿qué entendemos por, lo bueno?

—Digamos que he pedido algunas cositas por Internet de las que hay en ese cuarto que tanto nos gusta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —la abracé con fuerza, aun estando unidos.

—Fácil, por favor —se le escapó una risita.

—¿Dónde está esa Martina tímida que conocí hace años?

—Uy, esa se fue a vivir a un convento, por lo que me contaron —me reí, porque no era para menos—. ¿Tienes , queja de esta Martina?

—Ninguna en absoluto, porque, aunque no lo creas, esa tímida que conocí sigue estando por aquí. Te amo, pequeña, te amo con todo mi corazón y solo dejaré de hacerlo cuando este deje de latir.

La besé tras ver el brillo en sus ojos, ese que me dejaba claro que ella sentía lo mismo.

r

s

o

—Uy, esa se fue a vivir a un convento, por lo que me contaron —me reí, porque no era para menos—. ¿Tienes queja de esta Martina?

—Ninguna en absoluto, porque, aunque no lo creas, esa tímida que conocí sigue estando por aquí. Te amo, pequeña, te amo con todo mi corazón y solo dejaré de hacerlo cuando este deje de latir.

La besé tras ver el brillo en sus ojos, ese que me dejaba claro que ella sentía lo mismo.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu